ENSAYO

DE LA

HISTORIA CIVIL

DEL

PARAGUAY, BUENOS-AYRES Y TUCUMAN

ESCRITA POR EL DOCTOR D. GREGORIO FUNES,
DEAN DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CORDOVA.

TOMO PRIMERO.

BUENOS-AYRES:

IMPRENTA DE M. J. GANDARILLAS Y SOCIOS.

(1816)

ENSAYO

DE LA

HISTORIA CIVIL

DEL

PARAGUAY, BUENOS-AYRES Y TUCUMAN

ESCRITA POR EL DOCTOR D. GREGORIO FUNES,
DEAN DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CORDOVA.

F841
F98
v.1

TOMO PRIMERO.

BUENOS-AYRES:

IMPRENTA DE M. J. GANDARILLAS Y SOCIOS.

(1816)

PROLOGO

No es seguramente porque yo encontrase en mi pequeña capacidad talentos suficientes para la historia, que me determiné al ensayo que doy al público. Sé muy bien que es preciso nacer historiador, como se nace poeta y orador. La absoluta falta de un libro que pudiese satisfacer la curiosidad de los que fueron nuestros padres, y de las revoluciones que han precedido á nuestro estado actual, fué lo que dió un impulso á mi justa timidez.

Qualquiera que se halle versado en los monumentos históricos de estas provincias no puede ignorar que así Herrera, fray Diego de Córdova, fray Antonio Calancha, fray Juan Melendez, fray Alonso de Zamora, los padres Alonso de Ulloa, Francisco Colin, Simon Vasconcelos y Manuel Rodriguez, como los historiadores que juntó Barcia en su coleccion, ó refieren unos

de sus altares, un pueblo inmenso corra en auxilio de sus necesidades; en fin el hombre de letras propague las luces de la verdad, y tenga valor para decirlas á los que confia su gobierno. Felices aquellos que pagan á la PATRIA la sagrada deuda que contrajeron desde la cuna. Por lo que á mí toca, yo le dedico el fruto insípido de este ensayo histórico. Quando menos tiene la ventaja de llamar á juicio á sus verdugos y ponerlos á los pueblos en estado de pronunciar con imparcialidad. O PATRIA amada, escuche los acentos de una voz que no te es desconocida, y acepta con agrado los últimos esfuerzos de una vida que se acaba.

PROLOGO

No es seguramente porque yo encontrase en mi pequeña capacidad talentos suficientes para la historia, que me determiné al ensayo que doy al público. Sé muy bien que es preciso nacer historiador, como se nace poeta y orador. La absoluta falta de un libro que pudiese satisfacer la curiosidad de los que fueron nuestros padres, y de las revoluciones que han precedido á nuestro estado actual, fué lo que dió un impulso á mi justa timidez.

Qualquiera que se halle versado en los monumentos históricos de estas provincias no puede ignorar que así Herrera, fray Diego de Córdova, fray Antonio Calancha, fray Juan Melendez, fray Alonso de Zamora, los padres Alonso de Ulloa, Francisco Colin, Simon Vasconcelos y Manuel Rodriguez, como los historiadores que juntó Barcia en su coleccion, ó refieren unos

muy en globo algunas cosas de estas provincias, ó se limitan otros á solos los sucesos de la conquista. La Argentina manuscrita de Ruiz Diaz tampoco sale de esta época. Despues de estos emprendiéron con mas dedicacion la historia de estas provincias los jesuitas Juan Pastor, Nicolas Techo, Pedro Cano, Pedro Lesana, Pedro Lozano, Guevara, Sanchez Labrador y Charlevois. La obra de este último y la de Techo, aunque corren impresas, á mas de estar aquella en idioma frances, ésta en latin y tocar como accesorios los acontecimientos civiles enlazados con la historia de sus establecimientos de Misiones, tampoco pudiéron adelantarse hasta nuestros dias. Los demas dexáron sus obras inéditas las que, ó no se encuentran, ó andan en manos de muy pocos.

No han dexado de tocar otras obras con erudita curiosidad asuntos relativos á estos mismos lugares, cuya historia doy á luz. Tales son las cartas edificantes, la coleccion de documentos sobre las emociones

del Paraguay y señaladamente en la persecucion de Antequera, otra por lo perteneciente al obispo D. Bernardino de Cárdenas, la relacion de los insignes progresos de la religion cristiana en el Paraguay por Duran, el reyno jesuítico por Ibañez, cristianismo feliz en las misiones jesuíticas del Paraguay por Muratori, de *Abiponibus* por Debrechoffer, el ensayo sobre la historia natural de la provincia del gran Chaco por Solis, el viagero universal en los últimos volúmenes, la relacion de los viages al rio de la Plata y de allí al Perú por Acarete, la descripcion del gran Chaco por Lozano, la historia de la compañía de Jesus en la provincia del Paraguay por el mismo, el viage de Ulloa, Muriel en sus fastos y en la continuacion y notas de Charlevois, Antonio Leon Pinedo, la historia filosófica de los establecimientos europeos en las dos Indias, las memorias de D. Cosme Bueno, y novísimamente los viages en la América Meridional por D. Felix Azara; pero contraidos estos

autores al argumento que eligiéron, sólo pudiéron tocar como notas de paso algunos hechos de la historia civil.

D. Felix Azara en sus viages, cuyo campo es en especial la descripcion geográfica, política y la historia natural de estas provincias, consagró en su segundo tomo algunas páginas á los acontecimientos de la conquista. Pero, á mas de pasar en silencio muchos hechos capitales, no será fácil que contente á los amantes de la imparcialidad. La gloria de pasar por crítico y original hace que prefiera algunas veces sus conjeturas á los sucesos mas bien averiguados. No sin injuria al mérito del padre Lozano es que caracteriza su historia civil de mentirosa de infiel y de mordaz contra los españoles. Despues que ya no se teme proferir la verdad, convendrá todo el mundo, que la crítica mas amarga contra estos aventureros no sale de los límites que señala el juicio y la equidad. Esto es lo que el S. Azara llama mordacidad, y lo que en mejor sentido debe mirarse como la divisa de

un escritor, que no supo prostituir su pluma á la adulacion, aun quando el miedo hacia temblar: es pues la misma censura el mejor título que lo acredita. Por lo demas, á Lozano en su estilo redundante y pesado se le respeta por el escritor mas diligente, mas exacto y mas sincero á excepcion de aquello en que el espíritu de cuerpo lo hace caer en ilusion. Una afectacion sin excusa seria suponerse el S. Azara mas rico de documentos históricos, que el padre Lozano. Entre nosotros nadie ignora que la preponderancia de los jesuitas en todas estas partes les facilitó una copiosa coleccion de monumentos, aun con perjuicio de los archivos públicos; como ni tampoco, que su expulsion hizo sufrir á estos el mismo fin desastrado que tocó á sus temporalidades. El S. Azara vino á la retaguardia y sólo adivinando pudo descubrir los hechos históricos que no estuviéron á sus alcances.

Esta misma observacion pone de parte de Lozano el juicio que forma acerca del

virtuoso Alvar Nuñez, y del primer obispo, á quienes trata el S. Azara como los hombres mas ineptos y perversos que pusiéron el pie en estos paises. Aquí no se encuentra ninguno de esos motivos seductores que suelen hacer perder de vista la verdad. A mas de los documentos que le fué mas fácil encontrar en apoyo de la virtud de Alvar Nuñez, va conforme en opinion con Herrera, Barco y Ruiz Diaz en su Argentina manuscrita, testimonios de mucho mayor peso qne el del soldado Hulderico Schimidel, cuyos errores son capitales, diga lo que quiera en su abono el S. Azara.

Por lo que á mí toca me he propuesto seguirlos como á otros que han llegado á mis manos y principalmente á Lozano, no con aquella servil sujecion de un copiante, sino con aquel discernimiento que dexa entera su accion al juicio, ayudado de la crítica y una indagacion severa. Sigo estas huellas en los dos primeros tomos de mi *Ensayo*, donde al fin faltándome guias tan seguras me ha sido pre-

ciso abandonarme á los archivos públicos, que como de tiempos mas baxos se hallan bien provistos de materiales.

En la coleccion de estos documentos, que sin disputa ha exigido una de las tareas mas ingratas y afanosas, yo defraudaria el mérito de personas recomendables, si pasase sus nombres en silencio. Debo poner á la frente al sin segundo Dr. D. Saturnino Segurola. Nada iguala al deseo de este erudito eclesiástico, por enriquecer su espíritu de conocimientos útiles, sino su exquisita diligencia en adquirirlos. Sin perdonar gastos ni trabajos se ha formado una biblioteca de manuscritos escogidos, que aumenta de dia en dia. Asociadas nuestras tareas en la revision de los archivos públicos, y auxiliado de sus papeles fué que pude ponerme en estado de continuar mi obra. Debo tambien no pequeños servicios á D. José Joaquin de Araujo, ministro general de las caxas de Buenos-Ayres, cuyo gusto por las antigüedades de estas provincias, y sus noticias históricas no es desconocido entre nos-

otros, despues que le debemos la guia de forasteros correspondiente al año de 1813 y algunas otras producciones suyas. El presbítero D. Bartolomé Muños, á quien no puede negársele una alma cultivada, ha tenido tambien la generosidad de suministrarme algunos documentos, y levantarme las cartas geográficas, que se darán á su tiempo en atlas separados. Por último, merece mi memoria D. Gregorio Tadeo de la Cerda. Debo á sus luces mi respeto, y á su interes por el buen éxito de este *Ensayo* algunas noticias.

Tenia ya muy avanzado mi trabajo quando leí en Hervas y Panduro, que el S. abate D. Francisco Xavier de Iturri habia concluido su historia de esta parte de América. Esta noticia me hizo caer la pluma de la mano, y estuve á punto de renunciar mi empresa, viendo empeñado en el mismo asunto un literato tan acreditado; pero ya no era tiempo de volver atras. Tambien reflexioné que no sabemos de positivo si su autor la dió á la luz pública;

lo que no pocos accidentes podian estorbárselo; principalmente para con un sabio tan nimiamente desconfiado de sus producciones.

El plan que me he propuesto seguir llega hasta la gloriosa época de nuestra revolucion de que sólo daré un sucinto bosquejo. No entra en este plan amontonar hechos de ninguna utilidad, sino aquellos que nos hagan conocer las costumbres, el carácter del gobierno, los derechos imprescriptibles del hombre, el genio nacional y todo aquello que nos enseña á ser mejores. Este es el camino de descubrir las verdaderas causas de los acontecimientos que por lo comun se atribuyen á una ciega casualidad.

No disimularé, con todo, á imitacion de Tácito, que no admiten cotejo las materias de este *Ensayo* con aquellas que sirviéron de asunto á historiadores de naciones grandes. Estas tratan siempre de guerras ruidosas, hazañas memorables, imperios destruidos ó fundados, reyes muertos ó fugitivos y proyectos profundos de política ó de moral, que por naturaleza entretienen y

recrean el ánimo. Mi trabajo es mucho mas limitado y estéril. Guerras bárbaras casi de un mismo éxito, crueldades que hacen gemir la humanidad, efectos tristes de un gobierno opresor, este es mi campo. El poco deleyte en recorrerlo lo recompensará la utilidad. Siempre en accion la tiranía y los vicios de los que nos han gobernado, nos servirán de documentos para discernir el bien del mal y elegir lo mejor.

Nunca sino al presente se ha podido seguir este rumbo. Los reyes de España baxo cuyo cetro de acero hemos vivido temian la verdad: el que se hubiese atrevido á proferirla hubiera sido tenido por un mal ciudadano, por un traidor. Ya pasó esa época tenebrosa, y la verdad recobró sus derechos. No puede ser, pues, excusable la ignorancia de estos sucesos. Ignorar lo que precedió á nuestro nacimiento, dice Ciceron, es vivir siempre en la niñez: *nescire quid antea quam natus sit accidere, id est semper esse puerum.*

Va dividido este *Ensayo* en seis libros,

que serán comprehendidos de dos en dos en los tres tomos que abraza. La importancia que las cosas de América han tomado en la presente época excita el deseo de saberlas. No me descuidaré, si me fuese posible, enriquecer esta obra con los planos topográficos y estatísticos de que sea susceptible.

Sea yo útil á la patria y aunque pase por insípido escritor. La desgracia de no tener hasta el presente un historiador digno de sus fastos moverá otras plumas adornadas de ese temple vivo, enérgico, ameno y agradable de los Salustios y los Tácitos.

ENSAYO

DE LA

HISTORIA CIVIL

DEL

PARAGUAY, BUENOS-AYRES, Y TUCUMAN.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Descubre Solis el Rio de la Plata: su muerte: viage de Diego Garcia: entrada de Gaboto: levanta éste varios fuertes: vence á los Agáces: introduce el nombre del Rio de la Plata: llega Diego Garcia: continúa Gaboto su viage.

Treinta y cinco años habian corridos desde el descubrimiento de la América, quando el anhelo español por nuevas empresas crecia en proporcion de las ya premidas. Como si fuese poco haber hallado un nuevo mundo, que reprobaba la corte misma, se procuraba atravesar por uno de sus estrechos, y abrirse paso al mar del Sud en busca de las Molucas. A este pensamiento atrevido daban fomento intereses de nacion, en que tenia no poca parte un sentimiento de gloria, diga

no de aquellos tiempos.

El temor de que Portugal previniese este útil hallazgo acelerò las disposiciones de la corte. Fué una de ellas confiar à la pericia de Juan Diaz de Solis, natural de Lebrija, piloto el mas acreditado de su edad, todo el éxito de esta brillante expedicion. No pudo ser mas acertado este nombramiento. Navegando este insigne nàutico por los años de 1508 con Vicente Ñañez Pinzon habia sido el primero que extendiò velas europeas en el famoso rio llamado entònces Paranaguazu. Con dos navios de su mando zarpò del puerto de Lepe el 8 de octubre de 1515, y tomando la costa del Brasil, sobre sus propias huellas, suplió esta vez el reconocimiento, que por un efecto de inadvertencia pudo escaparse antes à su penetracion. Este suceso le pareciò bastante lisonjero y digno de que eternizase su memoria: mudado el nombre nacional del rio, llamóse en adelante de Solis. Era forzoso reconocerlo, y advertir todas las ventajas que ofrecia su situacion local: embarcado en una carabela, costeò lo largo de su rivera septentrional, y vino à ser en bréve un objeto de sorpresa para la admiracion de muchos bàrbaros, que ocupaban aquella playa. No halagaba tanto à Solis su vista, quanto las señales que le daban de una acogida favorable. Como si quisiesen aplaudir su llegada le alargaron las manos cargadas de presentes; y para afianzar mas su confianza tomaron el expediente de dexarlos y retirarse. Todo esto no era mas que un insidioso ar-

vicio de la traicion mas exécrable. Solis se entregò sin precaucion en los brazos de esta amistad aun no probada, y dió à costa de su vida una leccion, con que deben escarmentar los temerarios. Con pocos compañeros, y todos desarmados, saltò en tierra, mas bien como si fuese à insultar la fortuna, que à reconocer el terreno. Se hallaba ya fixado el periodo de sus dias. Salieron entònces los Charrùas de una emboscada, que tenian puesta à las orillas de un arroyo entre Maldonado y Montevideo, que por este acontecimiento se llama de Solis; los mataron, y comiendolos à vista de la carabela, gustaron todo el fruto de su perfidia. La prudencia condenarà siempre este hecho de Solis como una transgresion palpable de sus leyes; pero la historia publicarà la elevacion de su genio, el mérito de sus descubrimientos, la intrepidez de su valor; y no dudando que la España debe en mucha parte à sus fatigas haber puesto baxo sus leyes este hemisferio, harà se reconozca en su persona al digno emulador del gran Colòn. Los de la carabela, con un hermano de Solis y su cuñado Francisco Torres, retrocedieron sin dilacion en busca de la capitana. Todos juntos conocieron entònces, que era preciso obedecer à este funesto acontecimiento, y sin mas deliberaciones tomàron su partida para España. Reputando el Sr. Azara, en el capitulo 1 tomo 2 de su viage, por fabulosa la costumbre entre estos bàrbaros de alimentarse de carne humana, omite esta circunstancia en la muerte de

Solis. Tendremos ocasion de hacer ver, que es mas conforme la opinion de esta escombre à los hechos constantes de esta historia.

Al paso que la corona de Portugal se manifestaba solicita en dilatar sus conquistas por este lado del globo, España parecia haber renunciado sus pretensiones al rio de Solis. Casi diez años sucedieron en que se vió desatendido este importante objeto. Todo era consequencia de su peligrosa situacion. Los inmensos cuidados que rodeaban el trono muy de cerca, eran suficientes por si solos para ocupar los senos mas vastos de un monarca. La España, los estados de la casa de Borgoña, el imperio de Alemania, lo descubierto de la América &, todas estas posesiones puestas en manos de un solo hombre, formaban una máquina de resortes muy complicados, y expuestos à romperse al primer choque, si el genio, el esfuerzo y la política no concurrian à dirigirlos con inteligencia y sagacidad. Tanto mas, que à las disensiones intestinas se unia una enconada rivalidad de poder, siempre funesta à los estados, empeñada en disolverla. Hubiera sido poca cordura por entonces echar à los extremos unas fuerzas, que debian obrar en el centro. Las cosas de esta parte de América tomaron otro aspecto luego que el emperador Carlos V se vió establecido sobre el trono de sus padres. Sin perdonar diligencia juzgó que era preciso oponer una barrera al proyecto de engrandecimiento que iba realizando Portugal en el Brasil. De resultas de esta

capitulacion entre la corte y el conde D. Fernando de Andrade con otros ricos-hombres; Diego Garcia, vecino de Moguer, acompañado del piloto Rodrigo de Arca, tuvièron òrden de continuar los descubrimientos del desgraciado Solis. La armada, compuesta de un navio y dos embarcaciones menores, se hizo à la vela el 15 de agosto de 1526 del puerto de la Coruña.

No fuè tanta la diligencia que evitase la prevencion de Sebastian Gaboto. Era este veneciano uno de los mas célebres astrònomos de su tiempo, y se habia propuesto labrarse una brillante fortuna sobre el cimiento de sus servicios. Los hechos à la corona de Inglaterra en el descubrimiento de Terranova le parecièron muy sobrados para justificar sus esperanzas; pero las ingratitudes de esta corte mortificaron su amor propio, y le obligaron à mudar de dueño. Refugiado à la España hallò en ella la carrera abierta à la dicha. El tìtulo de piloto mayor del reyno, con que le favoreciò el emperador, condecorò debidamente su persona; pero él quiso hacer ver que lo merecia. Despues que la nave *Victoria* concluyò su vuelta al globo, las riquezas de las islas Molucas unidas àlas de Tarsis, Ofir y el Catayo oriental, aunque solo ganadas en islas, realizaban en los espìritus todo el placer de la avaricia. Gaboto no hizo mas, que imitar esta pasion guiandola por sì mismo hàcia este lado muchas veces infructuoso. Concertòse con algunos comerciantes de Sevilla para una expedicion por el estrecho de

Magallanes, que debia tener por resultado la adquisicion de estos preciosos frutos. El rey aprobò este ajuste y añadiendo el sello de la autoridad pùblica, ayudò en parte à los gastos, y quedò Gaboto habilitado para este viage. Aunque no con pequeñas dificultades que le suscitò la emulacion, saliò en fin de Sevilla en abril de 1526, llevando quatro navios de su mando con 600 hombres. La experiencia acreditò en breve, que no poseia aquella ciencia, que, calculando los medios con los obstaculos, sabe burlarse de la fortuna. En un viage dilatado mas allà de su intencion, se hallò falto de viveres, con una gente disgustada, que no sabiendo manejarla, ostentaba sin temor la altiva libertad de sus antiguas costumbres. Su situacion lo obligò à tomar el puerto de Patos à la altura de 27 grados de latitud. Llegaban hasta aquì los términos de la nacion Guaranì, señora de càsi toda la rivera maritima. El fiero natural de estos bàrbaros no fué obstaculo para que observasen con el la buena fé de la hospitalidad: los españoles disfrutaron con franqueza de sus viveres; y aun pudieron conocer que eran capaces de leyes justas, y de un culto agradable al Dios del universo. Pero otros intereses ocupaban por entònces su atencion. Quitando el mismo Gaboto quatro hijos de los señores mas principales, apresurò la aversion, que habìan de profesar mas adelante. Sin aprestos suficientes, y teniendo enagenadas las voluntades, no se atreviò

este general à arrojarse al estrecho; antes bien, despues de haberse desprendido en una isla desierta de tres hombres de calidad, desistió de su primer proyecto, y se abandonò al derrotero, que le abria su destino en la boca del rio de Solis.

Las empresas quanto mas atrevidas parece que eran mas análogas al espíritu caballeresco de aquellos tiempos. Conquistas, descubrimientos, hazañas, grandes fortunas, en fin todo lo que llevaba el sello de lo maravilloso tenia una fuerza irresistible en la comun estimacion. Por uno de esos empeños, en que al parecer entra mas de corage que de sano juicio, se arrojò Gabotó al rio de Solis, y vino à echar el ancla en la isla de san Gabriel. No pareciendole seguro este puesto se trasladó à la embocadura del rio de san Juan, donde se le unió Francisco Puérto, el único que de los compañeros de Solis salvò la vida. Habiendo levantado aqui una pequeña fortaleza, despachó en un bergantin al capitan Juan Alvarez Ramon, para que navegando por el gran rio Urugnay hiciese algun descubrimiento. Executòlo asi; pero con mala suerte. Encallada su embarcacion en un banco, saltò en tierra con parte de la gente encaminàndose à san Juan; unos en el bote y otros por la rivera. Los de tierra fueron acometidos por los Yaros y Charruás, quienes lograron dar muerte à Juan Alvarez y à otros mas: los otros se incorporaron à los del bote y pudieron salvarse.

Despues de este trágico suceso subió Gabota

hasta la embocadura del rio Carcarañal à los 32° 25' 12" de latitud donde levantò una fortaleza à la que intitulò de Santi-Espìritu. Quatro aventureros de esta impetuosa soldadesca con un tal Cesar à su cabeza, cuyo designio parece que era el de multiplicar los peligros, atravesaron desde aquì al vasto Tucuman, hasta unirse con los conquistadores del Perù. Empresa digna de mucho aplauso, si fuese lìcito confundir el valor con la temeridad. El mismo Gaboto, despues de haber construido un bergantin, y proveido à la seguridad de la fortaleza, entablando amistad con los Caracarìs, ò como otros dicen, con los Timbùes, subiò por el rio con 100 hombres en dos vasos bien frágiles, buscando nuevas aventuras. Para dar estos primeros pasos por entre tantos riesgos, contaba este almirante sobre la intrepidez de unos soldados, acaso los mas bravos de su siglo, sobre la superioridad de sus armas y su disciplina, sobre los efectos de una novedad, que, en el concepto comun, aumentaba su poder, sin aumentar sus fuerzas reales; en fin, sobre la constitucion de unos bàrbaros, que separados en pequeñas tribus, rivales unas de otras, formaban un cuerpo de nacion sin consistencia, ni armonìa. Puesto Gaboto en la confluencia de los dos rios Paraguay y Paranà, siguiò por este ultimo hasta cerca del salto del agua, desde donde regresò para coger el primero, como lo hizo en 1527.

No era tanta la indolencia de los indios, que muchos de ellos no viesen con ojo irritado esos

rangos de poder absoluto, y que no considerasen amenazada su libertad desde los fuertes levantados. Habiendo Gaboto navegado hasta la angostura, los Agáces nacion guerrera, que por el derecho del mas fuerte señoreaban el rio Paraguay, se atrevieron por su parte á arrojarle una accion decisiva de que esperaban la quieta posesion de su dominio. Con trescientas canoas puestas en órden de batalla se presentaron ante los buques de Gaboto. El peligro era grande; pero sabia este general, que la fama decide muchas veces de los sucesos, y que nada le convenia mas, para lo sucesivo, como intimidar un espanto, que valiése victorias. Poseido de estas ideas sostuvo el crédito de sus armas con un valor superior al ataque; y aunque con pérdida de tres españoles prisioneros, de los que Juan Fuster y Hector de Acuña fueron despues rescatados, ganó de su enemigo una victoria que debió escarmentarle. Poco tardó para que recogiese otro fruto mas sazonado de un buen éxito de sus previsiones. La victoria contra los Agáces fué como un grito que en todas aquellas vecindades resonó para bien de los españoles. Fuese por temor, fuese por reconocimiento, todos aplaudieron un suceso que traia la humillacion del comun enemigo. Habiendo pasado Gaboto hasta la frontera de los Guaranies, poco mas arriba de la Asuncion, con cierta competencia, vinieron estos indios á brindarse al vencedor. Esto ya era en cierto modo ofrecer su cerviz al yugo; pero quizá esperaba sacudirlo. Gaboto termi-

nò este acaecimiento trabando paces y alianzas, que le fuéron muy ventajosas.

Entre las parcialidades que mas distinguieron su inclinacion fuè una de ellas la de los Guaranies. Venian éstos casi desnudos: varios plumages de lucidos colores aumentaban las gracias de la sencilla naturaleza. De aquellos pendian algunas piezas de plata, que seguramente habian de ser el punto de vista mas agradable para sus huéspedes. En efecto, jamas indios de mejor aspecto se presentàron à estos españoles. Dèsde aqui fuè su primer cuidado hacerse propietarios de este metal, que era el objeto suspirado de sus afanes. Muy en breve vièron pasar à sus manos esas piezas de plata y otras mas en cambio de las drogas mas despreciables: pero tan à satisfaccion de los primeros dueños, que para evitar el peligro de una resicion à titulo de engaño tomaban prontamente la fuga. Los que disputan sobre el valor venal de las cosas, deben reconocer en solo este hecho la parte que tiene la opinion. La historia no tiene datos fixos para asegurar con certidumbre la suma total de este rescate: debe conjeturarse que no fuè tan escasa, supuesto que bastò à un donativo digno del trono. Herrera dice, que esta es la primera plata que de las Indias pasò à España; pero està en contradiccion consigo mismo, habiendonos referido en la decada segunda relativa al año de 1519 la que remitiò el conquistador Hernando de Cortès. Sea de èsto lo que fuere, una dulce ilusion hacia mas estimable pe-

a Gaboto aquel precioso hallazgo y agrandaba la esfera de su felicidad. El se avanzò à creer que la plata encontrada no era mas que una muestra de las riquezas patrias, y que estos suelos la producian como fruto espontaneo. A este principio engañoso debe la derivacion de su brillante nombre el rio de la Plata, con el que lo decoró Gaboto, quedando abolido el de Solis. Una indagacion mas exâcta lo hubiera puesto en estado de conocer, que si bien la naturaleza trató en otros gèneros liberalmente estos terrenos, anduvo menos generosa en òrden al mineral, y que esas señales equivocas de opulencia no eran mas que de una alevosia. En efecto, hacìa poco que el portugues Alexo Garcia, auxiliado de los Tupis y Guaranies, se habia internado hasta los confines del Perù con intento de abrir paso por esta parte à las conquistas de su nacion. Creia haber recompensado sus fatigas un acopio interesante de despojos al punto mismo que sus amigos Guranies los destinaban en silencio para celebrar sus funerales. Estos fueron los que, verificado el asesinato, alucinàron la fantasia de Gaboto. Observamos que con premeditado estudio omite este hecho el Sr. Azara en su historia de la conquista, teniendolo sin duda por fabuloso, à pesar de las reflexiones con que el erudito Dr. D. Julian Leiba, en su dictamen sobre la obra, le hizo ver la debilidad de sus conjeturas; pero viendose en la necesidad de buscar la derivacion del nombre Rio de la Plata, la encuentra en las pequeñas planchas de

este metal, que llevaban en las orejas los indios de santa Ana, y que rescataron los españoles luego que hubieron montado el salto del Paraná. Si no nos engañamos, esta es una asercion no menos arbitraria. La mayor parte de los historiadores están conformes en que ni fueron los indios de santa Ana, sino los Guaranies del rio Paraguay de quienes se hizo aquel rescate, ni ese fue tan pequeño que pudiese pender de las orejas. Persuádelo à mas de esto la razon, porque se opone à los primeros principios de la credibilidad, quisiese à un mismo tiempo el sagaz Gaboto dar al rio de Solis un nombre tan campanudo, y acreditar ante el monarca la importancia de la conquista sobre tan ridículo y vergonzoso fundamento. Pero volvamos à la historia.

Entretanto que Gaboto se hallaba entretenido en sus lucrosas adquisiciones, arribó al rio de la Plata la retardada expedicion de Diego Garcia. En virtud de sus despachos este era à quien tocaba la conquista. Pero ¿ que puede la justicia lejos del trono? Tendrémos ocasion de observar mas de una vez, que en la distancia las leyes pierden su apoyo, y la autoridad su fuerza. Gaboto era de carácter que unia à grandes talentos todos los vicios de un ambicioso. Veia por una parte que los fuertes y los soldados velaban en su defensa, y se persuadia por otra, que la importancia de sus descubrimientos suplirian lo ilicito de su causa. Con disposiciones tan favorables à su intento no quiso largar el mando, y Garcia tuvo la pru-

dencia de ceder, retirandose despues à España. Con todo, mal satisfecho de su posesion deseaba un titulo de perpetuarse sin los remordimientos inseparables de todo crimen. Dos agentes suyos, instruidos en el arte de negociar con ventaja, partieron à la corte llevando la relacion bien ponderada de sus proesas. No se descuidó en hacer uso de los medios mas eficaces, que en su juicio prepararian la persuasion. Finos tegidos, piezas de plata de exquisito arte à invencion y gusto peruano, indios rendidos con toda la sumision del vasallage, vease aqui el nervio del raciocinio sobre que se prometia la victoria y la sinrazon mas dogmatica de la America. El emperador esculió con magestuoso agrado à los agentes de Cabeto: se informó de todo con el miedo que exigia la novedad, y conociendo acaso que en rigor de principios podia ser obstaculo al progreso de la conquista, le prometió auxilios en adelante. Hay casos en que el poder soberano se ve obligado à ceder la ley del momento; pero, como dice un historiador moderno, siempre arriesga mucho la autoridad en favorecer à un delincuente.

CAPITULO II.

Vuelve Gaboto à su fuerte de Santi-Espiritu: destruyen los Charrùas el de san Juan: parte Gaboto à España: suceso trágico de Lucia Miranda: desamparan los españoles à Santi-Espiritu: se establecen en la costa del Brasil: vencen à los portugueses.

Despues que concluyò Gaboto su campaña en tierra de Guaranies, regresò à su fuerte de Santi-Espiritu, situado en la boca del Carcarañal al poniente del Paranà. Los indios vecinos à esta fortaleza eran los Timbùes, gente mansa, docil y sensible al dulce placer de la amistad. A beneficio de estas prendas sociales y del buen trato de los españoles se mantenia este puesto en perfecta tranquilidad. Los prevenientes comedimientos de Gaboto acabàron de solidarla con señales recìprocas de una alianza verdadera. Entretanto, otra suerte muy contraria corria el de san Juan. Las gentes de Diego Garcia se habian hecho insoportables para los Charrùas sus vecinos; la guerra siempre entre ellos estaba abierta, y con atenta indiferencia espiaban èstos sus descuidos para libertarse de su opresion. Logràron su designio una madrugada en que los españoles se hallaban entregados al sueño: mataron muchos de sorpresa: pocos escapàron à las naves: ninguno quedò en su antiguo puesto. El silencio de tres años desde la partida de los agentes, que despachò Gaboto, causaba en su ànimo mortales inquietudes. Ya los encontraba sospechosos de complicidad con

os èmulos, que le grangeò la jornada à las Molucas; yà se persuadia, que los apasionados à Diego Garcia habian hecho revivir sus derechos con toda la fuerza que pudo añadirles la violencia. Lleno de estos rezelos dexò sin venganza la accion de los Charrùas por pasar prontamente à España en 1530, donde lo llamaban sus pretensiones. El suceso parecia haber acreditado la prudencia de su resolucion. La capitania general del rio de la plata le fuè conferida en titulo. Pero esto no era mas que una caricia, de la fortuna para que le fuese menos amarga su desventura. Al mismo tiempo tuvo orden de no volver à este destino. Influyeron sin duda en esta resolucion la quejas expresadas con toda la vehemencia del sentimiento de aquellos tres desdichados que segregò Gaboto del trato de los hombres.

Dos años habian pasado despues de la partida de Gaboto, y la fortaleza de Santi-Espiritu conservaba su paz inalterable. Gobernaba este fuerte un hombre de distinguido mérito. El talento, el valor, la rectitud y la prudencia formaban el carácter de Nuño de Lara. Una severa disciplina, sostenida por el exemplo, quitaba à los suyos toda ocasion de desmandarse; pero esto todavia no lo ponia à cubierto de un desastre, correspondiendo acaso una nacion enemiga à cada uno de sus soldados. Su propia seguridad le dictò cultivar cada vez mas la amistad de los Timbùes. Por medio de una afabilidad respetuosa ganò sobre ellos un imperio, à que no alcanza la fuerza

mas armada. La buena inteligéncia y los oficios de la cordialidad mas expresiva apretaban de dia en dia los nudos de esta útil alianza. Con todo en el seno de esta amistad iba naciendo una pasion, que habia de ser tan funesta, como el odio mas sanguinario. Mangora, cacique de los Timbúes, à pesar de ser un bárbaro, no pudo resistir los tiros inflamados del amor. Habia entre los españoles una dama llamada Lucía Miranda, muger del valeroso Sebastian Hurtado, y ésta era la que à los principios con su agrado inocentemente abria en el bárbaro una herida, que jamas habia de cerrar. No fueron despues tan secretas la inquietudes del cacique, que no las advirtiese la Miranda. Con suma discrecion procuraba ocultarse de sus codiciosas miradas y esconder unos ojos cuyas chispas habian producido tanto incendio. Aunque en el fervor de su pasion daba Mangora à sus deseos cierta posibilidad que no tenian, no dexaba de advertir, que no valdrian remedios ordinarios à un mal casi desesperado. Entre aquel torbellino de deseos llamó à consejo à su hermano Siripo, no con la indiferencia del que duda, sino con el empeño del que busca un compañero de su delito. Despues de una porfiada disputa, en que Siripo manifestó el despejo de su razon, por último, à fin de huir la nota de cobarde, la pérdida de los españoles, ménos de Lucia, quedó entre ambos decretada. La fuerza abierta era inútil contra una sangre tan fecunda de heroes. Una traicion era lo único à

que podia apelar; porque un traidor era solo lo que en estos tiempos temia un español.

Sabia Mangora, que el capitan Rodriguez Moscoquera, ó como dice Ruiz Diaz, el capitan Garcia, con cincuenta de los suyos, entre ellos Hurtado, se hallaba ausente en comision de buscar víveres para la guarnicion extremosamente debilitada. Con toda diligencia puso sobre las armas quatro mil hombres, y los dexó en emboscada cerca del fuerte, quedando prevenidos de adelantarse al abrigo de la noche. El entretanto, seguido de treinta soldados escogidos y cargados de subsistencias, llegó hasta las puertas del baluarte: desde aquí, con expresiones blandas de la simulacion mas estudiada, ofreció à Lara aquel pequeño gage de su solicito buen afecto. Los nobles sentimientos del general eran incompatibles con una tímida desconfianza, y por otra parte hubiese creido hacerse responsable à su nacion, enagenando con ella un buen aliado. Recibió este donativo con las demostraciones del reconocimiento mas ingenuo. Pero algo mas se prometia el pérfido Mangora. La proximidad de la noche y la distancia de su habitacion le daban derecho à esperar para sí y los suyos una hospitalidad proporcionada al mérito contraido. No lo engañó su deseo, pues era tan propio à la nobleza de Lara. Con suma generosidad los hizo acoger bajo unos mismos techos; y mezclados unos con otros, cenaron y brindaron muy contentos, como si ofreciesen sus libaciones al Dios de la amistad. Cansados del festin

se retiràron. El sueño oprimiò à los españoles y los dexò à discrecion del asesino. Mangora entónces, comunicadas las señas y contraseñas, hizo prender fuego à la sala de armas; abriò à su tropa las puertas de la fortaleza, y todos juntos cargàron sobre los dormidos, haciendo una espantosa carniceria. Los pocos que de los españoles, como Perez de Vargas y Oviedo, pudieron lograr sus armas, vendieron muy caras sus vidas. Lara con un valor increible repartia en cada golpe muchas muertes; pero en su concepto nada era, mientras quedaba vivo el autor de esta tragedia: respirando estragos y venganza buscaba diligente con los ojos à Mangora; al punto mismo que lo viò, se abriò campo con su espada por entre una espesa multitud, y aunque con una flecha en el costado, no parò hasta que la hubo enterrado toda entera en su persona. Ambos cayeron muertos; pero Lara con la satisfaccion de dar su ùltimo suspiro sobre el bàrbaro; y saber que en adelante no gustaria el fruto preparado por la mas vil de las traiciones.

Ninguno escapò la vida en esta borrasca, à excepcion de algunos niños y mugeres entre ellas Lucia Miranda, victima desgraciada de su propia hermosura. Todos fueron llevados à presencia de Siripo, sucesor del detestable Mangora. Una centella escapada de sus cenizas prendiò en el alma del nuevo cacique en el momento mismo que viò à Lucia: él consintiò de pronto que aquella cautiva haria el dulce destino de su vida. Se arrojò

à sus pies, y con todas las protestas, de que es capaz un corazon que hervia, le asegurò que era libre, siempre que condescendiese en hacer felices sus dias con su mano. Pero Lucia estimaba en poco, no digo su libertad, mas aun su vida, para que quisiese salvarla à expensas de la fé conyugal prometida à un esposo que adoraba. Con un ayre severo y desdeñoso rechazò su proposicion y prefiriò una esclavitud, que le dexaba entero su decoro.

Siripo encomendò al tiempo el empeño de vencer su resistencia; lisonjeandose de que la misma fortuna era su complice. Al siguiente dia de la catàstrofe volviò al fuerte Sebastian Hurtado. Su dolor fué igual à su sorpresa, quando despues de encontrar ruinas en lugar de fortaleza, buscaba à su consorte, y solo tropezaba con los destrozos de la muerte. En èl no se habia verificado, que el primer momento de la posesion es una crisis del amor: el tiempo mismo lo afirmaba, y lo hacia necesario à su existencia. Luego que supo que Lucia se hallaba entre los Timbùes, no dudò un punto entre los extremos de morir, ò rescatarla. Precipitadamente se escapò de los suyos, y llegò hasta la presencia de Siripo. Jamas una alma sintiò con mas disgusto la acedia de los zelos, como la de este bàrbaro à la vista de un concurrente tan odioso. Su muerte fué decretada inmediatamente. Bien podia Lucia tener preparada su constancia para otros infortunios: todas las fuerzas de su alma la abandonaron en el peligro

de una vida, que estimaba mas que la suya. Renunciando por esta vez el tono altivo, que inspira el heroismo, tomò à los pies de Siripo el de la sùplica y el ruego à favor de su marido. Ella consiguiò la revocacion de la sentencia; pero baxo la dura condicion de que eligiese Hurtado otra muger entre las doncellas Timbùes, y que en adelante no se tratasen con las licencias de la union conyugal. Acaso por ganar partido en el corazon de Lucia, tuvo Siripo, como algunos afirman, la humana condescendencia de permitirles que se hablasen tal qual vez. Pudo ser tambien, que en esto tuviese mucha parte el artificio y que fuese su intencion ponerles asechanzas, sabiendo quanto irrita à las pasiones una injusta prohibicion. Lo cierto es, que habiendolos sorprendido en uno de aquellos momentos deliciosos, en que recibian sus senos las lagrimas de un amor inocente y perseguido, y en que consolandose mutuamente, hallaban la recompensa de sus penas, mandò que Lucia fuese arrojada à una hoguera, y que puesto Hurtado à un arbol muriese asaeteado. Uno y otro se executò en 1532.

Una ruptura de amistad tan por entero entre Timbùes y españoles convirtiò en odio implacable la pasada alianza, y no les dexaba à estos otro partido, que el de abandonar el fuerte de Santi-Espiritu. El capitan Mosquera, gefe de estas tristes reliquias, pudo salvarlas navegando de costa en costa hasta el puerto llamado Igua, distante veinte y quatro leguas de san Vicente, es

ablecimiento portugues. Con esta retirada quedó del todo evacuado el rio de la Plata; término fatal de tres expediciones, que deberian despertar el espíritu de conquista, faltando aquí el motivo de ensoberbecerlo con sus conquistas mismas. Es muy de presumir, que si la causa de la humanidad hubiese entrado directamente en el proyecto de estas empresas, hubieran sido menos desgraciadas. No hay nacion por bárbara que sea, que no se rinda al imperio del beneficio. Hacerles conocer á estos salvages el plan de sociedad con todos sus encantos, trazado por la naturaleza, y de que estaban tan distantes; aficionarlos al yugo suave de la ley, para que detestando sus antiguas abominaciones concibiesen amor al órden; ponerles en las manos los instrumentos de esas artes consoladoras, cuya falta no les dexaba recursos contra las calamidades de la vida; en fin comunicarles todo el bien posible, economizar la sangre humana, manifestarse siempre clementes y atestiguar un santo respeto á la libertad: vease aquí el camino que para dominar hubieran tomado con buen éxito estos españoles, si la experiencia y la razon mas ilustrada de nuestros tiempos hubiera podido socorrerlos. En su falta, juzgaron estos indios que debian sacrificar á su seguridad unos hombres, cuyos pasos llevaban delante por lo comun el terror y la codicia.

Bien sucedió los españoles con los naturales del pais formaron su establecimiento, contando por

mucha dicha verse, hacia dos años, distantes de enemigos ¿ Pero quando se halla lo bastante el que tiene por vecino à un envidioso ? Martin Alfonso de Sosa, gobernador de san Vicente, los observaba con todo el disgusto, que infunde el odio nacional, y buscaba un pretexto de incomodarlos. Facilmente lo encontrò en la acogida que habian dado à un hidalgo portugues desterrado por su corte. Por medio de requerimientos mezclados de amenazas les hizo notificar, que, dentro de tercero dia, jurasen obediencia al rey de Portugal, ò desamparasen una tierra comprehendida entre sus limites. Este golpe de autoridad ofendiò enormemente la vanidad española, y excitò su valor hasta la desesperacion. Aunque sin mas defensa, que sus espadas y sus brazos, se prometian una victoria, que no podia esperarse sin temeridad. Pero parece que la fortuna se complace por lo comun en ponerse de parte de los osados. En esta ocasion fuè muy oportuno su influxo, trayendoles à sus manos una presa, cuyo auxilio coronò despues su valor y acreditò sus esperanzas. Un corsario frances se hallaba anclado cerca del puerto, del que algunos marineros habian salido à tierra en busca de refrescos. Simulando los españoles ser los mismos, lo tomaron una noche de abordage, y adquirieron abundantes armas y municiones, con que sostener el ataque à que se hallaban sentenciados. El general portugues con ochenta soldados bien armados y un gran nùmero de auxiliares vino por mar à

tierra, à cumplir la palabra en que estaba comprometido. No le saliò feliz su animosidad; porque, acercandose à la trinchera lo saludò con una descarga de quatro piezas de artilleria, que desconcertò todas sus medidas, y puso en huida su amedrentado exèrcito hasta un bosque inmediato. Aqui lo aguardaba una emboscada de veinte españoles y quatrocientos cincuenta indios amigos, quienes, cargando à un tiempo con los del fuerte, los destrozàron. Los españoles, llenos de denuedo, prosiguieron la victoria, entràron à la villa de san Vicente, la entregàron al saco, y cargados de despojos se retiràron à su baluarte. Acaeciò este suceso el año de 1534. El deseo de evitar sangrientas disensiones los obligò à desalojar este puesto, y tomar la isla de santa Catalina, que sin disputa perenecia à la corona de Castilla: aqui perseveràron hasta el arribo del capitan Gonzalo de Mendoza.

CAPITULO III.

Nombrase à Don Pedro Mendoza por Adelantado del rio de la Plata: partida de la armada: interes de Don Juan Osorio: fundacion de Buenos-Ayres: batalla de los Querandies.

Al mismo tiempo, que el rio de la Plata presentaba por estas partes un teatro lugubre de muchas tristes, se levantaban en España, sobre esta conquista, los planes mas risueños de una felicidad ficticia à que daban esplendor los engaños favorecidos de la distancia. El nombre de RIO DE LA PLATA era una tentacion muy peligrosa al natural deseo de adquirirla. No es la primera vez que los nombres se sustituyen à las cosas, y hacen concebir una idea opuesta à la verdad. Por mas que fuese este concepto, su conquista habia llegado à ser un objeto de zelos y de envidias à la ambicion mas interesada. Este entusiasmo permanente de gloria y de riquezas hacia el capital y la fuerza de la nacion, en un tiempo en que las guerras extrangeras tenian agotados los fondos pùblicos. De aquì nació, que concurriendo en D. Pedro de Mendoza, natural de Guadix, gentil hombre de càmara, la reputacion de buen soldado, el crèdito de sus riquezas adquiridas en el saco de Roma y el favor de los àulicos, fuè preferido, para que, sin dispendio de los haberes reales, se pusiese à la frente de esta codiciada expedicion con el tìtulo de

Adelantado de estas provincias y la promesa de fundar un marquesado luego que se hallasen pobladas. Un tratado pùblico celebrado en 1534 asegurò los derechos y las prerogativas entre el vasallo y el soberano. Sus principales artículos se reducen à que Mendoza procurarìa abrirse por tierra una comunicacion con la mar del Sud, embarcando à sus expensas la gente y aprestos necesarios, como tambien cien caballos y cien yeguas, cuya propagacion facilitàse los bienes de esta empresa; que reconociese todas las islas del rio de la Plata, sin traspasar los limites de la demarcacion; que llevase cobo religiosos, con cuyo auxilio se estableciese el cristianismo, y estuviese menos expuesto el buen tratamiento de los indios: que por indemnizacion de estos gastos se le concedia derecho para fundar un gobierno en todas las provincias que baña el rio, y en doscientas leguas hàcia el estrecho de Magallanes; con obligacion de levantar tres fortalezas en su defensa: y para percibir dos mil ducados de renta anual por toda su vida, y otros dos mil de ayuda de costa sobre la hacienda real que produxese el pais; que gozaria por juro de heredad la tenencia de alcalde perpetuo de una de dichas fortalezas à su arbitrio, y la vara de alguacil mayor en la que residiese, siempre que en el espacio de tres años no abandonase la conquista. Inmunidades, privilegios y todo quanto puede engendrar esa especie de fanatismo, que hace à las pasiones tan osadas, se derramó à manos llenas à favor de

los que quisiesen tener parte en esta empresa. Sin duda no preveia España, que las conquistas á que las destinaba, como otras de esta clase, habian de aniquilarla algun dia bajo el peso de su propia grandeza. Lo cierto es, que estas conquistas han de desarraigar con el tiempo el gérmen de la industria, y despertando en los extrangeros la actividad pondran á España bajo su tutela. El deseo de gloria y de riquezas no habia causado desde el descubrimiento de la América una fermentacion tan rápida y universal, como la que produxo en la publicacion de esta jornada. Muy indiferente sobre su suerte se creia el que despreciaba una fortuna, que á todos se brindaba. El empeño por alistarse bajo los estandartes de Mendoza igualó á nobles y plebeyos. Fué tan grande la concurrencia, que para evitar pretensiones en que debian salir muchos quejosos, se acordó la partida. Dos mil y quinientos españoles, ciento cincuenta alemanes (a) entre quienes se contaban treinta y dos mayorazgos, algunos comendadores de san Juan y de Santiago, un hermano de santa Teresa, y otras muchas personas de calidad con sus mugeres y familias componian el grueso de esta lucida comitiva. Estas provincias pudieran lisonjearse de tener tan nobles progenitores, si no fuera cierto que la verdadera no-

(a) *Seguimos á Ulrico en el cap. primero de su historia y descubrimiento del rio de la Plata.*

bleza empieza donde empieza el verdadero mèrito: à lo menos no se dirà de ellas, como de otras, que sus primeros pobladores fueron la escoria de la nacion, cuyas depravadas costumbres, unidas à un corage determinado y à un orgullo mezclado de baxeza, los hacia capaces de hazañas grandes y de grandes maldades. Aprestadas todas las cosas, y embarcada la gente con setenta y dos caballos en catorce navios, saliò de Sevilla esta armada, sin contradiccion la mas brillante, que habia surcado los mares para la conquista de las Indias, dia de san Bartolomé del año de 1534. Su arribo al puerto de san Lucar detuvo la navegacion hasta el primero de setiembre.

Una furiosa borrasca, despues de pequeños contratiempos, despartiò toda la armada y obligò al Adelantado à tomar puerto en el Janeyro, con la principal de los baxeles, entretanto, que su hermano el almirante D. Diego con el resto echò el ancla en la rada de san Gabriel. Observando las leyes de la historia hagàmonos aquí la violencia de referir el crimen mas odioso, sobre el que quisieramos echar un velo en honor de la Humanidad. Las graves enfermedades de que se sentia atacado el general lo pusieron en el estrecho de dividir sus cuidados con un hombre digno de su confianza. El buen nombre de Juan de Osorio, aunque extrangero, alegò à su favor, y le ganò la preferencia. Nombrado lugar-teniente del Adelantado, descubriò el fondo de su escogida condicion, por aquella modestia, aquella rectitud

los que quisiesen tener parte en esta empresa. Sin duda no preveia España, que las conquistas á que las destinaba, como otras de esta clase, habian de aniquilarla algun dia bajo el peso de su propia grandeza. Lo cierto es, que estas conquistas han de desarraigar con el tiempo el gérmen de la industria, y despertando en los extrangeros la actividad pondran á España bajo su tutela. El deseo de gloria y de riquezas no habia causado desde el descubrimiento de la América una fermentacion tan rápida y universal, como la que produxo en la publicacion de esta jornada. Muy indiferente sobre su suerte se creia el que dispendiaba una fortuna, que á todos se brindaba. El empeño por alistarse bajo los estandartes de Mendoza igualó á nobles y plebeyos. Fué tan grande la concurrencia, que para evitar pretensiones en que debian salir muchos quejosos, se acordó la partida. Dos mil y quinientos españoles, ciento cincuenta alemanes (a) entre quienes se contaban treinta y dos mayorazgos, algunos comendadores de san Juan y de Santiago, un hermano de santa Teresa, y otras muchas personas de calidad con sus mugeres y familias componian el grueso de esta lucida comitiva. Estas provincias pudieran lisonjearse de tener tan nobles progenitores, si no fuera cierto que la verdadera no-

(a) *Seguimos á Ulrico en el cap. primero de su historia y descubrimiento del rio de la Plata.*

hleza empieza donde empieza el verdadero mèrito: à lo menos no se dirà de ellas, como de otras, que sus primeros pobladores fueron la escoria de la nacion, cuyas depravadas costumbres, unidas à un corage determinado y à un orgullo mezclado de baxeza, los hacia capaces de hazañas grandes y de grandes maldades. Aprestadas todas las cosas, y embarcada la gente con setenta y dos caballos en catorce navios, saliò de Sevilla esta armada, sin contradiccion la mas brillante, que habia surcado los mares para la conquista de las Indias, dia de san Bartolomé del año de 1554. Su arribo al puerto de san Lucar detuvo la navegacion hasta el primero de setiembre.

Una furiosa borrasca, despues de pequeños contratiempos, despartiò toda la armada y obligò al Adelantado à tomar puerto en el Janeyro, con lo principal de los buxeles, entretanto, que su hermano el almirante D. Diego con el resto echò el ancla en la rada de san Gabriel. Observando las leyes de la historia hagàmonos aquí la violencia de referir el crimen mas odioso, sobre el que quisieramos echar un velo en honor de la humanidad. Las graves enfermedades de que se sentia atacado el general lo pusieron en el estrecho de dividir sus cuidados con un hombre digno de su confianza. El buen nombre de Juan de Osorio, aunque extrangero, alegò à su favor, y le ganò la preferencia. Nombrado lugar-teniente del Adelantado, descubriò el fondo de su escogida condicion, por aquella modestia, aquella rectitud

los que quisiesen tener parte en esta empresa. Sin duda no preveia España, que las conquistas á que las destinaba, como otras de esta clase, habian de aniquilarla algun dia bajo el peso de su propia grandeza. Lo cierto es, que estas conquistas han de desarraigar con el tiempo el gérmen de la industria, y despertando en los extrangeros la actividad pondrán á España bajo su tutela. El deseo de gloria y de riquezas no habia causado desde el descubrimiento de la América una fermentacion tan rápida y universal, como la que produxo en la publicacion de esta jornada. Muy indiferente sobre su suerte se creia el que despreciaba una fortuna, que á todos se brindaba. El empeño por alistarse bajo los estandartes de Mendoza igualó á nobles y plebeyos. Fué tan grande la concurrencia, que para evitar pretensiones en que debian salir muchos quejosos, se acordó la partida. Dos mil y quinientos españoles, ciento cincuenta alemanes (a) entre quienes se contaban treinta y dos mayorazgos, algunos comendadores de san Juan y de Santiago, un hermano de santa Teresa, y otras muchas personas de calidad con sus mugeres y familias componian el grueso de esta lucida comitiva. Estas provincias pudieran lisonjearse de tener tan nobles progenitores, si no fuera cierto que la verdadera no-

(a) *Seguimos á Ulrico en el cap. primero de su historia y descubrimiento del rio de la Plata.*

bleza empieza donde empieza el verdadero mèrito: à lo menos no se dirà de ellas, como de otras, que sus primeros pobladores fueron la escoria de la nacion, cuyas depravadas costumbres, unidas à un corage determinado y à un orgullo mezclado de baxeza, los hacia capaces de hazañas grandes y de grandes maldades. Aprestadas todas las cosas, y embarcada la gente con setenta y dos caballos en catorce navios, saliò de Sevilla esta armada; sin contradiccion la mas brillante, que habia surcado los mares para la conquista de las Indias, dia de san Bartolomé del año de 1534. Su arribo al puerto de san Lucar detuvo la navegacion hasta el primero de setiembre.

Una furiosa borrasca, despues de pequeños contratiempos, despartiò toda la armada y obligò al Adelantado à tomar puerto en el Janeyro, con lo principal de los baxeles, entretanto, que su hermano el almirante D. Diego con el resto echò el ancla en la rada de san Gabriel. Observando las leyes de la historia hagàmonos aquí la violencia de referir el crimen mas odioso, sobre el que quisieramos echar un velo en honor de la Humanidad. Las graves enfermedades de que se sentia atacado el general lo pusieron en el estrecho de dividir sus cuidados con un hombre digno de su confianza. El buen nombre de Juan de Osorio, aunque extrangero, alegò à su favor, y le ganò la preferencia. Nombrado lugar-teniente del Adelantado, descubriò el fondo de su escogida condicion, por aquella modestia, aquella rectitud

y aquella afabilidad que caracteriza à los grandes hombres. Todos creian hacer homenage à la virtud misma, declarandose por Osorio. Esto que debia afianzarlo en la estimacion de Mendoza, fué precisamente lo que excitò toda la actividad de sus odios. En uno de esos momentos de enagenacion, en que parece que el hombre no es dueño de sì mismo, mandò fuese apuñaleado, sin otra forma legal, que su voluntad ya sola. Quatro confidentes suyos executàron este infame asesinato, dexàndonos cada vez mas advertidos, en que la real autoridad, dirigida por unas manos violentas, es un depòsito muy peligroso à la suerte del vasallo, y à la fidelidad del depositario. Este rasgo de envidia envenenada llevò à tal punto la aversion de la tropa contra el imprudente Adelantado, que estuvo en disposicion de declararse por una conmocion popular. Mendoza la previno embarcando la gente, à excepcion de algunos que quedàron en el Brasil, y encaminàndose al rio de la Plata, donde llegò felizmente el año de 1535.

Hallabase à la sazon el almirante D. Diego de Mendoza en la banda septentrional del rio. La noticia de lo acaecido en el Janeyro le arrancò estas expresiones: "Dios quiera que la ruina de "todos, no sea un justo pago de la muerte de "Osorio." No nos descuidarémos en hacer ver que el almirante no se engañò mucho en su pronòstico.

El mismo año, despues de bien calculadas las

ventajas territoriales, se echaron por fin los fundamentos de una ciudad, à la que dieron el nombre de la santisima Trinidad, y à su puerto el de santa Maria de Buenos-Ayres por la banda austral del rio de la Plata en un sitio ameno, espacioso, llano y dominante, à los 34º 36' 29" de latitud Sud, 58º 25' 34" de longitud occidental de Greenwich. Tenia aqui su asiento un pueblo de tres mil Querandies, sin contar sus mugeres y sus hijos, nacion inquieta, belicosa y esforzada, que por la costa se extendia hasta el cabo blanco, y por lo interior hasta la cordillera de Chile; sin tener mas estabilidad, que la que exigia una subsistencia precaria, corrian siempre peregrinos, y siempre en medio de su patria. Si se reflexiona sobre los hechos que presenta la historia, no hallarémos que los barbaros de estas regiones animasen por lo comun à los españoles con aquella especie de culto, que en otras partes aprisionaba su valor. Los Querandies dieron desde los principios una prueba bien decisiva de no tocarles esta vulgar supersticion. Aunque por el cebo del rescate manifestaron algunos dias una oficiosidad comedida, en breve hicieron ver, que no nacia de una servil condescendencia, de que no podian arrepentirse. Sin mas motivo, que su espontanea deliberacion, retiraron las subsistencias de que se sostenia la ciudad, y pusieron su asiento à quatro leguas de distancia. Con palabras de paz y de amistad mandò el Adelantado se les requiriese continuasen un servicio, que ponia en

obligacion su reconocimiento. Los executores de esta órden, creyendo que era mas decoroso mandar que suplicar, tomaron el imperioso tono de una absoluta autoridad. Pero estos indios no pudieron tolerar un lenguage á que no estaban acostumbrados: maltratando á los comisionados y asaltando la ciudad, no dieron lugar á que se dudase la disposicion, que tendrian, de obedecer. Un fuego vivo y sostenido los hizo retroceder á un riachuelo distante media legua, llevando siempre la venganza en el corazon. Desde aquí continuaron sus rápidas hostilidades, hasta llegar el caso de dar muerte á diez soldados españoles de los que salian en busca de forrages.

Cansada la paciencia del Adelantado, se creyó en necesidad de vengar tantos insultos, poniendo un freno á la osadía de estos bárbaros. El almirante D. Diego, con otros valerosos capitanes, trescientos hombres de infantería y doce de á caballo, marcharon en busca del enemigo, que en número de tres mil combatientes se hallaban acampados á las margenes de una laguna, distante como tres leguas de la ciudad. No se intimidaron los indios á la vista de un cuerpo tan respetable; antes bien, aparejados de un militar apresto, rechazaron las proposiciones de paz, y dieron á conocer estaban muy resueltos á sostener el interes público y los derechos de la libertad. Con un genero de asalto, que imitaba mucho al de ahora, veian estos bárbaros empeñarse los españoles en el difícil transito de un

arroyo, que dividia los dos campos. No pocos de nuestra infanteria lo habian conseguido, quando sin tener tiempo de formarse, se hallaron atacados con ímpetu y ferocidad. Aunque desordenada la infanteria, y muertos los bravos D. Bartolomè de Bracamonte, y Perafan de Rivera, se sostuvo la vanguardia hasta el arribo de la caballeria. A este tiempo, envueltos yà los españoles por todas partes é interpolados con los indios, la carniceria era reciproca. Por un último esfuerzo de valor, mezclado de desesperacion, el capitan D. Juan Manrique, como si desafiase à la muerte, se arrojò con espada en mano à lo mas cerrado del enemigo: matò muchos, pero fuè derribado del caballo. Con no menos denuedo D. Diego de Mendoza vino prontamente en su auxilio, pero no tanto, que impidiese el que un bàrbaro sagase aquella ilustre cabeza. Un furioso bote de lanza tirado por D. Diego le hizo pagar con la vida su arrojada temeridad. Con todo, no pudo lisonjearse mucho tiempo de este golpe tan esforzado: herido el pecho con un funesto tiro de piedra se viò repetida en su persona la triste escena de Manrique.

A la suerte del almirante acompañó la de otros valientes capitanes y soldados, entre ellos la de Diego Luxan, que arrastrado del caballo, segun los historiadores, muriò à las orillas de un rio, el que hasta hoy conserva con su nombre la memoria amarga de estas desgracias. No estàmos con ellos enteramente de acuerdo en òrden à este ul-

timo suceso. Conviniendo que la muerte de Luxan diese su nombre al lugar de que se trata, pero siguiendo las leyes de la crítica, se nos hace muy dudoso, que por catorce leguas, desde el punto en que se supone la accion hasta la villa de Luxan, pudiese ser arrastrado de su caballo el cuerpo de aquel hombre desgraciado. Sea de esto lo que fuere; de parte de los indios fué mucho mayor el estrago. La proximidad de la noche hizo que abandonasen el campo, y se retirasen con fuga precipitada, dexando muy problemático el honor de la victoria. A la verdad, segun la mayor parte de los historiadores, ella fué tal, que puede numerarse entre las que el inmortal Carlos V pedia diese el cielo á sus mas crueles enemigos. (a) El desprecio de los buenos consejos conduce ordinariamente al precipicio. El almirante desatendió en esta ocasion el que se le habia dado de no atravezar el arroyo, sino esperar á pié firme al enemigo. Acaso per-

(a) *Ruiz Diaz en su Argentina manuscrita, dice: que la victoria quedó por los indios. El P. Techo libro primero capitulo siete afirma, que de los españoles perecieron en la batalla y la retirada doscientos veinte y cinco. El P. Pedro Cano, en sus fragmentos, asegura que quedaron vivos ciento quarenta. Hulderico Schimel, que se halló presente cap. ocho, y Herrera refieren la accion muy en ventaja de los españoles. Nosotros seguimos al P. Lozano, libro primero cap. tercero, quien no dexa de conocer el peso de la autoridad de estos últimos.*

mitió Dios se obstinase para empezar à purgar la tierra con la sangre de algunos cómplices en la muerte de Osorio. El fin desastrado de los malvados, dice un sabio, es una leccion muy importante sobre la qual la historia debe siempre inculcar. Cierto es que no pocas veces se cae en superstícion, queriendo interpretar la voluntad del cielo por los sucesos que deben su existencia à causas naturales; pero la muerte de Osorio nos dà derecho para creer, que tomò de su cuenta la venganza de esta sangre inocente.

CAPITULO IV.

Lastimosa situacion de los españoles en Buenos-Ayres: sitio de los Querandies: partida del Adelantado à la fortaleza de Corpus-Cristi y su vuelta à España: crueldades de Galan: sucesos de la Maldonado.

La deplorable situacion de estos españoles habia en este tiempo un contraste horroroso con la felicidad prometida. Las manos que à su partida sentian ya el peso del oro y de la plata, caian desfallecidas por su propia miseria: los enemigos que despreciaban como imbécides se habian ya familiarizado con la sangre española, y aprendian de sus propios contrarios el arte de vencer: los ménos temibles de los bárbaros eran los que huian à los montes, y que dexandoles un suelo estéril, los ponian muy vecinos à los extremos de la necesidad: el hambre, una tan executiva y clamorosa, que quitò de sobre los objetos mas chocantes el

velo de repugnancia, que habian hecho contraer la naturaleza y la costumbre: y aun así no pudieron muchos preservarse de morir à sus filos; pero con todo, el descontento entre ellos mismos soplaba el fuego de las facciones, y debilitaba su poder, de que fuè buena prueba la muerte del capitan Medrano, cosido à puñaladas en su cama. El general, que debia con su firmeza inspirar el aliento, se hallaba à punto de espirar por la memoria de tantos infortunios, que emponzoñaban todos sus dias. Era preciso que todas estas cosas les convenciesen, que donde habian buscado conquistas, hallaban su sepulcro. Para remedio de tantos males despachò el Adelantado al capitan Gonzalo de Mendoza en busca de vìveres, y à Juan de Ayolas para que hiciese algun ùtil descubrimiento. Ambos partieron à su destino, llevando òrden de avisar entre quarenta dias su resultado. Pasados èstos, poco faltò para que à lo menos el Adelantado con la mitad de la gente que tenia, llevàse à execucion su propòsito de abandonar esta empresa, y restituirse à Castilla.

Aparejadas todas las cosas para la marcha, desistiò de ella por ahora con la llegada de Ayolas, las buenas noticias de su amistad con los Timbùes, y los vìveres que conduxo del puerto de Corpus-Cristi, donde dexò al capitan Alvarado con cien soldados. Bien fuè necesario todo este auxilio, para no llegar à perecer en el mas peligroso de los conflictos, à que pudieron reducirlos las fu-

rias desatadas de los Querandíes. Animados con sus perdidas mismas, solo la ruina de sus autores era en su juicio capaz de repararlas.

Un crecido número, que los historiadores primitivos hacen subir hasta veinte y tres mil hombres entre los suyos y los aliados, à quienes habian acalorado con la historia lastimera de sus desgracias, se presentàron ante la ciudad con ànimo resuelto de vencer, ò no sobrevivir à su afliccion. Fuè su primera diligencia poner cerco à la ciudad. Los mas osados la asaltàron por varias partes, pero fueron rechazados por los sitiados, cuyo valor crecia à vista del peligro. El destrozo que hacìa en ellos la artilleria les hizo recurrir à un arbitrio muy superior à su disciplina, y que no desdeñaria el mas ingenioso arte de pelear. Con un diluvio de flechas, que por uno de sus extremos llevaban materias combustibles, consiguieron muy en breve reducir à pavesas la ciudad, cuyos techos eran de paja. Al mismo tiempo destacaron por mar un grueso cuerpo à incendiar toda la armada. Quatro embarcaciones mayores, menos su gente que se trasbordò à otras cercanas, no escapàron la combustion. Las otras que se hallàban provistas de bombardas previnieron igual fracaso, arrojando sobre los Indios tantas balas, que los obligàron à buscar su seguridad en la fuga. El sitio fué levantado con gloria de los españoles, quienes solo perdieron treinta soldados y un alferez, quedando de los enemigos cubierto el campo de batalla. Sucedió este acaeci-

miento el año de 1535.

Por muy honrosa que fuese esta victoria para los españoles, no podia dexarles mucha materia de que regocijarse. Si habian salvado sus vidas, era para reservarlas à otros peligros, que por todas partes amenazaban. De los mismos vencidos. Quevandìes eran de quienes mas dependian los vencedores. En esta coyuntura tan dificil hizo el Adelantado reseña de su gente, y solo encontrò quinientos sesenta españoles, fuera de los pocos que Juan de Ayolas habia dexado en destaçamento para guarda del presidio que levantò en Corpus-Cristi. La mayor parte de los que faltaban perecièron en brazos del hambre. Esta se dexaba sentir de nuevo; y era forzoso prevenir sus efectos, apelando prontamente al remedio. Despues de haber el Adelantado embarcado quatrocientos hombres, y conferido la tenencia del mando al capitan Ayolas, marchò rio arriba en su compañia, buscando una fortuna menos ingrata. Pero ésta era un bien fugitivo, que solo de lèjos lo halagaba. En el viage se le murièron muchos, y la mitad de la guarnicion de Corpus-Cristi habia corrido la misma suerte. A pesar de la buena acogida que le hicièron los Timbùes, su ànimo se cubria cada vez mas de sombras melancòlicas, quando advertìa el estado de esta expedicion à que diò principio una confianza orgullosa: continuò la dificultad de retroceder; y estaba en la vigilia de aniquilarse por un orden inesperado de sucesos infaustos. Todo ocupado de su tristeza, oyò

en un desfallecimiento mortal, que desmentia con mucha mengua su antigua reputacion. Habiendo despachado à su teniente llevando consigo trescientos soldados con el objeto de hacer descubrimientos por el rio, y esperado inutilmente sus resultas, volviò à revivirse con mas fuerza la resolucion de regresar à España. Pùsola por obra haciendo primero escala en Buenos-Ayres. Adonde quiera que volvia los ojos le salia al encuentro el dolor. Aquì viò tambien con amargura disminuida en la mitad la poblacion à los rigores del hambre, y pròxima à sucumbir la otra mitad. Aunque la llegada del capitan Gonzalo de Mendoza, que conducia bastimentos del Brasil, y en dos embarcaciones la gente del capitan Mosquera, diò algun ensanche al pesar, su partido estaba yà tomado: él se hizo à la vela para España. La desgracia le seguia muy de cerca: tuvo la ùltima acabando sus dias en el viage sobre un lecho de angustias y miserias el año de 1537. Parece que el antiguo crédito de D. Pedro de Mendoza, fuè mas bien obra de la fortuna, que de la naturaleza. Quando aquella lo abandonò, desapareciò su heroismo, y solo quedàron sus flaquezas. Sin genio, sin talento, sin valor, y lo que es mas, sujeto à las pequeñeces de las pasiones, que envilecen al ùltimo del pueblo, no habia nacido para grandes designios. Sin duda él mismo ayudaba la mala suerte à labrar sus infortunios. El primer eslabon de esta cadena fuè la muerte de Osorio; razon era que el ùltimo

fuese la suya.

Volvamos un poco mas atrás. El Adelantado á su partida para el fuerte de Corpus-Cristi, encomendó el mando de Buenos-Ayres al teniente Francisco Ruiz de Galan. A este hombre, á quien pintan los historiadores con los colores mas odiosos, le habia tocado en suerte una alma dura, montada sobre la atrocidad, para que fuese el suplicio de los de su especie. Mandando ahorcar tres soldados, que en los últimos apuros del hambre hurtáron un caballo y lo comiéron; y obligando en rigor de justicia á una muger á que se prostituyese á un marinero, ó le restituyese el pez, que baxo este pacto le habia dado, debemos reconocer en su persona un malvado, que violando todas las leyes se atraia la exêcracion del universo. ¡ Que principios ! ¡ Que hombres para enseñar equidad á los salvages ! Estos hechos no debieran manchar la historia, si no enseñasen hasta que punto el abuso del poder puede degradar la dignidad del hombre. A mas de esto ellos preparan el ascenso á otro mucho mas inhumano; si no en todas sus circunstancias como lo han concebido los historiadores copiandose unos á otros, á lo menos en lo que tiene relacion al carácter de esta fiera.

Se cuenta comunmente, que una muger llamada Maldonado, á quien los crueles rigores del hambre le parecieron menos soportables, que el tratamiento de los bárbaros, burló la vigilancia de las centinelas, y se evadió clandestinamente

de la ciudad. Buscando albergue la noche misma de su fuga, entrò desprevenida en una cueva, que la deparò su destino. No hubo dado el primer paso, quando descubriò una leona formidable. El pavor y la admiracion se disputàron la posesion de su alma: aquel infundido de un miedo natural; èsta de sus halagos inesperados. Sufria la bestia los dolores de un trabajoso parto: el sentimiento que la ocupaba le hizo olvidar por este instante los de su fiera condicion: toda temblando en ademan de pedir socorro, se acercò à la muger, y despidiò en su idioma unos gemidos capaces de enternecerla. La Maldonado ayudò à la naturaleza en esos momentos dolorosos, en que no parece, sino que à pesar suyo echa à luz un ser, à quien generosamente diò la vida. Llena la leona de reconocimiento, se tomò el cuidado de conservar sus dias, trayendo à la cueva mucha presa, que dividia entre sus hijos y su benefactora. Durò este cuidado lo que tardò la naturaleza en dar à los cachorros la fuerza necesaria para buscarse por si mismos el sustento. Viendose la Maldonado sin apoyo, salió de su retiro, y siguiò el curso de su fortuna; pero no tardò mucho tiempo en ser cautiva de los indios. Uno de ellos se aficionò de su trato y la tomò por muger propia. Corriendo el tiempo la rescatàron los españoles y la llevàron à Buenos-Ayres. Gobernaba todavia el tirano Galan; cuya sevicia no se daba por satisfecha mientras no hollaba las leyes de la naturaleza, que respetàron los bàrbaros.

y las fieras. Como si no estuviese bien purgado el delito de la fuga con tantos sustos y aflicciones, la condenò à que ligada à un arbol fuera de la ciudad muriese à los rigores del hambre, ò fuese pasto de animales devoradores. A los dos dias siguientes fueron varios españoles à reconocer el destino de esta victima. ¡ Qual fuè su sorpresa, quando encontraron à sus pies una leona y dos leonzuelos, que velaban en guarda de su vida! Eran estos esa familia deudora de sus beneficios, y con quien habia pasado en tan grata compañia. Retirada la leona à una distancia, diò bien à conocer en su ayre de mansedumbre la seguridad con que podian los españoles acercarse à desatarla. Asi lo hicieron, llevandose à la Maldonado, y una leccion con que los brutos enseñaban à los hombres à ser clementes. La leona, y sus leoncillos siguiéron algunos pasos la comitiva, dando aquellas señales de ternura, que sabe sacar del pecho la amistad. Los soldados refiriéron fielmente al comandante todo lo sucedido. Avergonzado acaso este de ser inferior à las bestias, dexò con vida à una muger à quien el cielo tan visiblemente protegia.

La fuga de esta muger, su buena acogida entre los salvages y la terrible sentencia que sufriò, todo es muy análogo y conforme à la situacion de la plaza, à las costumbres de estos indios y al genio desaplicado de Galan. Por lo demas tiene esta historia todos los caracteres de un romance, ideado a gusto de un siglo en que el

sello de lo maravilloso, concedia à los hechos mas increibles inmunidad de todo exâmen.(a)

CAPITULO V.

El teniente Ayolas llega à la tierra de Guaranies: victoria que alcanza de ellos, sorprehende à los Agàces: continùa su viage hasta el puerto de la Candelaria: deza entre los Payaguàes à Irala, y sigue por tierra el descubrimiento: fùndase la Asuncion: mata Galan muchos Caracarès à traicion: se vengan éstos por el mismo medio.

Diximos mas àrriba, que antes de regresar de Corpus-Cristi el Adelantado, su teniente Ayolas con trescientos soldados, inclusa una oficialidad de mérito reconocido, se habia embarcado muy resuelto à llevar adelante estos descubrimientos. Se concáliaban en este general un valor atrevido con el talento de la insinuacion, y la prudencia de los consejos con la prontitud de executarlos. Juan de Ayolas siguiò los pasos de Gabion. Llegado que fué à una angostura en el rio Paraguay, fuè atacado vigorosamente de los Agàces, quienes, aunque le matàron quince españoles, al fin fueron vencidos. Despues de un largo viage en

(a) *El autor de la Argentina dice, que la supo de boca de la misma Maldonado. El P. Techo asegura, que à su tiempo corria como hecho indubitable; pero la verosimilitud es de mas peso que todas las autoridades humanas en materias de este clase.*

que estendió hasta muy léjos el terror de sus armas contra el que quisiése esperimentarlas, y la dulzura de su trato con los que se hacian dignos de ella llegó hasta el asiento principal de los Guaranies, en sitio muy cercano al que hoy ocupa la ciudad de la Asuncion. Dominaban aquí dos régulos, ó caciques afamados, Lambaré y Yanduazubi Rubicha, tan propicios en sangre, como celosos de su vasto poder. A pesar de lo que publicaba la fama, ambos juzgaron que era agraviar su valor dar libre tránsito á estos estrangeros. Con un exército numeroso se acercáron á los españoles, poniendo muchas amenazas con que se daban un ayre de seguridad. Tenian colocada su confianza en quarenta mil brazos, que podian poner en movimiento en caso de perder esta primera accion, y en dos ciudades fortificadas con murallas de gruesos troncos, fosos, contrafosos, estacadas ocultas de agudas puntas, y todo quanto podia exigir una arquitectura militar proporcionada á sus armas y conocimientos. Ayolas deseaba evitar este encuentro, mas para perdonar unas vidas dignas de compasion, que por temor de aventurar la suya. Hizo decir á estos indios, que sus intenciones eran de paz, y que era bien consultar la resolucion que tomaban con su propia seguridad. Su respuesta fué provocarlo con un diluvio de flechas, que condensaron el ayre; pero á la primera descarga de los españoles el espanto tomó la plaza que habia ocupado una vana confianza: todos desordenados se refu-

giaron precipitadamente à la fortaleza de Lambaré. Los vencedores la sitiaron : esta capitulò al tercero dia y se rindiò, no pudiendo sostenerse contra el esfuerzo de unos soldados tan aguerridos y disciplinados. Los artículos de la capitulacion los trazò Ayolas ajustados al plan de sus empresas. Conociendo quanto le convenia tener fortificado un sitio, que à mas de ser un freno para los vencidos, pudiese servirle de asilo en algun accidente desastrado, fuè el primero, que los Guaranies levantarian esta fortaleza en el lugar que habian desembarcado los españoles. El segundo tenia por objeto una firme alianza entre ambas naciones, por la que serian comunes sus intereses, y comunes tambien sus fuerzas para vengarlas. Este ajuste se hizo el 15 de agosto de 1536, sirviendo de fundamento para que tomase el nombre de Asuncion la ciudad à que poco despues se diò principio.

Son à veces mas poderosos los resortes de la politica, que los de la fuerza mas acreditada. No convenia à los españoles desobligar mas à los Agaces tantas veces humillados, ni malograr unos instantes, que exigia el principal objeto de su sistema. Con todo, afirmarse en la amistad de los Guaranies, era por ahora el interes preferente, que abria el paso à lo demas. El general español conocia bien el corazon del hombre y sabia, que nada gana tanto su confianza, como ponerse de parte de sus resentimientos. Los Guaranies abrigaban contra los Agaces unos odios envejec-

dos. Jamas el deseo de la venganza obrò con mas actividad en estos bàrbaros, que quando vièron tan bien protegida su pasion. Ocho mil Guaranies iban delante de los españoles: acusando su tardanza. Asegurados por sus exploradores de la desprevencion con que dormia un pueblo de Agàces, los sorprehendió todo el exercito, y executò tan sangrienta carniceria, que un solo varon no salvò la vida. Los Guaranies quedaron muy ufanos, y no menos los españoles con una complacencia tan favorable à su politica. Aun consiguiéron éstos mas de lo que deseàlian. Los mismos Agàces viniéron rendidos à suplicar un acomodamiento, que à escusa de la debilidad de sus armas dexaba intacto su amor propio. Fueles concedida la paz, y ellos la guardàron con fidelidad. Resulta de estos hechos, que pueblos divididos por zelos mutuos no podian resistir à una fuerza superior y siempre unida.

Yà era tiempo que Ayolas continuase su expedicion. El tèrmino invariable à que se encaminaba era el pais de las riquezas: en todo lo demas el y sus compañeros se consideraban peregrinos. La brùxula mas exâcta era el deseo de adquirirlas por el camino mas breve, que rara vez es el mas justo. Segun las noticias que le dieron los Guaranies, hàcia el occidente habian provincias que rebosaban en oro y plata, y era forzoso atravesar por entre naciones poderosas y guerreras. Esta preocupacion sostenia la constancia de los españoles, quienes deseaban acreditar la

grandeza de su alma, y la energia de su valor. Sin que quedase ninguno en la fortaleza, cuya guarda se encomendò à los Guaranies, pasàron adelante hasta un puerto que intitulàron la Candelaria. Pertenecia este sitio à la nacion Payaguà, muy memorable en la historia por sus engaños. Comunmente se dice, y lo apoya la experiencia, que la atrocidad y buena fè caràcterizan al mundo bàrbaro, como la humanidad y la perfidia al mundo civilizado. Por lo mismo las costumbres rusticas y salvages de los citados Payaguàes unidas à las sutiles asechanzas del artificio y la mentira serán siempre un fenòmeno mòrd, que deberà examinar la filosofia. Los españoles no experimentàron mas en ellos, que el abuso de su confianza baxo las garantias de amistad. Con un exterior de dulzura y de afectuosidad, que parecian confirmarlo sus mismos obsequios, se aderèzon à los españoles. Estos con ànimo mas generoso no omitièron expresion de benevolencia, que pudiese conducir à ganarlos. Los dones reciprocos y la franqueza de trato hicièron concebir à Ayolas, que los Payaguàes entre sus manos serian instrumentos muy utiles à sus designios. Esto lo determinò à dexar entre ellos con cien soldados al capitan Domingo Martinez de Irala, y conducirse por tierra acompañado de trescientos paysanos, que le facilitò el cacique, en busca de esas regiones opulentas, que eran el atractivo de sus ciudadòs. Irala solo debia esperarlo seis meses en virtud de su instruccion.

Mientras Ayolas exercia con decoro estos penibles oficios de aventurero, fluctuaba el Adelantado Mendoza entre la resolucion de regresar à España y la de esperar resultas de su teniente. Los capitanes Juan de Salazar, Espinosa, y Gonzalo de Mendoza con ochenta hombres partièron por su òrden desde la ciudad de Buenos-Ayres en solicitud de noticias. Todo el fruto de esta jornada, que alcanzò hasta el puerto de la Candelaria, fuè la fundacion de la ciudad de la Asuncion año de 1537, la que à instancia de los fieles Guaranies formalizò à su vuelta Gonzalo de Mendoza en el mismo sitio de la fortaleza, interin que Salazar se encaminaba à Buenos-Ayres à dar cuenta al Adelantado de todo lo sucedido. Este ya habia dado su vuelta para España, y se hallaba con el mando de la ciudad el terrible Ruiz de Galan, monstruo despojado de todo sentimiento de humanidad. La relacion harto lisonjera de la abundancia y prosperidad que disfrutaba la Asuncion arrastrò tras de sì el deseo de participar este beneficio, largo tiempo suspirado en Buenos-Ayres. Ruiz de Galan con mucha parte de sus habitantes se trasladò à aquella colonia. Despues de haber sufrido à su arribo el cruel azote del hambre ocasionado de una pública calamidad, y despues de haber aumentado con sus rigores el odio popular, tuvièron todos la amargura de ver afrontado el respetable mèrito de Irala, quien, con ocasion de buscar vìveres, arribò à la Asuncion. Otros excesos de su genio van à minorar

estos efectos de su impetuosidad.

Ignorando de todo punto, que la mas bella de las ciencias es el saber mandar, y siempre poseido de su feroz humor, vino à descargarlo con toda su acrimonia en la fortaleza de Corpus-Cristi contra los inocentes Caracaràs. La crueldad à que lo excitaba la activa severidad de su caràcter presidia à sus resoluciones. A pretexto de la mas falsa imputacion, qual era de haberse coligado estos indios contra los españoles, les armò lazos para perderlos baxo el velo de una fraudulenta amistad. Quando los viò mas descuidados, cayò sobre ellos, è hizo una horrible matanza: el que escapò de la muerte no escapò de la esclavitud. Pero si queria ser un perfido, debiò haber precavido los efectos de su perfidia. El no podia ignorar, que la necesidad es la maestra soberana de los pueblos salvages; y que en la impotencia de vencer à viva fuerza era una leccion muy peligrosa con que los instruia su mal exemplo. Este no solo llenò de escandalo à los españoles, sino tambien hizo desconfiar à los aliados, y aumentò el odio de los enemigos. Francisco Alvarado que gorbenaba esta fortaleza, sin duda porque reprobò esta alevosia temiendo sus consequencias, fuè relevado por el capitan Antonio de Mendoza y conducido à Buenos-Ayres, en compañia de Galan. Los Caracaràs tratàron seriamente la venganza por el mismo medio, que habia asegurado su agravio. Los Timbùes tomàron parte en la querella, para separar un rayo que ame-

nazaba sus cabezas. Sin manifestarse sensibles á la desgracia de sus compatriotas, parecia que al contrario daban las gracias á sus agresores, redoblando á favor suyo sus atenciones y servicios. Esto hacian al mismo tiempo, que con la conducta mas reservada levantaban el plan de su traicion, y estaban siempre en centinela para no dexarse penetrar. Acercóse el plazo de executarla. Vino entónces á la fortaleza el cacique principal de los Caracarás, y pintando en su semblante un sobresalto que no pasaba al corazon, expuso privadamente á Mendoza el duro trance en que se hallaba, ó de faltar á la fidelidad prometida, ó de ser con todos los suyos víctima desgraciada de una vecina y poderosa nacion, que los cohibia á confederarse contra sus buenos amigos. Pidióle prontos socorros y concluyó de esta suerte: "yo dexo satisfecha mi obligacion con este aviso anticipado: á vos os toca valeroso capitan mirar por vuestro crédito y corresponder esta lealtad." El alferez Alonso Suarez de Figueroa con cincuenta soldados caminaron en auxilio de estos bárbaros; pero no tardaron mucho en conocer que se habian aprovechado de su confianza para perderlos con seguridad. Al pasar por un estrecho fueron sorprehendidos de una emboscada. Con todo, no pudieron los indios desordenarlos en este primer choque. El segundo ya fué con toda la rabia de una fiera carnicera y vengativa, en el momento que ve escaparsele la presa de las manos. Peleaban los españoles con el denue-

de acostumbrado; pero no pudiendo resistir à tanto numero, murieron todos gloriosamente.

Los españoles con la negra accion de Galan se habian hecho muy odiosos, para que estos indios se contentasen con otra satisfaccion, que su total exterminio. Inmediatamente vinieron à poner sitio à la fortaleza en número de dos mil. Si los ataques eran vigorosos y sostenidos, no lo era mènos la defensa. No fuè pequeña dicha de los bàrbaros haber inutilizado desde los principios con un golpe de dardo al bravo Pedro de Mendoza, que con toda dignidad desempeñaba su puesto. En medio de la consternacion que causò esta desgracia, es donde la magnanimidad española se mostrò en toda su fuerza. Reforzandose los bàrbaros cada dia con nuevas tropas, repetian dos ataques con nueva obstinacion à pesar de los muchos que morian, como victimas de su constancia. Con todo, el fuerte no daba señales de flaqueza. La desesperacion en fin determinò à los bàrbaros à un hecho, que diese à conocer la valentia de sus espiritus: el dia quinceno del cerco, dieron à la plaza un asalto general y iban à contar la victoria, quando un feliz accidente se las arrebatò de las manos. Dos naves españolas, que con noticia de haber dos bàrbaros sorprehendido un bergantin, venian de Buenos-Ayres à Corpus-Cristi, mandadas por los capitanes Domingo Abreu y Simon Xaques de Ramoa, llegàron à ponerse à distancia de percibir el estruendo de los arcabuces, y el sonido de las flautas con que los ene-

migos acaloraban lo mas empeñado de la accion. Instruidos del suceso se acercàron todo lo posible, y manejàron la artilleria con tan buen éxito, que hicièron un destrozo capaz de amedrentar los ànimos mas osados. Por otra parte aquel punto de honor erigido en maxîma entre todas las naciones de ocultarle al enemigo sus pèrdidas, obligaba à los bàrbaros à romper sus filas, y debilitar los ataques. Ellos retropedièron algun tanto: saltàron à tierra los españoles de los barcos: los sitiados se unièron à ellos: acometieron todos à los bàrbaros y los pusieron en huida. Se señalàron mucho en valor Juan de Paredes, Adamo de Olaberriaga y el capitan Campusano. Acaeciò este suceso el 3 de febrero de 1539 dia de san Blas obispo. Se cuenta que los indios atestiguaban haber visto sobre la muralla un personage venerable que arrojando fuego por los ojos y amenazandolos con una espada que vibraba, les llenaba de terror. Los españoles atribuyèron esta dicha à una protèccion visible del santo. Pero la superstición popular admite con gusto estos prodigios, y los ha multiplicado con tanto exceso, que hace dudar muchas veces aun de los verdaderos. A consequencia de este acaecimiento, y de haber muerto de su herida el capitan Mendoza, evaquàron los españoles la fortaleza de Corpus-Cristi, y se trasladàron à Buenos-Ayres.

CAPITULO VI.

Vuelve el teniente Irala à la Candelaria en busca de Ayolas: los Payagudes le forman una traicion y los vence: refiere un indio Chanés la muerte de Ayolas: llega à Buenos-Ayres el Veedor Alonso Cabrera: Irala es elegido gobernador: dàse nueva forma à la ciudad de la Asuncion: tiene principio la predicacion del Evangelio; desampàrase à Buenos-Ayres: conjùranse los Guaranies: es descubierta la traicion y son castigados.

La tardanza del general Ayolas traia muy atormentado el ànimo de su amigo y sostituto Martinez de Irala. El miraba ya esta dilacion como una circunstancia presagiosa de infortunio, pero la misma incertidumbre del suceso era una razon mas de averiguarlo. Sus nobles sentimientos en contradiccion con su seguridad lo llevàron à este arriesgado empeño. Con todo de estar pasado en mucho exceso los tèrminos estipulados, y que toda precaucion era insuficiente para ponerse à cubierto de los insidiosos Payagnàes, Irala volviò à la Candelaria. Su arribo por de pronto fuè infructuoso, porque ni aun se dexò ver señal de huella humana. No corriò mucho tiempo sin que los bàrbaros ansiosos de exercer sus malas artes, buscasen à los españoles què se habian recogido à una isla. En nùmero de quarenta se presentàron à distancia, y propusieron por medio de sus nuncios acercarse baxo pretexto de comercio, siempre que depuestas las armas, tuviesen un salvo conduc-

to su inocente timidez. Aunque à la penetracion de Irala no se escapò la dañada intencion de estos fingidos comercinantes, el anhelo de instruirse sobre la suerte de Ayolas dió mérito à que condescendiese à la propuesta de estos conspiradores. Mandò pues à sus soldados las dexasen, quedando siempre en guarda de tomarlas al menor indicio de traicion. El suceso nos convence lo que la prudente cautela vale en un diestro general. Se acercaron entònces los Payaguàes dando à sus acciones y discursos aquel tono afectuoso de nativo candor, que concilia la confianza, quando se halla desprevenida. Luego que conocieron, que su disfraz habia acreditado la mentira à la medida de sus intentos, se arrojàron unos sobre las armas, otros sobre los españoles. No fué tanta la diligencia de éstos, que las recuperasen con prontitud. Irala pudo primero que todos empuñar la espada y rodela à merced de su advertencia y valor. Despues de haber echado à sus pies siete cabezas de los mas denodados, embistiò contra los demas, asistido de su alferez Carvajal y Màduro; y llevando en su espada à todas partes el estrago, consiguiò ver desenvueltos à los suyos. Concurriéron de los bàrbaros otros muchos; se formalizò mas la refriega, y aunque con pèrdida de dos soldados españoles y quarenta heridos, entre éstos el valeroso Irala, vieron por fin darse à una fuga vergonzosa estos salvages. Los bergantines tuvieron que sufrir otro igual ataque; pero tambien la gloria del vencimiento

Acaeciò este suceso el año de 1538.

Quando mas perplexo se hallaba Irala en una isla entre ponerse à salvo de tantos riesgos, ò provocarlos con nuevas tentativas, se oyeron hàcia la banda opuesta clamores lùgubres de un indio, que en voces castellanas pedia ser llevado à la presencia de Irala. Puesto en ella se dexò ver como abismado en ese profundo silencio, que es la expresion mas enèrgica del sentimiento. Inquiriò Irala el motivo; pero al quererlo proferir espiraban las palabras à medio acabar sobre los labios; porque las lagrimas (este ùltimo recurso de un afligido) ahogaban el uso de la lengua. Haciendo por fin el mayor esfuerzo habló de esta manera: " Yo, señor capitan, dixo, soy un indio de nacion Chanés, que tuve la buena suerte de servir en clase de criado al capitan Ayolas. Despues de un largo y penoso viage llegò por ùltimo mi amo à los pueblos de Samòcosis y Sibòcosis, que habitan las cordilleras del Perù. La bondad con que trataba à todos le hizo un gran lugar entre estas gentes, y le facilitó la adquisicion de inmensas riquezas, que conduxo à este pais. Su disgusto fuè muy grande quando se encontrò sin los navios y soldados que creia lo aguardaban. Mitigaron su afliccion los Payaguàes, hombres siempre aparejados à tributar sus obsequios con una fingida prontitud. Por entònces lo galantearon con la comida y los servicios, hasta que à èl y los suyos pudiesen darles muerte segura. Observado el descuido con que dormian, cayeron sobre ellos

una noche y los pasàron à cuchillo. No sé por que accidente habia escapado mi amo; pero habiendo sido encontrado al otro dia fué inhumanamente asaeteado. A mi me valiò ser indio para no sufrir la misma suerte; y acaso para que hubiese quien os refiriera este suceso." No admirarà este acontecimiento à quien advierta, que Ayolas aun no habia experimentado la duplicidad de estos bàrbaros. Sus hechos serviràn para conocer en adelante, que tiene tambien su astucia la estupidez, tanto mas digna de temerse, quanto es mayor la seguridad à que provoca. En quanto à la bondad de Ayolas, que pondera el indio Chanés, facil es concebir, que siendo éste el principal agresor en la muerte del inocente Osorio, no era esta bondad una virtud de temperamento, ò de reflexîon, que inclina al bien aun sin esperar la recompensa, sino por el contrario, una bondad seductora de que se prevalìa para adormecer la sencillez de los bàrbaros, à fin de que fuesen mènos sus peligros y mas abundantes los despojos. Si el valor, la intrepidez y los demas talentos militares, sin la rectitud del alma, pudiesen dar derecho al heroismo, seria Ayolas uno de los héroes de esta conquista. Exigia el pundonor de Irala que convirtiese sus armas contra estos prevaricadores de la fé prometida; pero eran desproporcionadas sus fuerzas à un empeño de esta clase. Su situacion lo obligò à volver à la Asuncion.

Mientras hacìa Irala estas gloriosas pero esteriles incursiones arribò à Buenos-Ayres el Veedor

Alonso de Cabrera con un refuerzo de tres embarcaciones y doscientos reclutas: vinièron tambien aqui ocho religiosos franciscanos. (a) Pero esta desgraciada ciudad estaba destinada casi à unir el dia de su muerte con el de su nacimiento. Por una parte los viveres, que conduxèron estas embarcaciones se corrompièron prontamente: por otra, retirandose los bàrbaros con todas las subsistencias del pais, le ponian un asédio tanto mas apretado, quanto estaba mas distante el enemigo. Los rigores del hambre empezàron à sentirse, y era preciso prevenir sus consequencias. El Veedor y Ruiz de Galan, que por un ajuste ilegal habian encontrado el medio de contentar su ambicion, gobernaban simultaneamente. De comun acuerdo resolviéron pasarse à la Asuncion con los mas vecinos que pudiesen. Asì lo practicàron despues de haber despachado à la corte dos procuradores, y dexado un corto residuo de habitantes baxo el mando del capitan Juan Ortega.

Quando el Veedor y Ruiz de Galan tomàron tierra en la Asuncion, yà se habia anticipado el teniente Martinez de Irala. Por una de las providencias de la corte estaba provisto el gobierno de estas colonias en el desafortunado Ayolas, y

(a) *El autor de la Argentina manuscrita, libro primero cap. catorce dice, que solò traxo un navio. Parece que se equivoca; porque à mas de que Ulerico afirma fueron tres quando menos, ésto es mas conforme al tenor de su titulo en el que se le llama capitan de cierta armada.*

en caso de haber fallecido sin darse sucesor, tenian derecho los conquistadores para que á pluralidad de votos nombrasen el que debia reemplazarlo. A vista de una resolucion tan categórica, los principales pobladores se reprehendian ellos mismos por esa baxa condescendencia con que toleraban la usurpacion de un mando, á que en su juicio los encaminaba su propio mérito. La eleccion se hizo yá necesaria para precaver los efectos de una guerra civil. Domingo Martinez de Irala, á la verdad, era un concurrente de grande nombradía, que por su consumada prudencia, su valor á prueba del último peligro y sus continuados servicios fixaba la atencion pública: favorecíale tambien ser sostituto de Ayolas, y por último le preparaba los sufragios una ambicion enmascarada con tal arte, que, afectando huir del empleo, hacia que por lo mismo él lo siguiese. Esto es en la realidad saber texer la tela del honor con trama gruesa y urdiembre delgado. De comun consentimiento empuñó Irala el baston de general el año de 1538, y los que se habian abatido mas servilmente á los pies de sus rivales quando mandaban, fueron los que mas los insultáron en su desgracia.

Puesto en posesion del mando, resolvió Irala, como era debido, señalar los principios de su gobierno, dando á este cuerpo político aquella organizacion que exîge el instituto social. Creó pues un cabildo, repartió solares entre los vecinos, fomentó la construccion de los edificios, echó

los primeros fundamentos del templo, y cubrió la ciudad con un buen muro de defensa. Creeriamos que se habia propuesto restablecer el órden destruido tanto tiempo por esa licencia soldadesca siempre dañosa à las costumbres, sino supieramos, que el exemplo es el que manda, y que sin este apoyo las leyes son muy débiles. En efecto, la vida lúbrica de este gobernador era mas propia para lisonjear las pasiones, que para contenerlas en sus deberes. Es verdad que en su tiempo empezó la union conyugal à confundir los vencidos con sus propios vencedores; pero, à favor de la proteccion de Irala, la disolucion se hallaba en crédito à expensas de la honestidad. No es posible que un pueblo sea honesto, si nada le impide el ser vicioso.

Por este tiempo tuvo principio en estas partes la predicacion del Evangelio. Los religiosos franciscanos deben contar entre sus glorias haber hecho resonar por la primera vez en los oidos de estos bárbaros los augustos nombres de Dios, Cristo, Religion. Pero mucho era necesario para que el sonido de estas voces, dexase mas efecto, que una sorpresa pasagera y aun contradictoria à su sindéresis. Para que no pasasen por absurdos los dogmas mas sublimes y las verdades mas abstractas de la fé, debia preceder una atildada preparacion, que fuese el fruto de la paciencia y del trabajo mas sedentario: debia el conocimiento del idioma abrir el paso à las ideas, y debia en fin la predicacion no hallarse desmentida por las obras.

No sucedia así. Los religiosos, aunque de vida exemplar, eran muy pocos; se manejaban por intèrpretes; acaso ignoraban aquel mètodo que enseñò despues la experiencia, y las costumbres de los demas decian tanta oposicion con la doctrina, que no era extraño concibieran los salvages fuese distinto el Dios del Evangelio del Dios que recibia el culto de sus obras.

La peligrosa suerte de Buenos-Ayres era un objeto digno de ocupar las atenciones politicas del gobernador. Siempre guiado del consejo, maestro seguro del acierto, llevò à deliberacion de un congreso el importante punto, de si convendria desamparar por ahora aquel establecimiento distante un dedo de su ruina. Muchos opinaron por su perpetuidad; y en efecto; las consideraciones de ser este un punto cardinal en la escala de las expediciones marìtimas; de abrir por su situacion local el comercio de la metròpoli con las colonias: de asegurar los auxilios exteriores, y por ùltimo de impedir hiciesen pie en el continente las naciones zelosas de esta gloria, eran un cuerpo de motivos que daban peso à este sufragio. Con todo adhiriendose el gobernador à la mas sana parte de los juicios, fuè de sentir, que en la imposibilidad de prestarle los auxilios necesarios, sin grave detrimento de la capital, exigia el interes coman un sacrificio momentaneo de aquellas grandes ventajas, principalmente resultando de la evaquacion de este puerto el importante beneficio de tener reunidas las fuerzas, cuya disipacion causaba la tris-

de languidez de esta república naciente. Quedó acordada esta resolucion; y en consequencia la guarnicion de Buenos-Ayres, sus vecinos y la gente de la nave genovesa Panchalda de donde proceden los Aquines, Roches y Troches, (a) que habiendo naufragado cerca del puerto, solo se habia unido para aumentar el numero de los infelices, fueron trasportados à la Asuncion. Se lisonjeaba no poco el gobernador Irala, que con esta reunion tendria à sus órdenes un pie de exército capaz de restablecer los negocios públicos, y desempeñarse en la ruidad de sus designios. No fué tan pequeña su sorpresa quando hecha reseña de la gente, solo se halló con seiscientos hombres en estado de tomar las armas. Estas eran las deplorables reliquias de esos grandes armamentos, que en el curso de casi veinte y quatro años buscaban, aun sin fruto, los engañosos bienes de una esperanza fenecida.

Las pruebas con que hasta el presente tenian acreditada su fidelidad los Guaranies, no daban lugar de sospecharse fuese necesario emplear con ellos estas armas. Aun estaban frescas las huellas con que auxiliaron al exercito español en la jornada contra los Yaperies complices de los Pa-

(a) *Esta embarcacion hacia viage à la mar del Sud por el estrecho de Magallanes, à expender en el Callao pocos ducados de carga; pero no pudiendo pasarlo arribó à Buenos-Ayres.*

yaguàes en la muerte de Ayolas. Con su ayuda habian tambien los Ibitirusus, Tibiquaris y Mondais entrado recientemente al yugo de la obediencia. Sin embargo en medio de esta calma aparente se iba formando una tempestad, que hubiera descargado sobre sus nuevos dueños, à no haberla conjurado una dichosa casualidad. Los caciques de los pueblos sojuzgados arrastraban con impaciencia la cadena del vasallage; pero vivian tan amedrentados, que rezelaban dar à conocer aun à los suyos el deseo de romperla. Para sondear los ànimos dexàron escapar algunas quejas, que mas parecian efecto del deshaogo, que de un designio premeditado. Herìan estas en la llaga que à todos afligia: una sensasion dolorosa correspondiò à esta tentativa. Asegurados los caciques dexàron hablar el sentimiento en toda su fuerza y energia. "Nosotros, decian, hemos nacido libres y gemimos al presente baxo una dura esclavitud: nos han quitado nuestras tierras y se nos obliga à cultivarlas para otros, humedeciendolas con nuestras lagrimas mezcladas de nuestro sudor: nos consumimos por servirlos y hemos de sufrir nuestros males sin tener el alivio de quejarnos: nos toman nuestros hijos y mugeres, y abusan de ellas por toda suerte de ignominia; los montes estàn llenos de los nuestros, y se les imputa à delito que huyan de la opresion: todo el que respira en estas tierras es feliz, y solo nosotros envidiamos la suerte de los que yà no existen: pero el ùltimo de los males es la imposibilidad de remediarlos".

Llevaba por intento este raciocinio excitar la desesperacion, maestra fecunda de consejos atrevidos: no se engañaron los caciques: todos escogiéron una muerte gloriosa, ántes que gemir en una vergonzosa esclavitud.

Yà era preciso ajustar los medios de una secreta conspiracion. Para imprimir en estos salvages una idea reverente de los misterios que repararon al hombre caido, habia dispuesto el gobernador Irala celebrar en el jueves santo de 1540 una solemne procesion de flagelantes. Era por cierto esta ceremonia mas à proposito para infundir terror del cristianismo, que para ganarlo aficion; pero era tambien la mas análoga à las extravagancias de un tiempo, en que nada gustaba tanto como mezclar usos bizarros con las practicas mas sagradas. Esta fué la ocasion que eligieron los conjurados para poner en obra su designio. Hiciéron pues que anticipadamente fuesen entrando à la ciudad ocho mil indios quienes, concurriendo no en masa, sino en diferentes porciones, ocultaban sus intentos baxo el velo de la curiosidad. Hallabanse yà todas las cosas casi à punto de empezar el estrago quando fuè descubierta la traicion. A servicio del capitan Salazar estaba una india principal, hija de uno de los caciques mas autorizados, en quien este español tenia yà un hijo. Temiendo un indio deudo suyo, que en fuerza de estas relaciones le comprehendiese la catàstrofe, la llamò à sólas y le descubriò todo el secreto. Fingiose ella muy deudora à una noticia

que tanto interesaba su vida: pidiole la siguiese mientras se retiraba á salvar un hijo, que no permitian sus entrañas dexar en el peligro. El capitan Salazar supo por ella hasta las menores circunstancias de esta oculta maquinacion. Con la posible prontitud dió aviso al general, y no tardó éste en atajar el daño. Sonando que un trozo de Yaperies venia á invadir la ciudad, hizo de pronto tocar alarma, y convocó al mismo tiempo á los caciques so color de consultarlos. Ellos entraron á casa del general para no volver á salir. Habiendo confesado el hecho que intentaban, fueron todos condenados al suplicio. Este golpe vigoroso de autoridad acaecido, poco mas ó ménos, en la misma hora destinada por los hacedores á su cruenta execucion, los llenó de tal espanto, que abatió todos sus espíritus y no les dexó alientos, sino para la fuga. Con todo se prendieron á muchos, no para castigarlos, sino para afectar una clemencia, que tuviese por fruto la sumision. El gobernador Ircio hizo admirar en esta ocasion para los incautos su humanidad. Echados los indios á sus pies obtuvieron toda misericordia. Esta reconciliacion fue sellada por el matrimonio de algunas indias con los españoles. De la union de estos pueblos dimanan las mestizas, union que debe ser ventajosa, si es verdad que los hombres ganan como los animales atravesando sus razas; pero siempre era de desear, que así como los hombres tienen un solo origen tuviesen tambien, si fuese posible, una sola patria, para

que no se conservase ninguna semilla de esas antipatias nacionales, que eternizan las guerras, y las pasiones destructoras. Los indios de estos paises son de una tinta bronceada bastante fuerte, cuyo humor prolifico proveé quatro generaciones, segun sus diferentes mezclas. La tabla genealogica que se sigue hace esto mas sensible.

Primera: de una muger europea y de un americano nace los mestizos. Ellos son atezados, los hijos de esta primer combinacion tienen barba, aunque el padre no la tiene, como es notorio: el hijo pues adquiere esta singularidad de esta la madre, lo que es bien raro.

Segunda: de una muger europea y de un mestizo proviene la especie quinterona: ella es la menos atezada, porque no hay sino un quarto de americano en esta generacion.

Tercera: de una muger europea y de un quarteron viene la especie octavona, que tiene una decima parte de sangre américana.

Quarta: de una muger europea y de un octavon sale la especie que los españoles llaman puchuela; ella es del todo blanca, y no se le puede discernir de la europea.

CAPITULO VII.

Alvar Nuñez Cabeza de Vaca solicita el Adelantazgo del rio de la Plata, el que se le concede: formanse algunas ordenanzas para el gobierno de la provincia: se hace à la vela el Adelantado, y llega à santa Catalina: su viage por tierra, y su recibimiento en la Asuncion: promuévese la conversion de los indios: obstaculos que se experimentan: nombra à Martinez de Irala por maestre de campo, y lo destina à nuevos descubrimientos: vence Riquelme al cacique Tabaré: arrogancia de los Guayçurúes: son vencidos.

El anhelo à las riquezas hizo que algunos particulares trocasen en estos territorios una fortuna asegurada por otra contingente. La experiencia debió abrirles los ojos para conocer, que siendo estos paises exhaustos de metales, y no produciendo por entónces ningun fruto, que pudiese entrar en la balanza del cambio, era este un bien poco ménos que imaginario. Pero como es esta una pasion à quien irritan sus mismos desengaños, los medios de curarla los obstinaban à exponer esa fortuna à nuevos riesgos. Así venia à suceder, que la codicia se hallaba castigada por la codicia misma. Los armadores en la expedicion de Diego Garcia se engañáron; pero al fin fundaban su esperanza en el crédito de las riquezas con que este nuevo mundo hizo que el viejo le volvicse los ojos. D. Pedro de Mendoza incidió en el mismo error; pero fué con las muestras en las manos, que hizo correr la ligereza de Gaboto. El

armamento del Veedor Alonso de Cabrera fué en parte una conseqüencia del tratado con Mendoza, y aunque el rey ayudó en estas jornadas, el aumento de la dominacion à qué dirigia sus auxílios era siempre un interes indeficiente, que daba lugar à estos sacrificios. La nave Marañona de la expedicion de Cabrera estaba de regreso en España, y con èlla el por menor del estado de la conquista. En la serie de estos acontecimientos hablaba con eloqüencia la voz de la miseria. Pues con todo, vease aquì un nuevo aventurero, que solicita la provincia con empeño.

Éste es el memorable Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, mas célebre por sus desgracias, que por sus pretendidos milagros. Era este caballero nieto del Adelantado Pedro de Vera, cuyas proezas militares en tiempo de los reyes catolicos reduxéron la gran Canaria à una provincia de Castilla. Alvar Nuñez se viò empeñado en esta ruta del hónor con todo el entusiasmo que podia inspirarle un exemplo doméstico tan brillante. Pasó à la América con Pànfilo de Narvaez en la desastrada expedicion, que tenia por destino la conquista de la Florida. De quatrocientos hombres que componian este armamento, sólo quatró, entre éllos Alvar Nuñez, escapáron la vida en la borrasca; pero tan al arbitrio de la suerte, que bien fué necesario atribuirles un milagroso don de curacion, con que se hacian gratos à los bárbaros, para libertarlos en los diez años que sufriéron su cautiverio. Nos parece mas vero-

simil, que aquel ayre lleno de franqueza y de afabilidad, à que rara vez se resisten los corazones mas desapiadados y que por un privilegio de la naturaleza era tan propio de este ilustre prisionero, fuè toda la virtud con que logrò amansar la fiera condicion de los bàrbaros. Por lo demas una santidad à prueba de milagros toca en los àpices de la perfeccion, y nunca se ha visto pasar à Amèrica en busca de fortuna. No escarmentado Alvar Nuñez con sus pasados infortunios, solicitò el Adelantazgo del rio de la Plata con todo el empeño de un acalorado pretendiente. A favor de sus servicios, y de ocho mil ducados con que ofreciò costear una nueva expedicion, sin dispendio del real erario, se le concediò este gobierno à condicion de haber muerto su propietario Juan de Ayolas; ocupando el grado subalterno de su teniente en el evento contrario. Asì se capitulò en 18 de marzo de 1540.

No ha faltado quien mire la civilizacion como un pasagero, que progresivamente va buscando los paises templados y ricos de vegetales. No hay duda que atendido el curso natural de la cultura, la esterilidad del terreno ha debido retener al hombre por mas tiempo en la vida salvage. Pero un feliz concurso de causas politicas puede invertir ese òrden, y establecer en él la vida social, con anticipacion à otro mas fecundo. Viòse esto palpablemente en las ingratas regiones del Perù, con respecto à las de estas provincias todas salvages, à pesar de su capacidad para fructificar

qualquier semilla alimentaria. El interes del vasallage hizo que los reyes de España se apresurasen à introducir la cultura de estas regiones; pero solo hasta aquel grado, que fuese compatible con la odiosa calidad de colonos. Estos bárbaros eran antropòfagos, crueles, desapiadados, y no amando à sus mugeres con ardor, carecian de la mas fuerte atadura de la sociabilidad. Por otra parte, la falta de medios para subsistir desterraba toda idea de union y de amistad, y los tenia en perpetua guerra.

La introduccion del cristianismo, algunas semillas para el cultivo de nuevos frutos, algunos animales domésticos y ciertos articulos correspondientes al buen òrden fueron los medios que por ahora puso en práctica la corte de España baxo la direccion de este Adelantado. Pondremos aquí los mas dignos de memoria.

Primero: " que se propagase la religion cristiana con el mayor esmero." No es dudable, que este era el medio mas eficaz de dar à este estado una forma regular y consistente; pero la austera verdad de la historia no permite disimular incompatibles con su imparcialidad. Es preciso confesar de buena fe, que este arduo empeño se hallaba erizado de unas dificultades, tanto mas difíciles de superar, quanto ellas nacian de los mismos profesores de la fé. El duro tratamiento de estos conquistadores tenia de tal modo enagenados los corazones de los indios, que para rehusar el cristianismo, bastaba verlo profesado de sus

tiranos. Baxo la misma opresion alimentaban el deseo de libertarse, y èste era inconciliable con la resolucion à un estado, que en su concepto de necesidad la perpetuaba. Por otra parte las costumbres corrompidas de sus nuevos dueños, su insaciable sed de riquezas, sus odios mutuos excitados por el deseo de dominar, y en fin sus disoluciones sin mas términos que los del apetito, era preciso que quando menos pusiesen muy en duda la santidad del Evangelio. No era facil persuadirles, que estos cristianos, de que hablamos, se hallasen convencidos de unas verdades que tanto despreciaban, ni que tuviesen mucho temor à un Dios cuya justicia provocaban.

Segundo: "que no pasasen abogados, ni procuradores à estas partes." Habia yà acreditado la experiencia quanto atrasaba la poblacion el abuso de estos causìdicos, que à favor de la distancia interpretaban las leyes à su antojo, y no venìan à ser otra cosa, que los instrumentos mas nocivos de las pasiones.

Tercero: "que los castellanos y los indios pudiesen tratar libremente." El libre exercicio de los cambios y demas contratos es uno de los medios mas eficaces para la civilizacion, y el que parece abrazàr todos los bienes comprehendidos en la esfera de los deseos. Trae su origen de ese derecho de propiedad de que el hombre es tan zeloso, por quanto seria ésta muy incompleta, si al derecho de gozar no se le uniese la facultad de disponer. Los conquistadores abusaban de su poder,

contra los indios en esta parte: pero los reyes de España ¿ abusaban ménos del suyo contra unos y otros imponiendo restricciones al tràfico?

Quarto: "que de los tenientes se apelase à los gobernadores, y que la relacion de las operaciones de éstos se remitiese al consejo." Tenia por objeto esta ordenanza desarmar el fiero despotismo subalterno à que estimula el espìritu de conquista, quando lo alienta la impunidad. Otra era necesaria para poner término al de los reyes. Sin ella no podia haber vida, fortuna, derecho, ni propiedad asegurada.

Como si quisiera el nuevo Adelantado y gobernador forzar la fortuna à que le resarciese el tiempo y las fatigas vanamente empleadas en buscarla, partiò prontamente de san Lucar el 2 de noviembre de 1540 llevando baxo su mando, segun la mas probable opinion, cinco embarcaciones y quatrocientos hombres fuera de la gente de mar. En marzo del siguiente año arribò à la isla de santa Catalina, donde hizo saltar à su gente y veinte y seis caballos de quarenta y seis que se embarcàron. Sirvióle de no pequeño consuelo encontrar aquì à los padres Armenta y Lebron de la òrden franciscana, que con un zelo verdaderamente heroico desempeñaban las funciones del apostolado. Fuèse fastidio de la navegacion, fuése por haber perdido dos embarcaciones, como algunos dicen, ò mas bien por un deseo de adquirir conocimientos pràcticos de los lugares y naciones, à que pretendia extender las influencias de su mando,

emprendió por tierra su viage à la Asuncion, habiendo entrado primero por el rio Itabuco, y despachado por mar à Felipe Cáceres con todos los invàlidos. En esta jornada fuè donde haciendo conocer Alvar Nuñez, que sabia poner à sus deseos limites mas estrechos que à su poder, y que si se manifestaba armado, era para proteger à los dèbiles, diò pruebas de su bondad, seguramente, mas gloriosas que las victorias de otros. Los indios habitantes en este dilatado espacio se admiraban de que un hombre fuese capaz de tanta beneficencia. Con sus personas y sus bienes, puestos à los pies del Adelantado, no creian hacer mas que honrar la virtud misma. Despues de haber tomado posesion de estas tierras, dandò à la provincia el renombre de Vera, entrò por fin en la Asuncion el 11 de marzo de 1542 sin mas desgracia que la muerte de un solo hombre. Poco despues arribàron las embarcaciones, no habiendo tenido en el trànsito otro accidente azaroso que la escasez de viveres de que fueron socorridos por las prudentes prevenciones del Adelantado. En mas riesgo se hallaron las balsas, que desde el rio Paranà despachò con algunos enfermos, imposibilitados de seguir la marcha por tierra; pues atacados de doscientas canoas de indios necesitàron todo su valor para salir libres de aquel peligro. Estas llegàron un mes despues que el Adelantado.

Los españoles de alta clase recibiéron en la Asuncion al gobernador con mas urbanidad que verdadero agrado. Ellos se asombraban con las par-

ticularidades de su jornada; pero querian mas bien, dice un escritor, atribuirlas à un prodigio del cielo, que à unas virtudes, que no estaban en disposicion de imitar. Quando la historia haya puesto à la vista el quadro de infelicidades que sobrevinièron à la provincia en tiempo de este gobierno, nadie podra excusarse de preguntar ¿como un justo que siempre hablaba con la virtud y el exemplo, mas poderoso que las leyes, pudo ser ocasion de tantos desastres? Es que nunca son mas temibles los vicios de un pueblo corrompido, que en el peligroso trance de hallarse reprimidos.

El Adelantado no difiriò un momento el artículo de la religion, tan digno de su zelo y tan conducente à acreditar la fidelidad de su empleo. Convocò al clero, le manifestó la voluntad del rey, le recomendò el buen tratamiento de los indios, como medio necesario para facilitar su conversion, y lo hizo responsable de esta causa, que sin traicion à su ministerio no podia abandonar. Juntò tambien à los indios y exhortandolos à recibir la religion, les produxo un razonamiento lleno de aquellas verdades primitivas, que no dexan de percibirse aunque ofuscadas entre la nube de los errores.

Convirtiendo despues el Adelantado sus atenciones à las cosas de gobierno, hizo reseña de la gente y se encontrò con mas de mil trescientos españoles. Confirió luego el empleo de maestre de campo à Martinez de Irala. Esta ya fué una

falta con que empezò él mismo à labrarse sus desgracias. Exîgia su seguridad no autorizar demasiado à un ambicioso con todos los talentos que lo ponian en aptitud de executar un mal designio, y que acostumbrado al mando, era de presumir sufriria con impaciencia otro sobre él. El suceso acreditarà este rasgo de politica. Alvar Nuñez no era capaz de incidir en la baxa timidez de un silencio pernicioso: sabiendo quan justificada era la aversion que los oficiales reales se habian concitado por la odiosa altivez de su conducta, reprimiò con varonil entereza sus vexaciones, y los contuvo entre los justos limites de sus deberes. Un disimulo artificioso cubriò sus ódios hasta lograr ocasion de satisfacerlos. El Adelantado empezò à conocer, aunque tarde, el error de haber armado à Irala, y usò alguna vez de la politica para retirar de su lado un émulo tan peligroso. Hizo, pues, que con trecientos hombres avanzase los descubrimientos del rio mas allà del puerto de Ayolas, hasta encontrar otro mas còmodo por donde pudiese realizarse el proyecto tan deseado de comunicar con el Perù. Irala desempeñò esta comision como hombre de espiritu y sagacidad: subiò hasta el puerto de los Orejones, que despues llamàron de los Reyes, cien leguas mas arriba del antiguo descubrimiento: trabò amistad con aquellos pueblos de indole pacifica; se informò de todas las naciones, que ocupaban lo interior del tràsito; y cargado de oportunos conocimentos diò vuelta à la Asuncion. El Ado-

tentado habia empleado este tiempo en ajustar nuevas paces con los inquietos Agàces, siempre temibles por sus continuas piraterias à pesar de los tratados.

En este estado se hallaban las cosas quando un incidente interrumpiò la cesasion de hostilidades. El cacique Tabaré, señor de la provincia de Iparè, poseìdo de una noble altaneria, y teniendo la sujecion de sus vasallos al dominio español como una afrenta que desbonraba su autoridad, los excitò à sacudir el yugo. Antes de tomar las armas quiso Alvar Nuñez darse un ayre de justicia. Sabìa que en su pueblo se hallaba prisionero un hijo del desgraciado portugues Alexo Garcia, de quien diximos, que habiendo penetrado hasta los confines del Perù, muriò à manos de los asesinos Guaranies. La consecucion de este prisionero le pareciò de mucha importancia, por lo que sus luces podian conducir al gran proyecto de internacion. No era muy de esperar, que el fiero Tabaré accediese à un pacifico rescate: con todo, Alvar Nuñez se lo hizo proponer por medio de indios amigos, esperando dar con su repulsa una nueva justificacion à su causa. En efecto, con una osadia ignominiosa y cruel cerrò el bàrbaro todas las vias de conciliacion: su respuesta fuè quitar la vida à los emisarios, dexando à uno solo con ella, para que fuese mensagero de su atrocidad y desprecio. Contaba este cacique con unas fuerzas capaces de desempeñarlo en su querella. Consis-

tian estas en ocho mil indios esforzados de su parcialidad, fuera de otros muchos aliados, y en su capital fortificada con tres ordenes de gruesas estacadas, à que antecedia un gran foso de circumbalacion. Toda la mansedumbre del Adelantado no fuè bastante para tolerar un agravio que interesaba lo mas vivo del honor. El capitan Alonso Richelme con trecientos soldados y mas de mil indios dirigiò su marcha al pueblo de Tabaré con ànimo resuelto de expugnar esta fortaleza, donde con todas sus fuerzas se hallaba acantonado el enemigo. Los requerimientos de paz producian en estos bàrbaros un efecto contrario. Una inopinada salida obligò à los españoles à valerse de todo su ardimiento para no ser desordenados. Despues de una vivìsima accion, en que los bàrbaros resistieron con un valor inesperado, al fin fueron rechazados. Por otra parte el capitan Camargo, que con una compañia y quatrocientos Guaranies venia cargado de virtualias, fuè asaltado con generoso ìmpetu de un trozo de enemigos, en cuyo lance acaso hubiese perecido à no haberle dado la victoria, aunque con mucha pérdida, el desaliento de que se dexàron apoderar con la muerte de su caudillo. Estos antecedentes pusieron à los españoles en la necesidad de abreviar el asedio con un asalto general y decisivo. Las cosas se disponian para ello, quando, saliendo los barbaros por dos puertas, se arrojàron con un corage tan resuelto, que penetràron por nuestro real, y se apoderàron de la plaza de

armas. Avergonzados los españoles, embistieron con aquella noble emulacion, que asegura la victoria; y aunque fue vigorosa la resistencia, consiguieron recuperar el campo perdido. La resolucion del asalto estaba tomada, y asi se practicò. Los indios hicieron una de las defensas mas obstinadas y mas digna de mejor fortuna. Los españoles necesitàron de toda la ventaja de sus armas para triunfar y quedar dueños de la plaza; año de 1542. Se contàron hasta quatro mil muertos, y tres mil prisioneros por parte de los vencidos: por la de los vencedores murieron de los españoles diez y seis soldados, y fueron heridos mas de ciento, de los indios amigos, entre muertos y heridos, fueron muchos.

Hizo tal impresion en los bàrbaros esta derrota, que los seguia à todas parte la sombra del terror. Los fugitivos à la cabeza del humillado Tabarè, con los demas pueblos adyacentes, vinièron poco despues à jurar un eterno vasallage con tal que se les perdonasen las vidas. Richelme usò con moderacion de la victoria: no sòlo les conservò la vida, sino que dexò à Tabarè en posesion del cacicazgo. Restablecida la tropa de sus fatigas, regresò à la Asuncion donde recogiò muchos honores entre el estrèpito de un jùbilo militar.

La paz y la tranquilidad son sumamente necesarias para curar las llagas de un estado. Pero la calamidad de estos tiempos no daba lugar à otra cosa que à estar siempre ceñido de este fierro homicida, y siempre manejando esas armas competi-

donas de los rayos. Los Guaranies se hallaban baxo la tutela del poder español. Por este principio sus agravios les tocaban muy de cerca, como tambien la necesidad de vindicarlos. Los mas urgentes en el dia eran los que les inferian los Guaicurùes, nacion muy numerosa, atrevida, guerrera y cruel, quienes por sus violentas depredaciones tenian infestado el pais. A la politica de los conquistadores le era muy interesante acreditar el valimiento de su proteccion. Con esto lograban sojuzgar à todos, yà aficionando à los imbéciles, yà rindiendo à los mas fuertes con el auxilio de sus mismos compatriotas. Alvar Nuñez diò òrden para que los padres Armenta y Lebron con el presbitero Francisco de Andrada hiciesen entender à los Guaicurùes, que prontamente restituyesen quanto tenian usurpado, desistiésen de la guerra contra sus aliados, prestasen obediencia al Cesar y no impidiesen en su territorio la publicacion del Evangelio. Un lenguage tan nuevo para los oìdos de estos bàrbaros, proferido por quien, sin derecho alguno, se erigia en juez de un pueblo libre, y lo sujetaba à la obediencia de un dueño, que èl no se habia elegido, amotinò de tal modo su sobervia, que bien fuè necesaria toda la escolta de cincuenta soldados, para que estos mensageros no pagasen con sus vidas el precio de su temeridad. Sin embargo, no fuè pequeña dicha de la escolta escapar con algunas heridas.

Era èste un atentado muy insolente en el inicio

de los españoles: el Adelantado se resolvió à vengarlo por si mismo. Habiendo nombrado por cabos subaltornos à Irala y à Juan de Salazar, pasò el rio con quinientos españoles de infanteria, diez y ocho ginetes y dos mil Guaranies, suministrados por el escarmentado Tabaré. Vivian los Guaicurùes tan satisfechos de si mismos, que desdeñaron todo preparativo, como vergonzoso indicio de cobardia. Todos dispersos los de esta tribu segun su costumbre, tuvieron necesidad los españoles de darles tiempo à la reunion. Sin haberlos aun sentido, asentàron su pueblo tres leguas de nuestro campo. En el silencio de la noche logrò este ponerse en proporcion de que sus espias escuhasen los cantares llenos de arrogancia y valentia, con que alimentaban su vanidad en menosprecio del español. Al siguiente dia se avistaron los dos exércitos. No pudiendo sufrir el Guaicurù ver violado su territorio, acometiò al español con mas impavidez, que cordura. A pesar del estrago que hacia la artilleria, sostuvo el choque heroicamente, y no sin daño de los nuestros. Lo que no pudo conseguir la viva fuerza, obrò un temor ilusorio. Habia dispuesto el Adelantado, que los pretales de los caballos estuviesen guarnecidos de muchos cascabeles. En lo mas vivo del combate acometieron estos de tropel, llevando en el ruido y la novedad un sobresalto capaz de sorprender el corage mas prevenido. Un pavor frio se apoderò de los bàrbaros y les hizo caer las armas de las manos.

Desordenados y vencidos, buscaron en la fuga el único modo de recobrarse. No fué de sentir el general se les siguiese el alcance; porque los Guaranies aun no se habian restablecido del temor; y porque era muy de rezelar emboscadas à cada paso, de un enemigo jamas acostumbrado à ceder. Cubierto de esta gloria, que hasta aqui nadie habia merecido, regresó con todo su exercito à la Asuncion.

CAPITULO VIII.

Levantase los Agaces: Alvar Nuñez hace las paces con los Guaicurùes: manda ahorcar unos caciques de los Agaces: hace que Irala repita los descubrimientos: parte à una jornada para el rio Paraguay: castiga à los Payaguàes: llega hasta los Guaxarapos: resisten los españoles continuar adelante, pero les obliga Alvar Nuñez: introdùcese tierra adentro, y se ve obligado à retroceder: el capitan Mendoza entra à un pueblo de indios, donde encuentra una grande serpiente: choque de Alvar Nuñez con los oficiales reales: su vuelta à la Asuncion.

No podemos menos de lamentarnos de recorrer el campo de una historia, donde la mala fé, la perfidia, y las traiciones parece que brotan bajo la pluma del escritor. No pudiendo estos infidios contrarrestar por un valor heroico la fuerza irresistible de sus invasores, muchos de ellos sostituyeron en su lugar el fraude y el engaño. De esto se valieron por ahora los Agaces, enemigos los mas intratables del nombre español,

A pesar del nuevo ajuste con el Adelantado, el primer instante de su partida contra los Guaicùruos, fué el último de su fidelidad. Nunca les pareciò mas facil desalojar à los españoles de la capital, que quando vieron la debilidad de su guarnicion. Con este designio se acercàron en gran nùmero; pero la vigilancia de Gonzalo de Mendoza, à cuyo cuidado corria la ciudad, frustrò todos sus conatos. Los bàrbaros despicàron su saña talando los campos, y haciendo incursiones en que dexàron los estragos de su ànimo hostil.

El Adelantado juzgò que era preciso llevar la guerra al centro de esta nacion, y obligarla quando menos à respetar las fronteras. Pero àntes quiso dexar cubiertas las espaldas, trayendo à su amistad al no bien domado Guaicurù. Parece que los españoles por el derecho de la guerra reducian à esclavitud algunos de los prisioneros. Los indios extendian este derecho aun à matarlos y comerlos. Observa un escritor, que la suerte de los prisioneros ha sido varia segun las diferentes edades de la razon: los mas salvages de los hombres los atormentan, los degüellan y los comen, este es su derecho de gentes. Los salvages ordinarios los matan sin atormentarlos. Los semibàrbaros los reducen à esclavitud. Las naciones cultas los rescatan. Que los indios de que hablamos reduxesen à esclavitud los prisioneros, parece que lo autorizaba la justicia de su causa, unida à su estado de barbarie; pero que los españoles los

imitasen, á mas de que lo vedaban sus leyes, temian contra si la injusticia de sus empresas, y la cultura de su razon. Con todo, dando Alvar Nuñez por un rasgo de generosidad la libertad à los prisioneros Guaicurùes, ensayò obligarlos de este modo à la correspondencia. Para esforzar mas su liberalidad convocò à estos prisioneros y les expuso, quan doloroso le habia sido que los insultos de su nacion le hubiesen puesto las armas en unas manos, que deseaba sòlo extenderlas para su beneficencia. Hizo asi mismo que uno de ellos significase à los principales su buena disposicion para ajustar una amistad, de que nunca tendrian que arrepentirse. El embaxador peroró sobre esta causa ante los suyos con toda la vehemencia de què es capaz el que bendice aquel momento, en que, sin imaginarlo, pasa de un perpetuo cautiverio al dulce estado de libertad. Rara vez andan separados el valor y la gratitud. Los Guaicurùes hacian no mènos alarde de valientes que de generosos. A los quatro dias siguientes vinièron veinte indios cabezas de familia. Introducidos à presencia del Adelantadò se sentàron solare un pie, dando à conocer venian de paso, y tomando uno de ellos la palabra hablò con toda la franqueza de un guerrero. Texiò de pronto una larga historia de los triunfos con que su nacion se habia adquirido el predominio sobre las demas, no para hacer una vana ostentacion de su valor, sino, antes bien, para encontrar en ella misma un justo motivo de suscribir sin abatimiento à su sumi-

sion, pues nada parecia mas debido como rendirse al que venciendo al vencedor de los demas, habia obscurecido todas sus glorias. La subordinacion al rey, el paso franco à la predicacion del Evangelio y la cesacion de hostilidades en el territorio de los Guaranies amigos y vasallos fueron los articulos de la capitulacion. El Adelantado quedò muy complacido de haber concluido un ajuste, à que no habiendo concurrido la fuerza de las armas, ni los baxos medios de la politica, estaba muy distante de la extorsion. Otras naciones enemigas, siguiéron el exemplo de la Guaicarù, y la dominacion española iba cimentandose cada vez mas.

Todo lo que el partido español ganaba por este lado, perdia por los irreconciliables Agàces. Los odios que èstos profesaban à los demas sus compatriotas, hacian que mirasen su adhesion al español como una razon mas de aborrecerlo. Siempre atentos à devastar nuestras campañas, tenian amedrentados à sus habitantes con sus continuas rapacidades. Antes de dar principio à la guerra, vengó el Adelantado su enojo mandando ahorcar en varios arboles del campo à doce prisioneros de esta nacion. Hecho inhumano con que hizo traicion à su corazon, y afeò la bella historia de su vida. Este severo ultraje de las leyes sirviò à lo ménos para que los Agàces se ahuyentasen à lugares remotos, que defendidos de pantanos impracticables cerràron la entrada al exercito español.

Observa bien el Padre Lozano (a) la equivocacion, que padece el cronista Herrera (b) afirmando, que Alvar Nuñez despachó gentes á que poblasen el puerto de Buenos-Ayres en consideracion de su importancia. El silencio de todos los escritores, y el afirmar el Licenciado Centenera, que esta ciudad no se repobló hasta el año de 1580 siendo uno de los que concurrieron á este acto, acreditan la legalidad del reparo. Pero no es menos digno de critica el mismo Lozano, quando poco despues se contradice (c) asegurando, que Alvar Nuñez mandó dos bergantines con Gonzalo de Mendoza á socorrer á los que habia despachado á poblar á Buenos-Ayres.

La ambicion de Martinez de Irala murmuraba, aunque en voz baxa, por verse reducido á un puesto subalterno. No se le escondia al gobernador que su mano proveia de alimento al fuego de la sedicion, y que este para manifestarse, sólo esperaba el primer soplo que lo reanimase. Valióse mañosamente el Adelantado de la aptitud de Irala para sofocar este incendio, que él mismo preparaba. Obligólo pues á que con noventa castellanos partiese en tres bergantines á repetir los descubrimentos del rio Paraguay. Nada descubre tanto el fondo de reserva de este hombre artificio-

(a) *Historia manuscrita libro 2. cap. 9.*
(b) *Herrera década 7. lib. 4. cap. 13.*
(c) *Idem cap. 10.*

so, como ese sufrimiento con que sin inquietud ve desvanecerse las obras de su maquinacion. Sabia que el modo de malograr un designio, era precipitarse à recoger un fruto, que aun no estaba en sazon. Afectando tranquilidad de ànimo, partiò à su destino el 20 de noviembre de 1542. Habiendo arribado al puerto de las Piedras, setenta leguas de la Asuncion, dispuso segun las instrucciones del Adelantado, que ochocientos indios con tres castellanos se introduxesen por lo interior de la banda occidental y adquiriesen todas las noticias, que conducian al plan general del establecimiento. Las sugestiones del cacique Aracaré, que amotinò à los indios, malogràron esta empresa, y aunque repetida por otros mas fieles à quienes persiguiò aquel, no tuvo otro éxito, que recoger trabajos, sustos y desengaños. Los tres castellanos y los indios de esta expedicion no habiendo encontrado à Irala fueron molestados del cacique Aracaré; pero al fin logràron incorporarse à los de la jornada. Continuò pues Irala su derrota hasta un puerto, que intitulò de los Reyes, situado en la nacion de los indios Cacovés. Reconocidas estas gentes las encontrò dedicadas à la labranza, y que daban indicios nada equivocos de poseer ese metal, ingrato objeto de tantos afanes. Con estas noticias dignas de dar à esta empresa un ayre de importancia volviò Irala à la Asuncion. No quedàron sin castigo las infidencias de Aracaré, porque fulminando su proceso en la Asuncion, y cayendo en

manos de Irala à su regreso, pendiente de un arbol sirviò de escarmiento à los demas.

No se puede negar que la situacion del Adelantado era una de las mas dificiles y delicadas. Quando entreteniendo à Irala en continuas expediciones parecia cortar los brotes de la sedicion, renacian èstos con mas vigor por el fomento de los nuevos mèritos, que èl mismo lo obligaba à contraer. Los sucesos de la ùltima jornada practicada por Irala animaban los deseos que alimentaba el Adelantado de reconocer por sì mismo unos descubrimientos, que llamaban las serias atenciones del vigilante interes. Pero la declaracion de su propòsito no hizo mas, que sucitarle contradicciones. Intenta acopiar vìveres entre los indios, y cuestan èstos batallas y victorias, que ganò Irala: advierten los oficiales reales el nuevo crèdito con que va à realzarse, y envidiosos de esta nueva gloria se atraviesan con mil embarazos. Pero la firmeza del Adelantado disipò todos sus estorbos. Despues de haber hecho regresar à los padres Armenta y Lebron, evadidos furtivamente para promover ante el rey las calumnias de los sediciosos, y despues de haber abolido las nuevas exàcciones con que èstos tenian agravados los antiguos abusos, detuvo sus empresas con el arresto de sus personas. Irala que todo lo dirigia à sus fines con tanta destreza como constancia, parecìa no hacer papel en esta escena; pero era bien averiguado, que sembraba con arte la discordia, que estaba unido de intencion con los demas, y que res-

piraba en secreto su venganza.

A despecho de sus enemigos con quatrocientos españoles y ciento cincuenta indios de guerra puso en obra su partida el Adelantado en 1543, dexando el mando al capitan Juan Salazar de Espinosa, y llevando consigo à Irala y dos oficiales, Pedro Dorante y Felipe de Caceres, cuyos movimientos convenia observarlos muy de cerca; aunque el autor de la Argentina manuscrita dice, que tambien fué Alonso de Cabrera. Con prospera fortuna, unos por tierra, y otros por mar, llegaron hasta el puerto de Itapitan donde se embarcaron todos, y prosiguiendo el viage, arribaron al de la Candelaria, ese sitio aborrecible por tantos infortunios. Al hombre de candor y buena fé es tanto mas facil engañar, quanto imposible que él engañe. Toda la grande experiencia, que se tenia del trato doble de los Payaguaes, no puso à cubierto al Adelantado para impedir que se burlasen de su credulidad. Seis indios de esta nacion, contrahaciendo la inocencia con toda propiedad, se presentaron en su presencia, y dandose por enviados de un caciquè principal, ofrecieron à su nombre poner en su poder dentro de un dia natural hasta sesenta y seis cargas de ricas joyas y presas, que fueron los despojos del desgraciado Juan de Ayolas. Quando consideramos el indiscreto assenso, que dió Alvar Nuñez à esta torpe ficcion, no tememos asegurar, que los indios la comenzaron, y que su gran deseo la concluyó. Pasado con mucho exceso el termino del emplaza-

miento sin que los oferentes verificàsen su promesa, y sabiendose que los indios invadian à cara descubierta las canoas mas lentas del convoy, conociò la burla el Adelantado, mas tarde de lo que debiera. Su ofensa personal al verse sonrojado de unos bàrbaros, y el agravio de las armas españolas concurrièron para resolverlo à la venganza. A beneficio de una emboscada de embarcaciones que dispuso con arte y sagacidad, logrò dar una descarga à los agresores, que le dexò sobrada materia al arrepentimiento. Canoas echadas à pique, indios destrozados por las balas, otros reducidos à cautiverio, y caciques ahorcados en los bosques, fué el triste resultado de la pasada burla. Viendo al pacifico Alvar Nuñez tan fieramente encarnizado, es facil reconocer aqui las preocupaciones odiosas tanto tiempo funestas al género humano.

Bien satisfecho su enojo contra los Payaguàes, continuò su marcha hasta la tierra de Guaxarapos y Guatos, con cuyas naciones trabò amistad, haciendo intervenir todos los medios que podian cautivar su voluntad. El 25 de octubre llegò à la division de este rio, que partido en tres brazos forma con el uno un gran lago, y hace con los restantes la isla de los Orejones, grande, poblada, abundante, amena y tan deliciosa, que mereciò llamarse el parayso. Fueron recibidos aqui los españoles con una cortesania nada comun à los otros pueblos. Estos grandes atractivos los inclinaban à levantar un establecimiento que podia

servir de escala à esta importante navegacion, y de entre-puerto à la comunicacion del Perù. Observarémos en adelante lo que costò à la España haberlo despreciado. A la penetracion de Alvar Nuñez no podian escaparse estas ùtilidades; pero, ò temiendo enflaquecer sus fuerzas con esta division, ò reservàndose elegir lo mejor despues de bien examinado el terreno, resistiò por ahora este proyecto. Su resistencia causó en el exercito una fermentacion, que estuvo en visperas de declararse en alboroto popular. "¿A què fin, gritaban en voz alta, principalmente los veteranos, habitar siempre en paises salvages, consumirnos de fatigas, exponernos à nuevos riesgos, sin tener una fortuna asegurada? ¿Que buscamos en los desiertos, en los bosques y en los paises inundados, donde sòlo nos saludan antropòfagos? Y à la vista de nuestros compatriotas, que las enfermedades quitan de nuestro lado ¿que podemos esperar sino una suerte semejante? Seamos prudentes à sus expensas, y sin ir à buscar mas lejos esos tesoros quimèricos, que parece huyen de nosotros ¿por què no hemos de gozar el bien que hoy dia nos presenta la providencia? Quando mas, busquen los jovenes ese oro, mientras pasamos en un ocio tranquilo los cansados años de nuestra vejez." Los principales de la tropa se acercàron al Adelantado y le expusiéron cortesmente estas bien fundadas quejas; pero tomando por su parte la palabra les dixo, algo demudado "¿Son españoles estos que yo oigo hablar asi? ¿Hemos

dexado la España, nuestros padres, nuestros amigos, por venir à buscar tierras y gozar en la obscuridad una vida blanda y ociosa? Para eso ¿ que nos faltaba en nuestra patria? Yo me imagino ver aqui unos muchachos, que por recoger manzanas desprecian los tesoros cuyo precio no conocen. El emperador, nuestro señor, nos ha enviado à este nuevo mundo, para conquistarle provincias y asegurarle la posesion de las riquezas, que èllas encierran en su seno: es necesario, ò morir, ò emplear la vida en experimentar mayores males: conviene à nuestro honor corresponder à la confianza con que nos ha honrado este gran principe. Yo se quales son mis obligaciones y las vuestras: à mi me toca daros el exemplo: vosotros lo seguireis, si fueseis dignos del nombre que teneis."

Este raciocinio calmó los ànimos, y se dexàron conducir hasta el puerto de los Reyes, donde arribò la armada, no sin crudos trabajos y fatigas. Fué muy cumplido el regocijo quando à poco de haber recorrido el campo, encontràron à estas gentes tan humanas, como si cada qual limitase su ambicion à ser amigo de los españoles, y pusiese su felicidad en servirlos. Nacia sin duda esta mansa indole de su profesion agricultora, y de ese tal qual culto, aunque à fingidas deidades, que no sin asombro de los huèspedes advirtiéron en estos indios, con exclusion de los que hasta entònces habian tratado. En ocasion tan oportuna, no podia estar sin exercicio el zelo activo de Alvar Nuñez. Dispuso pues que se formase una capilla provisio-

nal donde se propuso dar à estos naturales una alta idea de nuestros misterios, y les hablò del rey y de la religion con toda la dignidad de un enviado. El comisario Armenta acabò esta pasagera instruccion, no con el éxito que vanamente se lisonjeaba sino con aquellas engañosas señales, que manifestando convencimiento dexan siempre idólatra al corazon. Prueba de éllo fuè, que intentando destruyesen sus idolos, los defendièron con sus lamentos, como quien vela su propia ruina unida à la de su culto. No obstante ésto, con un zelo precipitado, éllos se quemàron à presencia de los indios, quedando muy pasmados de que el cielo no volviese por su causa.

El señor de mas nombradia en estas comarcas era el cacique de los Xarayes, de quienes recibe el nombre este celebre lago. No descuidò Alvar Nuñez en diputarle una embaxada solicitando su alianza, ni el cacique en recibirla con la mas atenta cortesanìa. Sentado este señor en una amaca de finisimo algodon, que le servia de trono, rodeado de trecientos cortesanos, y decorado de un tren de magnifencia correspondiente à su poder, escuchò con señales de magestuoso agrado las proposiciones de amistad, que hacian el objeto de esta legacìa, y cargando de dones y caricias à los embaxadores los despachò, para que convidasen de su parte al general y su tropa, tuviesen la bondad de acercarse hasta su pueblo à darle el singular honor de conocer à unos hombres, que immortalizaba la fama, y recibir los

oficios de su gratitud y beneficencia. Aun no satisfecho con esto, destinò à un vasallo principal suyo, no sòlo para que cumplimentase de su parte al general español, sino tambien para que le sirviese de fiel guia en caso de resolver la prosecucion de sus empresas. No debe admirar tanta humanidad en un bàrbaro: la razon y la equidad son de todos los lugares y los tiempos, y dictan los mismos sentimientos, sino se hallan contradichos por otros usos corrompidos. Los embaxadores Hector Acuña y Antonio Correa, con el enviado del cacique, volviéron al campo español, y refirièron al Adelantado todo lo expuesto; quien quedò muy complacido. En los ocho dias que tardò esta embaxada se incorporò à la armada la division de Gonzalo de Mendoza con noticias muy adversas. Éstas fueron que los Guarapos, segun decian los españoles, por una baxeza igual à la generosidad de los Xarayes, habian quebrantado la fé de los tratados, invadiendo alevosamente el bergantin del capitan Agustin Campos, à quien le matàron cinco españoles, fuera de Bolaños que se ahogò, y que persuadiendo à las naciones vecinas la vana invencibilidad de los españoles las excitaban à una conspiracion general. No creyò el Adelantado debia retardar sus proyectos por castigar este hecho. Aprovechando los momentos resolviò su marcha por tierra hàcia el rumbo del Poniente con trecientos españoles y los demas auxiliares. El capitan Juan de Romero teniendo à sus òrdenes cien castellanos,

y docientos indios amigos, quedò en custodia de la armada.

Sabiendo que la mayor parte del exército español iba arrastrado por el freno de la obediencia, que mascaba à pesar suyo, facil es conjeturar no seria muy venturoso el èxito de esta marcha. En efecto, vencidas yà cinco jornadas por bosques tan espesos, en que fuè preciso, à veces, abrirse camino con los brazos, manifestò sus incertidumbres el conductor Xarayeno. No debia ser de mucha conseqüencia este accidente, supuesto que se supo por otro mas perito, que à diez y seis jornadas, aunque no de facil tràmsito, venia yà à tocarse el tèrmino tan buscado. Pero los mal contentos se atrincheràron de este pretexto en una junta ante el general para que prevaleciese su intento. Alvar Nuñez echò de ver, que en la disposition de los ànimos eran muy arriesgadas resoluciones absolutas; sacrificando su juicio à la quietud pùblica, tuvo la prudencia de ceder. Aunque quedò decretado el regreso al puerto de los reyes, diò òrden, con todo, para que el capitan Francisco de Ribera, con seis castellanos y pocos bàrbaros, guiados del indio practico, se avanzase hasta un lugar llamado Tapuà. El entretanto experimentò en el puerto lo poco que servia el debil muelle del temor, para poner una amistad al abrigo de la inconstancia. Estos salvages excitados, en la ausencia del exército, por los influxos de lo Guarapos, y dando oido à las voces agonizantes de su religion, de sus costum-

bres y de su libertad entràron en el proyecto de deshacerse de los españoles por medio de una traicion. La vuelta de Alvar Nuñez calmò esta borrasca. Sospechando los caciques algo traslucido su designio, intentàron disculparse. No pasàron del todò sus excusas, porque estimò el general debia asegurarse de un terror verdadero por una severidad simulada. Afectò al vivo un acceso de irritacion, y mandò ponerlos al bordo del suplicio, donde sabia muy bien seria interesada su compasion por los ruegos de su gente. Esta lo desarmò en efecto, y aprendièron los indios, à su costa, à ser mas cautos.

Aunque moderados los españoles con las severas òrdenes de su gefe no daban materia al sentimiento de los bàrbaros: los odios y las venganzas por todas pàrtes se unian à sus pasos. Para ser una nacion aborrecida basta por lo comun ser conquistadora. Faltos de vivères los españoles, fué despachado el capitan Gonzalo de Mendòza en solicitud de buscarlos. Los Arrianicocies, parcialidad vecina, llevaron su arrogancia hasta negar por su justo precio los alimentos de que abundaban, y de presentarle batalla en desprecio de sus pacìficos requerimientos. Aunque en numero de quatro mil contra ciento veinte castellanos y sesenta indios amigos, se dieron vergonzosamente à la fuga à los primeros tiros del fusil. Mendoza entrò à su pueblo que encontrò desierto de habitantes, lo entregò al saco, y regresò cargado de viveres, y otros despojos. Antes de retirarse los españoles

encontràron en la plaza de este lugar una grán torre de gruesos maderos, que terminaba en figura piramidal. Éste era el templo de un serpiente monstruosa, que estos bàrbaros habian erigido en divinidad, y à quien mantenian con freqüentes sacrificios de carne humana. Abultaba por el medio tanto como un novillo, cuya mole iba en degradacion hasta las extremidades: la cabeza càsi quadrada, los ojos muy pequeños, pero vivos y centelleantes: la boca en extremo grande con quatro formidables colmillos, ò como quieren otros, con òrdenes de agudisimos dientes à su largura de veinte y cinco pies (otros se extièndan hasta veinte y siete) cubierta de una piel dura y atezada, ménos hàcia la cola, cuyos colores tan varios como vivos asentados sobre escamas de tamaño de un plato, que à trechos formaban ojos perfectos, añadian ferocidad al monstruo. La vista de este objeto de mecanismo tan horrible causò en todos los circunstantes una sensasion de pavor. Pero se aumentò mucho mas quando herido de un tiro de arçabuz, arrojò un bramido descomunal, y se azotò contra las paredes con tal ìmpetu, que hizo temblar la tierra, y extremecerse el edificio. Con todo los españoles le dièron muerte.

Los ànimos de los oficiales reales, irritados por una sed de venganza, no perdonàron ocasion de malquistar al Adelantado. Mas porque se le mirase con todo el odio de un injusto opresor, que por verdadero zelo de los reales haberes, pidiéron ante su tribunal el quinto de la presa. Con

sistia ésta en mantas de algodon, pellejos, barros y otras pequeñeces de esta clase. Observemos aquí de paso, que sofocando así la voz de la equidad, y atropellando las reglas de la buena fé, vinieron á ser estos empleos en América un objeto de abominacion. La tropa, dueña del despojo, manifestó sus inquietudes con señales de sedicion. Los oficiales reales se aplaudian de un hecho tan favorable á sus intentos; pero el Adelantado se habia establecido por ley suprema ser siempre dueño de sí mismo, y lo era fácil hallar recursos en su genio para contrariar sus pasiones las mas vivas. Despues de haber reprehendido unas exácciones injustas con que se hacia odioso el nombre del rey, declaró por libre el despojo, y aseguró las resultas con quatro mil ducados de su sueldo. Bastó ésto para sosegar el tumulto, y hacer que recayese la odiosidad en los mismos que se la procuraban. La aversion, con que el señor Azara mira las cosas de Alvar Nuñez, le hace adoptar la opinion de que el Adelantado fué el que se amparó de la presa y arrestó al comandante, que la reclamaba para los soldados. La historia decida la parcialidad. Nosotros seguimos la mayor parte de los historiadores con quienes concuerda en esta parte la Argentina manuscrita.

Con estos sucesos concluyó el año de 1543. A principios de él volvió de su jornada el capitan Francisco de Ribera. La relacion de este viage es un convencimiento sin replica del tino con que Alvar Nuñez meditaba las empresas, y que debian

ria triunfar de la oposicion mas obstinada, si alguna vez tuviese influxo la verdad sobre una pasion interesada en obscurecerla. Despues de veinte y un dias de continuada marcha por entre bosques muy espesos, pero abundantes de subsistencias, llegò Ribera à un pueblo de la nacion Tapecoràès: fué recibido de un indio con urbanos miramientos: registrò con sus ojos las piezas de oro y plata de que eran propietarios; supo que aquellas tierras encerraban tesoros muy sobrados para despertar la codicia mas dormida, y se instruyò de que à tres jornadas exîstia una nacion con la que los españoles tenian relaciones de comercio. Es verdad, que estas noticias venian mezcladas con el èxito azaroso de una fuga precipitada, à que debiéron la vida Ribera y todos los suyos, dando al mismo tiempo sus heridas un testimonio irrefragable de su peligro: porque irritados los indios à la vista de los Guaranies sus antiguos enemigos (como escriben algunos) resolviéron acabar con todos; pero el exército español no tenia que temer que estas ànimosidades hubiesen inutilizado sus designios. Sobre este principio no desesperò el Adelantado de reducir à su tropa, y hacerla entrar en sus antiguos sentimientos. Pero todo fué en vano. La vuelta à la Asuncion se pùblicaba no en el sumiso tono de la sùplica, sino en el imperioso del mando. Las enfermedades habian empezado à grasar en el exercito, y las inundaciones del rio hacian los caminos bastante impracticables. Todas estas consideraciones

...neral à desistir de su intento, y
...vuelta luego que llegase el capitan Her-
...no de Ribera, que con un bergantin habia
...ido en busca de víveres.

No pudo ésta verificarse con la prontitud desea-
da, porque aprovechándose los Socorines y Xa-
ques, unidos con los Guarapos, de las dolen-
cias del exército, diéron principio à sus incursio-
nes, cautivando cinco españoles que inhumana-
mente destrozàron. Este primer suceso los alentò
à otras empresas: cincuenta y ocho españoles
muriéron à sus manos, sin que pudiesen nues-
tras armas vengar su sangre! Con no menor de-
nuedo persiguiòron la marcha por el rio. Pero
al fin logrò ésta tocar en la Asunciòn el 8 de
abril del mismo año. El capitan Juan de Salazar
tenia à esta sazon aprontado un exército muy
numeroso para castigar à los rebeldes Aga-
ces; pero las disensiones intestinas, de que ha-
blarèmos, embarazàron las operaciones de este
armamento. Si fuese lìcito entretener con hechos
fabulosos la curiosidad de los lectores, extrac-
tàriamos aquì la relacion que formò de su viage
el capitan Hernando de Ribera. Pero los cono-
cimientos de las edades posteriores, han des-
acreditado demasiado la existencia de estos pue-
blos regidos, y habitados de puras mugeres; cu-
ya perpetuidad era debida à la cohabitacion que
con cierto tiempo del año hacian con los hombres
sus vecinos y enemigos, à quienes mandaban los
varones que nacian quedandose con las hembras,

capitan Ribera harto crédulo à las noticias que le comunicaron los Urtuescos dió tanta fé à esta quimera, à la belicidad de esta raza y à las portentosas riquezas de estas regiones, que no dudó trasmitirlas à la posteridad baxo el juramento mas solemne. La crítica desprecia los juramentos que se oponen à la verdad.

CAPITULO IX.

Conjúranse los españoles contra el Adelantado: lo prenden: es nombrado Irala en su lugar: los del partido leal intentan libertarlo: es remitido à España: despues de un largo juicio fué absuelto.

Antes de partir la armada del puerto de los Reyes se opuso el Adelantado con aquella su firmeza ordinaria à que se desnaturalizasen muchos indios, que los conquistadores pretendian transmigrar à la Asuncion. Este rasgo de entereza, unido à tantos de esta especie con que se habia propuesto no dar partido à las pasiones, acabó de agriar la levadura que abrigaban en sus pechos. Las costumbres irreprehensibles del Adelantado, su magnanimidad à toda prueba, el inmenso cúmulo de sus servicios y su reputacion eran bastantes para equilibrar esa aversion que les inspiraba la incorruptibilidad de su justicia. Sin embargo llevaban esta con tanto ménos sufrimiento, quanto eran mas corrompidas las costumbres que los inclinaban à la licencia. No teniéndo otro recurso que la desesperacion, formáron el proyecto de despojarlo de

su autoridad. Los oficiales reales, principalmente animados del deseo de la venganza, y temiendo la prosecucion de su proceso daban todo el calor posible à la execucion de este audaz designio. Todos sus pasos los encaminaban à este objeto, y no malograban ocasion de desacreditarlo. El retiro à que lo contraxéron sus enfermedades, lo interpretaban por un deseo de erigirse en un sagrado fantasma de quien no era digna la comunicacion de los demas: su escrupulosa vigilancia en el buen tratamiento de los indios, por un efecto de los movimientos desiguales de su humor atrabiliario: en fin su aversion à las encomiendas, por un estudiado arbitrio de enriquecer con ellas à sus antigos. Como si el amor al òrden los inflamasse à vista de las desdichas pùblicas, se produxéron asi en una junta de su faccion. " ¿ Hasta quando, amigos y camaradas, soportaremos estos excesos ? Unas veces nos conduce por entre mil riesgos y fatigas à expediciones inùtiles, otras fulmina contra nosotros procesos los mas iniqüos: tan presto despoja à unos del fruto de sus sudores, tan presto sonroja el pundonor de otros por su imprudente rigidez. A tòdo èsto correspondemos con el silencio, y ved aquì en lo que funda su seguridad. ¿ Como aun no nos hemos cansado de una dominacion tan tirana ? ¿ Podremos sufrir que un despota disponga arbitrariamente de las leyes, de nuestra fortuna, de nuestro honor, de toda esta provincia que debe à nuestra sangre su existencia; y què entretanto pòntemos por gran dicha

poder vivir? Si todavia hay algun resto de honor en nuestros pechos unàmonos todos y echemos por tierra esa autoridad, que ha dexado crecer nuestra cobardia." Este razonamiento causò en los ànimos toda la impresion que deseaban; y la prision de Alvar Nuñez quedò acordada.

Como los de esta faccion no podian ignorar, que asi el pueblo, como la mas sana parte del exército se hallaban muy adheridos à la persona del Adelantado, fué su primer cuidado no descubrirles todo el fondo de esta odiosa maldad. Pero para deslumbrarlos, dando un colorido de honestidad à sus movimientos, dispusiéron se publicase que iban los oficiales reales à requerir al Adelantado no intentase quitar sus encomiendas à los que no habian tenido parte en la jornada; y que siendo de recelar algun insulto à sus personas, era muy justo concurriésen esa noche todos armados à casa del contador Felipe Càceres, donde se darian las mas oportunas prevenciones. Arrastrados unos por el exemplo, otros por el temor, otros por motivos particulares, y alucinados muchos con las apariencias de un intento que nada tenia de criminal, entràron sin saberlo en la conspiracion. Evaquado este paso se dirigiévon à casa del inocente gobernador, cuyas puertas tenian yà ganadas por la infidencia de Navarrete y Diego Mendoza, dos familiares suyos. A pesar de estas dolosas precauciones, no faltò quien advirtiese la traicion al Adelantado. Entonces acabò de conocer todo el peligro que le ame-

nazaba; por que su inocencia y su virtud eran la mas fuerte barrera, que hasta aquí habia opuesto à los malvados. En medio de este infortunio es donde se desenvuelve la grandeza de su alma. Sin otro compañero que su valor saltó de la cama, se vistió precipitadamente y empuñò espada y rodela à tiempo mismo que lo saludàron los conjurados, profiriendo LIBERTAD, VIVA EL REY. No se turbò el Adelantado al ruido de estas voces tumultuarias: con toda presencia de ànimo les echò en cara su alevosìa, y no cesò de combatir hasta el punto en que su defensa iba à degenerar en temeridad. Ganandole la accion el malvado Jaime Rasquin, le puso à los pechos una ballesta en aptitud de traspasarlo à no entregarse. Pero en Alvar Nuñez parece que respiraba todavia la grande alma de su abuelo Pedro de Vera: dueño de sì, aun en tamaño peligro, echò sobre èl una mirada de desprecio, y juzgando indecoroso rendir sus armas à un hombre comun, quiso dar à la violencia una ayre de eleccion propia. Con toda la entereza de su voz llamò de los concurrentes à D. Francisco de Mendoza, y las depositò en sus manos. Los conjurados entònces se acercàron à su persona, lo cargàron de prisiones, y lo tratàron como à un infame delinqüente. No por ésto desmintió el Adelantado su carácter: sin proferir expresion que debilitase su constancia, tolerò con varonil serenidad todo este tropel de afrentas é ignominias.

Acaso no fué la prueba ménos señalada de la

proteccion del cielo sobre el virtuosó Alvar Nuñez., el que no tomasen sus enemigos el camino más breve y mas seguro de su muerte, dice el padre Charlevoix (a) : èsto àlo menos no les hubiera costado mas que un delito; siendo asì que el que emprehendieron, fuè una serie continuada de atentados, cuya impunidad no podian esperar, sino por el medio de una abierta sublevacion de èxito muy dudoso. Preso el Adelantado lo conducian à casa de Garcia Venegas, quando vueltos de su sorpresa los hombres fieles, arrojàron un grito de indignacion. La atrocidad del hecho, el abuso de su buena fè y la afrentosa idea de patrocinar una alevosìa, los obligàron à empuñar sus espadas, y purgar con su propia sangre sus pasadas inadvertencias. Peleàron con todo el esfuerzo que pudo comunicar el punto de honor; pero oprimidos al fin de la multitud acordàron reservar sus vidas à la patrìa, para que fuese mènos funesta su calamidad. El poder que estos primeros pasos dexàron à los oficiales reales, era yà bastante expedito para executar sin temor todo lo que podìa conducir à perfeccionar su delito. Estrechàron al Adelantado en rigurosa custodia, se apoderàron de sus papeles, despojàron de su autoridad à las justicias ordinarias, soltàron à todos los malhechores, sostituyèron en su lugar à aquellos caballeros, que podian causar-

(a) Tomo 1. p. 532.

les algunas inquietudes, convocàron al pueblo en las puertas del teniente Martinez de Irala, publicàron aquì à voz de pregonero un manifiesto lleno de imputaciones falsas, è ideas depresivas del honor de D. Alvaro, hiciéron conocèr à muchos haber formado el designio de despojar à los ricos-hombres, para congratular con sus bienes à sus mas adictas criaturas, y establecer sobre las ruinas de la autoridad legìtima un gobierno tirano y arbitrario; en fin, haciendo del terror el resorte mas poderoso de la fuerza pùblica, amedrentàron à todos los ciudadanos, y se hiciéron respetar. En sentir del mismo autor que hemos citado, la lectura de este manifiesto produxo un aplauso càsi general; y los oficiales reales que al principio habian sido mirados como rebeldes, fueron reconocidos por los restauradores de la libertad pùblica. Pudiera fortificar este concepto sabiendose quanto ayudaba el respetable influxo de los padres Armenta y Lebron; con todo los posteriores hechos estan en contradiccion con este juicio; sino es que se apele à la volubilidad con que improvisamente pasa la multitud de un extremo à otro, viniendo à ser por lo comun una presa asegurada de todo el que quiere seducirla.

Yà era tiempo de que los oficiales reales, con el cuerpo de ciudad, procediésen à poner un gobernador. Sin contradiccion alguna recayò la eleccion en Domingo Martinez de Irala. Vease aquì el centro à que desde léjos tiraba sus lineas este hombre artificioso. El autor de la Argentina manuscri-

ël, ò falto de noticias, ò lo que es mas verosimil, prostituyendo la verdad històrica al interes de familia, se empeña en justificar la conducta de este su abuelo materno (a). A creér su narracion el se hallaba ausente de la ciudad, ignoraba todo lo sucedido, tocaba por sus achaques en los ùltimos extremos de la vida, llorò la desgracia de D. Alvaro, se opuso à aceptar el mando, fué necesario, à fin de reducirlo, emplear toda la eficacia de los ruegos, y por ùltimo sacarlo en brazos al pùblico para que fuese reconocido. Si lo expuesto tuviera alguna certidumbre sòlo serviria para admirar hasta donde llega el disimulo del hipòcrita mas profundo. Los demas escritores atribuyen esta sublevacion en mucha parte à los càlculos y secretos manejos de su detestable politica. Lo cierto es, que poseedor de de la autoridad usurpada, no la restituyò à su legitimo dueño, ni aun atajò el curso de sus ultrajes. Por el contario, autorizò todas sus humillaciones y se hizo reo de una criminal condescendencia.

Aunque à favor de la mayor fuerza triunfaba el partido de los rebeldes, era preciso estar dispuesta à terribles agitaciones. Los hombres buenos, à cuya frente se hallaban Diego de Abreu y Ruiz Diaz Melgarejo, tomàron con un noble entusiasmo el distintivo de la lealtad. Los despojos, las prisiones y las muertes no hacian mas, que

(a) *Ruiz Diaz de Guzman lib. 2 cap. 4.*

irritarlos: un deseo de venganza alimentaba el odio de ambas facciones: todos andaban armados en la ciudad como si fuera un campo de batalla: bastaba el menor rumor para afirmar un juicio avanzado: en fin la provincia entera estuvo expuesta à ser sepultada baxo sus ruinas al vayven de estas violentas turbulencias. Para poner remedio à estos males el partido mas pujante tomò el bàrbaro arbitrio de inquietar à Alvar Nuñez en su prision, y amenazarlo, que calmaria el tumulto hechando su cabeza al pueblo, si él no lo apasiguaba. No podia dudar este ilustre prisionero el riesgo que corria hallàndose à discrecion de unos hombres, que hollaban todas las leyes, y estaban resueltos à inmolarlo à su pasion. Con deliberado acuerdo firmò una orden en que mandaba à todos los de su sèquito prestasen obediencia al nuevo gobernador, y no alterasen el reposo pùblico. Los rebeldes se hallaban muy cerciorados de la peligrosa situacion de los espiritus, para que quisiesen inflamarlo de nuevo, publicando un documento que comprobaba solemnemente sus violencias. Aun sin este poderoso estìmulo, que no hubiera hecho sino empujar à los zelosos ciudadanos, setenta de ellos, aconsejados de su propio valor, se confederàron para libertar al Adelantado de la opresion, y restituirlo à la posesion de su gobierno. Solo tropezaban en el escollo de que siéndo sentidos se aventuraba su vida al ùltimo trance, pues no era dudable, que Garcia Venegas, Hernandez de Romo y Her-

bando de Sosa, estaban aparejados para coserlo à puñaladas al primer movimiento popular. En tan dificil coyuntura resolvièron que el Adelantado fuese el àrbitro de su resolucion. Aunque su persona se custodiaba con la mayor vigilancia, consiguiéron por gran dicha, que una india su sirviente, acomodando mañosamente un papel entre las uñas de los pies, lo llevase hasta sus manos. Aprovechandose Alvar Nuñez de una polvora que hizo fluir con saliva, dió por el mismo conducto una respuesta digna de si. Lèjos de inspirar ideas hostiles, reprobò todo el plan de su libertad, y quiso mas bien ser un juguete infeliz de la fortuna, que deberla à costa de sus amigos.

Esta resolucion del Adelantado desarmò el partido de los leales. El de los rebeldes se entregò entònces sin ningun freno à la tirania mas opresiva; porque sordo Irala à los lamentos de un pueblo desgraciado, y à la debil voz de sus obligaciones, abandonò la provincia à sus odios y à su avaricia, como si pagase en esta moneda el precio de su elevacion. Cincuenta castellanos de la faccion perseguida desamparàron la patria, creyendo hallarla donde quiera pudiesen vivir libres. Muchos indios buscàron su asilo en los montes; y los que perseveràron baxo el yugo tuviéron por recompensa de su sumision el funesto permiso de entregarse à sus vicios. A los sacerdotes, Rodrigo de Herrera, Antonio de la Escalera y Luis Miranda, que con un santo zelo se opusièron à estos desòrdenes, no les valia su inmuni-

dad, para que dexasen de ser el juguete de unas manos sacrílegas. La licencia, y la corrupcion habia llegado á punto que nada deshonraba.

Aunque combinados ya todos los medios para asegurar la preponderancia, se gloriaban los rebeldes de haberla conseguido, con todo la presencia del Adelantado infundia todavia unos temores de que no podian desentenderse. Todos sus conatos los dirigiéron desde aquí á acelerar su remision á España, de un modo que asegurase sus esperanzas tan injustas, como lisonjeras. En un proceso formado con la mas dolosa cavilacion, no tuviéron vergüenza de añadir á la fealdad de su alevosía la de imputar á su gobernador los crímenes mas horrendos. Aun no contentos con esto, repartiéron al pueblo los modelos de las cartas, que debian escribirse, para que la reunion de sentimientos hiciese concebir que aquel era el lenguage de la verdad. Pero no por esto pudiéron impedir, que los mas zelosos defensores de Alvar Nuñez remitiesen secretamente otras piezas justificativas de su inocencia. Preparadas todas las cosas, y habiendo dispuesto que lo acompañasen en su viage los oficiales reales, Alonso de Cabrera, y Garcia Venegas, con Lope de Ugarte, gran confidente de Irala, lo sacáron custodiado á la sombra de una noche para embarcarlo. Habian diez meses que toleraba su desgracia en un obscuro calabozo. Al respirar el ayre libre y gustar la vista del cielo dió gracias de rodillas al Hacedor de todo, por haberlo encontrado digno de

esta satisfaccion; y volviendose á los circunstantes les dixo en un tono circunspecto que daba cierto valor á su justicia, dexaba por su lugar teniente, en nombre del rey, al capitan Juan de Salazar. El rencor de Venegas se exaltó de manera, que le puso un puñal á los pechos, amenazando traspasarlo, si volvia á tomar en boca el nombre del rey. Apresuradamente fué metido en el bergantin, que dió á la vela el año de 1544 en la misma hora, asegurado con nuevas prisiones. Estas desventuras de la suerte afligian su corazon; pero no impedian que su grande alma las dominase.

Tan abominable atentado no podia ménos que hacer cada vez mas odible el poder usurpado, y precipitar el deseo de destruirlo. Con cautelosa diligencia convocó á su casa el capitan Salazar mas de cien soldados de su faccion, de quienes fué reconocido por legítimo teniente. Irala, cuyo precario mando era un suplicio rodeado de todos los cuidados inseparables del delito, no tardó en saber por medio de sus satélites todo lo que convenia á sus intereses. Sin la ménor detencion sitió la casa de Salazar con quatro piezas de artillería, la batió, lo puso preso en consorcio de Melgarejo, Richelme, y Estopinan, hizo que en otro barco los conduxesen hasta dar alcanze al de Alvar Nuñez, y disipó la tempestad. Pero otra aun mas temible seguia los pasos de esta nave cargada con todas las iniquidades de la tierra. Al desembocar en el océano, parece que la

esperaba el brazo vengador de la inocencia. Por espacio de quatro dias fué tan desecha la borrasca, que todos creyéron su muerte inevitable. Cerca de aquel momento decisivo en que desaparecen las sombras, y solo queda la verdad, y en que el malvado mas intrépido no puede sostener la voz de su conciencia, conocièron los oficiales reales toda la enormidad de sus delitos. Se echàron à los pies del Adelantado, los humedecièron con sus lagrimas, le quitàron las prisiones; confesàron à gritos sus atentados; le hicièron de ellos una solemne reparacion, y le suplicàron el perdon. Sòlo el corazon del hombre justo tiene derecho à la proteccion del cielo: en los casos desesperados es donde mas se complace que solo aparezca su mano. Alvar Nuñez prometiò echar el velo del olvido à todo lo pasado; y nadie fuè tan desconocido, que viendo calmada la bosrrasca, se creyese desobligado à su mèrito y su virtud.

Iban à regresar à la Asuncion, quando Estopinan, primo del Adelantado, ó esperando mejor suerte en la metropoli, ò temiendo nuevos desastres en la colonia, logrò embarazarlo. Alcabo de tres meses tomò puerto el bergantin en una de las islas Azores. Yà hacia tiempo, que el corazon infiel de los arrepentidos habia desaprobado lo que confesò su lengua engañadora. No ménos empeñados que antes de la de Alvar Nuñez tiràron à persuadir con afanosa diligencia al gobernador de la isla se apoderase de su persona à pretexto de haber violado los derechos de la na-

cion, dando al pillage la de Santiago. Esta delacion tan cruda debia prevenir al mas inadvertido, que provenia de un origen emponzoñado. En efecto, el gobernador la despreció como frivola y maliciosa. Confusos los oficiales reales tomaron otro barco, y consiguieron ponerse en la corte catorce dias antes que Alvar Nuñez. Presidia en esta sazon al consejo de Indias D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, obispo de Cuenca. Sus vastos conocimientos en los negocios de Amèrica, su rectitud inapeable y su politica llena de sagacidad, eran prendas que hacian de su persona el mas cumplido magistrado. Lèjos de dexarse sorprender, advirtiò en la relacion de los oficiales reales todos los artificios del engaño, y se disponia à mantener con su castigo toda la energia de las leyes penales. Por dicha de éstos murió en aquellos dias dexando en la nacion un sentimiento universal. Alvar Nuñez se presentó en la corte con todo el tren de sus virtudes; tanto mas dignas de ser premiadas, quanto mas habian sido el objeto del vilipendio. Los oficiales reales no pudiendo sufrir su concurrencia desampararon el campo. Una muerte repentina acabò de ahì à poco los dias de Venegas. Cabrera perdiò el juicio y matò à su muger en un acceso de locura. Si los hombres fuesen cautos, estos fines desastrados evitarian otros muchos. Alvar Nuñez despues de un juicio de ocho años, y despues de una sentencia de destierro, fué al fin absuelto de todo cargo, y recompensado con una renta de dos mil ducados; pero no siendole

mitido volver á América, falleció en Sevilla lleno de dias y de méritos en el seno de un ócio tranquilo (a), siendo prior del consulado. Estopiñan y Salazar siguieron la misma fortuna. Este último volvió despues al Paraguay á gozar su pingüe encomienda.

A nadie debe parecer extraño que la justicia de Alvar Nuñez se equivocase por algun tiempo con el crimen, y diese mérito á su sentencia de destierro. Contra un hombre, que en un lugar de corrupcion, como el Paraguay, habia tenido el corage de ser virtuoso, preciso era que el ódio, la envidia y la calumnia se armasen para echar sombras sobre su conducta, y poner, quando ménos, en problema su opinion. Lo que hay de extraño es, que despues que el tiempo ha descubierto las intrigas de sus perseguidores, haya escritor como el señor Azara, que se complazca en renovar sus ultrages. La verdad no está sugeta á juicios arbitrarios. Ella clama á favor de Alvar Nuñez en la mayor parte de los historiadores. Si el señor Azara pretende destruirla, presume demasiado y viene tarde.

(a) *El padre Techo lib. 1 cap. 14 dice, que fué oidor de esta Audiencia.*

CAPITULO X.

Derivacion del Tucuman: entrada de Diego de Roxas á esta provincia: choque de este general con un cacique de Copayan: su marcha para el distrito de los Diaguitas: batalla con estos indios: muerte de Diego de Roxas: le sucede D. Francisco de Mendoza: llegan los españoles al rio de la Plata: Heredia mata á sus competidores, y se apodera del mando: se vuelven los españoles al Perú.

Con el descubrimiento de la América tenian abierto los españoles un camino de conquistas mas vastas que las de Ciro y Alexandro. Su confianza y su valor debian crecer sobre el cimiento de las dificultades superadas, y aun defenderlos de la nota de temerarios. El tiempo en que nos hallamos, es en el que sucesivamente iban entrando á su dominio todas las partes de este nuevo mundo. El nombre de Tucuman, cuya mas probable derivacion, parece que viene de un famoso cacique de Calchaqui llamado Tucumanhao (a), no era desconocido entre los conquistadores. Quatro aventureros en tiempo de Gaboto, de quienes ya hemos hablado, á mas de los naturales, lo habian hecho resonar, y no tan desnudo de recomendacion. Sobre todo, el exército de Diego de Almagro en su transito al reyno de Chile, de-

(a) *Seguimos al padre Lozano en su historia manuscrita lib. 4 cap. 1.*

bió preconizar por todo el reyno la fama de este vasto distrito, y la índole de sus moradores. Despues que decapitado el Inca Atahualpa, quedò su reyno baxo las armas triunfadoras de España, reflexionò Francisco Pizarro que ni à su seguridad, ni à los cálculos de su ambicion convenia tener à su lado un rival tan poderoso como Diego de Almagro. Por sus insinuaciones, y aun mas por el atractivo de unas riquezas que se consideraban de inmenso precio, se decidiò este conquistador à la expedicion de Chile. Con quinientos setenta españoles y quince mil indios peruanos, se puso en marcha por los años de 1535. Hallándose acampado este grande exército en el pueblo de Tupiza, cinco soldados españoles se adelantàron hasta el territorio de Jujuy. La fama de una guerra devastadora, en la que yá se veia ensangrentado el trono de los Incas, era un mensagero que no debia prepararles buen hospedage. En efecto los jujeños despedazaron à tres de ellos; los otros dos se escapàron de sus manos, y volviéron al exército con la historia de este infortunio.

La guerra era para Almagro su elemento, se hallaba muy pujante, y caminaba con la confianza de un hèroe para que quisiese sufrir un desacato. Los capitanes Salcedo y Chaves, con un buen número de soldados, fueron encargados de vengarlo. No se descuidàron los bàrbaros en tomar todos las medidas mas convenientes à su delicada situacion: celebràron congresos militares, com-

vocàron à las tribus amigas, procuràron ganar con sacrificios la proteccion de sus deidades, reforzàron su exèrcito con tropas auxiliares, fortificàron su pueblo con gruesas palizadas, abriéron fosos donde, para inutilizar el uso de los caballos, clavàron estacadas de agudas puntas mañosamente disimuladas. La constante dicha de los españoles acaso les habia hecho concebir, que la fortuna tenia fixada de su parte la victoria. Salcedo y Chaves, llenos de ardor y de confianza, pusiéron cerco à la plaza, y esperaban sujetarla baxo condiciones bien duras. Con todo, à pesar de los terribles ataques las tribus confederadas hicièron ver, que no hay fuerzas despreciables quando las anima el patriotismo, y las reune la concordia. En una salida oportuna, dispuesta con valor y bello òrden, matàron muchos enemigos, y se apoderàron del bagage. Este accidente obligò à los españoles à la resolucion poco decorosa de levantar el cerco. Sin duda influyò en èsto el temor de desviarse del principal intento.

Con intereses tan contrarios entre indios y españoles no podia dar un paso el exército de Almagro, que no se hallase erizado de dificultades y peligros. Al atravesar el valle de Chicoana, jurisdiccion de Calchaqui, le picàron aquellos la retaguardia. Almagro quiso reprimir su osadia; pero experimentò toda la resistencia de un pueblo viril. En un porfiado encuentro le matàron el caballo, y tuvo à gran dicha escapar con vida à merced de los soldados que corriéron en su auxi-

lio. Estos reveses lejos de desalentar al general, le ponian à la vista la necesidad de obrar con mas esfuerzo. Empeñado en el castigo, destacó contra el enemigo algunas compañias de à caballo. No logrò su designio, porque tomando el Calchaquí las eminencias de la sierra, burlò su diligencia con insultante grieria.

Aunque todos estos acaecimientos eran sobrados à divulgar entre los conquistadores peruanos luces bastantes del Tucuman, lo que principalmente los engolosinaba para desearlo, era el insidioso nombre de rio de la Plata. De tanta importancia se creia esta conquista, que la apetecian como premio los hombres mas celosos de su mérito y su opinion. La ocasion de contentarlos no podia ser mas oportuna. En la célebre batalla de Chupas acababan los conquistadores de esgrimir esas espadas, que en el curso de sus empresas parecia habian afilado, para, por último, degollarse à si mismos. La cabeza de D. Diego de Almagro el mozo, derribada en un cadalso, aplacò bastantemente el fuego de la guerra civil, y dexò sin oposicion en mano de Vaca de Castro la distribucion de las provincias. Sin agravio de la justicia no podia quedar sin recompensa el mérito de Diego de Rojas. La conquista de Nicaragua, la expedicion de Pedro Anzures à las Montañas, la memorable batalla de las Salinas eran ciertamente unos teatros en que habia sido coronado por manos de la victoria. Lleno de talentos militares y politicos, endurecido en la [illegible] firme, moderado, intré-

pido y guerrero poseia el arte de hacerse amar de los soldados. Todo este capital de méritos fué premiado con la capitania general del Tucuman hasta las ideas exágeradas de su riqueza (a). Trecientos veteranos se alistáron en sus banderas, y pedian ser llevados á ganar honores, y tesoros.

Juntada ya la milicia, y acostumbrado Roxas á executar grandes empresas con pequeños medios, dexó la mayor parte á Felipe de Cáceres su teniente, y con sesenta soldados escogidos se internó hasta Copayan jurisdiccion de Cathamarca (b). Era señor de este pueblo un indio vano y fanfarron, quien con cierta seguridad, hija de una presuntuosa arrogancia, opuso á los españoles mil quinientos guerreros intimandoles al mismo tiempo, que el que pasase un cordon de paja texida puesto entre los dos campos, de su orden, seria víctima de su furor. En vano procuró Roxas inspirarle sentimientos pacíficos; hacerle ver que su comision se dirigia á entablar enlaces sociales útiles á la causa comun, y que no debia hacer juicio de sus fuerzas por el número de sus soldados, sino por el de sus hazañas, pues por su

(a) *Antonio de Herrera dice, que Felipe Gutierrez fué nombrado capitan general, y Roxas justicia mayor. Ruiz Diaz de Guzman hace á Gutierres cabo subalterno de Roxas. Esto último confirman las actas públicas de estos archivos.*

(b) *Seguimos al padre Guevara en su historia manuscrita década 3. part. 2.*

parte no retrocederia de su empresa mientras le quedase un soldado con que poderse defender. Entretanto los Copayanos rodearon su pequena tropa con señales nada equivocas de invadirlo. El general español advertia su peligro con aquella presencia de ànimo, qué todo lo previene para salir vencedor. Mandò dar una descarga, y ella bastò à ponerlos en huida precipitada. Un suceso tan inesperado para los bàrbaros, obligó à baxar de tono al arrogante cacique. A pocos dias dirigió una embaxada escusando su atrevimiento, y ofreciéndo una paz que prometia ser duradera. Los españoles la admitiéron, y consiguiéron por este medio viveres en abundancia. Esta fruicion tan completa hizo que Roxas anticipase avisos à Gutierrez para que acelerase las jornadas. No faltò en esta ocasion, quien para malquistar à estos generales, encontró dolosas intenciones en los procederes de aquel. Pero Gutierrez era muy prudente y circunspecto. El quiso mas bien sacrificar la opinion à sus obligaciones, que sacar partido en unas sospechas tan infundadas, como injuriosas. Roxas fuè obedecido, y tuvo la satisfaccion de que se le uniese su exército.

No quiso el general tener ociosa mucho tiempo su gente, en un reposo que enerva las fuerzas del cuerpo y del alma. Despues de permitir à sus soldados un descanso moderado, ordenó las marchas para el distrito de los Diaguitas al pais de Mocaxax en territorio de los Juries. Eran estos indios de condicion altiva, denodada y llena de aque-

lla ferocidad, que hace de los combates su pasion dominante. Nada miraban con mas horror, que sujetar su cerviz à un yugo extrangero. Con un buen número de tropas salièron al encuentro à Roxas, y le presentàron batalla. La primera descarga de los españoles causò en sus ànimos todos los efectos de la sorpresa: batidos y desordenados cedièron el campo al enemigo. Pero la vergüenza y la desesperacion reanimàron el corage de los vencidos. Resueltos à comprar con la ùltima gota de su sangre una libertad gloriosa, y habiendo encontrado el secreto de envenenar sus flechas, volvièron à renovar el combate. Por espacio de tres dias se derramò mucha sangre sin ventaja decisiva. El triunfo, que al fin ganàron los españoles, no les reparò la pérdida de su valiente general. En lo mas encendido de la accion fuè herido Roxas con una flecha: herida que terminò su su brillante carrera, y le hizo entregar su espìritu en brazos de la victoria. Cuentan algunos historiadores (a) que deseando los españoles descubrir el antìdoto de este veneno, hiriéron levemente à un indio prisionero; quien cogiendo dos yerbas de las que aplicò una à la herida, y tomò la otra en infusion, le hizo perder toda su actividad. Si este hecho es cierto, deberà lamentarse la historia natuural de que el conocimiento de estas yer-

(a) *El padre Guevara en su historia manuscrita 3 part. 2.*

bas, no haya enriquecido sus anales. En los tiempos mas baxos se descubrió que la azucar y la sal cortan prontamente los efectos de este veneno.

Felipe Gutierrez y Nicolas Heredia, por su órden, debiéron suceder à Roxas; pero posponiéndo éste los respetos de la justicia à las atenciones de la amistad, encomendò el mando à su amigo y confidente D. Francisco de Mendoza. Sea que Gutierrez, como afirman algunos (a), quisiese sostener sus derechos, ò que Mendoza, como dicen otros (b), hiciese valer sus pretensiones sobre el derecho de la fuerza, lo cierto es, que la prision de Gutierrez y de Heredia lo asegurò en su usurpacion. Gutierrez pudo escaparse y ganar el Perù con seis amigos suyos, donde incorporado à los realistas fue víctima de su fidelidad. Heredia deseaba recuperar su libertad: poco escrupuloso sobre los medios adoptò la pérfida màxima de que à los niños se engaña con el pan, y à los hombres con juramentos. Una aparente renuncia de sus derechos, afianzada sobre este gage de la fé pública, concilió las diferencias entre él y su contrario. Ménos embarazados los españoles con las arriesgadas competencias del mando, se entregáron à la pesquisa del oro y de la plata. No pocas tentativas sólo sirviéron para desprecuparlos de sus so-

(a) *Ruiz Diaz en su Argentina manuscrita cap. 6. Charlevois hist. tomo 1. lib. 3 pag. 229.*

(b) *Guevara hist. manusc. lib. 2. part. 2.*

dadas esperanzas. Con todo, estas se refugiaron al engañoso nombre de rio de la Plata, y guiaron sus pasos hàcia este rumbo desconocido. Atravesada la sierra por el valle de Calamuchita, y tocadas las màrgenes del magestuoso rio-tercero, que poco despues es conocido por el Carcarañal, siguiéron sus corrientes hasta descubrir el Parana, último término de sus codiciosas pretensiones.

Todo concurria à embellecer sus ideas, y aumentar el jùbilo universal. Al siguiente dia de su arribo llegaron à la vez muchos indios en un crecido nùmero de canoas. Los españoles los recibiéron con los brazos abiertos, y ellos mostraron en la efusion mas comedida, que eran dignos de su amistad. ¡Quan dulce es ver unos hombres de climas muy distantes saludarse por la primera vez con todo el agrado que engendra un comun origen, à pesar de las revoluciones morales, que alteran hasta los principios de la razon! Por estos indios supiéron los españoles todos los acaecimientos de la conquista del Paraguay hasta su estado actual. Heredia con la caballeria seguia la marcha à pasos lentos. Su retardado arribo dió sobrado tiempo à Mendoza para costear el Paranà. En la eminencia de una barranca descubrió este una elevada cruz, cuya vista arrebatò à los españoles en un transporte de religion. Llenos de respeto por este signo de union y caridad la besàron de rodillas y la humedeciéron con sus lagrimas. Los ojos que las vertian eran los mismos que tantas veces habian visto sin conmoverse empapa-

dus sus propias manos en la sangre de sus semejantes. Para conciliar esta contrariedad de sentimientos, es nesesario recurrir al caracter de un siglo, cuyas contumbres eran formadas por esa mezcla bizarra de religion y ferocidad. Al executar esta adoracion advirtièron una inscripcion, que decia: CARTAS AL PIE. Hecha la excavacion conveniente, se encontrò una del gobernador Irala, en la que se contenia el resumen del estado de la provincia, con otras noticias importantes en orden à las naciones amigas, y enemigas.

Para un genio emprendedor, como el de Mendoza la lectura de este papel no podia mènos que irritar sus deseos de llegar à la Asuncion. Él se pone en marcha, y en breve vuelve sobre sus pasos sin otro fruto que el sentimiento de haber tocado la imposibilidad. Sabe que Heredia se hallaba en el pais de los Comechingones (a) y prontamente viene à unirsele. Un odio mal reconciliado le hizo encontrar criminosa su tardanza. El fué depuesto del mando subalterno, y sustituido por Ruiz Sanchez de Hinojosa. Heredia habia reservado baxo el exterior de una moderacion fingida el derecho de vengar à la primera ocasion sus pasados resentimientos. Lle-

(a) *Estos eran los indios que habitaban la serrania de Cordova. Creen que sus moradas eran unas cuevas subterraneas, formadas por la naturaleza. El ningun vestigio que se encuentra de estas cuevas hace inverosimil la noticia.*

vando sus enojos mas allà de los justos límites, matò à puñaladas estos dos competidores de su fortuna, y se apoderò de la autoridad. Nada convence tanto la ferocidad que precede à la cultura de las costumbres, como estos freqüentes asesinatos. Con estos atentados los ànimos se irritaban en lugar de conciliarse, y anunciaban una desdicha cierta. Heredia mismo, que antes parecia de unas modales nobles y decorosas, se hizo insufrible por su altivez, y por su caprichoso empeño en llevar adelante esta conquista. La impaciencia de los soldados degenerò en insolencia. Hablàronle con tal resolucion sobre tomar la vuelta del Perù, que mas parecia amenazarlo. Él tuvo al fin la prudencia de ceder y ponerla en execucion.

Apenas habian llegado estos españoles al lugar de Sococha en la provincia de Chichas, quando supiéron que el Perù ardia en sangrientas disensiones por los disturbios de Gonzalo Pizarro. La fidelidad y la codicia tuvieron en perfecto equilibrio el fiel de la balanza. Tan presto los arrastraba el deseo de ser leales à su rey, como el de adquirir riquezas vendiendo sus brazos al que los pagase mejor. Gabriel Vermudes, que se habia adelantado à recoger noticias mas exâctas, los decidiò por ùltimo al partido de la razon. Muchos muriéron con la reputacion de bravos soldados. Algunos de los que escapàron con vida, volviéron al Tucuman en la segunda entrada.

CAPITULO XI.

Publica Irala jornada para continuar los descubrimientos: rebélanse los indios y los castiga: muerte del capitan Camargo: llega Irala hasta la encomienda de Piransules: manda una diputacion al licenciado Gasca: amotínanse los españoles contra él y lo deponen: es restituido al mando: muerte del capitan Mendoza: Abreu le resiste la entrada à Irala: vuelven sus diputados, é introducen el primer ganado cabrio: tràtase de los antropòfagos.

Entre el gobernador Irala y la faccion dominante era forzoso que hubiese una mutua dependencia. Si èsta lo reconocia por cabeza, aquel la respetaba como autora de su elevacion. El medio único de que no se arrepintiesen los rebeldes era seguir la inclinacion de sus pasiones. Este fué principalmente el tiempo de los crímenes infames, de las opresiones, de la libertad de conciencia. El miedo y el honor desapareciéron juntos, y con ellos todos los principios de la moral. Por seguro que pareciese este camino, no podia dexar de advertir la penetracion de Irala, que solo era conducente para granjearle còmplices, no amigos verdaderos; y que en el seno del ocio, donde fermentan las semillas de las discordias, era de temer una vicisitud al primer choque de esta autoridad vacilante.

Despues de haber distribuido entre sus apasionados los despojos de Alvar Nuñez, dispuso pues

distraer los ànimos con un empeño, que facilitase al mismo tiempo la confirmacion de su gobierno. Publicó jornada à continuar los descubrimientos. No bien fué proferida esta proposicion quando inmediatamente sirviò de escollo donde vino à romperse la union mal afianzada de los conspiradores. Los oficiales reales, Pedro Dorante y Felipe Càceres, sin otro titulo para mandar, que haber despojado al que mandaba, llevaron muy à mal los absolutos procederes de Irala. Su exemplo excitò en otros el descontento, y la guerra civil fuè declarada. Estaban con las armas en las manos, quando, por dicha de los españoles, quisieron los indios aprovecharse de la discusion, quebrando un yugo aborrecido, en cuyo paralelo todas las desdichas juntas eran menores. Invadiéron los establecimientos españoles, y dexàron los sangrientos vestigios de la devastacion.

El propio riesgo de los españoles abriò una tregua à sus odios enconados, y les hizo trabajar de concierto por la causa comun de su existencia. Puesto Irala à la frente de trecientos y cincuenta españoles y de mil indios de los mas retirados, à quienes tuvo arte de ganar por medio de seductoras promesas, fuè en busca del enemigo. Se hallaba èste acantonado à tres leguas de la Asuncion con un cuerpo de quince mil combatientes, segun afirman los historiadores, à quienes la historia de sus ultrajes habia comunicado ardimiento y resolucion. Los dos exèrcitos se hicièron frente. A pesar del estrago que cau-

só en los Guaranies nuestra bien servida mosquetería, no solo se sostuvieron firmes sin señal alguna de turbacion, sino que reemplazando sus pérdidas contra la comun costumbre, y correspondiendo las descargas con sus flechas y dardos arrojadizos, consiguiéron herir algunos, y matar tres soldados. Esto se tuvo ya como una ventaja, que debia regenerar su antiguo valor, extinguido por una dura esclavitud. Como si desafiasen la muerte se empeñaron en llevar adelante su pequeño triunfo. Por medio de una juiciosa evolucion se abrieron en dos alas, y cercáron al exército español. Iban estrechando el círculo, quando los nuestros se formáron en quadro. En esta posicion llegáron hasta las armas cortantes: fué tan porfiado este combate, que por espácio de tres horas se halló indecisa la victoria: por fin con pérdida de diez soldados y bastantes indios aliados; consiguiéron los españoles introducir el espanto en aquel grande exército, y dispersarlo totalmente, dexando cubierto el campo con mas de dos mil cadáveres. A favor de no haberseles seguido el alcance pudiéron refugiarse los fugitivos en uno de esos grandes pueblos fortificados, que aseguraban sus esperanzas. No omitió Irala estar sobre él con todas sus fuerzas, ni darle continuados asaltos por espácio de tres dias! Todo fué inutil porque los bárbaros se defendiéron con valor increible. Los proyectos de elevacion, que fermentaban en el corazon de Irala, lo empeñáron en vencer una resistencia, que mengüaba su antiguo credito. El

quarto dia dió á la plaza un terrible asalto con que logró abrirle brecha por tres partes: se introduxo por ellas, la tomó y pasó á cuchillo muchos indios, que no quisiéron entregarse.

La mayor parte se refugió al pueblo de Carieba siete leguas distante. Era esta la plaza de armas mas respetable; asi porque á las comunes fortificaciones se añadian otras de engañosa estrategema, como porque situada á la vecindad de un bosque, ofrecia un seguro asilo en la mas desastrada desventura. Con todo, Irala vino prontamente en busca del enemigo; y habiendo recibido un refuerzo de docientos españoles y quinientos aliados, procuraba con toda diligencia apretar el cerco. Era ya el quarto dia de este asedio, y nuestro general se hallaba vacilante sobre los medios de terminarlo de un modo conveniente á sus deseos, quando presentándosele un cacique principal, evadido clandestinamente de la plaza, pactó con él enseñarle dos ocultas sendas del bosque; por donde podia introducirse, con tal de que no la entregase á las llamas. No ganaba mucho con este arbitrio el decoro militar; y es bien claro, que el general Irala no era muy escrupuloso en la eleccion de los medios, como ellos conduxesen á su fin. Debió á esta sórdida traicion tomar la plaza, y executar una mortandad, que no la merecian tantos valientes. Los que no quedáron envueltos en tan funesto estrago, ganáron presurosos el pueblo de Hieruquisaba, cincuenta leguas distante, que en clase de soberano mandaba el

cacique Tabarè (a). Era de perdonar estas vidas, harto castigadas por su suerte; pero la energia del carácter belicoso, que distinguia à Irala, lo conducia naturalmente à operaciones guerreras. Habiendo dado à su gente catorce dias de descanso en la Asuncion, se dirigiò contra ellos con quatrocientos españoles y mil quinientos Yaperus, à los que se uniò con el camino mil Guaranies, vasallos del traidor de Carioba. Llegò el exército à las orillas de un rio distante media legua del pueblo. El enemigo, que lo esperaba aquì, defendiò el trànsito heroicamente; pero se viò obligado à ceder al fuego de la artilleria. No correspondiò la defensa de la plaza; al primer ataque bien sostenido quedò sometida con espantoso estrago, y obligado su arrogante cacique à implorar misericordia. Con este suceso acabò el año de 1545.

Por un periodo de cerca de dos años no presenta en adelante esta historia sino un campo estenil de hechos pequeños uniformes, y que en nada varian la constitucion de las cosas. No nos hemos propuesto satisfacer una fria curiosidad; sino referir con agrado verdades importantes, ó infundir sentimientos virtuosos por el estudio de los hombres. Seànos pues licito omitirlos, à excepcion de aquellos que sirvan à lo ménos para conservar las huellas de la historia.

La cautelosa politica de Irala hizo que el solo

(a) *Es este Tabaré distinto del que antes hemos hablado.*

ganase en las revoluciones suscitados por espíritu de partido. Evaporadas las primeras efervecencias de la pasion, se conciliàron algo los ànimos, y adquiriò mas consistencia la autoridad de su gobierno. Entònces volvió Irala à su primer proyecto de los descubrimientos. A cien leguas de navegacion por el Paraguay se entrò à tierras de los Mbayàs, y tocò en los confines del Perù. Retrocediò prontamente y pasò el Paranà. La principal ventaja de estas expediciones era impedir que el deseo de mejor suerte degenerase en inquietudes pùblicas. Pero no eran tan dóciles sus soldados, que quisiesen acompañarlo por pura gratitud: recibian èstos el premio viviendo à su discrecion: una cadena de crìmenes, que en caso igual produxo la licencia en otras partes con mucha mas brillantez, son los que señalan estos tiempos desastrados. Esta era en la realidad una quietud vergonzosa, que convidaba à nuevos alborotos. El capitan Camargo procurador de la ciudad, tocado de tantos males, que ponian la provincia en el declive de su ruina, tuvo valor para proponer à Irala por remedio el repartimiento de los indios esperando fuesen mènos oprimidos à la sombra de protectores que los mirarian como propios. Los tiranos oyen siempre con impaciencia todo lo que mortifica su amor propio.

Sin mas delito que èste, mandò darle garrote con inaudita crueldad. El amor propio colocò à cada individuo en lugar de este desdichado, y le hizo temer una suerte semejante. Los espìritus em-

pezaban à conmoverse. Irala sacò la gente treinta leguas de la ciudad; y aquellos à quienes no pudo desarmar se unièron à Domingo de Abreu cabeza de los leales, que conservaba sus dias al abrigo de los bosques. Pasò con su tropa el gobernador hasta los Mbayàs, y regresò à la Asuncion en 1456. Con todo, nos asegura el cronita Herrera, "que para ganar amigos, repartiò la tierra, y encomendò à los indios, à portugueses, franceses, levantiscos & prohibiendo al mismo tiempo, que nadie tratase de repartimientos. "Arribò à esta sazon de España una carabela con ordenes del rey para que no se hiciesen nuevos descubrimientos hasta la provision de gobernador. No dudaba Irala lo mucho que perdia en que la corte supiese el por menor de su negra conducta. Puesta la carabela, tomò todas las medidas para interceptar la correspondencia, y no dexar otro conducto, que el viciado de sus informes. ¡O reyes, temed ser engañados por las relaciones, que basta ser lejanas, para ser sospechosas.! La distancia que favorece los engaños, protege tambien las desobediencias. Con un proceder poco mesurado se entregò Irala de nuevo à los vastos proyectos de su genio y de su pasion. Es que esperaba no ser delinqüente, siempre que fuese feliz. Dexando el mando à D. Francisco de Mendoza, partiò con trecientos cincuenta españoles, y dos mil Guaranìes à descubrir el paso del Perù à fines de 1547. La debilidad de los pueblos que murmurando capitulan con la fuerza; las perfidias

y estratagemas puestas en uso para cubrir su impotencia y falta de valor; resistencias y animosidades, que hacen mas activas las pasiones de los que se intentan rechazar; estragos, servidumbres, carnicerias, que con sangrientos caractéres dexan muy bien trazada la imagen del terror; este es el triste quadro, que presenta el viage de Irala, hasta el pueblo de Macheasis, situado quatro leguas mas alla del rio Guapay à las faldas de las Cerranias Peruanas.

Para luchar con tantos escollos fuè necesaria à los españoles toda la constitucion robusta de aquellos tiempos, ayudada de un manejo constante y seguido de parte del general. Pero al fin tuviéron la gloria de vencerlos. Hallàndose en este pueblo se apresuràron los indios por venir à tributarles sus obsequios. No estimàron tanto los nuestros estas obligatorias demostraciones, quanto el advertir en el idioma castellano de que usaban, haber roto ese muro de division, que los desunia, y pisar ya esos tesoros que buscaban por entre tantos peligros de una fortuna arriesgada. Eran estos indios pertenecientes à la encomienda del capitan Peransules, fundador de la ciudad de Chuquisaca. Por ellos supiéron el difícil, y delicado estado del reyno. Los conquistadores del Perù habian establecido su señorio sobre la ruina del imperio de los Incas y de la libertad de sus vasallos; pero éstos se vengàron, dexando à sus vencedores en el veneno de sus despojos la materja de las mas crueles disensiones. Gonzalo

Pizarro acababa de pagar con su cabeza el delito de su tracion. Su partido, aunque debilitado y disperso, siempre era de temer. Éste se componia de una soldadesca impetuosa, que no reconocia otra gloria que la de vencer, otro derecho que el de la fuerza, otro placer que el del pillage. Irala siempre sagaz, intrèpido y ocupado de sus ideas ambiciosas, creìa esta coyuntura buena ocasion de acreditar su fidelidad, y afianzar su fortuna. Con estas miras se disponia à mandar una diputacion al licenciado Pedro de la Gasca, gobernador del reyno, ofreciéndole todo su exèrcito para restablecer el òrden, que habia destruido la tiranìa, y disipar del estado las reliquias de la rebelion. Parece muy probable, que el presidente Gasca tenia luces anticipadas del arribo de Irala; de los hechos criminosos acaecidos en la Asuncion; y del caràcter inquieto que distinguia à sus soldados. Estas consideraciones le hicièron justamente temer la renovacion de un incendio, aun no bien apagado, siempre que no atajando su curso, pusiesen à estas gentes en el peligro de no admitir proposiciones à los del bando vencido. En consequencia de èsto tuvo òrdenes Irala muy apretadas, para que sin nuevo aviso no traspasase so pena de la vida los limites del gobierno.

Este accidente que Irala recatò al vulgo de la tropa, le hizo ver que nunca convenia mas acreditar su fidelidad, que quando parecia equivoca su buena fé. Obedeciènd̀o las òrdenes de Gasca, fixò su residencia; pero llevò delante el pensa-

miento de dirigirle una diputacion respetuosa. Nuño de Chaves, Miguel de Rutia, Pedro de Oñate y Ruiz Garcia Mosquera partièron para Lima en diligencia de esta demanda. Una enfermedad detuvo à estos dos ùltimos en Potosì. Los dos primeros entregàron credenciales, y fueron recibidos con todo el agrado, que exîgia su honrosa comision. El presidente dirigió tambien à Irala una carta concebida en términos muy decorosos, diciéndole, quedaba à cuenta de su voluntad el reconocimiento à sus generosas ofertas: libròle al mismo tiempo una buena ayuda de costa, y reiterò sus òrdenes para que no pasase adelante. Si se reflexîona que poco despues sostituyò en el gobierno de Irala al cèlebre capitan Diego Zenteno, es forzoso concluir, que con aquellas demostraciones sòlo se propuso adormecerlo baxo una confianza engañosa.

Irala echò de ver le convenìa tomar una distancia desde donde observase el teatro sin peligro. Retrocediò pues hasta un pueblo de los Cercosis. Mil indios de èstos, pasados à cuchillo, dexàron à sus compatriotas bien advertidos para no volver à entrar en lid con los temibles españoles. La esperanza es el ùltimo sentimiento de que se desnuda el corazon del hombre. A despecho de la razon, y del mal estado de las cosas no desesperaba Irala de grangearse la proteccion del presidente. Un desasosiego importuno le hacia desear la vuelta de sus diputados, y le impedia continuar su marcha al Paraguay. Dos meses iban cor-

ridos de inaccion; quando impacientes sus soldadas por unas lentitudes infructuosas, con que jamas se aviene el espíritu sedicioso, se substraxéron de su obediencia, y confiriéron todo el mando al capitan Gonzalo de Mendoza. Resistióse este oficial con una modestia de que acaso no habia exemplo; pero por una parte la violencia, y por otra el temor de que las riendas del mando quedasen flotando al arbitrio de los sucesos, lo resolviéron à aceptarlo. La nueva administracion traxo muchos desórdenes. Púsose en marcha de vuelta à la Asuncion con su exército todo dividido por falta de subordinacion y armonía. Seguia los Iraka, como arrastrado de una fortuna caprichosa. Las naciones del tránsito los atacáron con pérdida de muchos soldados y naturales. No era extraño, porque la desapiadada tiranía de estos españoles sólo les consiliaba un odio implacable. Llevando tras de sí doce mil prisioneros, reducidos à dura esclavitud, no habian hecho mas, que sostituir al derecho de las gentes la arbitraria ley de su interes.

Esta tropa amotinada tomó por fin el puerto, donde quedáron los bergantines al cuidado de los fieles Xarayes el año de 1549. Las fatalidades de esta marcha, unidas à los desastres que hacian gemir à la Asuncion, concurrian de concierto à reprehender las veleidosas mutaciones del mando, y obligar à estos amotinados à restituirlo al único capaz de remediarlos. Influia tambien el recelo de que dominando en la Asuncion el partido contra-

no debian ser ellos oprimidos. Irala entrò de nuevo en posesion de su gobierno. A la verdad esta turbulenta república, donde las tempestades renacian con violencia, necesitaba por ahora toda la destreza de un piloto tan experimentado como Irala. Se sabia, por cosa averiguada, que D. Francisco de Mendoza, à pretexto de consentirlo muerto, con suma ligereza se dexò persuadir de los aduladores para aspirar al gobierno de la provincia. ¡Quan cierto es que la baxa y servil adulacion deshonra igualmente al que la gusta, como al que la emplea! Para dar lugar à este ambicioso designio, debia preceder una formal abdicacion de la tenencia que exercia. Esperaba Mendoza con mas satisfaccion que cordura, se reunirian en su persona los sufragios de una nueva eleccion. Sin detenerse depuso el baston en pleno consistorio. Su sorpresa fuè igual à su imprudencia, quando, verificado el escrutinio, viò pasar toda la autoridad al capitan Diego de Abreu.

El hombre que no recibe consejos sino de su pasion, intenta siempre deshacer un yerro cometiendo otro mayor, y de precipicio en precipicio llega al ùltimo de todos. Viendo burlados sus deseos el capitan Mendoza, entrò en el arriesgado empeño de recuperar la insignia dimitida, y arrestar à su competidor. Pero èste fuè mas advertido y diligente para hacer que el mismo Mendoza sufriese las prisiones que le tenia preparadas. Sitiòlo pues en su propia casa, la forzò y se apoderò de su persona. Formalizado luego su proce-

so del modo mas sumario, fué sentenciado á que perdiese su cabeza en un cadalso. Abreu llevò su odio à un punto inconcebible: ni los insignes valedores en la corte de que hacia jatancia este reo, ni el respetable cùmulo de sus servicios, ni en fin, el ajuste que propuso de dar dos hijas suyas, para que Abreu y Melgarejo entroncasen en su ilustre prosapia fueron capaces de mitigar este fatal fallo. Un hombre sabio lo hubiera sufrido sin murmurar. Mendoza temblò à vista del suplicio, y buscò medios de eludirlo, poco dignos de un varon fuerte. Viéndose sin recursos casò con D.ª Maria de Angulo para legitimar quatro hijos que tenia de su comercio ilìcito. Con ànimo mas cristiano se confesò pùblicamente en el cadalso merecedor de aquel fin tràgico, porque tal dia como aquel quitò en España la vida à su legìtima consorte, con todos sus criados y à un capellan, compadre suyo, que por levìsimos indicios supuso haber manchado su pundonor. Ésto hecho diò su cuello al cuchillo.

Por mas que Abreu apurò sus esfuerzos, no gozò mucho el fruto de esta inhumana execucion. La carabela que despachò à España; solicitàndo confirmacion del mando, concluyò desdichadamente su viage en el banco del ingles; y la acelerada vuelta de Irala cambiò de pronto su fortuna. Los mas empezàron à mirarlo como intruso. Con todo, Abreu resolvió sostenerse, y le negò la entrada en la ciudad. Ésta se vió sitiada como pudiera serlo una plaza enemiga. El temor ò la

lealtad abrièron brecha en el corazon de los sitiados, primero que en los muros las màquinas de Irala. Muchos de éllos se pasàron à su campo, yà casi desamparado Abreu abrázó el partido de evadirse con cincuenta de su faccion. Por espacio de dos años no cesò de tener en continuos sobresaltos al bando contrario. Crecìa su rabia por los mismos medios que se empleaban en aplacarle.

Retrocedamos un poco mas atras: sensible el presidente de la Gasca à la justicia y la humanidad, no perdia de vista el pensamiento de extirpar tantos desòrdenes, que, à favor de la tiranìa y de la anarquìa, habian transtornado todo el orden de la provincia del Paraguay. Con este designio confiriò el mando de esta provincia al expresado Zenteno, que por su lealtad, y sus servicios se habia hecho acreedor à todas las recompensas militares. Libròle pues ùtulo de gobernador desde los confines del Cuzco y de los Charcas hasta los tèrminos del Brasil. Pero en un tiempo en que un delito solo costaba un mal deseo, no pudó impedir la Gasca el fin tràgico de Zenteno. El mismo año de 1548 hallàndose en los Charcas entre los regocijos de un convite, muriô traidoramente à la eficacia de un veneno. Sus despachos, con todos los sugetos que debian formar su comitiva, llegàron poco despues. Eran estos los quatro diputados de Irala, acompañados de los nobles capitanes Pedro Segura, Francisco Corton, Pedro Sotelo, Alonso Martin Truxillo,

y quarenta soldados mas. La desgraciada pérdida del gefe no influyò en el ànimo de unos hombres acostumbrados à desafiar los peligros para que desistiesen del viage à la Asuncion. Guiados de su propio corage emprendièron su camino.

No omitirèmos referir aqui, que estos españoles fueròn los que introduxèron en la provincia el primer ganado ovejuno y cabrio. En los fastos de las naciones ocupan un lugar distinguido los brillantes exterminadores de la humanidad. Nosotros estimamos, que tienen mas derecho à nuestra memoria aquellos à quienes deben los medios de extender mas su existencia. Los españoles de esta jornada no tardàron de recibir el premio de esta buena obra. Alentados los indios à vista del corto nùmero, resolvièron vengar en ellos sus pasadas injurias. En crecido numero seguian sus pasos, asechando el primer descuido de que pudiesen aprovecharse. Muy satisfechos de haberlo yà encontrado, se disponian una noche à sorprenderlos. Sòlo aguardaban aquel espacio de quietud en que se hallasen entregados al sueño. La inquieta voluptuosidad de los machos cabrios no diò lugar à ese momento de silencio. Los asechadores, que tenian ese bullicio por un efecto de vigilancia, no se atrevièron à poner en obra su designio, y se vièron en la necesidad de retirarse. No fueron en esta ocasion los cabrios ménos benéficos à estas pequeñas tropas, que los vigilantes pàxaros en otro tiempo al capitolio de Roma. Aunque no sin algunos encuentros, en que los indios

llevàron siempre la peor parte, concluyéron en fin su viage. Irala los recibiò con demostraciones de sumo agrado. La feliz nueva de prolongacion de su gobierno, preparaba su corazon à estos oficios de benevolencia.

Chaves, gran confidente de Irala, ò por lisonjear sus pasiones, ò porque casado con Doña Elvira de Mendoza, hija del desgraciado D. Francisco, se creyò en obligacion de vindicar los agravios de la familia, habia resucitado la criminalidad de Abreu, y no pensaba sino en los medios de satisfacer su venganza. Facilmente consiguiò verse autorizado para perder à un rival, el mas terrible de su faccion. Acompañado de soldados corria los bosques en su seguimiento. Entretanto fué descubierta una secreta conspiracion contra la vida de Irala, Miguel de Rutia, y el sargento Juan Delgado, principales autores de élla, dexàron en un sangriento cadalso el escarmiento à los demas. Juan de Bravo, y Rengifo, presos por Chaves y colgados en una horca, aumentàron la consternacion. El partido de los leales se viò en el estrecho de buscar su seguridad en un acomodamiento con Irala. Los casamientos de dos hijas de éste con los capitanes Francisco Ortiz de Bergara y Alonso Richelme de Guzman, acabàron de reconciliarlos. Sòlo Abreu con algunos de sus amigos sostenian la buena causa, haciendose invisible en la espesura de los bosques. En una ausencia de Irala, con motivo de llevar sus armas contra los Mbayas, su teniente Felipe Càceres tomò de su

cuenta sacrificar à sus enconos estas tristes reliquias de una faccion agonizante. El capitan Erasu con una buena compañia fué destinado à perseguirlos. Consiguiò su intento una noche que Abreu con quatro compañeros se hallaban recogidos en una choza. Rodeóla, y viéndolo en vela mientras dormian los demas, le asestò una flecha por un resquicio, con la que le quitò la vida. El tiempo de las acciones heroicas es por lo comun el de los grandes crìmenes. La ausencia de las artes de agrado, y de la cultura del espìritu dexan al hombre su energia natural; pero esta es una energia rùstica en que se unen grandes virtudes y grandes vicios. Felices los hombres quando se encuentran entre los extremos, virtuosos con cultura, cultos sin corrupcion!

Con todo, Ruiz Diaz Melgarejo con resolucion mas intrèpida que mesurada, protestò corria de su cuenta vengar la muerte de Abreu. Costòle cara su arrogancia. El teniente Càceres tuvo medios de apoderarse de su persona, y estrecharlo en un calabozo. Las disensiones civiles renacen con nueva fuerza. Irala fué instruido de todo, y volviéndose en suma diligencia, vino à apaciguar con su presencia esta peligrosa discordia. Consiguiòlo en efecto, mandando à Melgarejo bien custodiado al campo de su exèrcito. Alonso Richelme, que mandaba en ausencia de Irala, de acuerdo con éste, segun dice la Argentina manuscrita, hizo espaldas à Melgarejo, para que con un soldado llamado Florez se refugiase à tierras del Brasil. Huyendo

un riesgo estos fugitivos, cayéron en otro mayor. Prisioneros de los Tupies, se viéron destinados à saciar con sus carnes la gula de estos carnívoros. Florez, como mejor tratado, fué el primero à quien comiéron. A favor de una compasiva india, evitó Melgarejo una suerte igual, porque dándole libertad esa noche, pudo llegar con felicidad à san Vicente.

Hemos dexado para este lugar el exámen sobre la antropofagia, ò costumbre de comer carne humana, introducida entre los indios de estos paises. El señor Azara, en el tomo segundo de su viage, capitulo diez, la reputa por fabulosa, atribuyendo este engaño à la inadvertencia de los conquistadores, y misioneros, unicamente atentos à realzar su proezas, y exâgerar sus trabajos. Desde luego damos gracias al señor Azara de haber libertado à estos nuestros compatriotas de un crimen tan horrible à los ojos de la naturaleza. Pero haria quando menos que nuestros pueblos salvages no lo han sido en tanto grado como muchas naciones del viejo mundo. Pero por desgracia la razon en que se funda no nos parece de tanto peso, que nos haga separar de todos los historiadores. Ella se reduce à solo el hecho de que en el dia ninguno de estos pueblos se alimenta de carne humana, y ni aun se acuerda de haberlo executado, aunque no pocos viven tan libres como al arribo de los españoles. Pero el señor Azara debia reflexionar, que la costumbre de comer carne humana, mas parece vicio de un siglo, ò de una edad, que de un pueblo, ò de una nacion.

Quando se busca el origen de la antropòfagia, ninguno se acerca mas à lo verosimil, que el derecho espantoso y arbitrario de la guerra. Donde èsta es bàrbara, y como el estado natural de los pueblos; sino es de necesidad que se encuentre, à lo mènos, todo està dispuesto à su introduccion. Los excesos de delirio son entònces los que forman los principios, y dan lugar à las costumbres. Aquellos son tan varios como los caprichos de una imaginacion desreglada, y por consiguiente dictan usos que le son del todo parecidos. La historia no permite dudarse, que asi el estado de la guerra, como el modo brutal de executarla, eran conformes à la constitucion salvage de estos pueblos: por consiguiente, la costumbre de alimentarse con las entrañas de sus enemigos, sòlo necesitaba el influxo de una idea extravagante. Los Guaranies, los Tupis y otros, que à juicio de los historiadores eran carnìvoros, obraban baxo el principio, que los que gustaban la carne del enemigo, adquirian un grado de fortaleza, que los hacia superiores à los ataques, y con divulgar que comian hombres, infundian terror à los demas. Vease aquì el origen de la antropòfagia de estos bàrbaros: origen, que la hace muy verosimil, y muy anàloga à su vida agreste y brutal. Si à èsto se allega el testimonio uniforme de los historiadores, no hay razon para que se atribuya à la exâgeracion de los conquistadores y misioneros. Seguramente aquellos se hallàron en mucho mejor estado que el señor Azara para hacer

prolixa inquisicion de esta verdad; y si se advierte que ningun interes pudo mover su pluma, és preciso concluir que así lo hicièron. Éstos refieren el motivo que induxo esta costumbre, los pueblos que la adoptàron, aquellos sobre quienes se exercia, y hasta las mas pequeñas circunstancias de la solemnidad con que se sacrificaba, y comia el prisionero. Uno de estos historiadores es Ruiz Diaz de Guzman en su Argentina. Éste pudo saber de boca de Melgarejo lo que sucedió, y hemos referido. Para pretender el señor Azara, que se hallaba mas instruido que los autores coetaneos en lo que sucedió ahora cerca de tres siglos es preciso que apoye en mejores fundamentos su opinion. En efecto, que las tribus salvages de las naciones que antes fueron antropòfagas, no lo sean en el dia, es muy debil conjetura para apartarse de su unànime sentir. Sin faltar à la verdad històrica, no se puede negar que los españoles europeos y americanos han exterminado, ò reducido la mayor parte de esas naciones, que trataban tan inhumanamente sus prisioneros. Por consiguiente las tribus, que de ellas han quedado, han debido acostumbrarse por medio del exemplo à ser menos feroces, y menos excesivas en sus resentimientos. Pero aun en tiempo en que los Guaranies salvages hacian un cuerpo de nacion mas numerosa, yà exponen los historiadores haber renunciado una costumbre tan perniciosa. Barco Centenera nos dice, que habiendoles sobrevenido una cruel pestilencia despues de un convite de carne

humana, concibiéron un grande horror à este manjar (a). Sea asì que esta peste provenia de otro principio; pero para el genio supersticioso de estos bàrbaros sobraba esta casualidad. A mas de que, no es tan cierto, como asegura el señor Azara, que en el dia ninguna de las tribus salvages se alimenta de carne humana, asegurandonos Lozano (b), que hay manifiestas señales de que algunos montaraces retienen esta costumbre.

CAPITULO XII

Mace Irala la expedicion conocida por la mala jornada: fùndase la ciudad de san Juan: la desamparan los españoles: parte Irala contra los Tupìs: fùndase la villa de Ontiberos: Sanabria es elegido Adelantado, y no viene à la provincia: los Goas introducen el primer ganado vacuno: sublèvase la villa de Ontiberos.

Luego que Irala consiguiò ver pacificada la provincia, dispuso una entrada cuyas consequencias debian ser el descubrimiento de las grandes cosas que divulgaba la fama, y la copiosa fruicion de sus ventajas. Una idea tan lisonjera acalorò los espìritus, y produxo un fuerte entusiasmo. Si los españoles hubiesen tenido la prudencia, mas bien de afirmar sus conquistas, que de

(a) *Lib. 1. cap. 17. hist. manusc. del Paraguay.*

(b) *Argent. cant. 3.*

entenderlas, habièran evitado no pocos trabajos infructuosos; pero la fortuna los habia favorecido, y sin advertir en sus mudanzas, se entregaban de nuevo à sus delirios. Por esta vez les fuè tan ingrata, que en adelante se conociò esta expedicion por el distintivo de LA MALA JORNADA. Quatrocientos españoles, mas de quatro mil indios amigos, con seiscientos caballos y un gran acopio de bastimentos, fueron con los que Iralá saliò de la Asuncion el año de 1550 à buscar de nuevo el hallazgo de esas equivocas riquezas. Despues de haber atravesado la tierra hasta los indios Mbayàs, cruzado los senos mas ocultos, y costeado toda la cordillera del Perù, tuvo que volverse, sin mas fruto, que haber perdido la esperanza, ùltimo resto de su ideada felicidad. Por colmo de las desdichas, mil y quinientos Guaranies desertàron de sus banderas para reunirse con sus deudos los Chiriguanos; otros tantos con todos los caballos perecièron en la retirada por entre campos inundados; no pocos españoles padecièron la misma desventura, y los que alcanzàron à la Asuncion contaban por gran dicha verse con vida. La vuelta de esta desgraciada expedicion parece que fuè el año de 1551 ò 52.

El establecimiento de un puerto à la embocadura del rio de la Plata, siempre habia sido el objeto mas importante de las combinaciones politicas. A mas de que sin él eran muy peligrosas las expediciones maritimas; no era facil que la conquista estirase sus limites todo lo que exîgia

la base de este proyecto. Las entradas à tierras de enemigos sòlo dexaban una gloria esteril. Por ellas es verdad se conseguia, que los indios diesen la obediencia; pero los grados de esta sujecion eran los del temor. La retirada de las tropas disipaba lo uno tras de lo otro, y al fin poco se adelantaba. Establecimientos permanentes en los puntos cardinales, como la entrada del rio, era lo ùnico que podia cimentar esta dominacion. El gobernador Irala lo deseaba, y lo puso en pràctica. Juan de Romèro, capitan prudente y valeroso, con ciento veinte soldados escogidos, abriò de òrden suya en 1555 los cimientos de la ciudad de san Juan en la confluencia de un rio, à quien diéron este nombre, al norte de el de la Plata, frente de Buenos-Ayres. Los indios Charruas poseidos de un odio irreconciliable al español, y bastante advertidos para llegar à conocer, que ninguno es mas libre al lado de otro mas fuerte, miraban con zelos esta fundacion, y se propusiéron aniquilarla. Sus asaltos constantemente repetidos, y la falta de subsistencias en breve reduxèron la poblacion à los ùltimos extremos. Las voces de la miseria resonàron en la Asuncion. El capitan Alonso Richelme, yerno de Irala, volò en su socorro; pero sòlo fué para que reconociendo la imposibilidad de superar tanta obstinacion de estos bravos, levantase el establecimiento, y de comun acuerdo se restituyese à la capital. No fué este el ùnico acontecimiento que desgraciò esta empresa. En el viage diez y seis españoles envueltos en las

ruinas de una barranca, donde habian salido por retreb, consternàron con su muerte sus amigos y camaradas. La turbacion que causò este repentino suceso, reanimò al mismo tiempo los ànimos abatidos de los indios para despicar un odio, que sólo comprimió el temor. Éllos embistiéron à los españoles; pero rotos y descalabrados llevàron una nueva leccion de respetar sus invasores.

Al arribo de estos españoles llegàron tambien à la Asuncion varios caciques principales de la provincia de la Guaira. El objeto de su venida era reclamar la proteccion contra las invasiones de los Tupis, à que les daba derecho su vasallage. Irala debiò sin duda conocer, que libertar à estos indios de sus perpetuas depredaciones, haciéndoles gustar una tranquilidad duradera, era una de las principales ventajas, que debia recompensar su triste dependencia, y uno de los medios mas poderosos de hacerla pasar à obligacion. Lleno de una actividad que no le permitia estàr sin objeto, resolviò vengarlos por sì mismo. Con nùmero suficiente de soldados buscò al enemigo en sus mismos hogares. Estos indios belicosos recibiéron al Irala con aquella imperturbable seguridad del que no tiene que elegir entre la victoria y la servidumbre. Yà sosteniàndo los choques con denuedo, yà reemplazàndo sus perdidas, yà moviéndose con una agilidad inconcebible, yà, en fin, obrando con valor, balanceàron la suerte de las armas por mucho tiempo, y se hicièron acreedores de mejor éxito. La victoria se declarò por quien estaba la ven-

taja de las armas. Los españoles saquearon su principal pueblo despues de haber seguido el alcance de las canoas, y llenaron de terror á los vencidos. En tal aprieto imploraron éstos su clemencia. Un armisticio general evitó el hierro que amenazaba sobre sus cabezas. Pero en estos ajustes de parte de los indios sólo entraba la amistad por fórmula, porque no teniendo otro arbitrio de evitar los males, se creian con derecho de engañar cuantas veces podian hacerlo sin peligro. No pasó mucho tiempo sin que se experimentase su arrepentimiento. El gobernador Irala resolvió su regreso á la Asuncion, habiendo de ante mano despachado á la corte, por la via del Brasil, á su sobrino Estevan de Sarara con los poderes de la provincia. Los imponderables fatigas de esta vuelta, en la que navegando por el Paraná, se ahogaron algunas gentes, y el abandono de los Guaraníes, obligaron á Irala á caminar por tierra.

El feliz éxito de las empresas consiste siempre en la profundidad de las miras con que se han meditado, en la exactitud de los planes que se levantan, y en un cierto tacto mental, que esta con delicadeza todas las partes de un proyecto. Aunque no se puede negar que poseia Irala talentos políticos para promover el sistema de los establecimientos, tambien es cierto, que el haber abandonado por algun de estos estremos fué causa de que por ahora no lo manejase con acierto. El hermoso quadro que le presentaba la provincia del Guaira, repocado con las bellas tintas de

su imaginacion, daba sobrado mérito para que se propusiese levantar en ella una colonia. A la verdad concurrian sólidos fundamentos en que apoyar este pensamiento. Por una parte la via del Brasil ofrecia una comunicacion con la metrópoli ménos expuesta y retardada: por otra las fronteras de la provincia se hallarian mas respetadas, y se contendrian los ultrajes con que los mamelucos reducian á estos indios mas abaxo de la condicion humana. Sobre estas razones de conveniencia pública, mandó Irala dar nacimiento á esta colonia; pero no acertó á tomar bien sus medidas. En 1554 el capitan García Rodriguez de Bergara, con sesenta españoles, fundó la villa de Ontiberos en el pueblo de Canideyú á una legua de distancia del célebre salto que da el rio Paraná. Con una política mal calculada destinó para fundadores de este establecimiento á los sequaces de Diego de Abreu. Su fin era desarraigar de la capital estas semillas de sedicion, sin advertir, que transplantadas á otro suelo, donde no estuviese sobre ellas la vigilante mano del labrador, debian fructificar con mas pujanza. Mientras duró el gobierno del capitan García Rodriguez, su exemplo, mas poderoso que las leyes, reprimió las animosidades; pero veremos en lo sucesivo el agigantado cuerpo que asomó el espíritu de partido.

Entretanto que esto pasaba en el Paraguay, otras eran las medidas que se tomaban en España. Sino estaba decretado, que por el órden comun de los sucesos llegase Irala al mando en propiedad, á lo

ménos una fortuna siempre parcial à sus intentos mudó el destino de las cosas para satisfacer su ambicion. Nada habia omitido Irala para robarle à la corte el conocimiento individual de su detestable manejo. Pero el tiempo, que tarde ò temprano desemboza los vicios, fué mas poderoso que su cautela. La corte supò las artes con que habia llegado à la autoridad, y resolvió poner límites à su ambicion. Admitiò pues la propuesta que le hizo Juan de Sanàbria, caballero poderoso natural de Medellin, por la que, baxo de condiciones ventajosas al estado, solicitò el gobierno del rio de la Plata. Este tratado se ha querido mirar como una prueba irrefragable de què el plan de estas conquistas estuvo siempre levantado sobre la base de la pùblica felicidad. Es preciso no equivocarse dando por cierta una proposicion tan absoluta. En el momento mismo, que los reyes de España conquistàron parte de estas provincias, los indios sumisos y rendidos debièron encontrar su seguridad en el interes mismo de sus nuevos señores. Su proyecto no podia ser exterminarlos, y reynar en la soledad. Por su propio provecho debian convidar à los indios al trabajo, y promover su felicidad. Pero èsta ¿ha sido jamas qual lo exigia una exàcta y rigorosa justicia? No creemos que haya ninguno tan preocupado, que se atreva à sostenerlo. Para dar mas luz à esta historia, pondremos aquì los principales artículos.

El de la religion fué el mas recomendado. Sanabria se obligò à traer ocho religiosos Franciscos

nos, y la corte le proveyó de ornamentos sagrados, no para los sacrificios, aceite para las lámparas en cantidad correspondiente para el consumo de seis años, y del competente matalotage. Pero los libros de la nueva secta filosófica nos repiten, que la religion católica no ha causado sino males. Reimitimos à sus autores el retrato fiel de las costumbres, y la ignorancia de estos indios en su barbaridad. Sino estan arrepentidos los filósofos de que estos indios hayan dexado de ser bestias, esto mismo debe enseñarles à respetar una religion, que sabe de las bestias formar hombres, y que pudo restablecer la humanidad en todos sus derechos, si en parte no hubiese sido contrariada por la potestad misma que la mandaba propagar. Los demas artículos son referentes à conducir cien familias, à mas de docientos soldados, levantar los pueblos, transportar semillas para el cultivo de las tierras; dar buque à algunos artesanos por el módico precio de ocho ducados al quintal; y en fin, repartir entre los conquistadores à precios aprobados por el consejo, ropas y vestidos necesarios, descontándose de diez en diez, para la satisfaccion de su importe. Visto es que el anhelo de la corte se encaminaba à excitar entre los bárbaros algun deseo por las comodidades, que hacen al hombre activo é industrioso. Con esto se pretendia tambien asegurar estas posesiones; porque es cosa bien sabida, que desde que el hombre abandona la vida errante, dà el primer paso à la dependencia, sirviendo

de sujecion el mismo terreno que cultiva.

Ajustadas todas las condiciones partió el Adelantado Sanabria para Sevilla á dar calor á los aprestos necesarios de su empresa. Una expedicion de portugueses, que al mismo tiempo se disponia para fundar nueva colonias en el Brasil, puso en cuidados al emperador. De superior órden muy se despacharon navíos convenientes á Sanabria, para que adelantase su salida, y previniese qualquiera usurpacion en territorios de la corona. Estas prudentes prevenciones llegaron á saber que su muerte habia ya enterrado en su sepulcro todas tan buenas esperanzas. En 1549 le reemplazó su hijo Diego Sanabria bajo las mismas condiciones estipuladas; pero implicado en las trabas inseparables de negocios forenses, quedó casi frustrado este importante asunto. Con todo, entretanto que el nuevo Adelantado promovia en la corte la solucion de sus litigios, el capitan Juan Salazar de Espinosa, que volvia al rio de la Plata con el empleo de tesorero general, se dió á la vela en 1553 con dos navíos de los cinco del ajuste, y uno que armó de su cuenta el capitan Becerra. Dos años despues lo siguió este Adelantado en otro tercer navío; pero con tan mala suerte, que extraviándose los pilotos del verdadero rumbo al montar el cabo de san Agustin, vino esta nave derribada á Cartagena. Sanabria volvió á Castilla, y nunca mas pensó en el rio de la Plata; no obstante que cumplido el tiempo murió en Potosi.

La armada de Salazar, en las que muchas personas de esclarecido linage venian à aumentar el número de tantos ilustres pobladores, navegò con prospero viage hasta la isla de santa Catalina; pero al tocar la barra de la laguna de los Patos, zozobrò en ella el navio del capitan Becerra; cuya gente si escapò del naufragio, fué para caer en manos de los bàrbaros. La de los otros buques experimentò, poco despues, el sinsabor de las discordias. El comandante Salazar, y el piloto mayor, formaron cada qual su partido, à quien comunicàron sus odios personales. Prevaleciò el de piloto, y fuè depuesto Salazar. D. Hernando de Trejo, que reasumiò la autoridad, no pudo calmar la sedicion. Parte de la gente siguiendo à su caudillo depuesto, se pasò à san Vicente, del Brasil. El corazon virtuoso y sensible del padre Leonardo Nuñez, de la extinguida compañia, no pudo oir sin emocion à estos emigrados la triste suerte que habia tocado à los barcos de Becerra. Lleno de sentimientos de humanidad resolviò rescatarlos à pesar de la distancia y de los riesgos. Por su crédito y su presencia venerable tomò entre los bàrbaros aquel ascendiente irresistible que sólo la virtud es capaz de consiliar. Hablòles luego en aquel tono pacifico de su genio conciliador, y consiguiò le entregasen los prisioneros, con quienes regresò como en triunfo. A otro oficio caritativo debiéron años despues llegar libres à la Asuncion.

El capitan Trejo deseaba señalar su precario man-

con un servicio que acreditase, era digno de otro mayor. Con estas miras à principios de 1553 levantò un pueblo en el puerto de san Francisco, situado entre la Cananéa y la isla de santa Catalina. Aquì casò, tuvo un hijo, que despues fuè Obispo del Tucuman, y amo de aquella célebre negra, que habiendo donado à los Jesuitas, muriò de mas de 180 años en la estancia de Altagracia, donde la conocimos. El emperador aprobò el establecimiento de esta colonia, como muy necesaria para facilitar las operaciones mercantiles, y cubrir la comunicacion con el Perù. Tuvo muy corta duracion este lisonjero proyecto; porque sitiada la colonia del hambre y la necesidad, la abandonàron sus pobladores pasàndose à la Asuncion el año de 1555. Esta marcha, que se hizo por el mismo derrotero de Alvar Nuñez, nada ofrece de particular, sino la muerte de treinta y dos soldados, que extraviados del convoy en busca del sustento, perdiéron todas las sendas, y perecièron à los rigores de la necesidad. El capitan Trejo se viò à su arribo procesado, y preso por Irala, quien le imputò à delito la desercion del establecimiento. Mandaba entònces este general con todos los fueros de un déspota; porque abatidas las cabezas de los hombres principales, consiguiò que aun sus deseos se respetasen como leyes. Càsi al mismo tiempo llegàron tambien à la Asuncion los otros españoles, que se habian refugiado à san Vicente, en cuya compañia vino tambien el capitan Melgarejo.

Diximos antes que evadido èste del Paraguay se habia pasado à san Vicente, establecimiento portugues. Aquì casò con Doña Elvira, hija del capitan Becerra. Esta dama de peregrina hermosura no habia nacido para Melgarejo. Las violencias de sus padres pudièron obligarla à que le alargase su mano; pero ésta fué una mano totalmente vacia; porque en las mismas aras del sacrificio reservò su corazon à otro que por eleccion era su dueño. Éste era el castellano Juan Carrillo. Los mutuos incendios de la pasion parece que les dadaban una existencia comun, que debia perecer à un mismo tiempo. Asi fuè; porque sorprendidos en adulterio por Melgarejo fueron muertos à puñaladas. Nada comprueba mejor la maxîma, que si el amor es excesivo, quererlo comprimir con violencia, es exponerlo à una tragedia. Esta infausta aventura hizo que Melgarejo se acomodase con la necesidad, aceptando los auxîlios, que àntes le habia proporcionado Irala para volverse à la Asuncion.

Con esta comitiva vinièron varios portugueses, entre quienes sobresalian por su linage los dos hermanos Goes. Aun mas que por esta calidad, que nada vale quando no la acompaña el mèrito, debe ser eterna su memoria: porque introduciendo ocho vacas y un toro, levantâron sobre este debil principio el coloso de prosperidad, que hace al rio de la Plata uno de los emporios del reyno. El excesivo precio, que la estimacion comun impuso por entònces à cada uno de estos qua-

drùpedos, parece que presagiaba esta dicha futura. El portugues Gaete, que los conduxo por caminos muy fragosos, fué recompensado con la adjudicacion de una vaca: recompensa tan excesiva en el aprecio general, que para ponderar el subido valor de una mercancia, quedò por proverbio recibido: es mas cara que las vacas de Gaete. Toda esta gente recibiò un buen acogimiento del gobernador Irala.

Por este tiempo, poco mas ò ménos, los colonos de Ontiberos se sustrazeron de la obediencia de Irala, luego que les faltò la presencia del capitan Garcia Rodriguez. Este atentado, que heria en lo mas vivo la delicada altivez del gefe, lo resolvió à solicitar un castigo saludable, que reanimase en todos el sentimiento de la subordinacion. Su yerno, Pedro de Segura, con cincuenta soldados, tomò à su cuidado escarmentarlos, y recoger los españoles vagos de toda aquella comarca. El amor del libertinage habia yà incorporado los de esta dispersion con los colonos de Ontiberos, y formado un cuerpo de rebeldes, capaz de sostener su independencia. Fuè del todo inùtil la anhelosa diligencia de Segura, por poner el pie en la nueva villa. Estropeado de los intrèpidos amotinados, tuvo el dolor de hacer una vergonzosa retirada. Este suceso fuè un cebo, que levantò llamas de enojo en el corazon de Irala; pero un fondo de cordura, que presidia por lo comun à sus deliberaciones le habia enseñado à conseguir de sì mismo una victoria, que aunque momentanea, era siempre mas

costosa que la de sus propios enemigos. Sin renunciar su venganza, tuvo la prudencia de reprimirse por entònces, y diferirla à mejor tiempo.

CAPITULO XIII.

Irala es hecho gobernador en propiedad: viene el primer obispo: forma Irala las ordenanzas: Chaves parte contra los Tupis: Melgarejo funda à Ciudad Real: muerte de Irala: Mendoza entra en su lugar: disputa de Chaves con Manso.

QUANDO estas cosas asi pasaban, llegàron por la via del Brasil noticias de tanta importancia, que debian producir un nuevo òrden de cosas. Estas eran la propiedad del gobierno conferido al general Irala, y la venida del primer obispo, que ocupò esta iglesia. Por parte de Irala el buen suceso de una pretension à que habia sacrificado hasta el honor y la conciencia, reparò en su ànimo aquel pasado contratiempo. Por la del pueblo fuè aplaudida esta promocion. Tal era el artificio de este feliz usurpador, que disfrazàndo los vicios con las virtudes, la severidad con los halagos, el mal presente con la esperanza de un bien futuro, se conciliò las voluntades, é hizo olvidar sus pasados yerros. Debe confesarse en honor de la verdad, que su conducta era muy diferente de la que observò al principio de su tiranìa. El evento confirmò en breve aquella noticia anticipada. Dos navios al mando del general Martin de Orue,

tomáron puerto en la Asuncion, y con el obispo D. fray Pedro de la Torre, religioso franciscano.

Unas provincias pobladas de gentiles, à quienes como esclavos fugitivos de la ley natural, era necesario traer à su yugo, y hacerles conocer las verdades de la religion revelada, exîgian desde luego auxîlios no ménos grandes, que oportunos. Persuadido el emperador Carlos V. que el influxo de los pastores del primer órden debia levantar el edificio de la religion sobre cimientos mas sòlidos, que los que pudo darle el zèlo, muchas veces mal dirigido de los que hasta aquì se habian exercitado en las funciones del apostolado, solicitò de Paulo III. la instalacion de un nuevo obispado en la provincia del rio de la Plata. Este pensamiento tenia tambien otra ventaja, qual era la reforma de las costumbres pùblicas de los mismos conquistadores, sobre las santas màximas del Evangelio. Hubiera sido un prodigio de virtud no conocido en los anales del mundo, preservarse de la depravacion en medio de los mayores incentivos, que jamas tuvo la flaqueza humana. Era pues conveniente que un gefe principal de la potestad espiritual recuperase à la conciencia ese tono imperioso, que habian enflaquecido los vicios, y representase las verdades espantosas de la religion baxo aquel temple fuerte que asegura una impresion saludable. Por Bula de 1547 fuè cometida à D. Fray Juan de Barrios y Toledo, primer obispo de esta nueva iglesia, la ereccion de este obispado de la Asun-

tion (a). A fines de enero del año siguiente verificó su comision por medio de una acta solémne. En un tiempo en que los emolumentos eran tan tenues los fondos públicos fueron destinados á la congrua sustentacion del prelado y demas ministros. No logró la provincia los reglamentos de sabiduria que se prometian de un varon tan esclarecido; porque disponiendose para pasar á su destino, fué asaltado de enfermedades que desvanecieron tan bellas esperanzas.

Por su muerte, ó su renuncia recayó esta cátedra episcopal en el ya mencionado D. Fray Pedro de la Torre. Su entrada en la Asuncion, que fué la víspera de Ramos de 1555, extendió el regocijo en todas las clases de los ciudadanos. No fué pequeña la consolacion del prelado al verse con un clero compuesto de doce sacerdotes seculares, dos religiosos de san Francisco, y dos de la Merced, de quienes pensaba servirse para dar progresos mas rápidos al cristianismo, y levantar establecimientos que hiciesen su nombre respetable. Irala se hallaba ausente de la ciudad: instruido del suceso vino sin tardanza á cumplimentarlo. Las recíprocas demostraciones de afecto, que se dieron estas dos cabezas de la república amun-

(a) *Es muy reñida la disputa entre los escritores sobre la familia religiosa de que fué alumno este célebre personage. La opinion mas verosimil lo hace mercedario. Puede verse al padre Lozano lib. 3 cap. 1 de su historia civil del Paraguay.*

ciaron un ominoso concierto, que debia ser la base de la felicidad pública.

Tomó de nuevo la la riendas del gobierno con los socorros de armas, municiones, y soldados, que le entregó el capitan Orue. Su afabilidad, la contraccion á sus obligaciones, la prudencia de sus reglamentos eran los mejores medios de dár á su ambicion un colorido de justicia. Con estas miras puso en regularidad el giro de los negocios públicos, reanimó la industria popular, promovió esas escuelas de primeras letras que son los elementos de la razon, edificó la catedral y las casas consistoriales con la suntuosidad de que eran susceptibles las circunstancias, contribuyó á la decoracion del pueblo, fomentó un astillero para la construcion de los barcos, donde trabajaban de continuo mas de dos mil artesanos, y se dedicó especialmente al repartimiento de los indios entre los conquistadores, á quien se dió el nombre de encomienda, pudiendo reputarse por uno de los beneficios militares. Una dilatada experiencia habia acreditado, que el servicio gratuito de parte de la tropa era una de las causas de sus violencias y usurpaciones. Para remediar este desórden formó listas padrónes por los quales contaban hasta veinte y siete mil indios de armas, los repartió y dictó esas ordenanzas, que obtenida la aprobacion del rey, fueron por mucho tiempo el código legal de estas provincias. Si hemos de dar fé al señor Azara, por ellas se confería posesion á título de encomienda á qualquiera que tomase un

bre si el empeño de reducir por bien, ó por fuerza alguna poblacion no muy crecida (a). Los indios, así reducidos, se tenian por Mitayos, cuya obligacion era la de servir dos meses por su turno al vecino encomendero desde los 18 hasta los 50. Pero si las poblaciones eran demasiado numerosas, se levantaba una ciudad, ó villa de españoles, quienes se dividian entre ellos, y formaban encomiendas, ó bien de Mitayos, ó de originarios y Yanaconas, á quienes los encomenderos retenian como domésticos, y los obligaban á servir segun su entera voluntad. Nadie habrá que no advierta, que la base de estas ordenanzas, era el servicio personal, y que por lo mismo ellas no hicieron otra cosa, que autorizar la opresion, y el latrocinio. El curso de esta historia traerá á la pluma los males que causaron, y las eficaces providencias de la corte por abolirlas.

Vencedor Irala de sus enemigos, amado aun de sus émulos, respetado de todos, condecorado con el gobierno, continuó manejándose en adelante como magistrado sabio, capitan prudente, padre de su pueblo y árbitro equitativo de los extraños. Si á mas de lo dicho buscamos la razon de esta metamorfosis, la debemos encontrar en el mismo interes del vencedor, y en el de los compañeros de su fortuna. Los pueblos sometidos, lejos de provocar su ira, recibiéron sin murmurar el destino,

(a) *Tomo 2 de su viage cap.* 10.

que à bien se tuvo señalarlos. Siendo éste el de los repartimientos, nunca convenia ménos exterminarlos. Por el contrario, promover aquella tal qual cultura de la razon, que permitian las circunstancias, y que conduce à los principios de la vida social, aficionarlos al trabajo mostràndoles las riquezas que la tierra abriga en sus senos, dar un nuevo sesgo à la vegetacion, enseñarles todos los medios, no sòlo de conservar su existencia, sino tambien de labrar el opulento patrimonio de los encomenderos, y en fin, adelantar los establecimientos con aumento de la felicidad pùblica y privada, ésto era todo lo que exîgia el plan de una politica sensata. El genio vasto del gobernador Irala, capaz de abrazar las combinaciones màs complicadas del mando, desempeñò estos objetos, y se hizo digno de vivir en los fastos de estas provincias. Por arreglado que hubiese sido el repartimiento de los indios, no pudo ser à contentamiento de todos. Estos eran ménos de los que se necesitaban para que no quedasen muchos sin beneficio. Este motivo, unido à otros de mayor peso, inclinò al gobernador à meditar dos nuevas poblaciones, una en la provincia del Guaira, y otra en los Xarayes. Pero antes quiso poner freno à las reiteradas insolencias con que los Tupies brasileños insultaban nuestros pueblos amigos y exercitaban su tolerancia.

El capitan Nuño de Chaves, gran capitan, gran politico, era capaz por sus esfuerzos y su prudencia de dar cabal desempeño à este designio,

Con un cuerpo de veteranos y otro de soldados nuevos, que iban como en aprendizage à este género de guerra, partiò à principios de 1556. Con su presencia se consiguiò recuperar el aliento à nuestros atemorizados fronterizos, y dar à los agresores un castigo, que tuviese por fruto el escarmiento. El rio Paranà, Tibaxiva, los Pinares viéron correr à Chaves con la intrepidez de un guerrero y la cofianza de un vencedor. Pero poco faltò para que le fuese funesta esa fortuna, que le inspiraba tanta seguridad. Cutiguarà, famoso impostor, qué pasaba entre los bàrbaros por hombre inspirado, pudo rebelar contra los españoles à los indios de Peavijù. Para animar en ellos el ardor de los combates, y el amor de la independencia, les hizo presente, que con estos extrangeros vénian las pestes y demas calamidades, porque sembraban doctrina perniciosa, opuesta à sus ritos patrios; que el motivo de su enseñanza no era mas que un artificio para adormecerlos baxo el yugo de la tiranìa; que yà tenian echado el ojo donde establecerse con ventaja à fin de apoderarse de sus hijos y de sus mugères; que los mirasen con mas horror que à los Tupies, pues eran enemigos acostumbrados à burlarse de los hombres y de los Dioses; y en fin, que no temiesen acometer hallandóse à la frente un caudillo, que sabria convertirse en leon feroz, para despedazarlos entre sus garras. La estùpida credulidad de unos bàrbaros esclavos de las màs groseras preocupaciones facilmente debia preparar el asenso, y resolver-

los à una guerra en la que el cielo se declaraba su protector. Con un arrojo superior à su flaqueza, cercàron à Chaves en su propio campo, y lo atacàron llenos de furor. El lugar inexpugnable, que ocupaban los españoles, los preservò de un total exterminio, acreditando lo que vale una ventajosa situacion. Unos indios ahogados en cierto rio cercano, y otros pasados por el filo de la espada debièron enseñar à todos la falibilidad de sus oràculos. Victorioso Chaves, asi en éste, como en otros encuentros de ménos monta con los indios de los Palmares, ajustò paces, llevando en rehenes algunos caciques principales, que tratò Irala con benignidad.

El descanso mas propio de estos tiempos consistia en mudar de ocupacion. Tomado dictamen del obispo y del cuerpo consistorial, motiò calor Irala al proyecto de las dos poblaciones. La del Guaira fué encomendada al capitan Ruiz Diaz Melgarejo, quien con cien soldados escogidos abriò los fundamentos de ciudad Real en 1557 sobre las margenes del Paranà à la boca del rio Pequiri, y tres leguas distante de la villa de Ontiberos. El corto residuo de habitantes que poblaban esta villa, y la tranquilidad con que se reuniéron al nuevo establecimiento, dan motivo de creer, que estaba yà apagado el fuego de la pasada rebelion. Melgarejo no encontrò mas que una docilidad favorable à sus intentos. Formado el empadronamiento de los indios, subiò la capitacion à quarenta mil familias, que se repartièron entre setenta en-

comenderos. El incesante desvelo de èstos por desterrar su natural pereza, y alentarlos al exercicio de las artes necesarias, creò en breve las fortunas mas pingües de la provincia (a). Pero este aumento de prosperidad era sòlo à favor de los encomenderos. El mismo acrecimiento de sus haberes reducia à un circulo muy estrecho la propiedad de los indios. No està en las leyes del òrden, que muchos sean desdichados para que pocos sean felices. Era pues preciso, que toda esta dicha no fuese mas que un bien momentaneo, y un verdadero sìntoma de su próxima decadencia. En efecto, en pocos años de servicio personal disminuyò enormemente la poblacion, y expiò con la miseria los excesos de los nuevos dueños. No es la primera vez que la codicia desenfrenada ha sido castigada por èlla misma.

Para la poblacion de los Xarayes saliò el mismo año de 1557 el capitan Nuflo de Chaves, llevando en su compañia docientos veinte españoles y mas de mil quinientos indios amigos. Navegàron con felicidad hasta entrar por el rio Araquay, cuyas màrgenes poblaban los indios Guatos. Temian èstos muy fresca la memoria de sus resentimientos. Vengar los males de la patria con un alevoso golpe de mano, era lo que en su juicio

(a) *Segun Ruiz Diaz de Guzman, en su Argentina lib 3 cap. 3, los frutos de la tierra eran el algodon, la cera, la azucar y los lienzos.*

convenia à su seguridad. Por medio de una celada, dispuesta con el mas disimulado sosiego, cayèron sobre los descuidados españoles, matàndoles once soldados y mas de ochenta indios amigos. Este infausto suceso puso en obligacion à la armada de retroceder sobre sus pasos, y tomar el puerto de los Parabazanes en la provincia de los Xarayes. Nada se encontrò aquì que mereciese fixar la estabilidad deseada. Abandonado este puesto, se arrojàron los españoles à buscar à prueba de mil riesgos otro mas conveniente en lo interior de la tierra.

En tretanto, la capital nos presenta un suceso digno de emplear nuestra curiosidad. La dedicacion con que el gobernador Irala se habia entregado à las penosas funciones del mando, no le permitia el alivio de descargar en otro, ni aun las atenciones mas pequeñas, que podia desempeñarlas por si mismo. Con mas piedad que discrecion aumentaba el peso de sus años (a), tomàndose la fatiga de presenciar en la campaña el corte de unas maderas dedicadas à la construccion de una capilla unida à la catedral. La ardentìa de temperamento le hizo contraer una fiebre, que à pocos dias lo puso en el tèrmino fatal. Aunque poseido de su mortalidad, siempre le acompañò à su lado aquella firmeza heroica, que desconocen las almas vulgares. Despues de haber provei-

(a) *Pasaban de sesenta.*

do todo lo concerniente al buen òrden de la repùblica, concluyò en fin la carrera de sus dias, llevando à su sepùlcro las lagrimas del Paraguay, y el respeto aun de los bàrbaros. Irala fuè uno de esos hombres, que, mezclando en su vida tanto de virtud como de vicios, dexò en problema su opinion. Él tuvo la principal influencia en los negocios pùblicos; politico artificioso sabìa acomodar sus principios à los sucesos, de la suerte y à lo que exigian las circunstancias: la ambicion era el nivel de sus operaciones, y à ella sacrificó como à su ìdolo el honor y la justicia. Con todo, la elevacion de su genio, su valor, su intrepidez, su ciencia militar, sus importantes servicios, asì en la paz como en la guerra lo hacen un digno objeto de la pùblica admiracion. Jamas puso en salvo su vida, hallàndose en riesgo la repùblica: bien puede decirse, que criò esta provincia. El sentimiento universal, que dexò su muerte en todas las clases del estado, es el mejor elogio fùnebre, que pudo dedicarle la patria, y el que nos hace reconocer, que un pueblo agradecido tiene bastante equidad para perdonar pasados yerros.

Por la ùltima disposicion de Irala recayò la autoridad en el capitan Gonzalo de Mendoza. Adoptando el sistema de gobierno, entablado por su predecesor, justificò èste el acierto de su nombramiento. Fuè su primer cuidado librar despachos à los capitanes pobladores, ofrecièndoles los auxìlios, y fomentos, que dependiesen de su mano. La sumision, y reconocimiento con que contestò Mel-

garejo, no permitiéron se dudase de su fidelidad. El genio bravo, altivo y ambicioso de Chaves, asistido de la libertad y de suficientes fuerzas, lo inclinaba à designios audaces incompatibles con la subordinacion. El desabrimiento con que escuchò los despachos de Mendoza, diò à conocer que no estaba dispuesto à recibir leyes, sino de su corage. Cogiòle la noticia entre los indios Trabasicosis, ò Chiquitos (a). Nada habia perdonado el fiero natural de estos bàrbaros por conservar indemnes los derechos de su libertad. Indomables hasta la desesperacion, despues de haber celebrado asambleas nacionales, aunque sin todo el éxito que deseaban, para deliberar sobre los medios de poner en seguridad à la patria; dado muerte à los embaxadores de Chaves; dispuesto encubiertos precipicios baxo los pies de sus agresores; inficionado las aguas; envenenado sus armas; y en fin, experimentado los sangrientos extragos de una guerra carnicera, que justificaba la necesidad de prevenir los ataques, conservaban siempre muy entera la séria resolucion de dexarse primero degollar àntes de suscribir à una sujecion opuesta à su independencia. Los españoles, cuyo campo habia venido en diminucion, y cuyo exterminio parecia inevitable, en 1558 conjuràron à Chaves por medio de un formal requerimiento los sacase de esta tierra ene-

(a) *Llamanse Chiquitos, no por su estatura, sino porque viven en casas pequeñas y redondas.*

miga y tomase su asiento en los lugares pacificos de los Xarayes. Irritò mucho à Chaves esta desahogada determinacion, porque desconcertaba todas las medidas con que se habia propuesto erigir mas adelante un nuevo gobierno, de que pudiese ser cabeza. Inflexible en su proposito cerrò los oidos à la sùplica, y se propuso no renunciar un designio, que abria carrera à su ambicion. Este hecho ultrajante introduxo la discordia en el exército. Ciento y treinta españoles eligièron por su caudillo al capitan Gonzalo de Casco, y se encaminàron à la Asuncion por los Parabazanes. Sòlo sesenta siguièron el partido de Chaves, y perseveràron baxo sus òrdenes.

Con tan débiles fuerzas atravesò este general por entre muchas naciones numerosas, harto irritadas contra el nombre español, y llegò à los llanos de Guelgonigota. Bien es reflexionar sobre estos hechos, que con frequencia nos presenta la historia de estos tiempos. Ellos nos instruyen lo mucho que hemos perdido en aquella constitucion robusta, que hacia à nuestros padres como inaccesibles al dolor. Al arribo de Chaves, yà se habia anticipado con una lucida compañia el capitan Andres Manso, à quien el actual virey, marques de Cañete habia adjudicado esta conquista en justa remuneracion de sus servicios. Ambos generales altercàron sobre sus derechos, con todo el ardimiento que les inspiraba su ambicion. En un tiempo en que la justicia enmudecia à vista de la fuerza, y en que una escena sanguinaria cos-

taba poco à la sensibilidad, es un prodigio de moderacion, que estos valientes contendores remitiesen su querella al tribunal de la razon. De comun consentimiento se comprometièron en lo que resolviese la real Audiencia de las Charcas, recientemente establecida en la ciudad de Chuquisaca. Este tribunal juzgò que en un negocio tan peligroso no desempeñaba debidamente sus funciones, mientras su mismo presidente, puesto entre los dos campos, no dirimiése la contienda. Pero yà Chaves se habia arrepentido de haber puesto su causa en tanta contingencia. Esperanzado de un asilo mènos expuesto, dexò por cabo de su gente à Hernando de Salazar, su concuñado, y sin aguardar otras resultas, partió à entablar negociacion con el virey, marques de Cañete.

No estaba destinada para Manso esta conquista. Su genio tenebroso no supo penetrar los ocultos manejos de que se valia la sagacidad de Salazar para ganarse la aficion de sus propios soldados. Quando mènos lo pensaba tuvo el dolor de verlos desertar de sus banderas, y pasarse al campo enemigo. No parò en esto: preso el mismo por Salazar, fuè remitido à lo interior del reyno. Chaves por otra parte, como cortesano diestro, hacia jugar todos los resortes de la politica, para que triunfase su ambicion, afectando interesarse ùnicamente en la del mismo dueño que halagaba. Encareciò tan à lo vivo la importancia de esta conquista, que el virey la juzgó digna de formar un gobierno separado con que condecorar à su propio

hijo. Este era D. Garcia Hurtado de Mendoza, de quien sabia Chaves, que contento con el titulo le dexaria gozar todo lo demas (a). En efecto, nombrado su lugar teniente, reasumiò toda la autoridad, y volviò à exercitarla en la provincia, mientras el propietario gozaba en Lima de sus comodidades. Los primeros cuidados de este diligente capitan fueron fixar el pie sobre un establecimiento que perpetuase su reputacion, y enfrenase el orgullo de grandes poblaciones, que ocupaban la comarca. En las màrgenes de un arroyo muy ameno, que corre à la falda de un cerro no muy elevado, fundò la ciudad de santa Cruz de la Sierra por los años de 1560 (b). Estos beneficios, de que el pùblico es deudor à los conquistadores, reparan algun tanto los defectos de sus pasiones.

Manso con el pasado contratiempo no cayò de ànimo en el proyecto de adquirirse un señorio sobre tantos miembros dispersos de este gigante imperio, que ignoràndose à que dueño pertenecerian, sòlo se sabia lo fuese al mas atrevido. Habiendo reclutado nuevas tropas entrò por la frontera de

(a) *Parece que influyò en este favor, porque casado Chaves con Doña Elvira Manrique de Lara, hija de Don Francisco de Mendoza el degollado, se le reconociò por deudo.*

(b) *En 1575 se translado esta ciudad sesenta leguas mas al occidente, donde hoy se halla.*

Tomina, y levantó una poblacion cercana á la sierra de Cuscotoro. Los encontrados intereses de los conquistadores se cruzaban continuamente. La ciudad de Chuquisaca calificó de una usurpacion manifiesta este procedimiento de Manso. El alcalde Diego Pantoja vino á requerirle con suficientes fuerzas; pero fué desbaratado en un peligroso paso. Temió Manso le fuese funesta esta osadía. Levantando su campo se retiró á un pueblo de los Chiriguanos. El buen acogimiento de estos indios parecia haberlo puesto en estado de realizar sus mal combinados esfuerzos. Manso debia perecer baxo esta hospitalidad homicida. Guiado de sus consejos se encaminó á los llanos de Tariunguin, donde fundó la ciudad de la Rioja en 1561. Al mismo tiempo el capitan D. Antonio Luis de Cabrera levantó de órden suya el pueblo de la Barranca, sobre la ribera del rio Gapais quarenta leguas de santa Cruz. No le faltaba á Chaves resolucion y ánimo para oponerse á estas empresas, que en su concepto traspasaban los límites de su gobierno; pero prefirió por mas seguro hacer intervenir al supremo mando, y esperó que interesado él mismo, una sola palabra suya fuese mas eficaz que una batalla. Nada de esto fué necesario. Los Chiriguanos habian esperado lo bastante para que sazonase el fruto de su perfidia. Con cautelosa diligencia atacaron de sorpresa estas colonias aborrecidas, y las aniquilaron una tras otra. Manso y toda su gente perecieron en esta catástrofe, á excepcion de Cabrera,

quien posteriormente dió al Tucuman una ilustre descendencia. Los odios de los hombres generosos no siguen à sus enemigos mas allà de la vida. El valor de Chaves se viò comprometido en la venganza de su rival. Armado como convenia derrotò à los Chiriguanos.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

Juan Nuñez de Prado entra à la conquista del Tucuman : tiene sus diferencias con Francisco Villagran ; funda la ciudad del Barco : nuevo encuentro con su rival : queda esta conquista por colonia de Chile : buen gobierno de Prado : su prision por Francisco de Aguirre : sublevacion de los indios : traslàdase la ciudad del Barco, y recibe por nombre Santiago del Estero : victoria de Bazan : entra Zurita à gobernar ; su deposicion por Castañeda.

Desde la retirada del capitan Heredia, parece que habia menguado mucho la reputacion del Tucuman entre los conquistadores peruanos. A la verdad, un pais al parecer, por entónces, exhausto de metales no podia ser para èllos de gran precio, ni servir de fuerte tentacion de sus pasiones. Mas con todo, fué preciso, que él entrase en el objeto de sus anhelos. La pacificacion del reyno, despues de la derrota de Gonzalo Pizarro, puso al presidente de la Gasca en la inevitable necesidad de contentar à los capitanes de servicios mas señalados. No fuè posible que todos tuviesen parte en la reparticion de la presa. Agregar nuevas conquistas era lo que exîgia la glo-

fia de las armas y el interes de los guerreros. Uno de los que mas reclamaban por la adjudicacion del premio, era el capitan Juan Nuñez de Prado. Habia èste seguido el bando de los rebeldes con todo aquel ardimiento que es propio al espìritu de partido. Su conducta tìmida è incierta le inspirò el baxo designio de reconciliarse con su fidelidad por medio de una traicion. El exèrcito de los rebeldes oponia una fuerte resistencia à los realistas, empeñados en el paso de Apurima. Quando todo aseguraba la confianza de Pizarro, lo vendiò Prado à su enemigo. Pasòse repentinamente al campo de èste, descubriòle sus ocultos ardides militares, y facilitò por esta accion su entero vencimiento. Vease aquì el galante mèrito que le ganò la capitania general del Tucuman.

Costòle indecibles trabajos para alistar soldados, que quisiesen acompañarlo en tan esteril empresa. Se creia con razon, que salvages sujetos à pocas necesidades, dificilmente se sojuzgan; y que aun vencida esta dificultad, restaba el camino largo de crear un pueblo nuevo, robusto, àgil, lleno de altivez y sin esa insensibilidad à las comodidades, que en los bàrbaros tucumanos ahogaba todo principio de industria humana. Con todo, ochenta y quatro soldados diéron sus nombres à esta milicia. Sus genios los arrastraban à estas empresas arrojadas, que su corage infatigable concluia con buen èxito. Aprestadas todas las cosas, hizo Prado que en 1550 le precediese con esta

gente y muchos indios amigos su maestre de campo Miguel de Ardiles, llevando expresa òrden para debelar à los fieros Humaguacas, señores de este territorio. Los españoles se habian hecho formidables por las campañas pasadas. Los indios viéron formarse este nublado, y apenas se atrevièron à oponer una guerra de escaramuzas. Ardiles los fatigò con la caballeria, los llenò de espanto con sus arcabuces y los obligò por entònces à despejar el paso. A los dos meses siguientes partiò Prado à unirse con su gente. Hallabase en su campo con los del pueblo de Talina, quando se viò saludado por Francisco de Villagran, que con un refuerzo de tropas pasaba al reyno de Chile. Obrar de concierto con aquel zelo generoso, que sacrifica al bien pùblico los intereses personales, era lo que exigia de ellos un racional dictamen, y de lo que estaban mas distantes. Nacia esta oposicion de ciertos derechos equivocos que alegaba Villagran para que esta conquista perteneciese à la de Chile. Pero por ahora se contentan con regañar un rato, mostrandose los dientes, como dos perros rabiosos à vista de la presa. El conquistador chileno sembrò la discordia entre los soldados de su rival, y seduciendole algunos, siguiò su derrotero.

Avanzose Prado hasta Calchaquì, donde aun reynaba aquel cacique Tucumanhao de que hemos hecho mencion en otra parte. Fuese por bondad de carácter, fuese por sumision à la necesidad, fuese en fin por deberse de un amigo capaz

de apadrinar sus designios, el Calchaqui se convino en formar una nacion con la de su propio invasor. Con tan buena acogida levantó Prado la ciudad del Barco. No bien perfeccionada esta obra partió con solos treinta soldados á recorrer la campaña. Estaba muy ageno de tener encuentros con su rival. Su sorpresa fué grande, quando se halló una noche á la frente del campo de Villagran. Habia hecho este capitan un retrogrado, encaminando su marcha por la falda de la cordillera. La pasion rencorosa de Prado renació entónces más encarnada que nunca. Con un corage mal empleado se atrevió á vengar sus resentimientos pasados. Sin considerar sus pocas fuerzas, dispuso atacar todo este exército. El capitan Guevara con quince soldados tuvo órden de invadir la tienda del general entretanto que él con los otros quince acometia á lo restante. Guevara forzó la guardia de la tienda, y se introduxo en ella. Recibiólo Villagran armado de espada y rodela. Ambos se acometieron con tan furioso ímpetu, que cayéron en tierra al primer choque, y asidos de las espadas se las quitaron inútilmente. Prado no se habia descuidado por su parte. Todo era confusion, cuchilladas y tumulto. Muchos soldados abandonaron el campo, otros acudiéron con diligencia al socorro del general. Viendo Prado malogrado el designio de apoderarse de su contrario, tocó á la retirada, y la executó en buen órden.

Parece que el hombre no fuera dueño de sí mismo, quando se encuentra á solas con su pa-

sion. El honor ofendido de Villagran en medio de una colera exaltada, lo ménos que pedia en reparacion de su agravio, era la cabeza de Prado. Determinò seguirlo con sesenta soldados escogidos. Prado viò venir sobre sì este golpe y temblò de miedo. Desamparando la ciudad del Barco con algunos de su sèquito, buscò un asilo en lo mas hondo de la sierra. Villagran la tomò sin resistencia, y jurò no separarse mientras no lo tuviese à discrecion. Este era el estado de los ànimos quando entrò por medianero un honrado sacerdote de genio conciliador. El agraviado general otorgò quanto se le pedia à condicion que se le rindiese su ofensor, y se tuviese este establecimiento por una colonia chilena. Conociò entònces Prado, que este era un mal à que no tenia otra cosa que oponer, sino el engaño y la paciencia. Humillado à los pies de su contrario, protestò la mas sumisa obediencia al gobernador de Chile, D. Pedro de Valdivia. La mentira jamas imitò, sino imperfectamente, la verdad. Villagran debiò advertir que este era un sometimiento fingido. Con todo, tuvo la generosidad de librarle nuevo titulo, y evaquádo todo el terreno, partiò en prosecucion de su destino.

Prado sòlo veia en el baston que empuñaba una indecorosa insignia de su abatimiento. Luego que advirtiò podia faltar sin peligro à los empeños de su palabra, se consideró desobligado, y se resolviò à recuperar por una afrenta lo que no habia podido conservar por una hazaña. Congregò inmediatamente el cabildo de la ciudad del Barco, y produxo un

razonamiento contra Villagran, lleno de aquella vehemencia, que inspiran los agravios ayudados de la calamidad. Retratò en él à su contrario como un opresor de su justicia, como un hombre inurbano, que sublevando los ànimos, pagò en esta moneda la buena hospitalidad de Talina, y como un fiero déspota, que despues de haber invalidado los titulos mas legitimos, habia obligado à todos à resoluciones forzadas. Dicho esto, depuso el baston que obtenia de unas manos tan odiosas, y dexò à cargo del acuerdo la resolucion, de si debian tener efecto los despachos del presidente La Gasca. El congreso se hallaba animado del mismo espiritu, y era preciso aspirase à dexar el humilde estado de accesorio, à que lo habia reducido la violencia. No teniendo que temer por otra parte à un enemigo que miraba por las espaldas, hizo publicar los despachos del presidente, y entrò Prado al exercicio de la autoridad.

Acaso persuadido este general, que los nombres influyen en las opiniones, como las opiniones en la conducta de los humanos, dio à esta provincia el titulo del nuevo maestrazgo de Santiago. Pero no se contentò con imponerle un nombre tan brillante. A expensas del teson mas sostenido propendiò à su adelantamiento mas por los medios de la dulzura, que por los del terror. Los habitantes de la sierra, los del valle de Cathamarca, los de los rios Salado y Dulce, los de la jurisdiccion de Santiago y los belicosos Lules se sujetàron con grande docilidad. Insistiendo Prado

en la màxima de que la religion cristiana es el resorte mas poderoso para domar pueblos feroces, y el medio mas eficaz de disipar sus antipatias, la propagò con exquisito esmero (a). En medio de estas asambleas religiosas es donde los indios y españoles, tributando una comun ofrenda, parecia que sellaban su alianza. Con piadosa estratagema mandò tambien levantar varias cruces en los campos, à las que concedio el derecho de asilo. Este respetuoso culto hizo en los bàrbaros la impresion que se deseaba. Llenos de respeto hàcia este signo de nuestra salud, colocaron ellos otras iguales en sus adoratorios, y se fueron acostumbrando à venerarlas. Estos sucesos tan lisonjeros lo esperanzaban de gozar largo tiempo las dulzuras de la autoridad. Asì reparaba el gefe sus pasadas flaquezas, y llenaba con decencia el puesto de un conquistador. Anhelando siempre à engrandecerla, retiraba los limites de la provincia con nuevas adquisiciones hàcia la cordillera de Chile, quando una repentina borrasca puso fin à su prosperidad. El gobernador D. Pedro de Valdibia, irritado con la relacion de Villagran, y haciéndo del provecho la ùnica regla de su justicia, habia conferido la tenencia de este maestrazgo al capitan Francisco de Aguirre. Este hombre precipitado cayò improvisamente sobre Prado, apode-

(a) *Los religiosos de la òrden de Mercedes son acreedores à esta gloria.*

rándose de su autoridad y su persona, lo hizo conducir à Chile. Luchaba siempre con la fortuna este desgraciado general, y se hallaba contradictorio à casi todas las circunstancias. Aunque mandado reponer por los tribunales altos, no gozò esta satisfaccion, ò porque la muerte abreviò su carrera, ò por otro motivo no bien averiguado.

Presto experimentàron los indios lo que va de un gobierno suave à otro tiránico, y presto experimentò tambien Aguirre la ineficacia del rigor en paralelo del agrado. Este mandon se dexò ver apoyado sobre la fuerza y el rigor. Aspiraba con esto à su seguridad; pero nunca hay seguridad fundada sobre la base del terror: todos los momentos son peligrosos para el mismo que lo imprime, y una sola mirada entre los oprimidos basta para concertar su destruccion. Quarenta y siete mil indios repartidos entre cincuenta y seis encomenderos, obligados aun à ahogar sus gemidos, le enagenàron las voluntades, y fueron causa de una revolucion. Los indios se conspiràron contra esta colonia. El Calchaqui con porfiados asaltos llenò de consternacion à la ciudad del Barco: la provincia entera, con mucho mas número de soldados que en tiempo de Prado, se halló en vísperas de sucumbir à los esfuerzos de los bàrbaros. Rodeado Aguirre y los suyos de los pueblos à quienes habian ofendido, y que meditaban su ruina, transladò la ciudad del Barco sobre la ribera del rio dulce en 1553, sostituyendo à su antiguo nombre el de Santiago del Estero. Pero nue-

vos intereses convirtièron su actividad à otro destino. Las continuas insurrecciones de los valerosos Araucanos balanzeaban la suerte de los conquistadores chilenos, y exîgian refuerzos de parte de èstos con que continuar la campaña. En 1554 volò Aguirre llevàndo socorros à sus conmilitones. Los españoles del Tucuman no pedian mas que un pretexto para abandonar una conquista tan esteril, como trabajosa. La retirada del gefe dió ocasion para que muchos se acogiesen à Chile, y tomasen otros la via del Perù.

En ausencia de Aguirre exerciò el mando de esta tenencia Juan Gregorio Bazan sobre un corto residuo de soldados, ùltimos restos de esta desgraciada expedicion. La debilidad de estas fuerzas, un principio eterno de discordias, que las enflaquecia mucho mas, y la necesidad de reprimir à los bàrbaros del Salado, unidos con los indòmitos Chiriguanos, iban à sofocar en su cuna à esta triste y mal formada provincia. Bazan sintiò sobre sus hòmbros un peso que lo agobiaba, y estuvo resuelto à abandonarlo todo; pero el prudente y valeroso Ardiles le rogò no permitiera, que el lustre de su familia acabase en su persona, y que continuase unos servicios en que se interesaba la gloria de ambas magestades. La fuerza de estas razones lo contuviéron en sus deberes. Restablecido en su valor tomò las mejores medidas, para que no se desplomase este edificio; se previno contra todos los obstaculos, se afianzò en la amistad de muchas parcialidades; ganò el

corazon de los soldados; y en fin, ayudado con estos auxilios, consiguió de los enemigos una victoria, capaz de sostener su antiguo crédito. Bien preveia Aguirre desde Chile el peligroso estado de esta conquista. En 1557 destacó para Santiago alguna tropa à cargo de su sobrino Rodrigo de Aguirre, à quien revistió con la autoridad de su mando. Pocos meses conservó el puesto. El espíritu de faccion alimentaba las disenciones, y los odios. Los partidarios de Prado lo prendiéron, y fué reemplazado por el capitan Miguel de Ardiles à nombramiento de D. Francisco Villagran, gobernador interino de Chile.

Esta es la época en que esta provincia nos ofrece un espectáculo de debilidad, discordias, crímenes y sublevaciones, que la encaminaban à su ruina, à no haber en 1558 entrado las riendas del gobierno à manos del general Juan Perez de Zurita. Lleno de méritos y talentos este grande hombre, daba relieve à su heroismo militar un fondo de mansedumbre poco comun en un siglo feroz, y casi ageno de su profesion. Con tan relevantes prendas, que lo hacian digno de gobernar à los de su especie, se abrió camino à esta tenencia, habiendo ganado todo el concepto de D. Garcia Hurtado de Mendoza, gobernador de Chile, é hijo del virey, marques de Cañete. Parece que los conquistadores de esta provincia quisiesen à competencia suplir con nombres fastuosos lo que le faltaba de realidad. Zurita la denominó nueva Inglaterra en consideracion à Felipe II rey de la

gran Bretaña. Como político diestro fué su primer cuidado cimentarse sobre establecimientos, que sirviesen á los que pensaba hacer de nuevo. Dentro del valle de Calchaquí dió principio á tres ciudades, que fueron Londres, Cañete y Córdova. En buena inteligencia con el cacique D. Juan de Calchaquí, desarmó los belicosos ánimos de sus vasallos, y pudo dar mas vuelo á sus grandes designios. En 1559 con un pequeño exército, vino de victoria en victoria á poner en sujecion á los Diaguitas, Juries, Catamarqueños, y Sonogatas; naciones todas, que aunque exitadas de una causa comun, obraban sin concierto, ni unanimidad, y no hacian mas con su resistencia, que ofrecerle nuevos triunfos. El fin primario de estas gloriosas campañas no era gustar el funesto placer de la victoria, sino el de abrir entre estos salvages los fundamentos de la vida civil, y darles leyes, costumbres, idioma y religion. Con este designio redujo á pueblos innumerables indios, que se hallaban sembrados por las riberas de los rios y vivian como confinados en sí mismos.

La buena dicha de estos sucesos adquirió á Zurita una nombradía de valor, justicia y probidad, que puso de su parte al concepto público. Calculando el virey, conde de Nieva, que Chile y Tucuman eran dos grandes masas difíciles de prestarse auxilios mutuos, erigió el último en gobierno separado por los años de 1560, ó principios del siguiente. Zurita fué condecorado con su mando y es el primero en el órden de los que han ob-

tenido este gobierno. Pero un golpe de fatalidad puso límites à su dicha. Los vecinos de Londres, monumento primitivo de sus afanes, abandonados à una vida voluptuosa y desreglada, se hallaban muy atormentados con el yugo de su virtud. Resistiéndose à ciertos órdenes suyos, se ofrecièron à D. Francisco de Villagran gobernador de Chile, no como quienes buscaban el mérito de alguna sujecion, sino como quienes huian la pena de un delito. Confesemos en honor de la verdad, que la tirantez con que Zurita llevò sus resentimientos hasta sacrificar à su enojo las cabezas mas respetables, desmintiò por esta vez su carácter, y le hizo perder los corazones. Villagran admitió esta querella con un maligno regocijo, y se aplaudiò de un suceso, que favorecia su ambicion. Gregorio Castañeda con un lucido trozo de milicia chilena partiò inmediatamente à Tucuman, llevando expresa òrden de deponer al gobernador Zurita. Hallabase èste à la sazon en Jujuy, entregado à los cuidados de levantar la ciudad de Nieva. No fuè posible à su enemigo rendirlo à viva fuerza, y se valiò de las insidias (a). Con cierto ayre de candor afectó desistir de sus intentos en vista de los titulos qne legitimaban

(a) *Segun èsto parece que se equivoca el abate D. Juan Ignacio Molina, quando nos dice en su ensayo sobre la historia de Chile lib. 4. cap. 1. que Castañeda venciò en batalla campal al gobernador Zurita.*

su autoridad. El noble ánimo de Zurita creyó descubrir en sus protestas aquella verosimilitud, que siempre gana el juicio de los hombres de bien. Quando el traidor lo vió mas satisfecho, hizo que extendia la mano para devolverle los despachos y no fué sino para apoderarse de su persona. Desde este momento cambió repentinamente su fortuna. Lisonjeándose los pueblos de tener en Castañeda un instrumento de sus voluntades, le proclamaron por su libertador; y llevado Zurita á su lado como en triunfo, nos dexó un terrible exemplo de las vicisitudes humanas.

CAPITULO II.

Muere el gobernador Gonzalo de Mendoza, le sucede D. Francisco Ortiz de Bergara: sublevacion de los Guaranies: son derrotados por los españoles: igual sublevacion con igual suceso en el Guaira: vuelve Nuflo de Chaves á la Asuncion: vuelve al Perú el gobernador Bergara y del obispo Torres. Bergara es depuesto y le sucede Zurate: vuelta de los españoles al Paraguay: muerte trágica de Chaves: alboroto de los españoles en el Guaira: prende Melgarejo á Riquelme.

Despe el advenimiento al mando de Gonzalo de Mendoza gozó el Paraguay de bastante tranquilidad. Tranquilidad tanto mas apreciable, quanto que proviniendo de su apacible índole, esta-

ba muy distante de equivocarse con esa triste calma, que induce muchas veces la tirania. Sin embargo los Agaces, apoderados del rio, molestàron no poco la Asuncion. Contra èstos despachò Mendoza à los capitanes Alonso Riquelme y Garcia Mosquera, quienes los vencièron. Su muerte prematura al año de su mando privò en breve à la repùblica de este bien inestimable. En un solemne congreso, celebrado el año de 1558 recogió el prelado diocesano los sentimientos del pueblo, y fuè sostituido en su lugar D. Francisco Ortiz de Bergara (a). La firmeza de este caballero, unida à su dulzura, prometia à la provincia iguales y aun mayores ventajas; pero un peligroso accidente la puso en una gran confusion. Hallàbase de vuelta la gente que se le desmembrò à Chaves en su jornada à los Xarayes. Los indios de esta comitiva no se habian descuidado en recoger una gran porcion de flechas inficionadas con ese mortal veneno, que por un funesto privilegio produce el pais de los chiquitos. Estas temibles armas en sus manos lìcièron renacer en ellos las dulces esperanzas de ser libres. Dos indios Pablo, y Narciso, hijos de Curupitati cacique principal, con todo el calor de una juventud altiva, y ardiente patrocinàron este designio, y se propusièron

(a) *Por real cédula, se hallaba autorizado el señor Torres para que al electo diese titulo de gobernador, ò de capitan general.*

restablecer la patria en sus derechos por una revolucion famosa. Para comunicar sus sentimientos à todo el resto de la nacion, celebràron juntas clandestino; donde se esforzàron à inspirar estos espìritus pusilànimes aquella suerte de entusiasmo, que convenia à esta ardua empresa, y que hace à los hombres invencibles. Los nombres de libertad, bien pùblico, antiguas costumbres volviéron à oirse sobre sus labios con todo aquel placer que podian producir unas ideas tan caras, y como resucitadas. ¿"Que se han hecho, decian, nuestros derechos primitivos? Todos los hemos perdido, sino es aquellos que, à Dios gracias, es imposible destruir. ¿Donde està ese gobierno suave de nuestros antiguos caciques, que enfrenado por el temor de quedar solo, ceñia su poder à estrechos limites? Desapareciò yà de nuestra vista, y ha cedido su lugar al de una tiranìa siempre armada. Volved, pues, sobre vosotros mismos: no querais comprar la paz à precio tan indecoroso, y estad asegurados que con esas flechas matadoras os conduciremos por el camino de la victoria." Con esta indiscreta presuncion arrastràron tras de sì la mayor parte de los pueblos. La conspiracion se hizo notoria.

De diez y seis mil combatientes se componia el exército de los indios segun dice Ruiz Diaz. Los pocos pueblos que resistièron à tomar parte en la conspiracion, experimentàron horribles crueldades. En estos tiempos de infancia social cada ciudadano era soldado. Persuadidos los españoles

que qualquiera lentitud podia interpretàrse por una confesion de su flaqueza, armàron quinientos soldados de los suyos mas de quatro mil Guaranies, y quatrocientos Guaicurues, quienes guiados del gobernador Bergara en 1559 buscàron sin descaecimiento al enemigo. Despues de algunos encuentros de poca conseqüencia, empeñàron los dos exèrcitos un combate sangriento, y decisivo cerca de los rios Yaquaris, y Mouyapey. Es probable, que si de parte de los salvages hubiera estado ése valor, esa dispocision de espìritu que correspondia à la altivez del designio, y que en un lance apurado suple muchas veces la falta de disciplina militar, hubieran arrollado à los españoles: pero sus ànimos se hallaban abatidos, y sus guerras eran tan bàrbaras como éllos mismos. A pesar de algunos hechos de valentìa, à que los excitaba la desesperacion, y à pesar tambien de algunas estratagemas, no del todo mal combinadas, éllos fueron, al fin, rotos y forzados à padecer pèrdidas sin recurso. Acaeciò esta victoria el 3 de Mayo de 1560. Bergara fuè bastante cuerdo para no aumentar con suplicios los funestos efectos de esta guerra. Él se persuadiò, que si habia algun medio de afianzar esta victoria, era la clemencia y el buen tratamiento en lo sucesivo. A la verdad, jamas se esfuerzan los pueblos à romper sus cadenas, siempre que no sienten el peso. Sobre estos principios mandò publicar un perdon general, prometiendo sepultar en un eterno olvido lo pasado, y de ser mas sensible à la humanidad.

Quando parecia que nada habia que temer, empezò la grande llama que en la remota provincia de Guaira habian levantado algunas chispas desprendidas de este incendio. Por carta de Ruiz Diaz Melgarejo, que ocultada en el encaxe de un arco entregò un indio, supo despues el gobernador, que la sublevacion de aquellos pueblos era general; y que sitiada la ciudad con un cerco muy apretado, estaba en riesgo de rendirse à no recibir pronto socorro. Bergara llevò el asunto al consejo de guerra. La resolucion fué, que Alonso de Riquelme partiese en diligencia de auxiliar esta plaza. Fueron muy bien executadas estas òrdenes. Con sesenta soldados de su mando se puso en marcha año de 1561, venciò todos los obstàculos, è introduxo el socorro que se deseaba. Hacia tiempo que Riquelme y Melgarejo se alimentaban con toda la hiel de los resentimientos personales. Sin embargo, por una galanteria propia de almas generosas, desistió el primero de su querella, mientras el segundo, por un disimulo que se llama politica; los suspendiò todo el tiempo que durò el peligro. De comun acuerdo hizo Riquelme una salida con cien soldados y tuvo la gloria de obligar à los sitiadores à levantar el cerco.

Conseguida esta ventaja, restaba sosegar las alteraciones, que un interes comun habia engendrado en todos los pueblos comarcanos. La voz de Riquelme, animada de su valor hizo temblar à muchas parcialidades, quienes, no pudiendo sostenerse en su presencia, apelàron à los ruegos para

obtener el perdon. El general español, afectando labrarse un mèrito de la moderacion, hizo el papel de que sacrificaba los resentimientos de su nacion al beneficio de sus agresores, y se rindiò à sus instancias. Otros pueblos mas osados llevàron su animosidad hasta exponerse al ùltimo exterminio. En medio de sus derrotas el amor de la patria tomaba nuevas fuerzas, y hacia que se renovasen los combates. Pero al fin, fué preciso que cediese su obstinacion, y se sujetasen al destino, que de lèjos les habia preparado la suerte. Restablecida la calma de esta provincia, Riquelme se retirò el siguiente año à la Asuncion, cargado de triunfos y laureles. En la marcha natural de las pasiones éllas crecen con los obstàculos, y es muy dificil que retrocedan à su primer estado, despues de haber recibido un fuerte impulso. Toda la dulzura del gobernador Bergara, y todos sus manejos populares no pudièron impedir que fermentase de nuevo la conspiracion. Élla fuè apaciguada con el mismo éxîto que la anterior. El resultado de estas agitaciones era afirmarse cada vez mas el dominio español. Las nuevas pruebas de flaqueza de parte de los indios, eran otros tantos tìtulos de adquirir sobre èllos nuevos derechos. Éstos se establecian con trabajo, y por eso se establecian mejor.

Al mismo tiempo que regresò el gobernador de esta reciente jornada, llegò tambien el célebre Nuflo de Chavez. El abuso extraordinario que este capitan hizo de su poder, debia ponerlo en re-

zelos para no exponerse à los insultos de un pueblo, que poco àntes se habia producido en terribles quejas contra su persona. Pero sabia Chavez que las riquezas en esperanza con que venia à seducirlo, eran de virtud conciliadora à pesar del odio mas bien fundado. A la verdad, el objeto principal de su venida no era èste, sino el de recoger su familia. Si se valia de aquel arbitrio, solo era para eludir las injurias, y darse un ayre de felicidad con que justificaba el acierto de sus pasadas resoluciones. Todo lo consiguiò à merced de este artificio. Al mismo tiempo que recogia los aplausos del pueblo, veia con secreta complacencia la vivacidad de los anhelos por transportarse al Perù, que à manera de un furor epidémico agitaba todas las clases del estado. Fueron tan poderosas sus sugestiones, que llegàron à trastornar las cabezas de la repùblica, fuera de otros vecinos principales. El gobernador Bergara y el obispo Torres engrosàron la lista de los aventureros. Sabemos que la rectitud y el desinteres eran la regla de su conducta, y asi nos presumimos que otros motivos unidos à un espiritu caballeresco, de que nadie estaba exênto, los decidiéron à esta indiscreta empresa. Sean èstos los que fuesen, exponer la suerte de los pueblos à los males que causaria su larga ausencia, quando se hallaban agotadas casi todas sus fuerzas, era un peligro à que debia ceder qualquier ventaja mènos imaginaria. Disimulemos en èllos esta falta, que no desacredita sino las ideas de su tiempo,

En 1564 aprestadas todas las cosas, pusiéronse en marcha por el rio el gobernador y el prelado; llevando trecientos españoles con los indios de su servicio, que por todos componian mas de dos mil personas. Chaves los seguia por tierra con otros mas de dos mil de su encomienda y algunos españoles que lo acompañáron desde el Perù. Siempre dispuesto à aprovecharse de sus artes dolosas, abusò de la simplicidad de los Itatinos para sacar con promesas ilusorias mas de tres mil indios de esta provincia. De delito en delito se iba adquiriendo derechos ilimitados. Una nueva escena se abrè donde su ambicion dexa la màscara y se presenta como èlla es. Despues de un largo y feliz viage, entrò toda esta armada en los términos de santa Cruz de la Sierra el año de 1564. Entònces es quando Chaves pasa improvisamente del grado subalterno al de la superioridad mas absoluta. Despoja del mando al gobernador Bergara, trata con dureza y altivez à los que poco àntes miraba como à sus benefactores, y se lisonjea de tener à sus pies los respetos del rio de la Plata. No parò en èsto; en una ausencia que hizo de la capital, à fin de apaciguar cierta sublevacion, dexò estrechas òrdenes à su teniente Hernando de Salazar para prender à Bergara con todos sus amigos, y no permitir que alguno de su sèquito entrase à lo interior del reyno. Asì se verificó. Tanto puede desviarse de sus deberes el que, no reconociendo como Chaves otra virtud que un valor fiero, califica la justicia y la equi-

dad por sentimientos de un corazon cobarde. Estos hechos hiciéron conocer su error, aunque muy tarde, à los conquistadores paraguayos. Los que ántes habian caminado tras de una felicidad asegurada, sòlo trataban en el dia de libertarse de la miseria y la opresion. Por dicha suya Garcia de Mosquera, joven animoso y esforzado, llevò sus quejas à la real Audiencia de la Plata, y consiguiéron por este medio órdenes positivas de su libertad. Los Itatinos no habian sido tratados con ménos ultraje é inhumanidad. Como unos desdichados proscriptos corrian los desiertos, gemian agobiados baxo el peso de sus fatigas; y quando se acordaban de la patria, solo era para dar lugar al sentimiento de haberla perdido. No pudièndo soportar mas tanta miseria, las pocas reliquias que de éllos habian quedado se resistièron à pasar adelante, y fundàron un pueblo al que llamàron Itatin, treinta leguas de santa Cruz.

Errado el primer paso de una empresa, todos los que la siguen no hacen mas que alejarla del acierto. Por una imprudente resolucion el gobernador Bergara habia hecho su destino dependiente de los caprichos de la fortuna. Despues de un largo y penoso viage vino à naufragar en el puerto. Puesto en la ciudad de Chuqisaca en 1565 pidiò à la Audiencia confirmacion del mando que obtenia y oportunos fomentos para sostener la conquista. Con esta solicitud el mismo despertò en otros la ambicion, que sin èlla hubiera estado dormida. Los capitanes Diego Pantoja y Juan

Ortiz de Zàrate se presentàron como concurrentes à la pretension de este puesto. Favorecia mucho sus designios una capitulacion de ciento y veinte cargos que el procurador del Paraguay habia formado contra el desgraciado Bergara. Era el mayor de todos haber desalojado de sus hogares tantos ùtiles pobladores con inminente riesgo de la provincia baxo el proyecto quimèrico de solicitar nuevas fuerzas, que nunca podian ser ni iguales à las que el mismo destruia. El cargo era sin rèplica; pero digno de misericordia. Con este expediente y los encomios abultados que hacia del rio de la Plata el doctor D. Juan de Matienzo, presidente interino de la Audiencia, crecia la emulacion de Pantoja, y Zàrate. En negocio tan dèlicado tomò el tribunal el expediente de remitir su decision al licenciado Lope Garcia de Castro, gobernador del reyno. Los prometimientos de Zàrate vivamente representados, por los que se comprometia à emplear en beneficio de la provincia ochenta mil ducados de su peculio, lo inclinàron à su favor. Librôsele tìtulo de Adelantado del rio de la Plata con cargo de que obtuviese confirmacion del Rey. En solicitud de esta gracia pasò personalmente à España, dexando por su teniente al contador Felipe Càceres. Entretanto Bergara tuvo la humillacion de verse remitido à la corte à que diese cuenta de su persona.

Con los auxìlios de Zarate se puso luego en estado el teniente Càceres de emprender su viage à la Asuncion. Reuniòse con su gente en

Chuquisaca al obispo Torres, y juntos se encaminaron hasta santa Cruz. Las demostraciones de regocijo con que fueron recibidos de Chaves, parecian garantes seguros de una amistad sincera. Sin embargo, ellos conocian que era necesario observarlo con desconfianza; porque elevado al gobierno por un delito, sabian estaba necesitado à sostenerse por otros muchos. Ninguna precaucion estuvo de mas. Los estorbos que la puso à la prosecucion del viage con ánimo de seducir los soldados, descubrieron el objeto de su criminal disimulo. A pesar de todo el teniente Cáceres con sesenta españoles, y la demas gente de su comitiva verificó su salida. Chaves à pretexto de custodiarlos seguia sus pasos con una compañia de soldados. En este buen orden llegaron à la comarca, que habian poblado los Dasinos. Celosos estos indios de recibir nuevas vexaciones, ò resueltos à vengar las pasadas, desampararon sus pueblos. Supo Chaves, que algunos caciques principales se hallaban congregados en un pueblo inmediato, y acompañado de doce soldados se dirigió à ellos. Las señales de amistad con que fué recibido, lo alucinaron para no advertir su peligro. Tal es el carácter de la tiranía, dice un autor estimable, ella ò nada teme, ò todo lo teme; y muchas veces quando manda con mas altivez, es quando toca el momento en que va à ceder. En medio de su descuido recibió Chaves un golpe de macana en la cabeza, que le costó la vida. Su muerte acaecida en 1568 nos enseña que la

ambicion mas feliz pudo terminar en un fin trágico. Sus soldados fueron envueltos en el mismo infortunio, sin que escapase mas que uno.

La noticia de esta fatalidad advirtió à Cèspedes las precauciones con que debia caminar por una tierra sembrada de peligros. Todas fueron necesarias. La sèria resolucion de acabar con estos españoles se comunicò de parcialidad en parcialidad, y se habia hecho un voto comun. En la provincia de Itatin se hallàron cercados de un exército tan superior, que fuè necesario recurrir à la visible proteccion del cielo para conciliar su derrota con la debilidad de sus fuerzas (a). Sin recurrir à prodigios de que no estamos asegurados, es mas natural encontrarla en la indole de unos bàrbaros, que solo se movian por un instinto ciego; que dexaban escapar el momento de obrar; que no sabian aprovecharse de sus ventajas, ni alcanzaban los medios de hacer inùtiles las del enemigo. Los frequentes descalabros, que padecian no aniquilàron sus porfiados ànimos. El exèrcito español llegò à las cercanias de la Asuncion por entre emboscadas, asaltos y refriegas. Aquì se presentàron algunos caciques principales pretendiendo hacer ver su inculpabilidad. El embarazo con que lo hicièron se tuvo por una confusion de su

(a) *Se cuenta que un personage venerable, el que no se sabe si fuè Santiago, ò san Blas, arrojaba dardos contra los indios.*

delito; pero fué preciso admitirles sus excusas. Asentadas nuevas paces, pudo concluirse el viage en 1569.

No le faltaban talentos al teniente Cáceres para reunir, ò dividir los ànimos, segun lo exigia su interes. Su enemistad declarada con el obispo Torres era un motivo de importancia, que en el dia lo excitaba à este sòrdido manejo. Fué su primera diligencia reconciliarse con los enemigos de odios inveterados. Accion heroica, si no buscando en èllos los instrumentos de su malignidad, no hubiese pretendido con esta accion prostituir al vicio la virtud misma. Uno de los que entràron en las estrecheces de su amistad, fué el capitan Alonso Riquelme. Hallàbase a la sazon este conquistador experimentàndo en un estado triste, todas las inconstancias de una suerte caprichosa è ingrata. A la partida del gobernador Bergara, quedò mandando la provincia del Guaira. Un motivo de codicia abriò la puerta à la discordia entre sus pobladores. Crianse en aquel pais unas piedras cristalinas diversificadas de tantos colores, quantos conoce la vista. Unos cocos de durìsimo pedernal las forman en sus senos; los que, llegado el tiempo de la sazon, se abren en dos mitades con estrepitoso ruido. Los vecinos de Ciudad Real las encontràron, y con èllas en la mano à nadie envidiaban su fortuna. Los grados de su avaricia eran los de su valor. Con una resolucion acabada intentàron abandonar la poblacion, y restituirse à Castilla à dar salida à su imaginario tesoro. Po-

seia Riquelme un fondo de rectitud y sano juicio con que suplia la cultura de su espíritu. El no pudo ménos de advertir en la locura inquieta del pueblo aquel carácter de ridículo que le imprimen las pequeñeces de las ideas vulgares. Valiéndose de su firmeza ordinaria, se opuso à la desercion, y puso presos à los autores de esta novedad. Con todo, quarenta soldados bien armados, à la cabeza del licenciado Antonio de la Escalera, mas propio para conducir un motin, que para dar reglas de conducta à un pacífico rebaño, sorprendiéron à Riquelme, lo despojáron de su autoridad y verificáron la evasion. Riquelme recuperò su autoridad; pero, no hallándose con fuezas suficientes, se contentò con avisar à la Asuncion lo acaecido. El capitan Juan de Ortega, que gobernaba por entónces, despachò à Ruiz Diaz Melgarejo, quièn saliendo en alcanze de los fugitivos, los forzò à volver à Ciudad Real. Las odiosas rivalidades de Melgarejo contra Riquelme hallàron esta ocasion de mortificarlo. Disgustado éste de su empleo, lo abandonò y tomò su camino à la Asuncion. Antes de su llegada supo estaban de vuelta los españoles que hiciéron la jornada del Perù, y que el general Felipe Càceres gobernaba à nombre de Juan Ortiz de Zarate. Era Càceres uno de sus enemigos mas capitales desde la injusta prision de su tio, el Adelantado Alvar Nuñez. Absorto Riquelme en meditaciones amargas resolviò por fin entregarse en brazos de su contrario. Temia Càceres el mèrito de su rival; y co-

nociendo quanto le importaba tener de su parte la autoridad de un hombre capaz de acreditar una faccion, se aprovechò de su desdicha misma para conseguir la reconciliacion.

Despues de una investigacion infructuosa, que en 1570 hizo en la boca del rio de la Plata el teniente Càceres, por adquirir noticias del gobernador Zàrate, volviò por fin à la Asuncion y persuadiò à Riquelme reasumiese el mando de la provincia del Guaira. Aunque con suma repugnancia, aceptò èste tan delicada comision, y con cincuenta soldados, vecinos de Ciudad Real, partiò à este destino. Desde las màrgenes del Paranà instruyò Riquelme à Melgarejo del objeto de su venida, y le brindó con su amistad. Melgarejo no conocia otros derechos, que los que se arrogaba. Esta noticia lo arrebatò en discursos violentos y sediciosos, y lo llevò hasta el extremo de romper el freno de la obediencia. Hizose reelegir teniente à nombre del gobernador Bergara; ocupò con cien hombres los pasos principales del rio; y tuvo arbitrio para atraer à su bando la gente de Riquelme. Abandonado de los suyos este conquistador, y siendole imposible retroceder, cediò à la necesidad, y se acogiò à la misericordia de su contrario. Melgarejo tenia un espiritu inquieto, arrebatado y presuntuoso. Condenandolo à una estrecha prision, en que lo tuvo por espacio de dos años, manifestò con este rasgo toda la negrura de su alma.

CAPITULO III.

Disgùstase el obispo Torres con el general Càceres, y lo excomulgà: persigue Càceres cruelmente al prelado: prende al provisor, é intentà expatriarlo: su viage hasta la Isla de san Gabriel: fòrmase una conjuracion, y es preso: levàntase con el mando Martin Suarez de Toledo: Càceres es remitido à España: acompàñalo el obispo: muere éste en san Vicente: viages funestos del Adelantado Zàrate: su arriba al rio de la Plata.

No pueden faltar agitaciones, donde à mas del caràcter inquieto de los que mandan, se hallan obscurecidos los principios fundamentales de la autoridad. Quando la historia nos presenta exemplos de estos gobiernos absurdos, si élla mortifica la razon, dexa à lo ménos lecciones importantes del precio y las ventajas que hacen tan codiciables à los justos. Esté deberà ser el fruto de los desafueros cometidos durante las disensiones del teniente Càceres, y del obispo Torres. En el espàntoso quadro que presentan las humillaciones del virtuoso Alvar Nuñez, aparece el contador Càceres, como un monstruo formado de todos los vicios, sin el apoyo de virtud alguna. El presente no hace mas, que reproducirnos su figura retocada con tintas de un temple mas fuerte. Inflexible, audaz, rencoroso, sus preocupaciones y su genio lo hacian apto para trastornar un es-

tado. Desde que Càceres y el prelado volvièron de la jornada se hallaban yà disgustados. Cada qual formaba su bando, y escuchaba las delaciones de sus espìas. No podian mènos sus ànimos que inflamarse, y llegar à un rompimiento escandaloso. El obispo hallaba en su natural bondoso y suave un recurso con que templar la irritacion; pero su provisor, Alonso de Segovia, à cuya direccion estaba entregado, hombre fogoso, intrigante y advertido, tenia en prision esta bella ìndole, y le sugeria partidos violentos, opuestos à sus principios de paz y su caràcter. A pretexto de ciertos, hechos que ofendian la dignidad episcopal fueron tan poderosas sus sugestiones, que lo obligò à fulminar censuras contra Càceres y sus ministros. Proceder indiscreto, que en semejantes casos hizo perder su reputacion à varios prelados, desde que la ignorancia cegó la senda del verdadero espìritu de la iglesia. ¿ Que podia aprovechar este remedio contra un temerario y poderoso ? Por el contrario, la censura quedaba expuesta à la irrision, y lèjos de reprimir al contumaz, lo impulsaba à mayores delitos.

Hecha un caos tenebroso quedò la repùblica con este golpe. Era preciso buscar principios à fin de desautorizar al prelado. Demasiado ignorantes para encontrar ideas justas en materias tan delicadas, se recurriò à una grosera imputacion de crìmenes atroces, por los que se pretendia haber incurrido en suspension. Despues que Càceres hubo cargado de grillos y prisiones al provisor, se

propuso hollar todos los fueros del obispado y sacerdocio. Con estas miras puso entredicho à las funciones del ministerio pastoral prohibiò ; al prelado la entrada de su iglesia ; mandò expeler de èlla à los que concurrian à la celebracion de los misterios ; lo confinò à su propio palacio ; extrañòlo del reyno , y ocupò sus temporalidades. En medio de los estragos que causaba esta fiera devoradora , su alma se hallaba atormentada de mortales inquietudes. Las mismas victimas que sacrificaba à su seguridad, temia no lo empujasen al precipicio. Aumentar sus sobresaltos por los mismos medios de que se valen los tiranos à fin de aniquilarlos , es el mas cruel de sus suplicios. Sobre todo se recelaba que el provisor encontrase recursos en su sagacidad con que trastornar todas sus medidas : pues si se hallaba en estrecha prision era , porque fué preciso espiar el momento en que se hallaba casi dormido. Para salir de este cuidado , tomó el expediente de expatriarlo à la provincia del Tucuman. No halló por conveniente fiar sino de sì mismo esta diligencia. A pretexto de auxiliar al gobernador Zàrate en caso de su arribo , navegò hasta la isla de san Gabriel , llevandoselo consigo. Puesto à su regreso, en la boca del rio Salado , diò sus disposiciones , à fin de que , introducido el preso por este rumbo no trillado , fuese conducido hasta Santiago. Esta empresa encontrò escollos insuperables ; por lo que cediò de su pensamiento , y volviò à tomar la Asuncion , donde baxo de fianzas lo pu-

se en libertad.

La ausencia del caudillo es siempre peligrosa para los sucesos. En la de Càceres las cosas habian tomado otro semblante. La inocencia del prelado cruelmente perseguido, su bondad, su mansedumbre fueron de bastante eficacia para poner en sus intereses à los mas acalorados partidarios de Càceres. Una conjuracion se forma contra su vida, y es descubierta. Cae entonces sobre sus autores, depone como sospechoso à su teniente, hace decapitar à Pedro de Ezquibel, renueva la persecucion del prelado, y vomitando estragos y amenazas se esfuerza à infundir un terror pànico que dexò inmobiles à los ciudadanos. Pero éste era precisamente lo que los espitaba à prevenir su desgracia por medio de una traicion. El obispo se hizo invisible à favor de un piadoso asilo que encontrò en el convento de la Merced. Con todo, fray Francisco Ocampo de la misma òrden, que àntes habia seguido el bando de Càceres, unido de intencion con el provisor, minaban sordamente las baterias de Càceres. Poniendo en crédito el principio de que ningun contumaz à los mandatos de la iglesia es digno del gobierno, persuadieron à cien vecinos, que era lícito unir la espada à las censuras, y se coligaron contra él. Càceres vivia sumamente receloso, y no se habia descuidado en hacerse custodiar con una respetable guardia de cincuenta soldados. A pesar de ésto, una mañana, que escoltado de su tropa se hallaba en la iglesia catedral el año de 1572, entrò

ron tumulturiamente por sus tres puertas los conjurados presididos del obispo, el provisor y el padre Ocampo, quienes profiriendo à gritos VIVA LA FÉ CRISTIANA, hiciéron que se precipitasen sobre su persona. Despues de una corta resistencia, en que Càceres mostrò presencia de espìritu, y recibiò algunas estocadas, fuè sacado del templo entre baldones è ignominias, y conducido à un grueso cepo, cuya llave se depositò en manos del obispo. ¡Quan triste cosa es ver à los ministros del santuario perturbar la paz pùblica baxo el vèlo de la religion! Este es el oprobio de que son responsables los siglos de ignorancia. Siglos en que olvidados los eclesiasticos, que su ministerio era de paz, se creia servir à Dios sublevando los pueblos, y armando los ciudadanos contra los ciudadanos mismos.

La desgracia del general Càceres, unida al estado borrascoso de la repùblica, estaba convidando al mas osado à que se apoderase del mando. El teniente depuesto Martin Suarez de Toledo, naturalmente irritado con la afrenta que acababa de experimentar, tuvo el arrojo de presentarse en la plaza pùblica rodeado de arcabuceros, y levantar horca de justicia en el momento mismo que atravesaba el humillado Càceres hecho el juguete de la multitud. A otra igual extorsion debiò que el cabildo lo autorizase por capitan y justicia mayor de la provincia, en cuyo empleo nada hizo, que pudiese cubrir la ilegitimidad de sus tìtulos. Llegado un año en que los enemigos de Càceres

abusàndo de su situacion, lo tenian expuesto à los insultos del pueblo, insistièndo con mas viveza en su remision à España, el capitan Ruiz Diaz Melgarejo, que en calidad de rebelde mandaba la provincia del Guaira con un despotismo sin lìmites, fué destinado à ser su conductor, porque habia seguridad, que no consultaria, sino sus odios y venganzas para mortificarlo. Casi en vìsperas de darse à la vela, no faltò quien persuadicse al obispo debia acompañar à Càceres en su viage; asi para asegurar los resultados de la causa, como para precaver, que en adelante fuese turbado el exercicio de su ministerio pastoral. Este buen hombre era un instrumento pasivo entre las manos de los que lo rodeaban. Sin temor de los daños, que por este medio podrian sobrevenirle, no advirtiò à echar una mirada mas allà del momento presente, y diò su consentimiento. Aparejadas todas las cosas, habiéndose dispuesto que el noble vascongado Juan de Garay, con ochenta soldados, al mismo tiempo que baxaba à establecer una colonia, escoltàse esta navegacion; diòse principio à ella el año de 1573.

¿Que èxito podria tener una empresa acompañada de tan enormes faltas? El bergantin que con Càceres y el obispo hacia su navegacion à España, vino de arribada à la isla de san Vicente. Los portugueses alargàron al reo una mano oculta para libertarlo de la prision. Tronàron de nuevo las censuras contra los còmplices del hecho: conmoviòse toda la villa, y atemorizados sus ve-

linos, lo entregàron al brazo de la justicia. No por ésto logràron Melgarejo y el obispo ver todo el éxito de sus ideas proyectadas. Un nuevo órden de sucesos se opuso à sus intentos. Melgarejo se vió en la necesidad de prestar auxîlios al gobernador Zàrate, y encomendàndo la conduccion de Cáceres à persona de su confianza, desistió del viage à España. El obispo tampoco pudo continuar su viage; pues asaltado de enfermedades superiores à unas fuerzas yà rendidas por el peso de los años, acabó sus dias en la misma villa de san Vicente. Refieren varios historiadores de estas provincias, haberse dexado ver sobre el cadàver de este prelado algunas de esas señales portentosas con que tal qual vez se complace el cielo acreditar una virtud heroica. Lo que sabemos es, que el supremo consejo de las Indias desaprobò con indignacion el abandono de su diòcesis, y la prision de Cáceres. No es cosa nueva que unos conceptos errados hagan perder à los mejores hombres del camino comun de sus obligaciones.

El general Garay habia escoltado al bergantin de Melgarejo hasta un brazo del Paranà llamado de los Quiloazas. De aquì retrocediò con sus 80 pobladores, y fundò la ciudad de santa Fè de la Vera Cruz año de 1573 (a) al sudoeste del rio habitado

(a) *Estaba situada la ciudad en altura de 31 grados: despues en 1660 se translado à otro sitio mas còmodo cerca del*

por los indios Quiloazas en un llano apacible tres leguas del Paranà poblada de vàrias naciones numerosas, y de diferentes idiomas. Despues de haber guarnecido la ciudad de fuertes torres, y baluartes, saliò Garay con quarenta hombres à empadronar los indios del distrito, à fin de repartirlos en encomiendas, segun la politica de aquellos tiempos. Los bàrbaros ven en peligro su libertad y se disponen à defenderla, mas por el artificio, que por la fuerza. Acarician à los españoles, y se lisonjean haberlos seducido baxo la perspectiva de la amistad. Pero Garay que era hombre de espìritu y sabia mejor que ellos hacer uso de sus talentos advirtiò en esta afabilidad comodida un no se que de engañoso, que lo prevenia estar alerta para observar mejor sus movimientos. La mañana del 19 de septiembre concurrio à la plaza del lugar donde se hallaba una gran multitud de indios. No es timidez huir del peligro, que la prudencia enseña precaver. En este mismo momento mandò Garay recoger su gente à las embarcaciones, y que estuviese sobre las armas. No pasò mucho tiempo sin que avisase el centinela de la gavia cubrirse la campaña, y el rio de enemigos armados. Se habian éstos confederado contra todos los que intentasen turbar el exercicio de su libertad, y forzarlos à recibir otras leyes, que las de su alvedrio. El peligroso estado de los espa-

---

rio Salado en 31 grados, y 58 minutos.

les no daba lugar à otro consejo, que al de la resistencia. Garay alentaba à sus soldados con la esperanza de una victoria, que segun el decia, era tanto mas aseguarda, quanto que destinados por Dios los españoles à ser señores de este nuevo mundo, debian esperar sus auxîlios contra unos enemigos, que no solo en invadirlos, pero aun en defenderse se oponian à sus decretos. Vease aquî la teologia y el derecho pùblico de éstos tiempos. Mas animosos los soldados à medida que su peligro era mayor, se disponian al combate. Esta era su situacion, quando fuera de todo lo que podia imaginarse, gritò el mismo centinela, divisaba un hombre à caballo. Este golpe de novedad sorprehendiò todos los ànimos. Nadie podia persuadirse la existencia de un caballero, que debiendo ser español, no era imaginable el rumbo que allî pudo conducirlo. La duda declinaba en un juicio, que calificaba de ilusorio el pensamiento, quando asegurò de nuevo eran ya seis los ginetes, y que escaramuzcaban con los indios. En efecto, una tropa de españoles combatia à estos salvages con el denuedo acostumbrado. Huyendo los demas una matanza cierta, despejàron el campo, y quedò por este medio disipado el peligro.

Luego que Garay se viò asegurado de lo que pasaba, escribiò à estos españoles significandoles su reconocimiento, y el deseo de conocerlos. Por ellos supo eran soldados de D. Geronimo Luis de Cabrera gobernador del Tucuman, quien des-

pues de fundada la ciudad de Cordova, habia hecho aquella campaña, y agregado à su gobierno el puerto de san Luis en el asiento de Gaboto, con todas las islas de aquel rio en veinte y cinco leguas de distancia desde la boca del Carcarañal. El mismo Cabrera vino poco despues personalmente, y requirió à Garay en términos urbanos, se abstuviese de fundar fuera de los límites del Paraguay. Garay escuchò este requerimiento con todo el desagrado de que es capaz un conquistador à quien se le despoja en parte de la presa. Pero él era hombre cuerdo, y conociéndo la superioridad de su rival, eludiò la contienda por medio de una condescendencia simulada. Cabrera como diligente general consagraba à los negocios el tiempo y los cuidados. Apenas hubo regresado à la ciudad de Còrdova, quando destacò con treinta soldados à Onofre de Aguilar para que se entregase de la tenencia de santa Fé. Eran ya otras las fuerzas de Garay, para que dexasen de ser otros sus alientos. Con varonil entereza rechazò esta pretension, que violaba sus derechos, y envilecia su tenientazgo. Un nuevo accidente, que sobrevino, debiò afirmarlo en su resolucion, y desesperar à sus contrarios. Durante estos debates recibiò Garay un pliego del Adelantado Juan Ortiz de Zàrate, por el que le noticiaba su arribo à la isla de san Gabriel, y lo revistió de nuevo con la tenencia qüestionada. Onofre de Aguilar se creyò fuera del estado de insistir en un empeño, que atraia sobre èl y sus soldados una

desdicha cierta: esa misma noche tomò la vuelta para Còrdova (a).

Exîgia la razon, que el Adelantado Zàrate hubiese sabido conciliar la vehemencia de sus deseos por la consecucion del mando con la firmeza en los infortunios à que lo expuso su ambicion. Sus viages desde Lima à Cartagena, y desde Castilla à esta parte de Amèrica, no son mas que un entretexido de caprichosas desventuras, que hacia mas amarga su pusilanimidad. Hecho prisionero por un corsario frances, fué expoliado de todos sus haberes, y reducido à la mendicidad. Pero por dicha suya poseia el humilde talento de representar muy al vivo el oficio de plañidera. Sus lagrimas interesàron la compasion de algunos españoles residentes en Cartagena, quienes lo habilitàron para que siguiese el curso de sus pretensiones. La corte le hizo gustar uno de esos dias serenos, que anuncian las grandes tempestades. Felipe II confirmò à su favor las mercedes hechas por su gobernador del Perù, en fuerza de un nuevo asiento celebrado en 1569. Es bien referir estos ajustes, si queremos formar ideas exâctas de estos tiempos. El historiador Lozano nos dice, que por el se obligò Zàrate à lle-

(a) *Los cordoveces entablàron recurso sobre este punto ante la real Audiencia de las Charcas, donde pasàron dos de sus regidores en 1574. Garay los siguiò despues; el pleito se decidiò à favor de éste.*

var los descubrimientos del rio de la Plata hasta sus últimos confines: transportar en quatro navios y un patache docientas familias, trecientos hombres de guerra, quatro mil vacas, quatro mil ovejas, quinientas cabras, trecientas yeguas; y levantar diferentes poblaciones, que sirviesen de freno al orgullo indòmito de los bàrbaros. Si nada hubiese que rebatir de estos artículos, admiraria como un particular fallido pudiera entrar en un convenio tan dispendioso? La admiracion es mènos, conviniendo que parece hay poca exâctitud en el nùmero de las especies transportables, cuyo excesivo monto no tiene proporcion con la capacidad de los buques. No es tanta la contrariedad entre la pobreza de Zàrate, y la ingente suma que parecia exîgir este agigantado empeño. España se hallaba rica de bastimentos por un efecto de su numerosa poblacion, y la Amèrica aun no le habia proveido un capital sobreabundante de esos preciosos metales, que siendo la medida de los valores, representaban mucho en poca cantidad.

Sea de èsto lo que fuere, en 17 de octubre de 1572 se hizo Zàrate à la vela del puerto de san Lucar con tres embarcaciones de alto bordo, y tres ménores. Reflexionando el licenciado Centenera (que fuè uno de los que hicièron esta navegacion) sobre sus malos aprestos, nos dice en su Argentina: que mas parecia destinada à conducir delinqüentes condenados al naufragio. A tan mal ajustadas disposiciones, que en breve produxèron el hambre,

y la miseria de que murièron muchos, se uniè-ron terribles golpes de fortuna, quales fueron calmas funestas, y desechas borrascas, à las que hacia mas espantosas la impericia de los pilotos. Despues de haber andado este convoy de un puerto en otro, mas bien diremos de un precipicio en otro, contando la gente cada dia por el ùltimo de su vida; y despues de haber expirado no pocos, arribò al fin en noviembre de 1573 al puerto de san Gabriel. Para la mala suerte no hay ningun puerto de seguridad. Aqui tambien los persiguiò su desventura. Una violenta tempestad rompiò los cables en el momento mismo que iba à dar principio la confianza, y se hallan todos à punto de sumergirse. Quiso el cielo, que fuese de corta duracion. La subsiguiente calma diò lugar à que desembarcase la gente. La vista de estos españoles despertò el recelo mal adormecido de los Charrùas; pero temerosos de un descalabro, tratàron de acreditarse con engañosa puntualidad en su servicio.

En uno de los contratiempos de mar se habia dividido la nave el Patacho, y arribado por gran dicha à la isla de san Vicente. Por la gente de de esta embarcacion supo Ruiz Diaz Melgarejo las tristes aventuras de Zàrate. Con toda diligencia vino en su auxilio, y le fueron muy importantes sus experiencias.

CAPITULO IV.

Encuentro de Sapican con los españoles, quienes son vencidos: vence Garay al cacique Terù: suceso trágico de Liropeya: vence Garay à Sapican.

AMAINADA la ùltima borrasca, y tomando la tierra firme, pensaban todos haber tocado el término de sus trabajos. Afirmaba este concepto la generosa acogida de los Charruas, que insinuados su familiaridad, parecia haberse propuesto merecer con sus servicios el dulce título de amigos. Para no alucinarse los españoles, debiéron advertir, que su precaria existencia dependia en parte de esos bàrbaros à quienes venian à sojuzgar; y que el primer momento en que lo conociesen, seria el ùltimo de su fidelidad. En efecto, con un disimulo artificioso recataban sus miras envenenadas, hasta tanto penetrasen sus fuerzas, y el medio de superarlas. Quando lo hubiéron conseguido, sòlo esperàron un pretexto para manifestarse. Encontràronlo sin dificultad. El cacique Sapican, que por su reputacion de valeroso, y advertido, se habia hecho igualmente temido, que respetable, tenia un sobrino llamado Abayubà, joven gallardo, de gentil disposicion, discreto y esforzado; cuyas prendas apoyadas sobre los atractivos y las gracias de la mocedad, lo hacian el ìdolo de su tio y de la nacion. Ciertos soldados españoles prendiéron à este joven en

una correria, por haber los de su nacion hecho lo mismo con otro castellano. Sapican sintiò esta desgracia à par de muerte. Veinte Charrùas caminàron inmediatamente de su òrden à suplicar al Adelantado lo pusiese en libertad. Pero Zàrate estaba muy distante de esa prudencia, que exigia un asunto tan delicado. Lèjos de acreditar su bondad por una condescendencia generosa, y contemporizar con su misma suerte, cuyo peligro lo obligaba à ser justo, no sòlo negò la suplica, sino que puso en prisiones al Guaraní, que les servia de intèrprete. Este golpe de autoridad acabò de armar los enojos del cacique, y resolverlo à reparar sus ultrajes. Siempre prudente y mesurado, aunque tratò de inclinar à la guerra el espìritu de su nacion, estimò no precipitar sus consejos; àntes bien, ocultando sus resentimientos en el secreto de su alma, se presentò ante el Adelantado cargado de subsistencias, y con un razonamiento respetuoso, contenido en los lìmites del ruego, se interesò por la libertad de su sobrino. El Adelantado puso el negocio en deliberacion de sus capitanes. Francisco Ortiz de Bergara, que volvia absuelto de sus cargos, con el mayor nùmero de los sufragios, fuè de sentir, que en las presentes circunstancias, ya era muy peligrosa la libertad de Abayubà. Habia entrado Bergara en todos los designios del cacique, y preveìa empezar las hostilidades desde el instante mismo, que hubiese puesto en seguridad la vida de su sobrino. Sobre este principio concluyò, que

se le retuviese, pues su cárcel era la prision de los Charrúas. En esta situacion embarazosa el Adelantado Zárate, tan voluntarioso sin el consejo como con él, tomó el peor partido, porque éste era el mas conforme á su miserable política. Muy satisfecho con haber rescatado al castellano, y adquirido una buena canoa, entregó al prisionero. Esto era enmendar un yerro con otro mayor, y sacrificar muchas vidas á sus antojos.

Apénas los indios se apartáron de los españoles, quando se entregáron á todos los deseos de la venganza, con aquel furor sanguinario de que es capaz un odio reprimido en el instante que puede obrar. Sapican convocó congresos nacionales, en que con una eloqüencia, tanto mas persuasiva quanto ménos estudiada, propuso que era preciso emprender un hecho militar de hostilidades muy sérias contra sus agresóres. No hubo quien no ofreciese sus brazos, deseando dividir con su general la gloria del vencimiento: todo quedó aprestado para sostener su querella. La retirada de los víveres, que fué la primera precaucion de que se valiéron, fué tambien el primer golpe que descargó su ánimo hostil. No ignoraba Sapican, que urgidos los españoles de la necesidad, saldrian á buscarlos en número no tan respetable, que le fuese imposible empeñar un combate ventajoso. Su prediccion tuvo el pronto éxito. Mas de quarenta hambrientos españoles se presentáron en el campo. Los bárbaros que observaban sus movimientos, les saliéron al encuen-

to, y les presentàron la batalla. Desde el primer choque formàron una feliz evolucion, que les dió la ventaja de haberlos rodeado por todas partes. Los españoles opusièron una vigorosa resistencia, à pesar del mal estado en que se hallaban sus arcabuces; pero al fin, excepto dos que salvaron sus vidas à beneficio de la fuga, y Cristòval Altamirano que quedò prisionero de guerra, todos los demas fueron exterminados, quedàndo los bàrbaros dueños del campo.

Zàrate, que ignorante del suceso sólo alcanzaba à contemplar el peligro, mandò por delante un destacamento de doce soldados à las òrdenes del desapiadado Pablo de Santiago, tan memorable por sus crueldades en santa Catalina. La vista de los cadàveres, y de toda una campaña teñida con la sangre española, consternò à este caudillo, quien dió à conocer por la primera vez no era insensible à las impresiones del terror. Por otra parte calculando la desigualdad de sus fuerzas en el cotejo de las del enemigo, temiò por mal presagio de lo que iba à sucederle, arriesgar un combate, que preveia de fines tràgicos. El capitan Pinedo, que ya se le habia unido con cincuenta soldados, y que hacia alarde de esforzado, à despecho del horroroso espectàculo de que era testigo, tratò de cobardia esta prudente perplexidad. No podia haber improperio mas sensible en un siglo caballeresco. Las provocaciones y los retos se cruzàron de parte à parte entre estos campeones, y llegaban yà à las manos, quando

los departió un repentino ataque del enemigo que alentado con la pasada ventaja, embistió lleno de denuedo. Las principales fuerzas de los españoles debian ser el fruto de su reunion: sus discordias las enflaquecieron. El bravo Pablo de Santiago con seis camaradas suyos en un cuerpo hicieron frente al implacable cacique Taboba à la cabeza de un numeroso batallon, sin duda, no con ànimo de triunfar, sino de salvar con una honrosa muerte el crédito de su nacion. El estrago, que causaban estos españoles, era espantoso; pero no hacia mas que inflamar el corage de los bàrbaros. El fiero Taboba cortò de un golpe el brazo derecho al valiente Gago, y dividiò en dos mitades el cuerpo de Carrillo. Buenrostro y Arellano cayèron luego à su lado envueltos mas en sangre de sus enemigos, que en la propia. Pablo de Santiago, Domingo de Lares y un tal Benito, engolfados en su furor, sostenian el combate sin advertir que su campo estaba reducido à ellos solos. Las mortales cuchilladas, que habian dado à Taboba, acaso ya les prometian un èxito menos funesto. Esto era el estado de la refriega, quando Yaci joven de higados y atrevimiento, con un trozo de su gente acudiò à sostener la pelea y puso à estos tres españoles en el ùltimo conflicto. Perdida toda esperanza de salvarse en un combate, que no tenia qüestion de defensa, y habiendo vengado el honor de su nacion, advirtiò el Benito, que ya no le restaba sino el vengarse à sì mismo. En la efervescencia de un viejo

enojo contrà Pablo de Santiago, habia jurado sacrificarlo à su rencor. Creyendo que esta era la ocasion mas oportuna, tomò la bàrbara resolucion de darle un arcabuzaso, y lo dexò à sus pies. Es preciso que todo un siglo sea feroz, donde se encuentran tan à menudo estos exémplos de atrocidad. No tardò mucho sin que pagase la justa pena de esta accion exêcrable. Atravesado el pecho con una flecha que le asestò el valiente Yaci, tuvo la misma suerte. Domingo Lares que era el ùltimo se defendia à corta distancia con tanto mas asombro de los bàrbaros, quanto que su heroicidad, dirigiendo el ùnico brazo que tenia, suplia el que le faltaba. Estos bàrbaros estimàron desde luego, que salvar à un tal enemigo, era mas glorioso que perderlo. Sin atentar à su vida cayèron todos sobre él y lo rindiéron. El esmero de su curacion correspondiò al respeto de ese valor, que en su concepto era la ùnica virtud digna del corazon del hombre.

Otras infelicidades acompañàron à este reves. El aparato militar con que se dexàron ver los Charrùras diò un tan terrible alarma à los españoles, que abatido en la mayor parte de éllos el valor, se dièron à una huida indecorosa. Los respetos de Pinedo, que se esforzò à contenerlos en su deber, se vièron aquì atropellados. Estos acontecimientos, que Sapican y Abayubà, seguidos de su tropa, observaban atentamente, los induxèron à promover con mas viveza el ardor de que se hallaban poseidos. Con igual òrden que celeridad

siguiéron el alcance, sin darles lugar á rehacerse; y haciendo un mortal destrozo, acabáron de exterminar á estos cobardes fugitivos. Pinedo se hallò desamparado, y sin recurso para escapar la furia de un enemigo tan brioso, que lo perseguia muy de cerca. En este aprieto se arrojò á un rio, pero aquì lo buscò su obstinacion. Caytuà, indio de reconocido corage, se arrojò tras èl con dardo en mano, y no desistiò de su empeño, hasta que hubo teñido las aguas con la sangre de este desgraciado capitan. Chelipò y Metilion, dos hermanos muy recomendables por sus proezas militares, pedian con toda la eficacia de sus ruegos no se despreciasen las caricias de la fortuna en el momento de extenderles los brazos; que se prosiguiese la victoria hasta forzar al enemigo en sus mismas trincheras; y que èllos prometian aquel dia borrar de sobre la tierra la memoria del nombre español. Pero el prudente Sapican templò estos fuegos arrebatados y los contuvo, asi para dar descanso à sus tropas fatigadas, como por no arriesgar el concepto ventajoso, que cada qual se habia formado de sì mismo, y en el que preveia, como en semilla, triunfos mas asegurados. Al siguiente dia de esta catàstrofe, estuvo con todo su exèrcito sobre el enemigo. Los bàrbaros provocàron à los españoles con flechas y piedras arrojadizas; pero el Adelantado Zàrate no trataba de medir sus fuerzas con èllos, y se tenia por feliz escàpando el riesgo, aunque fuese con humillacion. Logròlo al abrigo de la noche, tran-

bordando su campamento à las embarcacions. Aquì lo visitò Yamandù, cacique Guaraní, quien mostrandose muy compasivo por su desgracia, le protestò todos los oficios de la amistad, y se ofreciò llevar noticias de su arribo al teniente Juan de Garay para que le proporcionase los auxîlios oportunos. Aceptó Zàrate esta demostracion de benevolencia, y lo despachò con cartas. La animosidad de los bàrbaros caminaba à largos pasos à sombras del espanto y de los inquietos movimientos que advertian. Cubierta la playa de Charrùas, se produxêron contra los españoles en escarnios, palabras insultantes y todo gènero de contumelias. Un bàrbaro, cuyo semblante formidable daba mas atrocidad à la ferocidad de su alma, llevò al extremo su osadia de acercarse à las embarcaciones con el agua à la cintura, y desafiar à batirse en duelo al que tuviese de sì mismo opinion de mas valiente. La contestacion de los españoles fuè fulminarle una bala homicida, que lo dexò en el puesto. ¿Por que òrden inverso de principios se ve aquì el honor baxo las pies, y la infamia en trage culto? Es preciso confesar que se eclipsò por esta vez entre los españoles aquel anhelo de gloria, que diò de su nacion tantos hèroes al cuchillo. Sintiéron mucho los bàrbaros la muerte de este compatriota, y no pudiendo executar su venganza de otro modo, se convirtièron contra la fortaleza hasta aterrarla.

Condenados los españoles à la inevitable suerte de vencer, ò perecer en la tierra firme, vinièron

à apostarse en la isla de san Gabriel. Sapican trasladò su campo sobre las màrgenes del Uruguay, donde segun aviso de seis soldados prisioneros que logràron evadirse, tenia los aprestos necesarios con que meditaba una empresa marìtima. La flaqueza de los españoles, y el conocimiento de su superioridad, parecian allanarle el camino de la victoria. Hallabase por falta de vìveres muy avanzado el momento de su ruina, quando por dicha suya arribò à esta sazon Ruiz Diaz Melgarejo con un socorro considerable. La grande experiencia de este capitan reparò las mal concertadas medidas de Zàrate, y fué la salud de la armada. Por direccion suya se transladò ésta à la isla de Martin Garcia, desde donde era mas facil oponerse à los progresos del temible Sapican, pero el hambre, esa arma la mas devastadora, con que los bàrbaros del rio de la Plata hicieron à los españoles un nuevo gènero de guerra, y con la que pereciéron èstos muchas veces en el mismo campo de la victoria, empezaba yà à sentirse. Melgarejo fué en rescate de vìveres, y aunque con riesgo de perecer à manos de la perfidia, tuvo el feliz suceso de recogerlos con ocho castellanos, entre èllos el inmortal Domingo Lares. Los bàrbaros hacian consistir en el disimulo y la falsedad lo sublime de su politica. Sabìa el fementido Yamandù la conspiracion que meditaba contra santa Fé el cacique Terù; y se concertò con Sapican, no entregar las cartas de que era portador, hasta que invadidos los españoles

por todas partes, estuviese asegurado el èxito. Terù se dexó ver sobre santa Fé con ànimo de expugnar esta fortaleza. El exército de los bàrbaros cubriò toda la campaña, y parecia hacer el ùltimo esfuerzo de su poder. No por esto cayò de ànimo el teniente Garay: una breve exhortacion suya bastò para infundir corage à sus soldados, por que la costumbre de vencer se habia hecho en éllos un natural deseo de pelear. Llenos de ardimiento y resolucion hiciéron frente à los bàrbaros. Estos se defendièron con valentia, y aun lograron la ventaja de desordenar el exército español; pero auxiliado èste oportunamente por los de la ciudad, consiguió à viva fuerza restablecer el concierto de sus filas, y ponerlos en derrota. Esta fué la ocasion en que Yamandù entregò à Garay las cartas de Zàrate, y segun puede conjeturarse, fuè en febrero de 1574.

No se escapò à la penetracion de Garay la fraudulenta oficiosidad de Yamandù; pero juzgò que la pena mas proporcionada con que debia castigar su delito, era que fuese un instrumento de salvar à los que deseaba perder. Garay se hizo todo de parte del disimulo, y consiguiò avisar al Adelantado por medio del traidor los auxilios que le preparaba. No fueron vanas sus promesas. Despues de haber proveido quanto convenia à la seguridad de santa Fè, partiò con treinta mancebos llenos de fuego y de vigor en socorro de su gefe. Nada deseaban tanto estos valientes, como el que se les presentase una ocasion de hacer ex-

piar à sus contrarios la arrogancia de haberlos invadido. Pero los indios que seguian el partido de Torè, habian tomado el consejo de evitar todo encuentro, y esperar del tiempo el remedio, que alejaba la violencia. Las tierras de los caciques Maracopa, Tabobà y Añanguasù las encontràron casi todas desiertas.

Con todo, un soldado llamado Carvallo à fuer de valeroso y atrevido se arrojò à penetrar un bosque muy espeso en seguimiento del cacique Yandúbayù, à quien su suerte traxo à las manos. La diligencia y el denuedo del español le iban à hacer dueño de un enemigo, que entregado à la fuga, habia dexado las espaldas à la discrecion de su furor; quando un vigoroso esfuerzo del bàrbaro cambiò la escena ràpidamente. Al tiempo mismo de recibir un bote de lanza, retrocediò con tal celeridad, que pudo asirse al brazo del contrario, y dexarlo sin accion. Trabajàron largo tiempo, el uno por asegurarse mas de la presa, y el otro por verse libre de unas garras tan esforzadas. A las voces de esta porfiada lid acudió Europeya, india famosa por su rara belleza, que no lèjos de alli tenia su estancia. Para que fuese mas recomendable unia à los hechizos de la hermosura los atractivos de la generosidad. Metiéndose de por medio rogò en un tono lleno de franqueza à Yandubayù soltase al español. No podia resistirse el bàrbaro à las sùplicas de una muger que idolatraba: con la prontitud que exige la voz de un objeto amado, cediò al punto de su

querella, y lo dexò en libertad. Entònces supo Carvallo de boca del bàrbaro, hacia un año que pretendia esta doncella: y que para merecerla exígia acreditase su valor, sacrificando à su altivez cinco caciques, que tenian ofendida su parentela. Este razonamiento excitó la atencion del español, y lo induxo à mirar con aficion à la india. Mirada fué esta, que introduxo en su alma un veneno capaz de corromper sus sentidos y su razon. Desde este fatal momentò se resolvio à que fuese suya à costa de qualquier crimen. Inducido de los estimulos de su pasion, fingiò retirarse; y quando creyò desprevenido à su rival, lo atravesò con la lanza. No podia ser Liropeya fria espectadora de una tragedia, cuya solucion consistia en separar dos almas, que para ser felices debian estar unidas. Toda temblando cayò en tierra cubierta de una palidez mortal, anuncio funesto de una alma fugitiva. A poco rato volviò en sì. Carballo procurò consolarla sacando de su pecho los tèrminos mas expresivos, y le asegurò seria en adelante perpetua dueña de su voluntad. ¿Pero que pueden las insinuaciones contra el idioma del corazon? Su estado era mas amargo que la muerte, y estaba resuelta à no olvidar su pèrdida, hasta que el ùltimo suspiro hubiese acreditado la constancia de su amor. Con todo, fingiò que no le eran indiferentes sus caricias, y sòlo pidiò, que para aceptarlas diese primero sepultura al desgraciado Yandubayù. Con no menor celeridad que regocijo desciñòse Carvallo la espada, y se puso à cav

var el foso. Quando lo viò entregado à esta diligencia, juzgò que era ya tiempo de executar el partido que habia aceptado en el enagenamiento de su pasion. Tomando la espada de Carvallo le dixo: " todavia te falta otra victima: aquì la tienes: abre esa sepultura para dos que nacièron para estar juntos ", y atravesàndose el pecho està hermosa desgraciada, fué à caer à los pies del agresor. Atónito Carvallo se retirò, llevando un velo de confusion sobre su rostro, y una memoria amarga que acibaró toda su vida.

Las barcas de su convoy se hallaban à punto de partir en prosecucion de la jornada, creyéndolo ya muerto. Su llegada aceleró la marcha. Melgarejo que andaba en busca de vìveres vino à unirse à Santi-Espìritu, y de comun concierto con Garay, se convino en que conduciria à Martin Garcia los bastimentos que éste habia traido. Anticipóse Yamandù, quien entregó al Adelantado las cartas de que se encargó. Su alma formada para las perfidias, adquiria con los halagos mas aliento. Los que con este motivo le hizo Zàrate, lo preparàron à una nueva traicion. Viendo el mal estado de los españoles, se propuso precipitar su total ruina, poniendo en execucion un plan de ataque fraudulento, que tenia trazado con los caciques Aguazà y Tataguazù. Por dicha de los nuestros fuè àntes descubierto, y quedò enteramente disipado el susto. Garay se entretenia en la demanda de acopiar bastimentos. Entrando el domingo de ramos de 1574 se divisò una canoa en

que remaban dos indios y un barbaro de figura gigantesca. Fuè en su alcance Garay. Pensó aquel espantar à los españoles mostràndose revestido de quanto puede influidir el espanto, pero los españoles de aquel tiempo no hacian caso de brayatas fantàsticas: dos arcabuzasos no le dièron tiempo de concluir sus fanfarronadas. Con todo se escapò la canoa. Garay tuvo aquì el consuelo de que se le incorporase un bergantin que despachò en su socorro desde la Asuncion el teniente Martin Suarez de Toledo. Con este auxilio se hallò mas en estado de perseguir à Terù, juntar viveres y hacer que entrase en obediencia el cacique Añanguazù.

Entretanto una desecha tempestad en el rio, que parecia tragarse la isla, puso en consternacion al Adelantado y toda su gente. Crecìa està, viendo irse à pique las dos ùnicas naves que les quedaban. Por otra parte el deseonsuelo de no saber el paradero de Melgarejo, y la tardanza de Garay, hacian que tocase al ùltimo de sus extremos. Quiso por fin la suerte, que arribase Melgarejo dando noticia de Garay, cuya ocupacion era rescatar algunos españoles prisioneros. El semblante de una fortuna siempre adversa sucitò en el Adelantado el justo deseo de prevenir sus infortunios, tomando un establecimiento permanente en tierra firme. Ajustados los dictàmenes de sus capitanes, quedò acordado fundar la ciudad de san Salvador à las màrgenes de un pequeño rio, que recibiò de ella su nombre, y que es tributario

del Uruguay, donde fueron trasladadas las mugeres, y los enfermos. Garay con su gente se les unió poco despues. El estado violento de las cosas, dividido entre el anhelo de sojuzgar, y el amor de la libertad excitaba encuentros continuos. Apenas vieron los indios que los españoles pretendian fixar el pie en su pais, quando se resolviéron à batirlos. Siete esquadrones animados de un odio implacable, à cuya frente mandaba el cacique Sapican, vinièron luego sobre ellos. En tan apurado conflicto observó Garay el semblante de los suyos, y encontrándoles mas ceños de ira que de la turbacion, los alentó con este sencillo razonamiento. "Amigos, aquí no resta otra cosa, que morir, ó vencer: esperemos con valor al enemigo." Razones fueron estas, que les hizo mirar el combate, como un campo en que iban à recoger laureles de una victoria asegurada. Trabóse en breve la refriega, y hubo hechos de parte à parte llenos de heroicidad. Por la de los españoles, dice uno de nuestros escritores, que no dièron golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. A pesar de una resistencia esforzada, observando Sapican, que habia perdido sus mejores capitanes, y que huia la victoria que vinculaba en la pérdida del general Garay (pues aunque muerto su caballo, fué socorrido prontamente de sus soldados) hizo tocar la retirada, dexando cubierta la campaña con mas de doscientos cadáveres. Valió mucho à los españoles esta famosa victoria, porque abatido todo

el orgullo de la nacion mas valerosa, igual en la Charrúa, abrió el camino á la obediencia de otras ménos aferradas.

CAPITULO V.

El cacique D. Juan de Calchaqui amaga tres ciudades españolas: trasladase de ciudad. Al Londres al valle de Comando: mueren casi todos los vecinos y soldados de Córdova en el valle de Calchaqui.

Es preciso no perder de vista al Tucuman, cuya historia vá tomando mayores enlazes con las demas provincias convecinas, á proporcion que se extendia la base de su constitucion política. El inmortal Zurita, que reunia todas las calidades propias para extender y cimentar las conquistas, le habia hecho dar un paso muy brillante en la carrera de la civilizacion. Apenas dueño del mando se le ve triunfar como heroe conducido por el honor, atraer por su clemencia á los que alucinó el espanto, y erejir establecimientos dignos de una prudencia consumada. La caida de este grande hombre envolvió en sus ruinas á la provincia; porque irritados los bárbaros con el violento despojo, que le hizo Castañeda, creian vengarse á sí mismos vengando sus ultrajes. A pesar de que el usurpador realizó en el sitio de Jujuy el plan de Zurita, dando principio á la ciudad de Nieva el año de 1561, no tuvo genio ni bastante constancia para impedir el torrente de los bá-

baros, quienes conducidos por su cacique D. Juán de Calchaquí, arrasaron tres ciudades (a) que eran el fruto de sus fatigas, y el asilo de la esperanza pública.

La ciudad de Lòndres fué la primera que vió el amago de esta terrible insurreccion. Confederàndose los Diaguitas en número de quatro mil, con el cacique D. Juan, vinièron à embestirla, pero la vigilancia y prevencion de sus moradores los obligó à dar otro objeto à su rencor. Sin perdonar diligencia se encaminàron à Còrdova. Aquí les salieron al encuentro con su gente Nicolas Carrazo, y Julian Sadeño, dos capitanes, cuyo crédito los habia ya casi vencido àntes de llegar à las manos. Costò muy cara à los bàrbaros esta batalla, pues pasados unos por el filo de la espada, precipitados otros de lo alto de las peñas, y tomàndo prisionero su respetado cacique, tuvieron que llorar una completa derrota. Las repetidas experiencias de la prefidia de los bàrbaros, debiéron advertir à Castañeda, que era una falta de prudencia no prevenirse para la guerra en el momento mismo que se firmaba la paz. Con todo él incautamente dió crédito à las promesas

(a) *A estas ciudades, que fueron Lòndres, Cañete, y Còrdova de Calchaquí, les impuso nuevos nombres Castañeda por ofuscar la gloria de Zurita: à la primera llamò ciudad de Killagra, à la segunda ciudad de Ordaña, à la tercera ciudad nueva del Espiritu Sto. A la provincia llamòla tambien del Nuevo-extremo.*

simuladas del prisionero, y poniendolo en libertad, se lisonjeaba haber asegurado una quietud estable. Un engaño, que en el concepto del bàrbaro era mas poderoso, que sus fuerzas, se creyò en obligacion de afianzarlo por todos los medios que le sugeria su astucia. Fingiendo hallarse rendido à las verdades de nuestra religion, disfrazò su pica homicida con este sagrado velo, y se hizo bautisar. El mismo exemplo siguièron sus capitanes.

Todo conducia à restablecer el ànimo del cacique D. Juan à pesar de su pasado infortunio. El buen tratamiento de los españoles disipaba las impresiones de susto, que causò su prision; la experiencia de lo pasado lo instruìa en lo por venir; y el conocimiento de los puestos menos aparejados à la defensa, le señalaba el camino de sus operaciones militares. Con tan favorables auspicios se resolviò à abrir la campaña, dando principio à ella por el hecho mas insultante. Baxo la fé de los tratados atravesaba de Lòndres à Santiago el capitan Julian Sedeño, llevando sòlo en su compañia à Damian Bernal. Los Calchaquìes, que observaban todos los movimientos de los nuestros y que deseaban verse libres de un capitan, que por su valor se habia hecho acreedor à sus primeros temores, lo aguardàron emboscados en el valle de Yocabil. Aquì le saliéron de improviso. Los dos españoles se defendiéron con valor heroico. Bernal perdiò allì la vida, quedando reservado Sedeño, para que en la lentitud de los tor-

mentos, sufriese muerte mas cruel.

Estas muertes fueron como la trompeta que reunió à todos los bàrbaros en una conspiracion universal. Sin malograr instante el Calchaquì se puso sobre Còrdova, llenàndola de espanto. Castañeda vino con diligencia à socorrerla, y sòlo fuè para aumentar su consternacion. Sorprendido el mismo en una emboscada dispuesta con inteligencia y arte, tuvo à gran dicha escapar vivo; dexando muertos en el campo no pocos de sus soldados. No hallàndose en estado de salir en campaña, quiso encubrir su flaqueza con un infructuoso exémplo de severidad. Hizo castigar cruelmente à muchos prisioneros, y que arrojàndose al campo enmigo provocasen con sus llagas al escarmiento. El rigor podrà ser ùtil para con los espìritus pusilànimes, que se arrastran baxo la esclavitud del miedo. Los Calchaquìes eran de ìndole mas propia à hacerlos irreconciliables. En efecto, el espectàculo de los prisioneros maltratados, quienes sòlo excitando à la venganza, creian poner fin à su infortunio infundiò valor hasta en los pechos mas cobardes. Todos de comun acuerdo convinieron en continuar la guerra hasta dar el ùltimo aliento; y para que fuèse irrevocable esta resolucion se multaron en la pena de ser mirado como infame todo el que propusiese proposiciones de paz. Alentados de este espìritu apretàron el cerco, que tenian puesto à la ciudad. Ninguno era osado à salir de ella. El general Castañeda, de quien por medio de un paisano imploraron el socorro los sitiados, tuvia muy viva la imàgen

del terror, y sólo trataba de ponerse al otro lado del peligro. Dándoles buenas esperanzas se retiró à Londres, siempre perseguido de los bàrbaros, quienes le picàron la retaguardia, tomàndole algunos prisioneros, que sirviéron de tràgica materia à sus enojos.

Estas ventajas del enemigo vivamente representadas por la imaginacion de Castañeda, le hàcian gustar toda la hiel de su afrentoso proceder. Avergonzado de haberse hecho odioso y despreciable por su cobardia, resuelve purgar su oprobio introduciendo un socorro en la ciudad. Con un grueso trozo de gente, que le proveyèron los valerosos santiagueños, vuelve à entrar en Calchaquì. Con tan respetables fuerzas el hombre mas cobarde podia hacer grandes cosas, y sorprender la admiracion sin merecerla. Noticiosos los indios de esta marcha se apostàron en el mismo sitio, que poco antes habia sido funesto à sus contrarios; pero tomando èstos una ruta desconocida y fragosìsima los atacàron por el punto, que mènos lo esperaban, y les causàron un sangriento destrozo. Castañeda introdujo el socorro en la plaza hallàndola libre de obstàculos. Sin renunciar los Calchaquìes el designio de arruinar este establecimiento, se acogiéron por ahora à sus breñas como à un lugar de refugio. En la impotencia de forzarlos Castañeda, se apoderò del fèrtil valle que proveia à su subsistencia, y abriò con èllos una negociacion. Ella tenia por base una obediencia tributaria, y ésta era para èllos mas aborreci-

ble que la muerte. Resueltos à no abrazar otro partido que el de su libertad, y persuadidos que bastaba la lentitud para decidir este negocio à su favor, prolongaban sagazmente la conclusion. El general español penetrò el artificio; por lo que contentàndose con talar sus mieses, diò vuelta à la ciudad de Còrdova. Persuadido de haber satisfecho à su odio y vanidad, y domado enteramente el orgullo Calchaquino, aumentò la guarnicion de esta plaza con veinte y cinco soldados, y se retiró à Lòndres.

Muy en breve conociò Castañeda que el odio implacable de los bàrbaros sòlo cedia à la necesidad, esperando ocasiones mas seguras. Executados de su invariable resolucion, volvièron à ocupar los puestos del pasado asedio. Su constancia en los ataques generales hasta acercarse à escalar el muro, à pesar del destrozo que hacia en èllos el fuego de la plaza: el desamparo del general Castañeda, quien aunque requerido por los sitiados parecia haberlos abandonado à su afliccion; en fin la agonìa en que los puso la falta de agua cortada por el enemigo: todo esto los obligò à conocer la necesidad de hacer una salida. Este era el ùnico recurso que les dictaba la desesperacion; pero recurso, que solo parecia proporcionarles una muerte mas gloriosa. La resolucion fuè tomada, y en èlla entràron hasta las mugeres, estimàndo por ménos infortunio morir con las armas en las manos, al lado de sus consortes. Con un corage precipitado, se echàron sobre los bàr-

baros en un momento de descuido, y desde el primer encuentro los arrollàron. Quedò el camino cubierto de cadàveres, y se hicièron algunos prisioneros, entre quienes la hija del cacique D. Juan, que sirviò à la decoracion del triunfo. Aunque destrozado este cacique, no dexò de caminar à su objeto con una constancia igualmente firme, que temible. El odio, la venganza, el amor paternal y el de la patria, se confundian en su pecho, y apresuraban sus proyectos hostiles. Mas irritado que nunca con la pérdida de la hija, mandò la flecha simbolica à todas las parcialidades de su nacion, y los interesó en su querella.

Entretanto ciertos rumores de que la venida del capitan Pedro de Cisterna enviado por el Adelantado Francisco de Villagran, era con el objeto de relevar à Castañeda, debian necesariamente ocupar todos los cuidados de este ambicioso general, que esclavo de sus pasiones, sòlo parecia capaz de grandes faltas. No fué la menor, que deseando ganarse la aficion de Cisterna, luego que supo era otro el objeto de su venida, executasé en estas peligrosas circunstancias el plan que este le propuso de transladar la ciudad de Lòndres al valle de Comando, distante sòlo veinte leguas de la de Orduña, ò de Cañete. Asì se hizo en 1562.

El Calchaquì que observaba con cuidado las atenciones en que se hallaba el complicado Castañeda, se aprovechò de su embarazo para restablecer el sitio de Còrdova. Con un grueso exército vino sobre ella, y la cinolestrechamente. No

da se omitió de su parte de quanto podia conducir à su designio. Flechas inflamadas, asaltos vigorosos, ataques llenos de ímpetu, estos eran los medios con que llenaba de espanto à los sitiados. Fácilmente advirtiéron estos, que à tan furioso empeño, daba impulso el rescate de la hija del cacique, y entrando en esperanzas de serenar esta borrasca, le propusiéron un ajuste amigable. El cacique se mostró inclinado à la paz, trató à los diputados con aquella activa simplicidad de que usa con el débil el que tiene de su parte la fuerza. Inexôrable en su propósito, dictó los artículos del tratado, reducidos à que se le restituiria su hija, y se evaquaria la plaza baxo el salvo conducto que prometia à la guarnicion. No era esto lo peor, sino que este pequeño beneficio nada tenia de verdadero, no siendo mas que un lazo, que tendia el pérfido cacique para lograr mejor sus intentos. Los españoles cayéron en él. Ataviáron à la cautiva con todos los aliños mugeriles que aumentan las gracias de este sexô, y que debian captarles la benevolencia del padre; pero este cacique no bien habia recuperado à la hija, quando dió órden de apretar el asedio con doblados esfuerzos.

La ruina de los españoles era inevitable. En este conflicto les pareció, que era forzoso aventurarse al acaso. Todos de comun acuerdo resolviéron evadirse esa misma noche por un lado de la ciudad, que parecia ménos custodiodado. En lo mas silencioso de las tinieblas emprendiéron su

marcha. La felicidad de los primeros pasos los animaba à continuarla, quando sólo era para acercarlos al precipicio. Sentidos de los bàrbaros por el importuno llanto de las criaturas, fueron improvisamente asaltados. Fuè en vano para contener la rapidez del ataque la heroica resistencia de los soldados españoles. A excepcion del maestre de campo Hernando de Mexìa, que con seis de los suyos se abrió pasage por entre una espesa multitud, y pudo ponerse en salvo entrando despues en la ciudad de Nieva, ninguno escapó la vida.

CAPITULO VI.

Ataca Castañeda à los Calchaquies: una falta de Castañeda hace perecer algunos españoles: trecientos Calchaquies se sacrifican por la patria: sesenta jòvenes indios forman un cuerpo, y vienen en auxilio de sus padres: vence Zenteno à los de Silipica: heroicidad de tres indias: son despoblados Lòndres y Cañete: entra Aguirre à gobernar el Tucuman: Aguirre se halla en gran pellgro, y lo libertа Gaspar de Medina: los Calchaquies se defienden, y hacen estragos: prudente retirada de Medina: vuelve este à libertar al gobernador.

La altivez crece por lo comun en proporcion de la prosperidad. Despues de haber los Calchaquies desmantelado la ciudad de Còrdova, y co-

metido en las mugeres españolas que sobrevivieron á la derrota; atrocidades tales de que se horroriza la pluma, nada ménos se proponian, que llevar su osadia hasta el exterminio del último establecimiento español. Aunque por un órden inverso parecia, que esta debia abatir el aliento español, no sucedió asi. Castañeda tenia los vicios de un alma al mismo tiempo tímida y feroz. Por esta vez deseaba vivamente borrar las manchas con que se hallaba afeada su reputacion, y todas las ciudades conspiraban á una venganza de que se prometian un útil escarmiento. Hechos los preparativos convenientes, abrió este general la campaña. Los bárbaros no rehusáron el ataque, ántes bien respirando cierto entusiasmo de libertad, intentaban prevenirlo acelerándose á ocupar un estrecho, de que hechos dueños parecia inevitable la ruina de su enemigo. El general Castañeda reconoció el peligro en que se hallaba, y quisiera retirarse; pero temiendo acrecentar un oprobio que ya se tenia merecido, se resolvió á un hecho temerario, con el que al paso que recuperaba su fama por el exemplo y por la accion, esperaba intimidar á los bárbaros. Con solo seis soldados los ataca en el mismo puesto. Llenos todos de aquel furor mortal que caracteriza los guerreros de aquel siglo, executan prodigios de valor. Queriendo atraerlos á campo raso donde pudiese maniobrar la caballeria aparentan mañosamente retirarse. El calor con que los bárbaros se empeñan en seguirlos no les deja pa-

retrar el designio. Ellos se avanzan con denuedo. El exército español recibe órden de combatir, y lo executa con valor. El de los bàrbaros se resiste por mucho tiempo reemplazando sus filas derrotadas, y dando mucho cuidado à sus maestros en el arte de pelear; pero al fin la victoria se declaró por los españoles aunque con algunos muertos y muchos heridos.

Esta victoria si algo dexó de ùtil à los españoles, fuè haberles enseñado a temer à estos bàrbaros. Por lo demas los vencidos adquiriéron un nuevo motivo de aborrecerlos, y de prepararse à los combates con mas acuerdo y deliberacion. A este efecto se recogiéron à sus guaridas inaccesibles. Castañeda entró con nuevas fuerzas en su fèrtil valle, y lo encontrò casi desierto. Confiado en que no se le hacia resistencia; las enflaqueciò imprudentemente dividièndolas con el objeto de satisfacer sus venganzas. Este procedimiento fué fatal à los españoles, porque muchos se viéron en extremo peligro, y otros pereciéron à manos de los bàrbaros.

Un encadenamiento de faltas enormes, hizo que Castañeda causase pérdidas irreparables. Bien instruido en que la ciudad de Cañete se hallaba en grande apuro por la insurreccion de los indios de su distrito, se contentò con destacar en su socorro sòlo doce hombres à las òrdenes del capitan Bartolome Mansilla. Un auxîlio tan menguado solo sirviò para acrecentar el desaliento. Los vecinos de Cañete ya habian transportado sus bie-

gares à la ciudad de Santiago. Èllos conocian bien los descuidos de que era capaz Castañeda, y no queriendo exponerse al fin trágico de los de Còrdova, tomàron con anticipacion sus medidas. La llegada de Mansilla los afianzó en su resolucion. Castañeda echó de ver, que habia sido error muy grande aventurar trece hombres solos en un pais sembrado de peligros. A los tres dias movió sus reales con la esperanza de salvarlos al abrigo de su fama. Este era un fatuo orgullo de que en breve quedó desengañado. Mansilla con sus doce compañeros debió su salud à un acaso; pero Castañeda con su exército bien necesitó toda la ventaja de sus armas para no salir derrotado. Trecientos bàrbaros resueltos à vengar en estos españoles los males que sufria su patria, le disputàron el paso. Su constancia à prueba de todos los estragos que podian causar las balas, no desfalleció un punto. No tanto como hombres, quanto como bestias, sin mas razon que el impetu, se arrojàron al hierro y al fuego de sus contrarios, hasta llegar à mezclarse unos con otros. Los mas de estos valientes perecièron en el combate, contentos con haberse sacrificado à la patria, y hecho correr mucha sangre enemiga.

Libre Castañeda de estos riesgos prosiguió su jornada. ¡Qual fué su desconsuelo quando supo la despoblacion de Cañete! Era esta plaza muy importante, pues con élla se enfrenaba no poco el furor de los bàrbaros. A fuerza de una constancia sostenida, consiguió este general verla re-

poblada segunda vez, habiendo hecho volver à sus antiguos moradores, quienes à precaucion dexàron en Santiago sus hijos y mugeres.

El odio à un gobierno militar donde la espada era la ley fundamental, se habia yà extendido por todas partes. Apénas se hallaban asentadas las cosas, quando, como si de la misma seguridad naciesen los peligros, fué preciso reprimir la osada resolucion con que los indios de Silipica disputàron el paso à Castañeda, è inquietaban toda la tierra. El incendio y la devastacion señalàron los pasos de los españoles en esta jornada. De pueblo en pueblo persiguiéron à los bàrbaros haciéndo en éllos una horrible carnicería. Conoce poco la gloria el que la coloca en matar à los que, tratados bien, pudieran ser amigos. Aun los que escapàron con vida, sòlo parecia haberla reservado à los que lo eran de su libertad. Refugiados al pueblo de Deteicum, hicièron pasar sus sentimientos à estos moradores. Muy confiados en que la ventaja del sitio hacia su fortaleza inexpugnable, teniendo los españoles que superar las dificultades de una subida muy agria, levantàron el estandarte de la libertad. Fuè obstinada la resistencia; pero encontràndo los españoles por dicha suya una senda mal defendida, ganàron la altura de la montaña, y à hierro y fuego se hicièron dueños de la plaza.

Por todo acontecimiento habian dispuesto los bàrbaros transportar en tiempo sus familias à parage menos arriesgado. Entretanto que los padres

sacrificaban sus vidas à la seguridad de sus hijos, un tierno sentimiento de que solo la naturaleza podia ser autora, obraba en estos con toda su energìa. Llenos de un espìritu marcial se escapan del regazo de sus madres, y sin reflexionar en que sus brazos, aun no son aptos para sostener las armas, los unen en comun para desafiar los peligros de la guerra. En nùmero de sesenta, de los que el mayor no pasaba de quince años, volàron en auxilio de sus padres. Fuèronse acercando con la poca cautela que èra propia de su inocencia. El polvo de su marcha estrepitosa alarmò à los españoles, quienes salièron de sus alojamientos y se preparàron al combate. Quedàron muy corridos luego que conociéron al enemigo y sus designios. La bizarrìa de esta accion fuè recompensada por los españoles con dones y caricias. Éstas amansàron el furor indòmito de los padres, y fueron mas poderosas que las balas para que suscribiesen à la paz. Los desastres de esta guerra se hacen de algun modo disimulables, pues que ella diò ocasion para que los anales del Tucuman, se viesen enriquecidos con un tan bello exémplo de amor filial.

Castañeda, concluida esta guera, buscò una ocupacion propia al militar esfuerzo de sus soldados. El capitan Pedro Lopez Zenteno, con veinte hombres escogidos, partiò de òrden suya en socorro de Lòndres. En este trànsito hizo ver el valeroso Zenteno, que vale tanto un buen general como un exèrcito. Los indios de Silipica,

quienes ya estaban arrepentidos de su obediencia, le salièron al encuentro. Toda esta multitud embravecida con sus mismos desastres, no fue bastante à desanimlos. Teñida la campaña con sangre de los bàrbaros, entràron triunfantes en Londres. No fuè bastante este auxilio à infundir seguridad en los ànimos, porque inmediatamente se supo que todas las parcialidades hasta el valle de Chocavil formadas en liga con el cacique D. Juan de Calchaquì, le habian ofrecido sus brazos armados de la venganza, y que se disponian à invadir esta ciudad. Era forzoso impartir esta noticia à Castañeda, è implorar su socorro. Quatro hombres acostumbrados à tener por mas gloriosa una empresa à medida que era mas temeraria, tomàron de su cuenta executarlo. Como si se hubiesen propuesto buscar los medios de multiplicar los peligros, se apoderaron en el tràsito de un cacique abandonado de sus vasallos. No faltò quien reparase la vergonzosa desercion de estos cobardes. Tres indias llenas de un valor heroico con que desmentian la flaqueza de su sexo, se armàron de tizones, y echando en rostro à los indios su ignominiosa huida, embistièron contra los españoles. La gentileza de esta acción mereciа indultarlas de todo daño; pero la bravura rustica de sus contrarios estaba acostumbrada à no respetar ningunos fueros. Lejos de celebrar este lance, en que adelantar con los bàrbaros el crédito de su nacion, despues de haber dado muerte al cacique, no tuvieron à mengua ensangrentar sus ar-

mas en un solo que es vencer, cederle la victoria. Luego que los indios se vieron en estado de no poder sostener el choque, tomaron el partido de arrojarse de un precipicio, primero que caer en manos tan aborrecidas como las de sus contrarios. Sus maridos expiaron con su muerte su infame cobardia. Es preciso reconocer en estos nobles exemplos, que no faltaba grandeza de ánimo á estos bárbaros, y que la inferioridad de sus armas y los desórdenes de una multitud sin disciplina, son la verdaderas causas, que explican el desenredo trágico de estas guerras. Los quatro soldados concluyéron su marcha, no acabando de engrandecer el corage de las indias.

Al oir las nuevas que traxéron estos emisarios descubrió Castañeda toda la flaqueza de su espiritu. La confederacion de tantas parcialidades enemigas era un quadro espantoso, donde veia se le exigian empresas militares, superiores á su valor y á sus talentos. Sin tener arte para disimular su cobardia, tembló á la vista de tantos riesgos, y dispuso evitarlos expidiendo órdenes positivas para que se despoblasen las ciudades de Lóndres y Cañete. Fueron infructuosos los ruegos de sus ciudadanos á fin que desistiese de un pensamiento tan funesto á la patria, y tan eversivo de sus propiedades. Inflexible en su resolucion los obligó á transportarse á Santiago en 1562 aun sin permitirles la cosecha de granos. La desesperacion con que lo hicièron aumentó la infamia del opresor. Muchos soldados se emigraron al reyno

de Chile, à donde el siguiente año partiò tambien Catañeda, dexàndo el mando de la ciudad de Santiago al capitan Manuel de Peralta. No cupo mejor suerte à la ciudad de Nieva fundada en el valle de Jujuy. Los bàrbaros que la rodeaban se habian hecho irreconciliables con los exèmplos contagiosos que les daba el Calchaquì. El capitan Pedro de Zàrate no pudo resistir por mas tiempo los porfiados asaltos del enemigo, y perdiendo toda esperanza de socorro, cedió al triste destino de abandonar esta plaza. Con estas pèrdidas quedó toda la provincia reducida à la ciudad de Santiago, ùnico fruto de diez años regados con mucha sangre, làgrimas y sudores. En el mismo estado la habia dexado el general Juan Nuñez de Prado, y si algo habia que añadir, era saberse no era invencible el español.

El desamparo de tantas gentes inspiró justas inquietudes à la ciudad de Santiago, que hasta entònces se habia mirado como el puerto de seguridad. Con todo, aunque cercada de tanto bàrbaro orgulloso, sostuvo con mucho crédito el peso de los peligros. No fue pequeña dicha suya que el gobernador del reyno, Lope Garcia de Castro, extendiese hasta ella su vigilancia, y le diese un gobernador capaz, por su valor, de restablecerla en su antigua gloria. Este era Francisco de Aguirre. A la verdad, el desagrado con que se oia su nombre en toda esta provincia, desde que la gobernò por D. Pedro de Valdivia, no parecia buen presagio de una suerte venturosa; pero con

todo sus grandes proezas en el reyno de Chile contra los temibles Araucanos, unidas à la constante fidelidad con que se manejò en los disturbios del Perù, lo hacian acreedor de esta confianza, y debian pusgar su memoria. Sobre estas razones procediò Castro à nombrarlo gobernador de esta provincia con total independencia de los gobernadores de Chile (a). La historia nos harà ver que Aguirre no llenò estas esperanzas sino en parte.

Los sucesos referidos nos anticipan una idea del estado deplorable en que encontrò su provincia. Casi toda ella sometida al poder de los bàrbaros, no se veian por todas partes sino ruinas, desolaciones, estragos y osadia del enemigo. No pudo menos de conocer Aguirre, quanto importaba dedicar sus desvelos à las cosas de la guerra. Valeroso, vigilante, lleno de zelo y velàndo à todas partes donde era mayor el peligro, logrò inspirar en los ànimos un entusiasmo militar que diò respiracion à la provincia, é iba à poner en crédito el poder español. Aguirre pisò todo el terreno que poseyéron los españoles: buscò à los bàrbaros en sus mismos alojamientos: tuvo con ellos encuentros muy felices: los obligó à retirarse donde los ecos de su valor no pudiesen amedrentarlos, y en fin llenò la ciudad de Santiago de pri-

(a) *El Sr. Felipe II por una real cédula de 29 de agosto de 1563 declarò esta independencia agregando la provincia al distrito de la real Audiencia de la Plata.*

sioneros y despojos.

Pero no siempre la fortuna le favoreciò tan apresurada, que pudiese persuadirse estaba pendiente de sus òrdenes. Hallàbase acampado Aguirre en el valle de Calchaquì, quando se viò sorprendido de quatro mil bàrbaros llenos de corage y resolucion. Ambos exèrcitos vinièron à las manos con igual furor. El estrago que las balas causaban en los bàrbaros, no pudo ponerlos en derrota, porque prevaleciendo el deseo de vencer, se entregaban ciegos à la muerte. Éllos cargàron con tal ìmpetu, que se viò Aguirre y su gente en las ùltimas extremidades. Por dicha de èstos el valeroso capitan Gaspar de Medina, que con un destacamento corria la campaña, fué bastante advertido para conjeturar por las huellas los muchos bàrbaros que se habian dirigido hàcia aquella parte del pais en que se hallaba Aguirre. Acelerando quanto pudo sus marchas, cayò ràpidamente sobre las espaldas del enemigo, y lo batiò por entero arrebatàndole una victoria, que se decidia à su favor. Derrotados los Calchaquies se refugiàron à sus breñas, mas bien irritados, que arrepentidos. Aunque Aguirre con su gente cumpliò bien sus deberes, tuvo sobrada equidad para adjudicarle à Medina todo el honor del triunfo. Este gènero de victoria, que ganò sobre su amor propio, debiò darle tanta mas gloria, quanto siempre es mas dificil vencerse à sì mismo, que à un enemigo.

Temia Aguirre que reforzados los Calchaquies

causasen nuevos insultos. Para escarmentarlos del todo, y completar la victoria, mandò el dia inmediato se siguiese el alcanze. Un buen número de soldados escogidos baxo la conducta de su hijo el maestre de campo Valeriano de Aguirre, y del capitan Medina, caminàron sobre sus huellas. A quince leguas de distancia habia hecho alto el enemigo en un parage fragosisimo. El ardor que suscitò en los españoles el pasado suceso, hizo, que acometiesen sin bastante consejo en un lugar, donde el terreno daba toda la ventaja al enemigo. Los bàrbaros opusieron por su parte una vigorosa resistencia, en la que aunque murièron muchos, lograron quitar del medio al maestre de campo, y à otros soldados. Con tan buena ventura acaloràron mas la accion llegando à prometerse, que los restantes serian en breve victimas de su valor. El prudente Gaspar de Medina, à quien no se le ocultaba, que los bàrbaros recibian nuevos refuerzos, tuvo por infalible su derrota, si con tiempo no ponia en salvo las reliquias de este destacamento. Asì lo hizo mandando tomar la retirada. No fue pequeña dicha poderlo verificar. Una engañosa conjetura hizo, que los Calchaquies la tuviesen por asechanza, y no se atreviòron. Por otra parte aunque Medina mudò de ruta, buscando siempre la ménos arriesgada, se viò en grande peligro de que lo sorprendiesen mil indios, que lo espiaban de emboscada. Yà habia salvado este mal paso, quando lo descubrieron los enemigos. La suma diligencia con que Tulyò hizo inùtiles todos los esfuerzos

del alcanze.

Debiò segunda vez Aguirre su salud al capitan Medina en el hecho mismo de haber observado aquel residuo de soldados con que poderse le reunir. El gobernador solo se hallaba con treinta hombres en medio de un pais alterado de sangre humana, y en que parecia ineyitable su exterminio. Con el auxîlio de Medina pudo salir de aquella tierra tan arriesgada; pero siempre con el ànimo de volver à ella y hacerla el teatro de sus conquistas. A este efecto hizo que el capitan Medina se transportase al reyno de Chile, y reclutase algunos soldados con el cebo de pingües encomiendas, que debia ofrecerles à su nombre. Medina desempeñò debidamente su comision. Veinte y dos hombres aguerridos lo siguièron à su regreso, el que verificò trayendo tambien à su familia (a) y nueve doncellas españolas con quienes pudiesen casar los conquistadores tucumanos.

(a) *Ésta se componia de su muger Doña Catalina de Castro, una hija suya, y dos hijos, D. Luis y D. Garcia de Medina.*

CAPITULO VII.

Fùndase la ciudad de san Miguel del Tucuman: entrada de Aguirre à los Comechingones: prenden los soldados al gobernador Aguirre: destierran los conjurados al capitan Medina: fundan los conjurados la ciudad de Esteco: el capitan Medina cae sobre los conjurados: el teniente Juan Gregorio Bazan atraviesa el Chaco y llega al Paranà: absuelto por la Audiencia de Charcas el gobernador Aguirre, es restituido al mando: es preso por la inquisicion de Limà: el gobierno del Tucuman es dado à D. Gerònimo Luis de Cabrera: funda la ciudad de Còrdova: llega hasta la torre de Gaboto.

La experiencia habia demostrado, que sin el establecimiento de nuevas ciudades, era imposible se dilatase el dominio español. Por el contrario, con ellas se esperaba, que los pueblos, ò contraxesen nuevas alianzas, ò en caso de resistencia experimentasen el poder de varias fuerzas armadas. El gobernador Aguirre, como tan versado en estas materias, estimò estas razones de importancia, y se decidiò à levantar una poblacion en aptitud de oponerse à las irrupciones del bravo Calchaquì. Hechos los aprestos necesarios, encomendò esta noble empresa à su sobrino el capitan Diego de Villarroel. En 1565 abriò este general los fundamentos de una ciudad que intituló san Miguel del Tucuman en la falda de una àspera

montaña y à la altura de los 28, ò 27 ½ grados. La capitacion de los indios sumisos subiò al número de diez mil, los que se repartiéron en encomiendas à los vecinos pobladores.

Era yà otro el semblante de las cosas. Las convulsiones, que los bàrbaros diéron poco antes à esta provincia, habian ya cesado, y si se aborrecia en igual grado el yugo de las leyes, à lo ménos el temor inclinaba las cervices. Con esta seguridad procedió Aguirre à publicar la jornada de los Comechingones, indios establecidos en el distrito de Córdova, y donde entrò à fines de 1565. Amedrentados estos bàrbaros con la fama de Aguirre, lo recibiéron de paz, prometiendo una sujecion que alimentaba su vanidad. Otro interes mayor entretenia la esperanza de sus soldados. De tiempo atras venia muy valida la noticia de unas tierras opulentas, situadas hàcia el sudoeste, que con el nombre de Trapolanda ò de los Césares, habian inquietado inútilmente la codicia del vulgo. Los indios pasáron esta noticia à los soldados de Aguirre, cuya credulidad comunicàndole un ser que no tenia, exigian esta jornada como premio de sus fatigas. Aguirre era demasiado experto para que entrase en la empresa de un bien tan imaginario. Sea su justa repulsa, sea la natural altivez con que los tenia irritados, ò sean en fin otras causas, lo cierto es, que desde aquì quedó declarada la aversion de sus soldados, y muy dispuestos los ànimos à la venganza.

Diego de Heredia y Juan de Berzocana, dos hom-

bres denodados, tomàron de su cuenta soplar el fuego de esta sedicion, y hacer se manifestase en el momento de tener efecto. Vièronlo arribar quando volviendo el gobernador de los Comechingones, se puso en un parage llamado los altos de Aguirre. Para dar al atentado, que meditaban, un ayre de religion y de piedad, no se descuidàron los conjurados en manifestar secretamente cierto mandamiento del juez eclesiàstico, en el que se hallaba decretada la prision del desgraciado Aguirre. Todo cabe en los principios absurdos de estos tiempos, y que tanto influyéron sobre la suerte pòlitica de los pueblos. Dispuestas todàs las cosas, y à merced de una fraudulenta sorpresa, lo prendièron la misma noche del arribo juntamente con sus hijos. Habiendo sostituido despues otros gefes militares en lugar de los antiguos, lo conduxéron con buena guardia à la ciudad de Santiago. A conseqüencia de esta atrevida accion, se apoderàron los amotinados de todo el mando. Càrceles, destierros, confiscaciones, todo se puso en uso para atemorizar à los leales y afianzar la tiranìa.

El mèrito y las virtudes del capitan Medina hacian un fuerte contraresto à esta empresa de rebelion. Ponerse en estado de no temerlo, interesaba mucho à sus autores. Ellos lo prenden, lo despojan de sus bienes y amenazan su vida, si prontamente no toma el partido del destierro. Medina logra ponerse en huida y escapar de un poder injusto sin rastros de piedad. Oculto en las tierras

de Conso, esperò allì una suerte ménos adversa. Libres los conjurados de este enemigo abrièron su proceso al gobernador. Temió Aguirre que su cabeza rodase ignominiosamente sobre un cadalso; pero sus enemigos lo destinaban à que en calidad de delinqüente diese cuenta de su persona en la Audiencia de Charcas. Con una respetable escolta fuè remitido à este tribunal en 1566.

Un ànimo doloso, cuyo fin era ocultar el motivo de sus acciones y persuadir al mundo, que en esta rebelion no habia tenido parte el deseo de la venganza, sino el amor à la patria, inspirò à los conjurados el designio de levantar una nueva ciudad. A este principio debiò su cuna la de Esteco, origen correspondiente à su fin tràgico. Segun parece, diòse principio à esta fundacion entrado el año de 1567 à los 26, ò 27 ½ grados de altura, sobre las màrgenes del rio Salado en un sitio enriquecido con todos los dones de la naturaleza. Un crecido nùmero de brazos (a) en manos de quarenta pobladores activos y laboriosos llevàron muy en breve la cultura del terreno à un alto punto de prosperidad. Viéronse recoger en esta poblacion pingües cosechas de algodon, cera, miel, colores para los tintes, y otros muchos frutos estimables. La mano de obra creciò en proporcion de esta abun-

(a) *Dicen unos que treinta mil indios, y otros que ocho mil fueron repartidos en esta poblacion.*

dancia, llegando à conseguir la industria de Estéco, que le fuese tributario el luxo peruano. Estos medios de adquisicion produxéron fortunas muy rápidas. Refieren los historiadores, que sobraban las riquezas para poner à los caballos herraduras de plata, y quizà de oro. No es de admirar. Acaso no sabemos lo que puede un pueblo industrioso, que no conociendo aun las superfluidades, dirige sus afanes à las cosas útiles. Pero es cosa bien sabida, que las fortunas opulentas son un síntoma manifiesto de la decadencia de un pueblo, quando estas son exclusivas y peculiares à unos pocos; y no lo es ménos, que las riquezas son como esos licores espirituosos, que tomados con exceso nos hacen contraer necesidades facticias, y nos conducen à la aniquilacion, quando parece que animan nuestras fuerzas. Por estas causas vino Estéco à los setenta años de edad en sumo atraso y pobreza; porque unido al luxo de los ciudadanos el duro tratamiento de los encomenderos, la despoblacion y miseria, siguiéron muy de cerca sus pasos, hasta que en el espantoso temblor del año de 1692, quedó del todo sumergida.

Volviendo à tiempos mas atrasados, vemos que los rebeldes se habian familiarizado con la violencia contra los vecinos mas honrados, y que premiando con el libertinage à sus parciales, tenian siempre en ellos seguros ministros de su furor. La impresion de tantos males obraba con toda su eficacia en el ànimo del capitan Medina, que como teniente general de la provincia se creia

en responsabilidad, á no meditar alguna empresa capaz de corregirlos. Desde el fondo de su retiro pulsó la fidelidad de algunos sugetos principales de Santiago, quienes correspondiendo á sus designios lo animaron á una accion digna de sí. Su proyecto era caer de sorpresa sobre los rebeldes y despojarlos de la autoridad usurpada. Concertadas todas las cosas, y habiéndosele asociado algunos vecinos de san Miguel, que llenos de una noble emulacion deseaban tener parte en esta gloria, executa su designio con tanta felicidad como valor. Entra secretamente en la ciudad: Juan Perez de Morino, Miguel de Ardiles y Nicolas Carrizo, tres sugetos de gran sequito, se unen prontamente al libertador de la patria. El resto de los ciudadanos se apresura á seguir un tan bello exemplo. Heredia y Bezocara gustan en su trágico fin el fruto de su alevosía, y hecho el proceso á los demas sequaces, queda restituida la provincia á su antigua tranquilidad.

La real Audiencia de Charcas, á quien Medina dió personalmente cuenta de sus operaciones, se creyó en obligacion de añadirles el sello de la autoridad. Los peligros de que se hallaba amenazada la importante vida de este vasallo movieron tambien al tribunal á concederle privilegios, que decorando al mismo tiempo su persona, lo pusiesen en seguridad. En su virtud fué lícito cargar armas dobladas, traer guardia de arcabuceros, cuerda encendida y cota descubierta. Ciertos asuntos de grave consequencia impidieron

por entònces su regreso à la provincia. La causa del gobernador Aguirre aun no se hallaba concluida. Entretanto dióse el mando interino de ella al general Diego Pacheco. (a)

Era dotado este general de una alma noble, y desinteresada. Sus honrados procederes le ganàron en breve la aficion de los pueblos. Aunque ajustado à sus instrucciones anulò la fundacion de Esteco, creyèndola con todo necesaria à reprimir las animosidades de los del Chaco, tuvo à bien crearla de nuevo en 1567; y para que su antiguo nombre no excitase ideas de rebelion siempre fatales à la fidelidad del vasallage, mandó que se llamase en adelante NUESTRA SEÑORA DE TALAVERA.

Entre sus disposiciones acertadas debe contarse la eleccion que hizo de Juan Gregorio Bazan para su lugar teniente, y capitan à guerra en esta nueva ciudad. Las continuas hostilidades del bàrbaro enemigo la habian puesto muy vecina à su destruccion. Peleando por su suerte, disipó sus temores, y se adquirió derechos à su reconocimiento. Impelido de sus alientos concibió el proyecto atrevido de atravesar el Gran Chaco. Con sólo quarenta soldados que lo amaban, porque al mismo tiempo era su modelo y su bienhechor, enarboló la insignia real en esta tierra nunca tri-

(a) *Con sueldo de 4000 pesos; sus antecesores sólo han gozado 1500.*

llada de huella española. Las màrgenes del Paraná lo vièron con espanto, y despues de haber firmado paces ventajosas à la seguridad de la provincia, diò la vuelta sin pérdida de ningun hombre. Este hecho y otros muchos de esta clase nos pintan muy al vivo aquella enorme distancia en que nos hallamos de nuestros padres. Una empresa semejante pasaria en el dia por temeridad, porque tenemos à los bàrbaros el temor que àntes nos tenìan ellos. Las causas morales de esta diversidad son bien patentes. Las costumbres simples y duras de nuestros antepasados, su extremada frugalidad, para cuyo contentamiento todo bastaba, el mérito de la guerra de que hacian profesion, y en fin el hàbito de afrontar à la muerte y hacerse una diversion de los peligros, todas estas causas se encuentran sostituidas por la blandura, el luxo, la intemperancia y el reposo. ¿Que extraño es se haya apagado el valor en la sangre de los ciudadanos?

Las noticias adquiridas por Bazan y su gente, avisàron el deseo de adelantar la conquista hàcia la parte del Chaco. Este era el objeto que ocupaba las atenciones de Pacheco, quando la vuelta de Aguirre puso un término à sus proyectos. Absuelto de sus cargos este gobernador, fué reintegrado en sus empleos. Proceder nada cuerdo que condena la polìtica, poner la suerte de muchos sùbditos en manos de la venganza. El suceso acreditó esta màxîma. Que se imaginen unos pueblos agitados de la discordia, y donde el odio del

que manda justifica las proscripciones: este es el espectáculo que presenta esta provincia. Pero Aguirre debió advertir, que el poder mas legítimo exercido con barbaridad, es muchas veces funesto igualmente al opresor que al oprimido. Los mismos medios que empleó para infundir terror en los ánimos, los indarió á prevenir los peligros y los efectos de su rigor: unidos de intencion muchos vecinos sucitáron especies mal olvidadas sobre materias en que incauto se habia entrometido Aguirre. Pertenecian algunas de estas al fuero del santo oficio establecido en Lima; quien oidas las delaciones, decretó su prision. Fuè auxiliada esta providencia por el virrey D. Francisco de Toledo; mandando en lugar de Aguirre al gobernador Diego de Arana.

Entró este á la provincia el año de 1570. No bien puso el pie en élla, quando manifestó su disgusto. Contento con executar el arresto, hizo dimision del mando y dió la vuelta á Lima llevando consigo al reo. Hay fundamento para creer, que fuè absuelto de sus cargos: pues parece, que á no haberse anticipado su muerte, hubiera obtenido el gobierno de Chile, á que tres años despues lo destinaba el Señor D. Felipe II. Arana encomendó la provincia á Nicolas Carriso á solicitud del benemérito Ardilqs, que con noble desinteres resistió entrar en el mando, aunque nombrado interinamente por el virey.

Todo el bien que se logró en estos gobiernos momentaneos y precarios, fuè haberse unido

dido la provincia en paz y tranquilidad. Por lo demas, la conquista no habia adquirido progreso alguno. Estaba reservada esta gloria al inmortal D. Gerónimo Luis de Cabrera. Nobleza de sangre, inclinaciones marciales, valor heroico, amor de la gloria y de la patria, bondad generosa, franqueza de trato, estas eran las dotes que formaban su caracter, y las que le hacian digno de gobernar à sus semejantes. Conocidas desde luego el virey D. Francisco Toledo, exacto apreciador del mérito, quiso por una gracia singular en su género de concedè en propiedad este gobierno. La fama de Cabrera hizo que se le uniesen algunos sugetos principales, que habian militado con buen crédito en la conquista del reyno. Entre muchas aclamaciones bien merecidas, entrò posesion de su gobierno el año de 1573.

La paz, de que los bárbaros habian tenido que gozar à la provincia, no tanto era un efecto de su docilidad, quanto de su temor. Querian romper sus cadenas, pero se acobardaban de hacerlas mas pesadas. En esta duda prevaleciò el deseo de verse libres. Los Holcos, los de Pilipica y los de Caligasta volvieron sucesivamente al teatro de la guerra. Cabrera como capitan experimentado los venciò à todos, y radicò la subordinacion. Nada era esto en su estimacion, sino añadia nuevas conquistas à las de su predecesores. La provincia de los Comechingones hacia tiempo que era el objeto de sus mas politicas y guerreras; porque à mas de dar con ella un rodeo à su gloria esperaba

da estrechar por esta parte la comunicacion de los dos mundos. El se propuso fundar en ella una nueva ciudad, y lo verificò en 6 de julio de 1573 abriendo los cimientos à esta ciudad de Còrdova, sin disputa la mas célebre del Tucuman.

Un deseo de engrandecer esta obra de sus manos hizo que se apresurase à darle una vasta jurisdiccion territorial sobre muchos pueblos adyacentes. Con este objeto, despues de haber construido un buen baluarte en el Pucarà para defensa de la poblacion, que por entónces le era vecina, alargò sus descubrimientos hasta las màrgenes del rio de la Plata. La torre de Gaboto le ofreciò un puerto ventajoso à sus ideas. Cabrera no se detuvo en demarcarlo, adjudicàndolo à su Còrdova con veinte y cinco leguas à una y otra parte de sus costados, y todas las islas que el rio forma por allì.

No lo hizo esto sin alguna oposicion de los naturales. Los Timbàes, yà sobre las armas para contener los progresos del Capitan Juan de Garay, fundador de santa Fé, las volviéron contra Cabrera. El militar denuedo con que fueron desbaratados, les hizo conocer à los bàrbaros, que todos los españoles eran unos. A este encuentro sucedió la contienda sobre límites territoriales, que dexamos apuntada en el capitulo IV.

Cabrera dió la vuelta, no para gozar en un ocio tranquilo el fruto de sus conquistas, sino para entregarse à nuevos cuidados, tan gloriosos

la su memoria, como útiles al estado. Teniendo siempre consigo muchos valerosos capitanes, pero principalmente à D. Lorenzo Suarez de Figueroa, Tristan de Texeda y Miguel de Ardiles, cuyos hombres vivirán eternamente en los fastos del Tucuman, hizo doblar la cerviz à mas de quarenta mil bárbaros, que reconocièron el vasallage.

CAPITULO VIII

Funda el Adelantado Zárate la ciudad de san Salvador: crueldades de los indios: conspiracion contra Zárate: entra este à la Asuncion: su muerte: gobierna interinamente Mendieta: Juan Torres de Vera le sucede en propiedad: excesos de Mendièta: su muerte: gobierno interino de Juan de Garay: fundacion de Villa-Rica.

Dexamos al general Juan de Garay triunfante de los Charrùas en vìsperas de fundarse la ciudad de san Salvador sobre las margenes del Uruguay. Melgarejo que se le unió poco despues, y que supo todas las circunstancias de este feliz acontecimiento, llevò estas buenas noticias al Adelantado Zàrate, que aun subsistia con su gente en la isla de Martin Garcìa. El Adelantado las recibiò con todo aquel placer, que sucede à la turbacion del miedo. Con la prontitud posible se transladò al Uruguay, y diò principio à la ciudad proyectada. Por una vanidad disimulable han

acostumbrado los conquistadores dexar algunas veces à la posteridad en los nombres de las provincias conquistadas una memoria de sus acciones. Zárate sin haberlos imitado en el valor, los imitò en la vanagloria. Despues de haber dado forma à la ciudad de san Salvador, decretò que la provincia, dexado su antiguo nombre del rio de la Plata, tomase en adelante el de la NUEVA VIZCAYA, de quien tenia su origen. Fuè poco dichosa esta ambicion, porque mas equitativo el pueblo no quiso adjudicar esta gloria à quien ménos la merecia, y prefiriò conservar el que se hallaba afianzado con una prescripcion de medio siglo.

Si bien las pasadas derrotas de los bàrbaros los hiciòron mas cautos, no mas amigos. El furor que no pudiéron descargar en nuestras tropas lo descargàron en nuestros cautivos. Espanta la imaginacion la pintura de estas crueldades. Hombres mutilados de pies y manos, puestos otros en blanco à las saetas, aquellos empalados, estos enterrados con vida, cuerpos palpitando en las arenas y miembros esparcidos por todas partes, este es el espectaculo que abriò la rabia de los bàrbaros, y el que nunca presentarà la historia, sin que gima la humanidad.

No eran estas escenas espantosas las unicas que hacian deplorable la suerte de los españoles. Un infeliz gusto de autoridad arbitraria, que era todo el fondo del gobierno de Zárate, llevaba la tiranizacion à los extremos. No contento el Adelan-

lmado con haber aumentado el odio de los bárbaros, negándose al rescate del hijo del Caayù, cacique Guaraní, à pesar de la mediacion de Garay, parece que se habia propuesto enagenarse las voluntades de los suyos con todos los ultrajes de un duro despotismo. Fàcilmente lo consiguió, llegando el odio pùblico à desear hiciese número entre los muertos, quien tan poco aprecio hacia de los vivos. El vicario Trexo, por un efecto de esta aversion comun, consintió en el atentado de proceder à su captura y remitirlo à España con el proceso de sus desafueros. Se habia ya perdido el miedo à este género de desacatos, sin mas razon que hallarse multiplicados. Pero cayó el vicario la infelicidad de caer en el mismo lazo que tendia à su contrario, porque advertido Zàrate de la conspiracion, se asegurò de su persona.

Este era el estado de las cosas quando llegó de la Asuncion el socorro, en cuya solicitud habia partido el general Juan de Garay, quien de regreso se quedó en santa Fé. No esperaba mas el Adelantado que este auxilio para dirigirse à la capital. En efecto, puesta su marcha en execucion llegó à ella acompañado del vicario Trexo, à quien entregó al provisor capitular. Exigia la prudencia dirigir sus primeros pasos à la luz de un ojo observativo, dexando à la ocasion el remedio de los males que advirtiese Zàrate estaba muy distante de este cuerdo manejo. Lleno de vanidad, y conociendo poco el verdadero arte de gobernar,

con mas anhelo por dominar à los hombres, que por hacerlos felices, manifestò desde su entrada las pequeñeces de su espìritu. No bien puso el pie en la Asuncion, quando recindió las mercedes, que habia hecho el teniente Martin Suarez de Toledo, y diò por nula su eleccion. No era necesario mas para que desabriese à todos, y se cargase con el ódio de muchos pudientes; pero hizo mas aborrecido su poder, quando por sus planes quimèricos de reforma introduxo la confusion en la provincia. Adviertan los zeladores del bien pùblico, que pueden llegar à ser los perturbadores de su reposo siempre que traspasen los justos limites.

No faltàron personas juiciosas, que le representasen las conseqüencias de su zelo inmoderado; pero nada fuè bastante à contenerlo; porque no habia consejo por sabio que fuese, que no lo reputase inferior à sus alcances. Con esta conducta imprudente iba echando el colmo à la aversion comun, y tocaba bien cerca el momento de su castigo. Llegò èste luego que advirtiò Zàrate que aborrecido casi de todos, y hecho el objeto de la exêcracion pùblica, se hallaba amenazada su vida al rededor de unos sùbditos enconados, y nocivos. El flaco y presuntuoso Adelantado no pudo sostener este golpe de calamidad, sin dexarse poseer de una tristeza que abreviò la carrera de sus dias, y lo llevò al sepulcro. Muriò Zàrate el ano de 1575. Hubiera parecido digno del mando, si no hubiese mandado; siendo cierto, que en el

estado de una condicion privada dexò concebir una esperanza que desmintió en la pùblica.

Antes de morir Zàrate pidiò perdon de sus yerros. Su eleccion para el gobierno interino en su sobrino Diego de Mendieta hiciera dudar de su arrepentimiento, sino supieramos que fuè fruto de la extorsion. Era Mendieta uno de esos monstruos formados de los vicios mas infames. Por fortuna enmendò la eleccion del tio, corriendo apresuradamente à su ruina, como verèmos poco despues. Por lo que hace à la propiedad del Adelantazgo dispuso Zàrate recayese en quien casase con su hija, Doña Juana Ortiz de Zàrate, que residia en Chuquisaca. El capitan Juan de Garay, uno de los executores testamentarios, partió en diligencia al Perù, y diò noticia de este suceso à la heredera. Fuèron varios los sugetos de calidad, que aspiràron à su mano, pero èlla prefiriò al Licenciado Juan Torres de Vera, ministro togado de aquella Audiencia, sugeto que supo unir la profesion militar à las tareas pacìficas del senado. Por honrados que fuesen estos enlazes, no dexàron de sufrir temibles contradicciones.

La mano de Doña Juana la destinaba el virey de Lima, D. Francisco de Toledo, à otro ahijado suyo, cuyos servicios queria remunerar. La inclinacion de los consortes burló estas miras de interes; pero los expuso à las venganzas de un poder tan autorizado. El Adelantado Torres de Vera fué conducido preso à Lima, en cuya desgracia hubiera sido envuelto Garay à no haberse

puesto en salvo, tomando la provincia con los pocos deres de Vera. Aunque pasado mucho tiempo volvió á ocupar este su plaza de oidor, mientras la corte decidia sobre su entrada al rio de la Plata. Tuvo tambien aquí que purgarse de los cargos, de que en consorcio de otros ministros fué acusado ante un visitador. Estos azarosos contratiempos retardáron la posesion de su adelantazgo hasta el año de 1581.

El órden de la historia pide una ojeada sobre el interino gobierno de Mendieta. A la verdad, no es facil concebir tanta depravacion en los cuatro lustros de que apénas se componia su edad. El poder de que se vió revestido, sólo parecia haberlo aceptado para ponerse en disposicion de consumar sus delitos. Leyes, costumbres, humanidad, razon, todo es ultrajado hasta el exceso. El comienza su gobierno por alejar de su lado al prudente Martin Dure, cuyos consejos (segun las disposiciones de Zárate) debia respetar como leyes. A los consejos de Duré sostituyó los de otros libertinos, que incensando sus caprichos merecieron su acogida. Siempre agitado de desconfianzas y terrores persiguió á los hombres de mérito. Quatro vecinos principales ennoblecieron los calabozos sin mas delito que ser justos. Otras cabezas ilustres fueron condenadas á vexaciones tiránicas en fuerza de las menores sospechas. Su crueldad llegó al exceso de multiplicar los suplicios, y de bañarse en sangre de muchos inocentes. Pero al fin, fueran tolerables estas escenas espantosas, si al

sacrifició de las vidas, no hubiese añadido el del honor. Siendo como era la lascivia una de sus pasiones dominantes hizo servir à sus apetitos todo lo que el decoro, la decencia y la honestidad tienen de mas respetable, sin perdonar edad ni estado. Valiase muchas veces de la fuerza, y executaba el delito à pesar de la resistencia, gustando entónces el placer de unir en una misma accion la sensualidad y la venganza. Las prisiones, los destierros, y aun las muertes comprehendiéron no pocas veces à los que podian servir de estorbo, ò reclamar el agravio.

Causa espanto que unos españoles tan poco acostumbrados à sufrir menores desacatos, pudiesen tolerar los de un impio abiertamente descarriado. Sin duda permitia Dios esta calamidad para expiar los delitos pùblicos: pues lo cierto es, que tenia determinado arrojar el azote al fuego quando lo hubiese conseguido. Acercòse este feliz momento, luego que resolviéndose Mendieta à pasar al Perú, tocó en su tránsito la ciudad de santa Fè. Un impulso de su natural altivez lo estrellò aqui contra el teniente Francisco Sierra, à quien en sus palabras ofensivas le hizo sentir toda la ferocidad de su alma. Aun no satisfecho de este ultraje, parece que intentaba apaciguar con la vida de este sus enojos. Juzga el prudente Sierra, que prevenia el golpe ganando asilo; pero lo engaña su confianza, porque Mendieta lo prende en el lugar santo, y lo lleva como victima al suplicio. El pueblo se conmueve; la escena se cam-

lia. El perseguidor de Sierra es perseguido hasta su casa. Teme ser abrasado en ella, y obtiene por misericordia la vida à condicion de abdicar el mando. Fórmasele su proceso, y es remitido à España; pero habiendo conseguido corromper al piloto de la embarcacion, viene de arribada à san Vicente, cuyo gobernador se le aficiona, hasta prometerle à su hija en matrimonio, y darle auxîlios para recuperar su gobierno.

Este golpe de felicidad volviò la respiracion à Mendieta, pero no el juicio: habia empezado ya à formarse la cadena de sus infortunios, y estaba decretado que llegase al ùltimo eslabon. Veamos como el mismo se lo labra. Partiò Mendieta de san Vicente en la misma carabela que lo condujo, trayèndose consigo soldados, pertrechos y buenas esperanzas. El carácter indomable de esta fiera lo alejaba de la politica, que sabe contemporizar con aquellos de quien depende. En la prosperidad a nadie perdonaba, y se hacia de sus propios aliados otros tantos enemigos. No bien la embarcacion habia desplegado las velas, quando él soltó las de su arrogancia y altivez. Desprecios y baldones à la gente era la moneda con que parecia haberla asalariado. Pesàbales à todos haber dado su proteccion à un aturdido, y discurrian yà tomar de nuevo el Brasil, quando una tempestad los arrojó à tierra de Caribes. La servicia de Mendieta en todas partes hallaba materia de que nutrirse. Los indios fueron tratados con crueldad, y no ménos los que no lo eran;

à un soldado suyo, y à un mestizo mandò aquì desquartizar. Estos excesos criminales, que salen de la esfera de las cosas comunes, al fin amotinaron la paciencia del piloto y los demas. Puestos de comun consentimiento resolviéron acabar con este monstruo, autor de tantas desdichas. En efecto, al silencio de una noche, en que aprontados todos se hallaban à bordo de la embarcacion, tomàron en secreto la vela, dexando en tierra à Mendieta con siete compañeros de su faccion. Los bàrbaros no deseaban otra cosa, que vengar sus ultrajes. Acometiéndoles de tropel les dièron muerte, y se los comièron casi à vista de la carabela.

La colonia de san Salvador habia estado desatendida, asi por la muerte de Zarate, como por los disturbios de Mendieta. En esta especie de desamparo no era posible subsistir temiendo siempre à la vista un enemigo tan implacable como el Charrùa, siempre sediento de sangre española. Las justas inquietudes, que inspiraba à los vecinos tan triste estado, los obligàron à desalojarlo, y refugiarse à la Asuncion en 1576.

La muerte de Mendieta, y aun mas la veneracion à la persona del teniente general, Juan de Garay, le allanàron los caminos al exercicio de su cargo. De santa Fè partió à la Asuncion todo ocupado de pensamientos ùtiles con que deseaba recomendar su generalato. Como diestro politico convirtió sus desvelos al acrecentamiento de la provincia, y tomando consejo de las personas mas

expertas, resolvió dar principio à una nueva poblacion. El anciano Ruiz Diaz Melgarejo, que con importantes servicios habia reparado sus pasadas inobediencias, se hizo cargo de esta empresa. Desempeñòla lleno de actividad y zelo, habiendo fundado en el mismo año de 1575 à Villa Rica del Espìritu Santo (a). La fama de guerrero que en el largo periodo de casi quarenta años se habia adquirido, fuè la mejor muralla que le puso. No hubo enemigo comarcano à quien no desarmase el terror de su nombre

(a) *La primera fundacion de esta Villa fuè en un campo abierto à dos leguas del Paranà. Despues se transladò sobre el rio Huibay. Por los años de 63 la asaltaron los Mamelucos.*

CAPITULO IX.

Delirios de Oberà : Juan de Garay sale contra él : certàmen singular de dos indios contra dos españoles : crueldad de Tapuyguasù : congreso de los indios : sorprende Garay à los Tapuynuris : duelo de Curemò y Urambià : victoria de Garay contra los sequaces de Oberà : fundacion de Santiago de Xerez.

No es cosa nueva que el espìritu de secta perturbe el órden pùblico de una sociedad à un mismo tiempo civil y religiosa. Un cacique Guaranì por carácter tan inquieto, como ambicioso, es el novador que empieza à dogmatizar, y à hacerse partidarios en estas partes. Llamàbase Oberà, que quiere decir RESPLANDOR; y aunque éste era de solo nombre, bastó para deslumbrar primero à él, y despues à muchos. Favorecian los designios de Oberà las negligencias de un pàrroco idiota hasta la irregularidad. Este era un tal Martin Gonzalez, cuyas explicaciones absurdas sobre los dogmas mas sublimes y las verdades mas abstractas de la fè sòlo servian à engrosar la nube que los encubre, y à ocasionar nuevos errores. A sombras de esta guia perniciosa tuvo Oberà el sacrìlego atrevimiento de atribuirse las principales circunstancias del Mesias, preconizàndose por salvador de la nacion Guaranì.

Serviase de la màgica, que en los demas corria con crédito: daba libertad para vivir à las leyes del antojo, y prometia arruinar el poder es-

pañol, valiéndose de un oculto cometa poco antes visto, que decia tener reservado à su furor. Con tan halagüeñas esperanzas no es mucho hiciese gustar sus disvarios à unas almas espesas y amantes de la novedad. Casi toda la provincia quedó sublevada y hecha presa de sus prestigios. Retirado el impostor hàcia el Paranà con un gran séquito, recibia los honores divinos entre el incienso de las mas torpes sensualidades, que se permitia à sì y à sus adoradores.

Nada era mas esencial en este tiempo de turbulencia, que pensar seriamente en los medios de restablecer la calma interior. Tratò de poner remedio el valeroso Juan de Garay, quien con ciento y treinta soldados escogidos vino à acampar en el origen del rio Ipané; no tanto por debelar con el rebelde, quanto por impedirle los socorros. No bien los españoles habian hecho su asiento, quando viéron salir de un bosque dos indios de gallarda presencia. Eran vasallos del cacique Tapuyguasù: llamàbanse Pitum y Corasì: venian desnudos, y sin otra arma que el dardo que empuñaban. La sorpresa de los españoles fué mayor quando advirtièron, que acercàndose à una distancia proporcionada, desafiàron à los mas valientes con la ventaja de que sabiesen dos contra uno, y con armas doblàdas. Espeluca y Juan Fernandez de Enciso, dos españoles de igual brio, que intrepidez, no hiciéron mas que mirarse, y como si con ellos solos hablase el desafio, tomàron sus espadas, y se presentaron al

combate. Pitum fuè el primero, qué entregado todo à su cólera, embistió à Enciso tan arrogante, que à no ser èl, qualquier otro hubiera sucumbido. El bàrbaro se lisonjeaba de la victoria, quando veìa, que transpasada por varias partes la rodela de su contrario se hallaba mènos à cubierto de sus tiros. Enciso disipó en breve esta esperanza mal concebida.

A los primeros golpes de un brazo tan esforzado perdió Pitum su dardo, y recibió en en el vientre una herida muy peligrosa. No desmayò con todo, àntes bien mas inflamado que nunca se arrojò sobre Enciso con un valor precipitado. Valiòle à este su destreza y presencia de espiritu; pues à beneficio de otro golpe le echò una mano à tierra, y lo dexò fuera del combate. Espeluca por su parte no se desempeñaba con menor aliento. Es verdad, que Corasì ganó sobre èl la ventaja de haberlo derribado al primer bote de su dardo; pero tambien lo es, que apoyado en las rodillas, se reparò con prontitud, y pudo llevarle una mexilla en los filos de su espada. En vano el bàrbaro se defendia con valor; la diligencia de Espeluca debilitaba sus fuerzas por momentos. Cayó en fin de àniмo; y viendo que Pitum volvia la espalda, le imitò tan pronto en la fuga, como le habia imitado en la arrogancia.

Los dos bàrbaros se retiràron à su campo llenos de aquel asombro, que es el tributo del valòr heroico. Fuese por hacer justicia al mèrito, ò por decorar su propio vencimiento, no cesa-

ban de enzalzar la valentìa de sus contrarios. Ofendiéron sobremanera estos elogios la fiera altivez de Tapuyguasù. Él no vió en ellos, sino la expresion de la cobardìa, y una contagiosa semilla de desalientos. Imbuido en estos conceptos se creyò en obligacion de ser cruel por el interes de la causa. Los desgraciados Pitùm y Corasì fueron inhumanamente condenados à que purgasen en una hoguera el descrédito de su nacion.

No estaba Tapuyguasù tan adherido al impostor Oberà, que no le fuese dudoso el partido de su eleccion. A fin de formar sus juicios por medio del exàmen mas maduro, deliberò juntar sus capitanes, y oir lo que dictase la edad y la experiencia. En este congreso militar tomò la palabra y habló asì: " los negocios que à todos interesan, no es justo se manejen por uno solo. Tràtase en el dia de recuperar la libertad que perdimos; y por élla claman asì el crèdito de nuestro antiguo predominio, como otros bienes que no podemos renunciar. Oberà, que se intitula hijo de Dios, promete con mano poderosa redimirnos. Si le fuera tan fàcil el cumplirlo como es el prometerlo, tengo por cierto que ninguno de vosotros seria tan enemigo de sì mismo, que rehusase seguirlo; pero como, segùn alcanzo, para sostener esta conducta, es necesario prepararnos à todas las calamidades de la guerra, deseo me digais vuestro parecer entre reunirnos con Oberà, ó ratificar con los españoles nuestra alianza."

Acabando de razonar Tapuyguasù, mandò que

hablase el viejo capitan Urambia, de cuyas largas experiencias se prometia diese mucha luz à la asamblea. Rehusòlo al principio por modestia, pero obligado de su cacique se produxo en esta forma: " han llegado à mis oidos las promesas de ese nuevo dios Oberà; mas ni las veo confirmadas con prodigios, ni sus obras exceden las comunes. Por todas partes busca sequaces que cooperen à sus designios; pero si es Dios ¿ què necesita de los hombres? De que infiero, ò que no es lo que nos anuncia, ò que es una divinidad muy cobarde, de quien nada tenemos que esperar, ni que temer. Esto supuesto, nadie puede dudar, que en caso de rompimiento debemos apelar à nuestras fuerzas. ¿ Y que son estas para resistir al español? Por grandes que ellas sean à sola su presencia un secreto encanto las enerva, y siempre queda vencedor. Los españoles tienen la proteccion del cielo: huir su sujecion, es resistir à nuestro destino. Mi parecer es, que se les reciba de paz, y se abandone al engañador."

Pareció duro à la asamblea este razonamiento; pero el respeto à las canas de Urambia la hizo enmudecer. Con todo, Curemò, que le era igual en años, aunque superior en ardimiento, no pudo tolerar un discurso que abatia su altivez. Lleno de enojo se saliò de la junta, y habiendo recogido sus hijos y mugeres, se retirò à una laguna. Tapuyguasù contuvo à los demas, y queria oir sus pareceres; pero por dictàmen del esforzado capitan Berù, quedò la discusion en sus-

penso hasta que volviese Caremò. Convocado éste, vino solo, despues de haber juramentado à sus hijos que defenderian aquel puesto hasta vencer ò morir. A pesar de un largo debate, prevaleció por fin el voto del prudente Urambia.

En consequencia de este acuerdo se le despachàron à Garay mensageros de paz, la que aceptó con tanto mayor gusto, quanto ménos la esperaba, y translado su campo al pueblo de Tapuyguasù. El capitan Caremò era un bàrbaro de genio muy fogoso à quien ninguna empresa acobardaba; pero al mismo tiempo de una disimulacion artificiosa con que sabia hacerse impenetrable. Su situacion era delicada. La osada libertad, con que poco àntes habia manifestado su odio al español, lo ponia en gran peligro de atraerle su indignacion. Para eludir este mal paso, sirviòse de su politica con mucha habilidad. Quando los mas del pueblo se retiràron amedrentados al acercarse los españoles, èl les hizo las demostraciones mas generosas con que sabe explicarse la amistad. Llevando siempre adelante su engañosa benevolencia, persuadiò eficazmente à Garay, pasase el rio Yaguarì, y destruyese los reclutas con que pretendia unirse à Oberà el cacique Tamuymari. Esta era una bateria que fraudulentamente levantaba à este cacique su capital enemigo; y al mismo tiempo un arbitrio de salir del sobresalto que su conducta le causaba. Asì creyò haber satisfecho su odio y su temor.

Nada de esto advirtiò Garay. Los ànimos mas

nobles son mas faciles de seducir. Una mañana al amanecer, sorprendiò à los Tapuymiris con tan sangriento estrago, que apénas quedò vida que el hierro no cortase. Otros tres pueblos inmediatos fueron envueltos en la misma catàstrofe, sin que la espada perdonase edad ni sexô. Quizà los españoles cansados de matar dexàron con vida quinientos bàrbaros que reservàron al cautiverio. Despues de esta sangrienta execucion volviò Garay al pueblo de Tapuyguasù, donde fuè recibido entre mil festivas aclamaciones. Aplausos insensatos, que mas de una vez han hecho nacer en los conquistadores el funesto deseo de ser crueles à fin de merecerlos. Seguramente en ellos no tuvo parte Urambia. Llenos de aquellos sentimientos generosos de un viejo para quien todo le era indiferente, ménos la virtud, y sabiendo que los Tapuymiris no eran cómplices en el delito imputado, le diò en rostro à Curemó con su maldad. Aquí conociò Garay su engaño; y debiò conocer tambien, que hubiera sido mas acertado portarse con los bàrbaros, tan humano, que en caso de ser traidores les pesase haberlo sido.

No disimulò Curemó la libertad de Urambia. Temiendo ser descubierto lo desmintió à presencia de todos. Este agravio diò sobrada materia à una porfiada contienda, la que resolviéron los dos viejos decidirla por las armas. Conforme à las leyes del duelo se emplazàron para aquella tarde, en que con solo dardo y macana entrarian en palestra à presencia de todo el pueblo y

apadrinado Urambia de Urambieta, y Curemó de Niamtombia. En la intrepidez con que àmbos se acometiéron, no parecia, sino que cada uno recogia los ùltimos restos de unas fuerzas perdidas para morir con honra. Urambia quebrò el dardo à Curemó, pero echando éste mano à la macana se defendia con valor. Causaba làstima ver las heridas de dos ancianos empeñados en destruirse. Despartièronlos en fin los padrinos y decidièron los jueces, que aunque ninguno habia vencido, ambos eran dignos de la victoria. Por los nuevos informes que recogió Garay se ratificó en el concepto de que Urambia defendia el partido de la verdad. Quisiera que el valiente Curemò pagase con su vida la de tantos inocentes, que habia sacrificado à sus venganzas; pero en un tiempo en que tanto necesitaba la aficion de aquel pueblo, se contentò con reprehenderlo agriamente haciéndole concebir el precio de su clemencia. En seguida dió la libertad à los cautivos, con cuya accion honró tambien el valor de Urambia.

El cacique Guayracà, à quien Oberà habia confiado el mando de sus tropas, se hallaba acantonado en el Ipanente. Jamas plaza de armas en esta conquista se encontró mas artificiosamente preparada. Torreones, fosos, trincheras, nada se omitiò de quanto podia hacerla inexpugnable. La guarnicion era numerosa, tomada de la flor de los Guaranies, y comandada por los gefes de mas reputacion. Un sacrificio de una ternera que dedicaron à Oberà, y cuyas cenizas esparciéron por

el ayre (como lo habian de ser las de los españoles) se tuvo por presagio infalible de aquel su nùmen tutelar.

Garay volviò sus armas contra esta fortaleza, y en breve experimentàron los bàrbaros las tristes conseqüencias de su engaño. Ellos esperaban ser testigos de aquel desaliento en nuestras tropas, que segun las predicciones de Oberà, debia ser como el preludio de la victoria, y en su lugar sòlo veian el valor mas acalorado. Tardaba demasiado la asistencia del dios Oberà, y era preciso que asì fuese; porque mirando por sì mismo, desapareciò secretamente para no volver à parecer mas. Burlada esa confianza orgullosa de los bàrbaros, yà no tratàron de defender la plaza, sino de salvar sus vidas en una fuga precipitada. Ni aun este triste recurso les fuè ùtil; porque los españoles les ganaron los pasos. El imbècil Guayracà, sin talentos para restablecer el òrden de sus tropas, ni reanimar los ànimos abatidos, fuè el primero que los abandonó à su desesperacion, y se refugiò à la concavidad de un grueso tronco, desde donde espiaba los sucesos de aquella tràgica accion. La vista de Garay lo induxo à la bizarra empresa de arrojarle una saeta asesina, prometièndose que con su muerte daria un nuevo aspecto à la refriega. Anduvo tan neciamente incauto, que creyendo haber logrado el tiro, cantò la victoria fuera de tiempo. Garay no recibiò lesion alguna, y él quedò descubierto. Un arcabuzaso que le tirò el valiente Enciso, le

hizo pagar tan loca temeridad. Esta fué la ocasion en que Yagoatati, indio bravo y esforzado, se arrojó por lo mas espeso del campo español, guiado sólo de su corage y desesperacion. Hiriò algunos soldados; pero Martin de Vahlerrama y Juan de Osuna detuvièron su furor. Viéndose el bàrbaro tan acosado, que le erà forzoso el rendirse, no quiso sobrevivir à esta afrenta, y metiéndose el dardo por el pecho, quedò allì muerto. A imitacion de Garay distinguiéron su valor muchos soldados españoles, à cuyo esfuerzo se debiò una completa victoria, con que se hicièron memorables los fines del año de 1579.

Libre Garay de los cuidados de la guerra, aplicò sus desvelos al importante objeto de nuevas poblaciones. En 1580 partió de la Asuncion el anciano Ruiz Diaz Melgarejo, con sesenta soldados escogidos, y fundò la ciudad de Santiago de Xerez sobre las màrgenes del Mbotetey, que se reune al del Paraguay. Esta poblacion yà no existe.

CAPITULO X.

D. Gonzalo de Abreu sucede à D. Gerónimo Luis de Cabrera: prision de éste y su muerte: origen de esta crueldad: mal suceso de Abreu en Calchaquí: pretende descubrir el lugar de los Césares: levantamiento de los indios en san Miguel del Tucuman.

La tierra florece ò cria abrojos baxo las plantas de quien las gobierna. La provincia del Tucuman à nadie tenia que envidiar, estando à su frente D. Gerónimo Luis de Cabrera. Siempre contraido à promover su felicidad, hallaba su descanso en mudar de ocupacion. Libre de los cuidados de la guerra por el sosiego de los bárbaros, deliberaba dar fomentos al Capitan Pedro de Zárate, quien debia restablecer la ciudad de Nieva en el valle de Jujui. Estos y otros pensamientos entretenian su amor al público, quando se vieron disipados por la mudanza del gobierno. A los pocos años de su advenimiento al mando, tuvo por sucesor à D. Gonzalo Abreu, y Figueroa. Pasando los gobiernos de mano en mano, pocas veces experimentan un trastorno tan completo de su fortuna, como en esta ocasion. Era Abreu un tirano à prueba de los mas vivos remordimientos; y aun se formaba un placer de sus mismas crueldades.

Aun no habia tomado posesion de su gobierno, quando yà se proponia ensayar sus iras con el inmortal Cabrera. Pero era preciso encontrarle de-

litos, y este era el lado por donde este gran hombre era invulnerable. Para los ojos de Abreu su propio mèrito hacia su crimen capital. Con todo, en la necesidad de imputarle otro, fingiò que la provincia estaba alzada. A fin de darle un ayre de verdad à esta grosera calumnia, hizo su primera entrada à son de guerra, y con aparato militar. No pudo mènos de ofender à todos un proceder que hacia còmplices à los vasallos mas leales. Esto diò mèrito à Martin, Moreno vecino de Santiago, para que acercàndose à uno de la comitiva le dixese: "amigo ¿entrando à vuestra casa entrais de esta manera? O aquì somos traidores, ó vosotros lo sois."

Con un despotismo, que asustaba à los ciudadanos, pasó Abreu al ayuntamiento y se hizo recibir violentamente en 1574. La acedia de su corazon contra Cabrera lo executaba à ciertas tropelìas abiertamente contrarias à todas las leyes de la equidad. El mismo dia de su recebimiento mandò seqüestrar los bienes que tenia en Santiago, y dexò escapar expresiones que indicaban ànimo de prenderlo. Los santiagueños murmuraban abiertamente de una conducta tan osada. No faltò quien le representase, que Cabrera era un fiel servidor del rey, y que tomando el partido de la moderacion lo hiciese comparecer en su presencia; pues esto sòlo le costaria una palabra, y le ahorraria un delito. Miró Abreu con desprecio estas razones bien concertadas. A los tres dias siguientes se puso en marcha para Cordova, sin

emitir diligencia de sorprender à su antecesor. Habiendo éste tenido noticia de su arribo, se anticipó à recibirlo con todas las atenciones que pedia la urbanidad. Nada bastó à docilitar esta alma feroz. Inmediatamente lo mandò prender y conducir à Santiago; donde, formado un iniquo proceso, fuè luego decapitado. Hecho increible sino lo atestiguara la verdad de la historia.

Discurriendo los escritores sobre el origen de este odio tan envenenado, no se le encuentra otro, que la sugestion de dos oidores de Charcas. Habian estos tentado inùtilmente la lealtad de Cabrera en asuntos del real servicio. Su suerte pendia ya de sus manos. El medio de conservarla era sacrificarlo à su seguridad. Para esto se valiéron de Abreu, quien no pudo sostener la gloria de hallarse suplicado, sin verse emponzoñado de èlla. Los descendientes de Cabrera no deben dolerse de una afrenta cuya causa es tan honrosa.

Despues de un crimen tan detestable executado à sangre fria, perdiò Abreu el corazon de los hombres de bien. Esquivados estos de su trato, se entregò à los consejos de los mas viles y perdidos, en quienes estaba cierto tenia ministros de sus maldades. Rapacidades las mas soeces, prisiones las mas crueles, tormentos los mas inhumanos, muertes las mas injustas, estos eran los espectàculos que daba à su bàrbaro placer. Viéndose muchos ciudadanos pròximos à una desgracia, la evitàron con la fuga.

Importaba mucho al gobernador sepultar en las

tinieblas unos delitos tan atroces. El se resolvió à executarlo por todos los recursos del crimen. No sólo interceptò la correspondencia, sino que à fin de obstruir todas las vias, puso à Córdova dos dedos distante de su ruina, y aniquiló la poblacion de Zàrate en el valle de Jujuy, sacando de ellas su principal defensa. Los años de 1575 y 76 fueron para la provincia los de su rigurosa prueba.

Aun no satisfecho Abreu de estas medidas, quiso divertir las miras de los pobladores hàcia otro objeto que lo alejaba del peligro. Los principales vecinos de las quatro ciudades se hallàron convocados para la jornada de Linlin y conquista de Calchaquì. Antes de mover Abreu todo su exèrcito resolviò registrar el valle por sì mismo. Costóle bien cara la tentativa; porque estimulados los Calchaquìes de su envejecido enojo, le embistiéron con tanta furia, que le matàron treinta y quatro soldados, y lo pusièron en tèrminos de perecer. Delió salir con vida al socorro de Hernan Mexia de Mirabal. La expedicion de Calchaquì no tuvo efecto. Puesto Abreu en el rio de Siancas, licenció las tropas santiagueñas, y se quedó con las restantes para fundar una ciudad. De estos soldados desertàron muchos al Perù, con cuya fuga quedò Abreu desamparado. Los bàrbaros en crecido nùmero lo atacàron; pero à impulsos de su valor y de la ventaja del puesto hizo vanos sus esfuerzos y pudo regresar à Santiago.

Las mortales inquietudes de Abreu lo llevaban de empresa en empresa. Por esta vez acertò à lisonjear el gusto tucumano, fomentando una preocupacion popular. El descubrimiento de los Césares, ò Trapalanda, como diximos en otra parte, era un suceso con que todos se prometian ser felices. Si alguna vez merecia crèdito la exîstencia de este pais fabuloso, debia ser en esta ocasion. Pedro de Oviedo y Antonio de Coba, dos marineros naufragos que navegaron en uno de los navios del obispo de Plàcencia, acababan de dar en Chile una relacion jurada de aquel lugar opulento. Estas noticias que sin duda avivàron las esperanzas del gobernador Abreu, lo resolvièron à acometer la empresa. A fines de 1578 tuvo acampado todo su exèrcito en el pueblo de Nonogasta.

En este estado se hallaban las cosas, quando la ciudad de san Miguel del Tucuman implorò auxilios prontos y eficaces. Sucedia esto, porque advirtiendo los indios Yamacomas, que con la expedicion à los Césares habia quedado indefensa esta ciudad, dièron de ello noticia à muchas parcialidades, las que conspiradas de comun acuerdo, resolviéron aniquilarla. Empezò la hostilidad por un fuego voraz, que en lo mas silencioso de las tinièblas aplicàron à todos sus extremos. Fué el primero à sentirlo el teniente gobernador Gaspar de Medina, cuyo nombre inmortal debe repetir con veneracion el Tucuman. Su grande alma formada à los peligros lo impelió à saltar de la ca-

ma, y correr precipitado à sus armas. Su sorpresa fuè igual à la novedad del suceso, quando puesto à caballo en la calle, no se le presentaban mas objetos que incendios y enemigos. El silencio de los vecinos le hacia concebir que era el ùnico que habia escapado de las llamas; pero no por eso se rendia su espiritu, mas fuerte que el ùltimo de los riesgos. Fluctuando entre mil dudas, esperó algunos momentos hasta que se le unièron dos españoles. Juntos estos tres hèroes se encaminàron à la plaza, donde fueron rodeados de un inmenso nùmero de enemigos. A la luz de las llamas abrasadoras se descubria el yanacon Gaulan, quien por su figùra gigantesca, y la intrepidez de sus alientos habia sido preferido para caudillo de aquella empresa. Medina se hizo cargo que en destruir aquella vida estaba el ùnico recurso à que podian apelar. Con una noble osadia animó à sus compañeros. Tienen las almas grandes cierto dominio en los corazones. Ciegos de ira se arrojàron à lo mas cerrado del esquadron, hasta llegar donde estaba el fiero Gaulan, cuya cabeza derribò Medina de un solo golpe. Reconociòse luego, que los brios de este caudillo infundian alientos à su exército. Su muerte y la llegada de otros pocos españoles acabàron de desalentarlos. Medina, aunque gravemente maltratado con dos profundas heridas, no dexò las armas de la mano mièntras no hubo ahuyentado al enemigo. El socorro mandado por el gobernador restableciò enteramente la seguridad.

Libre Gonzalo de Abreu de este embarazo, hizo marchar su exército al descubrimiento proyectado. Trabajos y desengaños fué todo el fruto que de èlla recogiò. Despues de muchos meses volvièron todos persuadidos, que la provincia de los Cèsares no era mas que un delirio de una imaginacion enferma y acalorada.

De vuelta de esta expedicion se dedicò Abreu à los negocios domèsticos del gobierno. En esta provincia era muy poco el oro; pero un luxo de fecundidad la hacia codiciable. Los nacionales lo despreciaban, porque unos salvages siempre tienen pocas necesidades: y contentos con lo que puede satisfacerlas, miran con desasimiento lo demas. Sus nuevos señores pretendian suplir la falta del oro con las producciones del terreno. Para esto pusiéron los brazos de los indios en la dura contribucion de saciar su avaricia, de buscar con su sudor lo mismo que despreciaban, y de pagar con su esclavitud la ingrata fertilidad de su patria. Por este motivo eran frequentes las insurrecciones. El gobernador las sofocò por medio de los valerosos capitanes que tenia cada ciudad, y aun intentò cortar el mal en la raiz. Pero no era à propósito el temple de su carácter para comunicar energìa à las leyes de la humanidad. En 1579 publicò seis ordenanzas, donde fuè nada lo que ganò la causa de los indios. Algunos años despues fueron abolidas como injustas.

CAPITULO XI.

Fundase la ciudad de Buenos-Ayres: suceso de Altamirano: invaden los bàrbaros à Buenos-Ayres y son derrotados: conjuracion en santa Fé: muerte de Juan de Garay: nueva invasion contra Buenos-Ayres: fundase la ciudad de la Concepcion del Bermejo: prision del obispo del Paraguay: la ciudad de san Juan de las siete corrientes tiene su principio.

Un nuevo órden de cosas va à fixar nuestra curiosidad: nueva poblacion con tan ùtiles prerogativas que ha de llegar à ser algun dia uno de los emporios del reyno: nuevas relaciones mercantiles cuyo influxo hace variar el sistema de la negociacion: nuevo mètodo de catequizar à los neófitos en que ganan mucho la humanidad y la religion: tales son los objetos que sucesivamente va à presentar la historia desde esta època. Luego que los españoles pusiéron el pie en estos dominios, conociéron la importancia de levantar una ciudad en el puerto de Buenos-Ayres. Yà hemos visto las vidas que costó este pensamiento. Prefiriendo siempre los nacionales todos los males posibles à la pérdida de su libertad, rehusaron constantemente prestar oidos à proposiciones de paz. Esta fundacion parecia destinada à servir de roca donde debian naufragar las empresas mas bien concertadas. Con todo los españoles, no acostumbrados à ceder à las dificultades, jamàs desesperàron. Persuadidos àntes bien que los

trabajos son el mejor precio de las comodidades, nacian sus esperanzas de los mismos obstàculos.

Justo era que la gloria de realizarlas se la llevase el teniente general, Juan de Garay. Hombre de un corage infatigable y de una prudencia consumada unìa à estas calidades el mérito de muchas y gloriosas campañas. Mas adelantado que sus compatriotas en las materias de gobierno, conociò que era llegado el tiempo en que Buenos-Ayres debia existir. Despues del mas pausado exàmen fué acordado por un congreso que con sesenta soldados escogidos afrontase Garay esta ardua empresa, no ménos importante que arriesgada. Verificóla dichosamente el año de 1580 en el sitio donde hoy se halla, llamàndola la ciudad de la Santìsima Trinidad, puerto de santa Maria de Buenos-Ayres. (a)

La ausencia de los bàrbaros diò tiempo à la construccion de un fuerte destinado à la comun defensa. Pero el intrepido Garay, enemigo declarado del descanso y la molicie, no podia contenor su actividad en tan estrecho recinto. Tomando algunos briosos compañeros salió à correr la tierra y reconocerla. En breve hallò ocasion de no tener ocioso su valor. Diez indios de la nacion Querandì se presentàron muy resueltos à disputarle el paso. El estrago que causò en ellos de-

(a) *Se engaña Charlevois asegurando que entre el fuerte y la ciudad corre el riachuelo.*

bió abatir su osadia, y sucedió al contrario. Cinco, que, aunque, heridos escapáron del peligro, volvieron à excitar en su nacion el odio que hacia tiempo respiraba.

Era esta nacion de Querandics la que tenia en cautiverio à Cristóval Altamirano, tomado ántes por los Charrúas. La precipitacion con que se alejáron los bárbaros à la primera noticia de españoles les hizo caer en olvido à su cautivo. Fluctuó éste algunos momentos entre el partido de seguirlos, ò el de volverse à los españoles. El odio irritado de los bárbaros le hacia desconfiar de su vida, asi poniéndose à su discrecion, como emprendiendo una fuga en que temia ser cortado. Resuelto por fin à lo primero se incorporó à los indios vendiéndoles por fineza esta fidélidad. Con todo fué el juicio entre ellos muy problemático, y aun no faltáron votos que lo condenaban al suplicio, fundados en el principio de que no era prudencia tener cerca de si un enemigo encubierto. A la vista del peligro reconoció Altamirano la necesidad en que se hallaba de apurar la persuasion. Hizolo con tal calór de afectos que convenció à los indios estar interesado en la venganza. No sòlo le perdonaron la vida sino tambien lo admitiéron por compañero de la faccion que intentaban.

A esta se convocáron varias naciones comarcanas, y fuè su primer cuidado elegir un general capaz de desalojar à los españoles del puesto que ocupaban. La reputacion de hombre valeroso

y prudente que se habia adquirido el cacique Guaraní llamado Tabobà, distinto del antiguo, reuniò à su favor los sentimientos. Electo este general, todo se disponia para una pronta invasion. Altamirano, que era testigo de quanto discurrian los bàrbaros, cayò en la tentacion de comunicarlo à sus contrarios. Tomada una calabaza incluyó dentro un papel, y lo fió à las aguas del riachuelo. No puede justificarse este proceder porque jamas es lìcito ser traidor baxo el velo de la amistad. Por dicha de los españoles llegò el papel à sus manos, y se preparàron à la defensa (a). Con todo el general Gary quiso ensayar un medio de separar à los bàrbaros de su designio. Hizo que uno de los dos indios cautivos en la primera refriega llevase à sus compatriotas proposiciones de paz, y un papel à Altamirano encareciéndole su influxo. El mensagero estuvo muy distante de promover un partido que aborrecia. No sòlo irritò los ànimos contra los españoles, sino tambien les descubrió que Altamirano los llevaba vendidos à entregarlos entre sus manos. La muerte de este español estuvo decretada, pero evitòla con la fuga, y fuè bastante feliz para ganar el

(a) *Hemos referido este hecho, como lo traen los historiadores; sin embargo la dificultad de que despues de un tan largo cautiverio tuviese Altamirano papel en que escribir, y la de que éste llegase à manos de los españoles nos hace desconfiar de la verdad.*

fuerte.

La misma noche del arribo de Altamirano acercàron los bàrbaros sus tropas por agua y tierra. Ningun peligro le asustaba à Garay, porque todo lo habia previsto. Las naves españolas fueron las primeras en cantar victoria, y aunque con mas empeño era apretado el fuerte, no tardó mucho en conseguirla. Una venturosa salida de los españoles puso al enemigo en confusion. Rehecho con prontitud empeñò de nuevo el combate, pero no pudo sostenerlo, porque habiendo el esforzado Juan de Enciso derribado la cabeza de Tabobà, derribó con el mismo golpe la esperanza de sus sequaces. Persuadidos acaso los vencedores que la guerra no era teatro de moderacion y mansedumbre, poblàron la campaña de cadàveres. Fuè tan carnicero el estrago, que acercàndose al general, uno de sus soldados le dixo: "señor, si proseguimos matando ¿ quien queda para nuestro servicio ? Dexadme, le respondiò Garay, esta es la primera batalla, si en ella humillamos al enemigo no faltarà quien con rendimientos nos sirva." Garay adelantò la victoria à toda la costa del rio. Con este suceso cediò de golpe la obstinacion de los bàrbaros, y se dexàron empadronar.

Sometidos al yugo de la obediencia formò encomiendas el general con que galardonò el valor de los pobladores. Una empresa de tan ventajosas conseqüencias la creyò aèl mismo digna de los oidos del rey. Despues de haber dado cuen-

ta de todo al Adelantado, Juan Torres de Vera, hizo se aprontase una embarcacion para España, cuyo cargamento consistia en azùcar y cueros, primeros frutos nacionales con que logrò esta provincia recibir en cambio lo superfluo de la industria europèa.

Al mismo tiempo que se fundò Buenos-Ayres se levantaba en santa Fé una rebelion cuyos efectos pudiéron ser funestos à estas poblaciones. Làzaro de Veniablo, Pedro Gallego, Diego Ruiz, Romero, Leiba, Villalba y Mosquera, llenos de resentimiento contra el general Juan de Garay, formàron el proyecto de apoderarse del mando. Todos los medios de seduccion fueron empleados por estos amotinados à fin de hacerse de sequaces. Ellos trataban de almas baxas à esos ciudadanos pacìficos que no pensaban en salir de la opresion en que, segun ellos, gemian. Para minorar el horror que infunde la idea de rebelde, no cesaban de publicar que toda rebelion dexa de ser delito desde que llega à hacer feliz. La mayor parte de los ciudadanos entràron apresuradamente à este partido, guiado cada qual de sus intereses personales. No dexàron de ser prudentes los conjurados en no fiarlo todo de su poder. Temian justamente que la inmediacion del Tucuman viniese à ser un escollo en que peligrase su empresa. Para asegurar las espaldas por esta parte resolviéron poner en sus intereses al gobernador D. Gonzalo de Abrena. Las enemistades de èste con Garay les daban fundamento para creer que no des-

deñaria una empresa encaminada à perderlo. Sin embargo, la delicadeza del asunto los obligò à no omitir ninguna medida de precáucion. Se le quiso sondear primero sin aparentar visos de ruego que hiciesen caer de mèrito sus ofertas, y aun empeñarlo à que èl mismo ofreciese la proteccion que tanto se deseaba. Dos emisarios se dirigièron à Córdova con este objeto. Abreu se manejò con tal reserva, que sin comprometerse en cosa alguna dexó traslucir su complacencia.

Dado este paso de seguridad, creyèron que era ya tiempo de execuciones mas violentas. El teniente de la ciudad, el alcalde Olivera y el capitan Alonso de Vera fueron puestos en prisiones. Aplaudiéron muchos un suceso que los acercaba al comun designio. Mas una muger heroina, que hacia de la fidelidad la primera de sus obligaciones, tuvo bastante valor para oponer su virtud al torrente de esta maldad. Esta fuè la muger de Leiba, quien diò en rostro à su marido hubiese preferido la odiosa calidad de traidor al glorioso titulo de leal.

Al siguiente dia de las prisiones se juntàron los conjurados en casa de Veniablo, y nombràron por teniente general de la provincia à Cristòval de Arévalo. Para empeñar su partido de manera que no pudiese volver atras lo hicièron delinquir de pronto en tales crìmenes, que cerrados todos los caminos de salvarse, no le quedase otro abierto que el de la obstinacion. No es fàcil se conserve la armonìa que està fundada en el delito. La virtud

es el único lazo indisoluble. Veniablo, que como maestre de campo tenia la inspeccion inmediata de la guerra, se disgustò con Arèvalo. Èste por su parte lo empezò à mirar con todo el odio de que era merecedor el autor de su delito, y se propuso desde luego restablecer la subordinacion à sus legìtimos deberes. Para ello tratò privadamente con algunos, de cuya lealtad habia concebido mejores esperanzas. El resultado fué que habiendo quitado del medio à los principales caudillos de la conspiracion entràron las cosas en el òrden debido.

En su misma cuna debiò conocer Buenos-Ayres que tambien se hallaba expuesta à las peligrosas influencias de la ambicion sobre las potencias extrangeras. Apénas contaba dos años de exîstencia, quando Eduardo Fontano, corsario ingles, la amenazó desde Martin Garcia; pero aunque dèbil, ella supo prevenir el golpe que se le preparaba y dexar burlado este amago.

Pacificados los bàrbaros de Buenos-Ayres, aumentada su poblacion y abiertos los canales del giro con España, Perù y Chile, se presentaba ya la mas risueña perspectiva de la prosperidad à que su suerte la destinaba. A pesar de esto su ilustre fundador mas satisfecho de lo que debia se entregó todo à una confianza que fuè su ruina, y hubo de serlo la de su conquista. Creyendo bien establecida la sumision de los infieles, partió de Buenos-Ayres con el objeto de visitar su provincia el año de 1580. Mas por ostenta-

cion que por seguridad dexòse cortejar de una lucida compañia que como consorte de sus triunfos quiso recoger aplausos en la Asuncion. Navegaban con prosperidad, saliendo à dormir à tierra sin poner otras centinelas que el terror de su nombre y la fama de sus victorias. El cacique de los Minuanes, uno de los de mènos nombradia en aquella comarca, observaba atentamente estos descuidos, y se resolvió à satisfacer la voz enérgica de la patria que clamaba en su corazon. Con ciento y treinta de sus vasallos sorprendiò à los dormidos españoles. Fué tan ràpido el asalto que apénas se distinguiò del estrago. Juan de Garay con quarenta de sus soldados murieron en esta ocasion.

Los demàs de la comitiva alcanzàron entre mil riesgos à refugiarse à santa Fé, desde donde se conduxèron à la Asuncion. Los llantos de la provincia por la muerte de Juan de Garay son un testimonio irrefragable de su mèrito. Despues que ellos faltàron, hablan en su lugar los monumentos que dedicó à su inmortalidad, y que el tiempo mismo se complace en perpetuar para su gloria. El demasiado ardimiento con que algunas veces ensangrentò la victoria pueden en cierto modo recompensarle sus beneficios en la paz. Repartiendo los despojos jamàs reservò otro para sì, que èl honor de haber vencido.

Garay no tiene otro competidor en el mèrito que el inmortal Irala. Uno y otro, vizcaynos de nacion, fuèron dotados de todas las prendas que

constituyen un perfecto general. A Irala puede decirse que le es dendora la provincia del Paraguay, lo que à Garay la de Buenos-Ayres. Irala de superior talento conduce todas las aventuras dificiles de su vida con un disimulo inexplicable, y fixa à su favor la inconstancia de la fortuna. Garay mucho mas virtuoso en el todo es sencillo y grande. Igualmente magnànimos, Irala à su muerte dexó un par de bueyes, unas balanzas y sus armas; Garay nunca mirò necesidad en cuyo axîlio se creyese desobligado, pues vendiò para remediarlas hasta los vestidos de su muger.

Al paso que los españoles sintièron la muerte de su general, la celebràron los bàrbaro, y principalmente los Minuanes. Entregados estos à un gozo indiscreto entràron en el proposito de destruir la ciudad, ya medio vencida en su concepto. Nada omitiò su acalorado empeño de quanto podia conducir à un triunfo tan deseado. Despues de varios congresos militares, à que concurriòron los mas afamados capitanes de las naciones convecinas, y en que se deliberò sobre los medios de asegurar un éxito feliz, fuè encomendada la guerra por sufragios de todos al bien opinado Guazalayo. La resolucion estaba tomada, y este queria acreditar en su diligencia el acierto de la eleccion. Formado su exército de un cuerpo de tropas respetable empeñó à desfilar hàcia la nueva ciudad. Rodrigo Ortiz de Zùrate, que mandaba en gefe la fortaleza, quisiera detenerlos por los medios de la insinuacion y la dulzura, pero con la necesidad

de oponerse à un ataque saliò de la plaza con su gente formada en esquadron, y esperò al enemigo con resolucion y firmeza. La pertinacia de los bàrbaros tuvo por mucho tiempo neutral la suerte del combate. Este se decidiò por los españoles con la muerte de Guazalayo, y confundió enteramente la presuncion de los bàrbaros. Cansados estos de unas guerras que les preparàban las ùltimas infelicidades, acabàron de conocer à sus expensas que exércitos numerosos sin disciplina son poca cosa para oponerlos contra soldados aguerridos baxo los preceptos de la mejor escuela militar. Desde este tiempo se mantuvièron pacíficos sufriendo el yugo que el vencedor quiso imponerles.

Por la muerte de Juan de Garay fuè nombrado para teniente de la provincia Alonso de Vera y Aragon, à quien por su fealdad llamaban cara de perro: el crédito con que habia militado lo hacia digno de esta sucesion. El nuevo teniente era sensible à la gloria y le paceria muy pequeña la de contentarse con solo mantener lo adquirido. El gran Chaco, que empezando desde las màrgenes del Paranà se extiende hasta las ùltimas cordilleras del Perù le brindaba un dilatado campo de adquisiciones. Hechos los aprestos necesarios que no deberian ser mayores en un tiempo en que el exercicio y la sobriedad eran los ùnicos incentivos del apetito, hizo su entrada desde la Asuncion con ciento treinta y cinco soldados encaminàndose al rio Bermejo el año de 1585. Acom-

ñóle la fortuna, y ganó de los bárbaros victorias sobre victorias llegando à levantar una ciudad à la que intitulò la Concepcion de Bermejo en el gran pueblo de Matarà.

En la ausencia del teniente Alonso de Vera quedò la provincia abandonada à todos los desórdenes de que son capaces los vicios sin el freno de la autoridad. Gobernaba esta diòcesis D. Fray Juan Alonso de Guerra, religioso mìnimo, cuyos talentos y virtudes le habian allanado, à pesar suyo, el camino de las mitras. El zelo verdaderamente apostólico de este prelado no pudo mirar sin amargura una provincia desenvuelta, un clero sin disciplina y unos nacionales oprimidos baxo el yugo de la mas pesada tirania. A expensas de su seguridad resolviò desempeñar sus obligaciones, sin que pudiese amedrentarlo el odio que estaba cierto habia de concitarle su zelo. No se engañó en su prediccion. Los principales de la Asuncion empezàron à tratar de indiscreta esa libertad sacerdotal, que estaba en contradiccion con sus pasiones, y à concertar los medios de perderlo. Era el gefe de esta sacrilega conjuracion el alcalde ordinario de la ciudad. Acompañado de sus satélites se encaminò al palacio episcopal con ànimo resuelto de echar en prisiones al prelado. En tan dificil coyuntura recurriò este santo principe à esas vestiduras pontificales, que mas de una vez han desarmado el furor mas determinado. ¿Pero què impresion podian causar en esta capital las insignias de un poder, acostumbrada à

ultrajarlo? Con impio atrevimiento puso el alcalde las manos en su sagrada persona, lo agarrò de los cabellos, lo hollò à sus pies, lo cargò de prisiones y en 1586 lo condujo él mismo à Buenos-Ayres entre tratamientos tan inhumanos, que serian de dispensarse al mas criminoso de los hombres. Pero Dios velaba por la conservacion de una vida de trabajos è ignominias, toda consagrada à su servicio, y habia decretado que el castigo de sus perseguidores vindicase visiblemente su inocencia. El alcalde murió derepente, y no tuvièron mejor fin los demas cómplices.

A pesar de estas eternas disensiones, la provincia experimentaba esa misma necesidad de extender sus fuerzas, que siente el que va saliendo de la infancia. El célebre pirata Tomas Candisch meditó en 1587 la toma de Buenos-Ayres. Felizmente se supièron con tiempo sus designios por el gobernador del Janeyro, y se corriò à la defensa. El pirata temiò la suerte que le aguardaba, y se abandonò à pasar el estrecho. Por estos amagos repentinos es que Buenos-Ayres iba robusteciendo su constitucion.

La sujecion de los nacionales acreditaba de dia en dia el proyecto de las poblaciones. Por voto general de los conquistadores se deseaba una en la confluencia de los dos rios Paraguy y Paranà ò de la Plata. Esperàbase que con ella quedase enfrenado el orgullo de los bàrbaros por àmbas màrgenes de este rio, y se diese una escala muy provechosa à la navegacion. Agobiado con el pe-

se de una serie de infortunios el Adelantado Juan Torres de Vera había entrado á su provincia el año de 1587. Estas consideraciones movieron su ánimo para promover este establecimiento. Su sobrino Alonso de Vera el Tupi tuvo órden de verificarla, y desempeñó su comision el año de 1588, dándole por nombre san Juan de Vera. Las siete rapidísimas corrientes que forma allí el Paraná le hacen conocer por este nombre con usurpacion del verdadero.

CAPITULO XII.

Entra el licenciado Lerma á gobernar el Tucuman: crueldades de este contra D. Gonzalo su antecesor: disensiones entre Lerma y el Deán Salcedo: entrada del obispo Victoria al Tucuman: funda Lerma la ciudad de Salta: oposicion de los bárbaros: es preso Lerma y conducido á Charcas: entra á la provincia Don Ramirez de Velasco: los indios se alborotan en Córdova y los vence Texeda.

Hacia tiempo que la provincia del Tucuman hecha un teatro de escenas lúgubres por las crueldades del gobernador D. Gonzalo de Abreu deseaba un vengador. Creia haberlo conseguido en la persona del licenciado Hernando de Lerma, su sucesor, cuando entrando á su provincia el año de 1580, quiso que la prision de D. Gonzalo fuese el primer acto de posesion. Las crueldades de su desapiadado gobierno convencieron á todo el

mundo, que si bien Lerma aborrecia al tirano, amaba eficazmente la tiranía. Se horroriza la humanidad al contemplar la sevicia con que trató al desgraciado D. Gonzalo. Formado su proceso lo condenó al tormento, y aunque éste en los principios absurdos de la antigua jurisprudencia sólo era un medio de esclarecer la verdad, anticipando la pena al convencimiento, intentó Lerma que muriese en él. En la firmeza con que se sostuvo manifestó una heroicidad digna de mejor alma. Élla interesó la compasion aun de aquellos en cuyo juicio era delinqüente. No murió Abreu en el tormento, pero éste lo acercó á su término habiendo fallecido el año de 1581.

A pesar de esto los ciudadanos en general fueron tratados por Lerma con moderacion y dulzura el primer año de su gobierno. Pero si hemos de conjeturar por los sucesos posteriores es necesario convenir, que estas demostraciones de mansedumbre no eran mas que unas cadenas con que aprisionaba su alma feroz. Arrepentido en breve de una sujecion tan violenta, y que tanto mortificaba su carácter, rompió estas ataduras para devoralo todo.

Acercábase por este tiempo á la provincia el obispo D. Fray Francisco de Victoria, primero en órden de los que tomaron posesion de esta diócesis. Segun la inteligencia que le dió este prelado á una real cédula de Felipe II habia creado dean de esta nueva iglesia á D. Francisco Salcedo confiriéndole así mismo su gobierno,

Resvestido Salcedo de este doble carácter entró al Obispado con todo aquel engreimiento que en hombres vanos suele engendrar la elevacion. E genio de Lerma no hallaba sufrideras otras altiveces que las suyas. Preciso era que chocasen estos dos hombres nacidos para la discordia. Chocáron en efecto y de este choque resultò esa centella, cuyo incendio los abrazó à ellos y à otros muchos. Lerma puso en litigio la dignidad de Salcedo, y no sin fundamento porque sólo autorizado el prelado para nombrar quatro beneficiados en esta iglesia parecia salir de sus limites extendiendose à los mayores. Era este un tiro muy ofensivo à la delicada presuncion de Salcedo para que no irritase toda su ira. Las dos cabezas de esta repùblica se persiguièron mutuamente llenos de aquel encono que siempre inspira el espiritu de partido. Cada qual formó su faccion y procurò prevalecer à expensas del pùblico sosiego. Lerma era dueño de la fuerza y debia serlo de la suerte de su enemigo. Rendido Salcedo à su persecucion se retiró à Talavera con designio de pasar al Perù.

Entònces fuè quando Lerma no hizo uso de su poder sino para infelicidad de todos los ciudadanos, y principalmente de los que habian dado ayuda à su contrario. Siempre dispuesto à recibir todas las sugestiones del odio causò su ruina por todos los medios de que puede valerse una alma baxa, depravada y cruel. Muchos fuéron condenados à que muriesen entre la infeccion de los

calabozos, de cuyas muertes ordenó Lerma no se le diese aviso sino despues de tres dias de acaecidas. Otros las recibièron de manos del verdugo, no pocos fuèron expoliados de sus bienes al rigor de confiscaciones injustas, y no faltàron quiénes se tuviesen por muy felices en haber redimido sus vidas con prisiones y destierros. El capricho y la voluntariedad eran sus leyes supremas y las únicas à quienes tributaba una obediencia entera. Por lo demàs las reales provisiones de la corte de Charcas sòlo servian de materia à sus desprecios, y de ocasion à muchos para procurarse con su obediencia una desgracia cierta.

Creydse que la entrada del Señor Victoria al obispado aplacase las furias de esta fiera desatada. A la verdad no parecia vano este pensamiento. Era dotado este prelado de todas aquellas grandes calidades à cuya presencia suele encogerse el atrevimiento, y docilitarse la atrocidad: pero si esto es asi respecto de aquellos que en la embriaguez de la prosperidad llegan à ser audaces y depravados, mas por error que por caracter, dificil era que la virtud y el mérito morigerasen el natural de Lerma. La osada libertad con que atropelló los respetos del prelado, el desenfreno con que se produxo en su descrédito, y en fin el odio que concibió à todos los que le trataban, acreditàron esta verdad, y llenàron los ànimos de sobresaltos y disgustos.

Para que los disturbios de la provincia viniesen à peor estado volviéron à renovarse las contien-

das entre Lerma y el dean Salcedo. Con la entrada del prelado habia este recuperado sus alientos é intentaba novedades en Talavera. La rabia de Lerma no exigia mas que un pretexto para sacrificarlo à sus venganzas. Antoio de Mirabal tuvo òrden de prenderlo. Hallàbase enfermo el dean en el convento de Mercedarios quando se lo intimò su arreste. Fuè del todo inùtil para evitarlo, el escàndalo, la enfermedad, la incompetencia y otras razones que expuso al executor del mandamiento. Era Mirabal un digno ministro de Lerma capaz de qualquiera exceso sin necesidad de ageno influxo. Con la osadìa que le era muy genial se arrojò sobre la persona del dean, y lo condujo de los cabellos. No pudiendo el prelado de la casa mirar sin conmocion esta afrentosa escena dió en rostro à Mirabal con su osadia y lo amenazò con el castigo. Querer intimidar à este alma de fiera era hablar de melodia con un tigre. El se aplaudiò de una ocurrencia que le traia à las manos un nuevo delinqüente à quien tratar con desacato. Sin detenerse en contestaciones prometió volver al punto por su persona. Tardó en cumplir su palabra lo que en asegurar el reo. El comendador fuè puesto en prision en consorcio de otros eclesiàsticos à quienes cupo la suerte de alcanzar estos tiempos calamitosos. Todos fueron remitidos despues à la audiencia de Charcas, la que no pudo ver sin indignacion ultrajadas las leyes y los estados mas santos.

Entretenido Lerma en sus venganzas no parecia capaz de empresa útil. Con todo, fuese por divertir sus cuidados, ò por labrarse un mèrito que harto necesitaban sus delitos para no ser tan enormes, se resolviò à poner en pràctica la fundacion de Salta tantas veces deseada. Concurrian razones de momento que hacian importante este designio, quales erân facilitar el trànsito del reyno y enfrenar el ogullo de los Calchaquies y Humahuacas. Todos los vecinos encomenderos de la provincia fueron emplazados para esta empresa, la que por ùltimo tuvo efecto el año de 1582 entre los rios Siancas y Sauces (a) intitulàndose la poblacion, ciudad de Lerma. Hallóse presente à las formalidades de estilo en las fundaciones de esta clase el S. Victoria, quien como sufraganeo de Lima habia sido convocado por santo Toribio para la celebracion del tercer concilio Limense. Los bàrbaros no dexàron de conocer que este nuevo establecimiento ponia à los españoles en estado de invadir el res-

(a) *Estan divididos los escritores en quanto àl fundador de esta ciudad. Unos se la atribuyen al gobernador D. Gonzalo Abreu y Figueroa, otros à Lerma. No hay ninguna contrariedad en este punto, si se advierte que los primeros hablan con respecto à la poblacion que sin disputa levantò D. Gonzalo aunque en embrion y que destruida por los bàrbaros no tuvo efecto, y los segundos con respecto à la de Lerma, que es la que existe à corta distancia de la antigua.*

de sus posesiones, y enriquecerse con sus despojos. Unido à estos males de consequencia el temor justo de que un yugo extrangero oprimiese sus cervices les hizo entrar en una confederacion guerrera, cuyo designio debia ser prevenir estas calamidades. El denuedo con que en la expugnacion de esta plaza presentàron el pecho al fuego de los arcabuces, la constancia en repetir los asaltos, la diligencia por reponer las pèrdidas, hicièron desesperar à los españoles de que llegase à calmar su furia envenenada, y aun de poderse sostener por mas tiempo à no recibir refuerzos oportunos. Lerma, quièn à los cinco dias de su fundacion se habia retirado à Santiago, vino en auxilio de su ciudad. Fueronle necesarios muchos choques sangrientos para escapar con vida y libertar su campo. Los bàrbaros habian resistido largo tiempo su destino: al fin ellos se sujetàron, y cesò la guerra por falta de enemigos.

La que siempre quedó abierta, fuè la que el genio turbulento de Lerma tenia declarada à todo hombre de bien. Gobernaba el obispado en ausencia del señor Victoria Fray Francisco Vasquez, de la òrden de predicadores. En breve se hizo este religioso el objeto de sus sacrilegos atrevimientos. No contento con poner en pràctica todos los medios de envilecer su ministerio, llegó hasta el exceso de prenderlo.

Los pueblos, à quienes no cesaba de atormentar, maldecian altamente su tirania. Causado Lerma

ma por todas partes, y en peligro de perder un puesto, del que lo excluian sus delitos, no fué bastante prudente para detener el curso de sus maldades. Preciso era que tuviese el fin de los tiranos, asi como tenia todos sus vicios. No pudiendo la audiencia de Charcas extender mas su tolerancia, decretó el arresto de Lerma. Verificólo en 1584 el capitan Francisco de Arévalo Brizeño. El regocijo público que causó la caida de este gobernador, es un rasgo expresivo que acaba de pintarlo. Brizeño lo conduxo à Chuquisaca donde se le seguia su proceso; pero habiendo arribado, provisto gobernador de la provincia, Juan Ramirez de Velasco el de 1585 con especial comision de residenciarlo se le entregó el proceso juntamente con el reo. Eran tan calificados los delitos de Lerma que no daban lugar à la misericordia. En el juicio de residencia salió condenado. Apeló al supremo consejo de indias, en cuya càrcel de corte murió.

Por estos mismos tiempos acaecia en el distrito de Cordóva una insurreccion de muchos bárbaros que la llenó de sustos y cuidados. Todos los ojos de los ciudadanos se convirtiéron al valeróso Trissan de Texeda que acababa de concluir la jornada de Salta, y fixáron en él sus esperanzas nunca mas bien fundadas. Bravo y esforzado Texeda, sostenia con paciencia las fatigas de la guerra. En medio de una intrepidez que no conocia los peligros poseia una prudencia que lo hacia dueño de los acontecimientos, y muchos años

de victoria le habian adquirido con justicia la primera reputacion. No la desmintièron sus hechos en la ocasion presente: puesto en campaña buscò al enemigo en las situaciones mas arriesgadas. A pesar de su obstinacion y su excesivo número lo rompiò en mil encuentros; lo persiguiò hasta sus guaridas; y le hizo implorar misericordia. La generosidad con que Texeda lo tratò, hizo ver que fixaba su complacencia en unir el gusto de vencer al de perdonar.

CAPITULO XIII.

Entra à gobernar el Tucuman D. Juan Ramirez de Velasco: predica san Francisco Solano en el Tucuman: primer establecimiento de los jesuitas en esta provincia: los Calchaquies se alborotan y son sujetados: fùndanse las ciudades de la Rioja, la de san Salvador de Jujuí y la de la villa de las Juntas: rebèlanse los indios de Còrdova y son subyugados.

Los tiempos desastrados y calamitosos son los mas à proposito para descubrir las raices inficionadas de los gobiernos. Los que por algunos años subministran las agitaciones del Tucuman, las ponen de manifiesto. Provenian esas agitaciones de haberse hecho esta provincia un teatro de crueldades, avaricia y desórden. Pero todo esto tenia un origen mas alto, y èste no podia ser otro que los vicios entronizados de la corte. Ministros ambiciosos, avaros y opresores, jamas podian inspi-

rar ideas de justicia, frugalidad y clemencia. ¿Será posible que una corte que comunica à sus vasallos el gusto del pillage, y que los saca de sus ocupaciones pacíficas para que sean los instrumentos de su ambicion, fuese solícita en asentar su gobierno sobre la base de la virtud? Quando fuese cierto que la corte de España se hallase opuesto al progreso rápido de los vicios, siempre serian impotentes sus esfuerzos en concurrencia de sus exemplos. A su imitacion nunca podia dexarse de creer que se necesitaba de una fortuna escandalosa para que los hombres fuesen dichosos y felices. Pero ya que este mal era por lo comun inevitable, debió la corte, quando ménos, poner à la frente de estos gobiernos hombres que por carácter fuesen humanos y templados. En ninguna parte mas que en América debió de ser la provision de los empleos obra del mérito y la virtud, y en ninguna ménos que en ella se procuró escoger hombres que solo caminasen baxo el ojo del deber. Las mas veces hombres nuevos, desconocidos, sin talento ni moralidad, ocuparon estos puestos.

Por fortuna del Tucuman entró à gobernar esta provincia en 1586 D. Juan Ramirez de Velasco. Sus manejos populares, su ayre afable, y las gracias que lo acompañaban, presagiaban desde luego un gobierno ménos funesto que hiciese diversion à los males pasados. Comprobaron estas esperanzas aquella modesta simplicidad con que quiso distinguirse de los demas, aquel gusto

aprecio del mérito que nadie reconoce en mayor grado como el mismo que lo tiene; en fin, aquella veneracion al sacerdocio, que descubre el carácter de una alma naturalmente religiosa. A pesar de esto el obstáculo de los desórdenes envejecidos de una república donde la corrupcion se habia comunicado mutuamente entre ciudadanos y magistrados, era harto poderoso para que las virtudes del nuevo gobernador pudiesen contrastar los vicios, compañeros de esa avaricia grosera, que habian desnaturalizado las costumbres.

Lo que principalmente se echaba ménos en la provincia, era el cumplimiento de las grandes verdades contenidas de la edificacion. Es cierto que los misioneros regulares habian hecho quanto exigia su ministerio; pero á mas de ser pocos, las frequentes sublevaciones de los indios contra un poder mal afirmado y las turbulencias domésticas de los mismos conquistadores inutilizaron sus esfuerzos. El gobierno de Velasco tuvo la ventura de haberlo edificado con sus exemplos y su prediccion un varon tan singular como san Francisco Solano. A la frente de una tropa de religiosos de su órden que lo acompañaron desde el Perú, sembró por todas partes el grano de la palabra evangélica, y la hizo fructificar por sus obras y sus milagros. Un gran número de infieles se rindieron á sus eficaces persuasiones principalmente en los pueblos de la Magdalena y Socotonia, donde exerció con zelo inimitable el penoso oficio de doctrinero. Pero, como observa un escritor estimable, habiendo

dose visto en la necesidad de dexar estos suelos, su mision vino à ser como una de esas nubes pasageras que por algun tiempo fertilizan las campañas, dexàndolas despues entrar en su primera esterilidad.

Por estos mismos tiempos tuviéron las costumbres otro apoyo mas permanente. La fama de un òrden religioso conocido por el titulo de compañia de Jesus, y cuyo instituto era restablecer entre los infieles el reyno de la verdad, habia hecho que se solicitasen con instancia algunos de sus alumnos. Tres de ellos entràron à estas provincias por la via del Perù à fines de 1586, y fueron recibidos por el prelado y el gobernador con todo aquel respeto y agasajo à que tiene derecho la virtud. Quimientas familias de que por entónces se componia la poblacion de Santiago, y un gran nùmero de infieles esparcidos en todo su distrito, presentaban una mies muy abundante al zelo de estos hombres apostolicos. Ellos se dedicàron à recogerla con ardor, pero quisiéron empezar por los domésticos de la fé, à fin de que su exemplo facilitase à los demas el camino de su provechosa doctrina. Los corazones mas libertinos oyéron levantarse del fondo de su alma la voz de una conciencia à quien los vicios tenian como enmudecida. No fué pequeño triunfo de estos misioneros que los escuchasen con docilidad. El respeto y la veneracion con que eran mirados de los españoles, previnò à su favor el juicio de los indios, quienes se apresuràron à oir unas verdades

tan bien sostenidas con el exemplo, y tan utiles à la causa comun.

Al paso que los indios de Santiago se oficionaban al yugo español por la benignidad con que lo suavizaban sus nuevos doctrineros, echaba nuevos brotes su aversion en el indomable Calchaquì. Siempre dispuesto à recibir las sugestiones del odio, se armó de nuevo hasta la confianza que le inspiraba el crédito del cacique Silpitode. Sus continuados insultos traian inquietas y sobresaltadas las poblaciones. Los vecinos de Salta tuvieron à gran dicha poderse defender en el recinto de la ciudad, sin atreverse à aceptar los desafios con que eran provocados. Para el gobernador D. Juan Ramirez de Velasco eran estos procedimientos unos ultrajes ofensivos que no podia disimular su pundonor militar. En efecto él se propuso domar la altiva libertad de estos bravos nacionales los mas enemigos del yugo español, y tuvo la fortuna de conseguirlo.

El año de 589, tercero de su gobierno, dispuso pues à este efecto una expedicion de cien soldados españoles y trecientos indios amigos. Estas eran las ocasiones en que sus predecesores inmediatos tenian su colicia à expensas del fondo público. El apuro en que lo encontró Velasco, lo obligó à echar mano de lo suyo, y à excitar el patriotismo de los pudientes à erogaciones voluntarias. Por estos medios logrò ponerse en estado de dirigir su marcha al valle de Calchaquì, llevando en su compañia à uno de dichos misione-

ros, cuyos consejos veneraba. Una consideracion guerrera debió poner á estos bárbaros fuera del riesgo de caer en sujecion, pero sus odios recíprocos eran opuestos á estos arbitrios de prudencia, y aun les hacian preferir el funesto placer de vengarse á sombra de los españoles al eficaz interes de conservar su primitiva libertad. Desprevenidos y sin concierto no encontraron otro recurso que el de acogerse á las mas inaccesibles eminencias, llevando consigo el espanto que es consiguiente á la vista de un guerrero tan atrevido. Con todo, ellos fueron forzados en sus guaridas, y obligados á implorar la clemencia del vencedor. La humanidad con que fueron tratados, dió motivo para que los juzgase el gobernador por instrumentos aptos de sus designios. Siempre inclinado á los medios de una mansedumbre respectiva, hizo á algunos indios mensageros de sus piedades para con otros pueblos á quienes ofrecia la paz. Los vencidos aceptaron con gusto esta comision; pero se reservaron dar en ellas un espectáculo de barbarie. Seguia el gobernador sus marchas con parte de su gente, sirviéndole de guia los demas indios pacificados, quando adelantándose estos una noche, y uniéndose con los de la embaxada, tomaron de sorpresa un pueblo dormido en cuyos moradores vengaron ciertos odios mal olvidados, matando sin distincion de edad ni sexo á quantos encontraron. Esta accion execrable llenó de horror á los españoles, y puso al gobernador en necesidad de hacerles conocer que tenia por delito

haberse prometido de su sombra tan afrentoso patrocinio. Por criminal que fuese esta carnicería ella produxo la ventaja de introducir en los demas pueblos un terror favorable á los conquistadores. Instruidos de este infortunio aceptáron la paz, y reconociéron vasallage. En seguridad del tratado fué trasladado á Santiago el cacique Silpitode con otros indios, á donde experimentáron del gobernador toda la grata hospitalidad que pedia la política y era conforme á su carácter.

No satisfecho el zelo del gobernador con esta ventajosa y útil empresa, ni confiado en los buenos años de calma que habian precedido, se dedicó entre otras cosas á levantar una población en el distrito de los Diaguitas. Esperábase que con ella se contendrian las incursiones del Calchaqui, que, aunque humillado, siempre será de temer. En 1595 dió principio á una ciudad que llamó la nueva Rioja por consagrar á su patria esta reverente memoria. A su regreso á Santiago quedaban sujetos mas de mil indios en el corto recinto de ocho leguas. Delatóse subió el padron, que se concluyó despues, á un número muy considerable supuesto que se formáron cincuenta y seis repartimientos, tocándole en encomienda al gobernador diez y ocho pueblos, fuera de varias rancherías y anexos, y diez y siete á su hijo D. Juan Ramirez de Velasco á lo ménos es fuera de duda que logró el gobernador reducir los veinte mil indios que se habia prometido. ¡Véanse las piedades de los gobernadores mas clementes!

Las sumisiones de los indios que no se hallaban cimentadas por los medios de la persuasion y la caridad, siempre estaban expuestas à repentinas revoluciones. Muchos de esta jurisdiccion de Córdova situados en la sierra grande, se rebelàron por este tiempo. El teniente Tristan de Texeda los sujetó de nuevo con tanta diligencia como presencia de alma y los hizo servir al engrandecimiento de la conquista. Valiéndose de sus brazos penetrò por sendas nuevas hasta las Salinas, en cuya comarca reduxo à vasallage à los indios Escalonites. De este descubrimiento se aprovechò el gobernador para aumentar los tributarios de la nueva Rioja à quien adjudicò una parte.

El gobernador Velasco se habia propuesto un plan muy vasto de operaciones, y sus desvelos se encaminaban à llevarlo hasta el cabo. En el entraban dos fundaciones mas, cuyos resultados debian ser (à mas de los comunes) asegurar en lo interior de la provincia una comunicacion fàcil y pronta, estrecharla por nudos reciprocos con el Perú, y dar una impulsion favorable al estado lànguido de la industria. Fueron dichas fundaciones la de san Salvador de Jujui, y la de la villa de Madrid de las juntas. Ambas tuviéron efecto el año de 1592. La de Jujui, dos veces puesta en pràctica y otras tantas demolida por los bàrbaros, fué encomendada al noble y prudente D. Francisco de Algarañaz, quien la trazò de modo que hasta el dia de hoy perpetùa su existencia à pesar de la obstinacion con que ha sido combatida

por todos sus extremos. La otra fué la de la villa de las juntas, asi llamada por haberse levantado sobre las margenes del rio Salado en el mismo sitio en que se une al de las piedras.

Aun humeaba la mecha de la rebelion de Cordova quando un pequeño soplo la hizo revivir de sus cenizas. Los indios suspendian por algun tiempo la actividad de su odio, pero entonces cobrábala en secreto esta pasion, y esperaba qualquier pretexto para manifestarse. Quemando las iglesias, matando quantos Yanaconas puso la desgracia entre sus manos, é hiriendo á muchos que escaparon con vida, dieron principio este año á su faccion. A pesar de ser muy crecido el número de los pueblos insurgentes tuvo Tristan de Tereda la osada libertad de presentarse en medio de ellos con solo veinte y cinco hombres. Conocia este intrépido guerrero el carácter de estas almas abyectas y embrutecidas, y no podia ignorar que para hacerse obedecer y respetar bastaba estar acostumbrado á recibir el castigo de su mano. Una voz suya fué suficiente para tranquilizarlos, y para hacer que se precipitasen bajo el yugo.

CAPITULO XIV.

Frutos que produxo la predicacion de algunos varones apostòlicos: el Adelantado Juan Torres de Vera abdica el mando: gobierno de Hernandarias: su prision entre los indios y su evasion: visita la provincia del Paraguay D. Francisco de Alfaro: crìtica sobre lo que dice Azara: dìvidese la provincia del Paraguay y se establece el gobierno del rio de la Plata.

Se acercan ya los tiempos en que los sucesos de esta historia van à demostrar del modo mas auténtico, que para dominar sobre los hombres son de mas poderìo la blandura y la persuasion, que la fuerza y el temor. Setenta años de guerras y desastres, que debièron escarmentar à los indios, no habian hecho mas, que obstinarlos en el deseo de ser libres. Gobernaba aun la provincia del Paraguay el Adelantado Juan Torres de Vera y Aragon, quando vinièron à domiciliarse unos hèroes pacìficos, amigos de la humanidad, cuyo destino era consolarla. Los nombres de fray Alonso de san Buenaventura y de fray Luis Bolaños, dos religosos mìnimos, jamas se repetiràn entre los indios sin hallarse excitado el corazon à la ternura y al respeto. No es abriendo escenas de terror y de sangre que èllos hacen sus conquistas, sino siendo humanos, justos, sufridos y predicando una religion indulgente con los dèbiles. Un copioso nùmero de gentiles se rindièron à sus persuasiones, y tributâron homenage al verdadero

Dios en mas de quarenta templos que levantàron à su culto. Esta copiosa miez tentò la codicia de un teniente de la Villa-Rica quien los reduxo à cautiverio. Los corazones virtuosos y sensibles de aquellos misioneros que habian puesto los altares por garantes de su felicidad no pudièron contener su indignacion. Ellos reclamàron à favor de la libertad de los derechos de la naturaleza, y el favor aunque tenue de las leyes. Su zelo los hizo victimas del furor: un destierro fuè el premio de sus fatigas.

Es la parte mas agradable de esta historia aquella que presenta la sujecion de los bàrbaros sin que en ella tuviese influxo el derecho de la espada. Asi no omitirèmos decir, que otros ministros del Dios de paz se dedicàron à este importante ministerio. San Francisco Solano hizo resonar su voz por estas partes con todo aquel buen èxito que suele ser el fruto de aquella dulce encantandora gracia que acompaña la santidad. La Asuncion le serà deudora de haber renacido baxo su patrocinio el año de 1589. Muchos millares de bàrbaros de las naciones vecinas se habian confederado secretamente para asaltarla en el momento, en que entregados sus vecinos à las religiosas ocupaciones del culto, daban todos sus cuidados à la piedad. Se cuenta que por una cierta inspiracion conociò el santo la empresa proyectada en el instante de su execucion, y que arrebatado de un entusiasmo divino habló à los indios, que eran de distintos idiomas, en lengua guaranì con tal vehe-

mencia de sentimientos que les hizo aborrecidos sus intentos. Nueve mil indios renunciaron sus errores al eco de esta voz celestial, y pidieron el bautismo. El curso de los acontecimientos traerá á la pluma lo que hicieron otros misioneros jesuitas, cuya religion tuvo su ingreso por estos tiempos.

Cansado el Adelantado Juan Torres de Vera de un gobierno dilatado en que entre algunos sucesos prósperos experimentó los desórdenes de la suerte, y deseando volver á respirar los ayres del patrio suelo, abdicó el mando en 1593. La ciudad de la Asuncion puso en su lugar á Hernandarias de Saavedra, segun el privilegio que para ello gozaba del Emperador Carlos V. Era este caballero oriundo de la misma Asuncion, quien debe tener á mucha gloria haber servido de cuna á un personage tan ilustre. El historiador Lozano, que nos sirve de principal guia, nos dice de este gobernador en su historia manuscrita, que desde la edad mas tierna desempeñó el servicio militar con crédito de valeroso; que ennobleció este valor con esa prudencia consumada que en los combates honra á los guerreros; que se distinguió por su destreza en las artes de la paz y de la guerra: que fué un decidido protector de los indios y en fin que habiendo sido uno de los héroes que ha producido el mundo nuevo, mereció se colocase su retrato en una de las salas de la contratacion de Cadiz. Nos lamentamos de que el tiempo haya destruido las memorias de que por

dia formarse un retrato mas exácto; con todo, añadiremos algunos hechos que refiere el mismo historiador.

Entre las proezas militares de este grande hombre se cuenta el combate singular á que fué desafiado por un Cacique de mucha fama, y en que la cabeza de este temerario sirvió de advertencia á los suyos para no continuar una guerra que debia serles funesta. Esta clase de escenas sanguinarias aquejaban mucho el ánimo de Hernandarias. La necesidad obraba en ellas, y el escarmiento de los vencidos era único fin del vencedor. Su alma se entregaba á todo lo que era en alivio de los indios.

Hernandarias dexó de mandar el año de 1593. La historia no presenta hecho notable en los gobiernos de sus tres inmediatos sucesores, si no es el naufragio de tres navios ingleses que dieron al través en las costas de la isla de santa Catalina. Buenos Ayres se habia hecho un puesto de importancia para que dexase de entrar en el pasto plan de adquisicion trazado por la codicia extrangera. La reyna Doña Isabel puso la mira en esta conquista, y puede creerse que le hubiera salido venturosa la no haberla desgraciado aquel infausto infortunio. Tales eran los pocos preparativos con que se hallaba esta plaza para hacer frente á un enemigo poderoso. D. Fernando de Zárate, que con retencion del gobierno del Tucuman mandaba la provincia, vió en esta expedicion inglesa el amago de otras muchas con que

las naciones extrangeras infestarian nuestros mares y por lo mismo teniendo à su disposicion las tropas cordovesas, que habian ido en auxilio de la plaza, puso mano en la construccion de un fuerte que perfeccionàron sus sucesores.

Hernandarias de Saavedra vuelve à aparecer en el teatro à continuar el curso de su gloriosa carrera. Por muerte del gobernador D. Diego Valdes de Banda entrò de nuevo à gobernar; no es bien averigüado si à nombramiento de la provincia ò del virey del Lima pero si lo es que en 1601 obtuvo de la corte la propiedad de este gobierno. Aun no habia entrado en calma el espiritu alterado de los nuevos descubrimientos. Su mérito se recomendaba por sì mismo el aprecio de los fieles servidores del rey. Esto bastaba para que no fuese desantendido por los cuidados de Hernandarias. Hechos los aprestos necesarios se dirigiò hàcia el estrecho de Magallanes, y descubriò mas de docientas leguas por aquel rumbo. Los bàrbaros que vivian sin inquietud en una dulce indolencia, no pudiêron mirar sin susto una invasion tan repentina. Con un valor inesperado se echàron sobre los españoles, y à favor de su multitud ganàron la victoria. Todos los que salvàron la vida quedàron prisioneros, sin excepcion de Hernandarias. Este revès no minorò la gloria, porque no es justo se pasen por delitos las faltas de la fortuna. Su corazon grande no se abatiò à este infortunio, ànte dio à conocer en él la firmeza y elevacion de su carácter. En tan di-

ficil coyuntura tomó el partido de evadirse, y de empeñar otro combate luego que hubiese reclutado nuevas fuerzas. En efecto, sacadas èstas de Buenos-Ayres hizo que el enemigo no disfrutase mucho tiempo de su triunfo. Vencido y derrotado no pudo impedir la libertad de sus prisioneros.

Las bàrbaras naciones que abrigaba en sus senos el gran Chaco por lo perteneciente à la provincia del Paraguay, traìan inquieto el ànimo de Hernandarias; no tanto por domellarlas quanto por que se rindieran al imperio de la fè y de la razon. Primero por medio de sus capitanes, y despues por sì mismo desempeñò esta empresa, sino en toda su extension, à lo mènos en la parte que pudo ser exêquible. Los fieros Guaycurùes empezàron à gustar la educacion de las leyes y la disciplina de la fè.

La tiranìa de los españoles habia hecho que muchos de los indios reducidos del Guayra desertasen de sus encomiendas, entregàndose à esta vida holgazana que constituye la clase estéril, y que suele ser en las repùblicas la ruina de las activas y fecundas: en fin que otros muchos resistiesen entrar en sujecion à virtud del escarmiento que les dexaban sus compatriotas.

Dos expediciones dirigidas à la conquista del Paranà y el Uruguay eclipsàron no poco las glorias de Hernandarias. En la primera perdió parte de su exército; en la segunda un exército de quinientos hombres y la esperanza de conseguirla.

No creyéndose con fuerzas suficientes para imponer la ley à estos indios, lo representò à la corte, añadiendo que en tal caso convendria sujetarlos por las armas de la fè. El rey Felipe III en real cédula de 1608 aprobò este pensamiento. Despues de no pequeñas dificultades fuè acordado que los jesuitas Simon Mazeta y José Cataldino, italianos, tuviesen por suerte tan glorioso destino en la provincia del Guayra. A 8 de diciembre de 1609 emprendiéron su viage. Por estos mismos tiempos arribò à la Asuncion Arapizandù, règulo principal de los Paranàs, solicitando la paz y doctrineros para su pueblo. Los padres Lorenzana y Francisco de san Martin abrazàron esta empresa que hace tanto honor à la religion y la humanidad. En el siguiente año de 1610 todos estos varones apostólicos dièron principio à esas misiones célebres en que tanto se ha exercitado à un mismo tiempo la crìtica, el odio, la envidia y la admiracion.

Las quejas contra el servicio personal de los indios se habian aumentado y preparaban una reforma feliz en toda la provincia. Acaeciò esta con la venida del visitador D. Francisco de Alfaro. Este era un ministro hàbil, incorruptible, diestro en manejar los espìritus, y que unia al deseo del acierto la firmeza de sus resoluciones. Unas ordenanzas dictadas por la voz de la equidad, y en las que abolido dicho servicio, que no distaba mucho de una verdadera esclavitud, quedaron restablecidos los indios en parte de sus justos

derechos, fué el fruto de esta visita. La data de estas ordenanzas es de 1612 tiempo en que habiendo acabado el gobierno de Hernandarias desde 1609 se hallaba D. Diego Marin de Negron en posesion del mando.

Todo hombre que piensa, ha creido que en lugar de emplear los españoles europeos la fuerza y la tiranía para reducir à los americanos, no debiéron valerse de otros medios que de la dulzura y la superioridad de sus luces: entre los mas inhumanos que adoptàron, fuè sin disputa el del servicio personal. Por una politica bàrbara los conquistadores de estas partes introduxéron la costumbre de repartirse los indios despues de haberlos vencido. Por este repartimiento, que tambien era comprehendido en la clase de encomiendas, correspondia al encomendero sobre el indio un derecho de servidumbre diaria, à diferencia de que se hacia en virtud de una sumision voluntaria, ó de una capitulacion cuyo tèrmino se limitaba al de dos meses.

La tiranìa metòdica de estos encomenderos despertó en fin à la corte de España, quien prohibiendo enteramente el servicio personal, redujo las encomiendas al usufructo del tributo debido à la corona. Con arreglo à estas disposiciones formò sus ordenanzas el visitador Alfaro. No nos admira que los encomenderos se resintiesen de una reforma que ponia límites à su avaricia; al fin una soldadesca desenfrenada no podia respetar otros derechos que los de su interes: lo que al

admira, es, que en el siglo de las luces se encuentre un escritor como el señor Azara, que los acompañe en su duelo. Oigamos como se produce (a). "La corte ordenó à D. Francisco de Alfaro, oidor de la audiencia de Charcas pasar al Perù en calidad de visitador. La primera medida que tomò en 1612, fuè ordenar que ninguno en lo sucesivo pudiese ir à casa de indios con el pretexto de reducirlos, y que no se diesen encomiendas del modo que hemos explicado, es decir con servicio personal. No alcanzo sobre que podia fundarse una medida tan politicamente absurda; pero como este oidor favorecia las ideas de los jesuitas, se sospechó por aquel tiempo que éllos dictàron su conducta. Despues de esta època nada hubo que excitase à los particulares españoles para tomarse la fatiga de ir à buscar por entre grandes riesgos indios salvages sòlo à fin de gozar de sus trabajos por dos generaciones à titulo de encomienda. Como no habia por aquel tiempo en el pais ni tropas asalariadas, ni dinero, no tuviéron los gobernadores ningun medio de aumentar las conquistas, ni reducir à los indios, y todas las operaciones subitaneamente cesàron. Los portugueses, nuestros vecinos, que no se contentaban con dar en encomienda à los particulares los indios que tomaban, sino que tambien les permitian venderlos à perpetuidad como esclavos, bus-

(a) *Tom. 2 de su viage cap. 12.*

taron salvages por todas partes hasta en los mas pequeños rincones del pais. Ellos, usurpando tambien la mayor parte del territorio que poseen, aumentàron su poblacion y descubriéron sus minas."

¡Puede darse un rasgo de politica mas absurda! El señor Azara no alcanza en que pudo fundarse el visitador Alfaro para abolir el servicio personal. Pero nosotros no alcanzamos como pudo escaparse à un sabio filósofo que ese servicio es incompatible con la libertad civil, de que nadie tuvo derecho para despojar à los indios y de que eran tan zelosos. El salvage prefiere esa libertad à las dulzuras de la vida mas culta; las naciones politicas reconocen pòr primer estatuto el de su libertad, y entre los pueblos reducidos à servidumbre no hay ninguno que no suspire por el momento que la termina. ¿Como pues el señor Azara califica de absurda la politica que se encamina à recuperarla? Es sin duda, porque à juicio de este escritor eran conciliables el servicio personal de los indios y su libertad. En efecto " estas encomiendas establecidas por Irala, nos dice en el lugar citado, pertenecian al primero y segundo poseedor por todo el tiempo de su vida; pero despues de estè término ellas debian ser abolidas, dejando à los indios en el goze de su plena y entera libertad absolutamente como los españoles, con tal que pagasen sòlo un cierto tributo al tesoro pùblico. Irala juzgò à mas de esto, que el tiempo señalado à la duracion de las encomiendas era necesario para la instruccion

y civilizacion de los indios, baxo el règimen y la conducta de los encomenderos que personalmente eran en ello interesados, y baxo la inspeccion del gefe quien no se descuidaba de informarse del estado en que se encontraban los indios, y del modo como eran tratados. De suerte que à mi juicio era imposible combinar mejor el engrandecimiento de las conquistas, la civilizacion y la libertad de los indios con la recompensa debida à los particulares que todo lo hacian à sus expensas". Pero ¿ quien es aquel que no advierte en este sistema una mera especulacion lisonjera que desmintiò la pràctica? Lo que hay de cierto es, que los indios sujetos al servicio personal, principalmente los reducidos por las armas, se tenian en clase de domèsticos, eran tratados como unos verdaderos esclavos, à excepcion de no, poderse enagenar. Mal vestidos y peor comidos se les hacia trabajar sin salario alguno, y la falta mas ligera los hacia dignos de un severo castigo. Todo ocupado el encomendero de su ganancia, lo que mènos atendia era la educacion de los indios. Por consiguiente esta estupidez grosera à que puede conducir una esclavitud que sofoca todo sentimiento de gloria y de grandeza, era preciso que fuese el distintivo de estos infelices. Ni era mas envidiable la suerte de los Mitayos, es decir, de aquellos indios que con dos meses de servicio satisfacian la obligacion del feudo. La codicia española encontrò luego el arbitrio de esclavizarlos por toda su vida. La miseria de estos

indios los obligó desde luego á aceptar las pagas anticipadas con que los tentaban los encomenderos; pero como su misma pobreza no les permitia pagarlas, de deuda en deuda venia á cogerles la muerte. Pero aun era mas triste la suerte de estos deudores insolventes, si llegaban á tener una familia que sustentar. Reducidos á una prision no hallaban otro medio de libertarse, que dando en prendas su muger y sus hijos: pero prendas que para el encomendero no eran mas que otros tantos infelices esclavos de por vida.

Verdad es que para poner á los indios al abrigo de toda vexacion, el gobernador de la provincia debia escuchar sus quejas, y administrarles justicia, castigando con la privacion de la encomienda á los que ó por su negligencia en la educacion de los indios, ó por sus malos tratamientos abusasen de su poder. ¿Pero qué ley es aquella que á la distancia del trono conserva su vigor? Si esto es así para con todos, debe serlo mucho mas para aquellas en que es interesada la codicia. Entonces ella se vuelve generosa, y halla recursos en sí misma para comprar aquellos que pueden reprimirla, y prometerse la impunidad. Esto es puntualmente de lo que la historia sale por garante.

Pero sin el servicio personal ¿como conseguiremos el engrandecimiento de la conquista y el aumento de nuevas poblaciones en un estado donde lo mas se ha de practicar á expensas del vasallo? Veáse aquí el grande escollo que descubrió

el señor Azara en sus meditaciones político-filosóficas. Nosotros creemos que hubiese hecho mas honor à su pluma, empleando sus grandes luces y conocimientos en demostrar la injusticia de esa conquista, aun quando hubiera sido posible por otros medios mènos ilicitos que el del servicio personal. Permitido que fuese ventajoso al estado retirar mas los límites de la conquista, restaba averiguar si ese procedimiento llevaba el carácter que imprime la justicia, porque en nuestra opinion nada que no sea justo, puede ser útil. Nos desviaria demasiado si empeñasemos la prueba de su ilicitud por otros títulos que el que provee el servicio personal. Hemos visto ya la oposicion que dice la práctica con la libertad de los indios: esto nos basta para concluir que engrandecer la conquista à sus expensas hubiera sido lo mismo que marcarla con el último sello de la crueldad.

¿ Y que diremos, si léjos de ser conveniente à la España esas nuevas conquistas, no hubieran hecho mas que debilitar las adquiridas? En efecto, no es preciso esforzar mucho el raciocinio para llegar à conocer que ocuparse en nuevos descubrimientos quando los hechos permanecian aun informes era exponerse à quedar sin nada por aspirar à adquirirlo todo. Los recursos que suministraba la corte de España à estos conquistadores eran muy pocos ò ningunos. Para hacer nuevas adquisiciones les era preciso sacrificar à ellas esa misma actividad, industria y trabajo que debian hacer florecientes las ya adquiridas; por con-

siguiente nadie es tan escaso de luces para no advertir que el empeño de acumular descubrimientos era el mas insensato en principios de politica, y al mismo tiempo el mas horrible en los de la moral, principalmente si se hacia à costa de la libertad de los indios. Entónces, hechos los españoles el objeto de su exêcracion, no pudiendo exterminarlos tomaban el partido de sacudir el yugo retirándose à los bosques, y romper con ellos toda comunicacion. De manera que el mismo servicio personal à que el señor Azara atribuye la virtud de afirmar, extender y hacer útil la conquista, venia à ser el medio mas éficaz de enflaquecerla y destruirla.

No es sin escándalo que oimos à este escritor quando nos pone por modelo la conducta que observàron los portugueses, nuestros vecinos, en sus conquistas. Todas las historias estan llenas de los actos de tirania y de crueldad, con que los portugueses se hicièron memorables en esta parte del globo. Apènas fueron conquistadas estas vastas regiones, quando se viéron pasar muchos salvages de la libertad mas entéra à la esclavitud mas absoluta è inhumana. En tiempos mas baxos fueron exêntos de todo tributo; pero se les sujetó à una estrecha servidumbre en que à pretexto de bien pùblico los tenian empleados. Si à estos arbitrios reprobados debiéron su prosperidad estas colonias, claro està que no es tan envidiable como la presenta el señor Azara. Volvamos à nuestra historia.

No es de admirar que con la abolicion del servicio personal hiciese mas progresos la sujecion de los indios. La humanidad los convidaba à gozar unas ventajas que les eran desconocidas. Las puertas del Paranà, algunos años cerradas, que se habian abierto desde 1610, daban ahora mas franca entrada baxo las solemnes promesas de una libertad entera, à que los misioneros añadian su tutela. Habia ya muerto el gobernador Negrete ànles de concluir el año de 1615, quando sucediéndole interinamente el general Francisco Gonzalez de santa Cruz, se adelantò en extremo esa revolucion dichosa que habia costado un siglo de deseos.

Un accidente poco esperado favorece de nuevo la causa de los indios. El inmortal Hernandarias gozaba en ocio tranquilo las delicias de la condicion privada, sin que ningun interes entrase en concurrencia con el que tenia por los bienes de la vida futura. A pesar de esto se vió obligado por tercera vez à tomar en sus manos las riendas del gobierno habiendo sido nombrado por la corte en consideracion de sus méritos y servicios. Su tierno amor à los indios fomentaba la obligacion de protegerlos. Jamas los derechos de la libertad fueron mas bien respetados. El indio era un ciudadano en quien se dexaba ver bien sostenida la dignidad del hombre. Sus agravios provocaban toda la severidad del gobierno, y la conservacion de sus personas y sus bienes daba à conocer que hacia parte de nuestro dere-

cho público.

Entretanto que se ocupaba Hernandarias en promover el mejor òrden en lo interior de la provincia, otros cuidados exteriores llamaban su atencion. Las naciones extrangeras ocupadas en el proyecto de arruinar nuestro comercio, lo iban ya enflaqueciendo con sus continuas depredaciones. Un corsario holandes, que hacia su crucero en la boca del grán rio de la Plata, habia ya robado tres naves españolas y se prometió igual despojo de otras muchas. Contra este rapaz enemigo dispuso Hernandarias que saliesen tres embarcaciones de las que se hallaban en el puerto, cuyo mando confió à su sobrino D. Gerònimo Luis de Cabrera. El corsario viò venir estas fuerzas y con tiempo huyó el peligro, dexando evaquado el rio; y aunque despues intentò repetir estas piraterìas no le saliò feliz su desginio, porque tuvo siempre en Hernandarias un enemigo prevenido y diligente.

Eran ya demasiado vastos los tèrminos de esta provincia para que pudiesen darle movimiento y actividad las atenciones de un solo gefe. La ereccion de otro nuevo, cuya capital fuese Buenos-Ayres, le exîgian los importantes objetos que debian ser de su inspeccion. Mas solicito Hernandarìas en extender la base de la felicidad pùblica, que en mantener la de su poder, lo habia representado à la corte. Excitado del mismo sentimiento reiteró con nuevo esfuerzo esta pretension. El rey advirtió en ella un manantial de bienes

que sin falta notable no podia desatender la politica del estado. En esta virtud decretò la division en los dos gobiernos del Paraguay y del rio de la Plata el año de 1620.

Con este acaecimiento, que abre època en los fastos de estas provincias, acabò el gobierno de Hernandarias, quien descendiò gustoso à exercer sobre sì mismo en una vida privada la autoridad que con violencia habia exercido en los demas. Siempre modesto, jamas admitiò otro tratamiento que el de su nombre. Verdad es, que habiéndolo hecho tan glorioso, valia mas que esos dictados de que tanto se precian los hombres desde que empezàron à ser suplementos del mérito. Lleno de gloria y de virtudes murió despues en la ciudad de santa Fè.

CAPITULO XV.

Primeros establecimientos de las Misiones jesuíticas; censura contra Azara: reglamento de estas Misiones: no es la igualdad de fortunas, que en ellas reynaba, digna de la censura que hace Azara: la libertad de estos indios convenia à su estado de infancia: vindícanse los jesuitas del aprovechamiento que se les imputa.

AUNQUE en el capítulo precedente hicimos mencion de los primeros pasos que diéron los jesuitas para levantar en las provincias del Guayra y los Paranàs esos establecimientos conocidos con el nombre de Misiones, no era justo interrumpir la narracion de los sucesos con el detall del reglamento à que los sujetàron. Pareciéndonos por otra parte que sin su conocimiento dexàbamos un gran vacio en esta historia, hemos creido, que debiamos dedicar este capítulo à tan importante objeto. Los dos jesuitas Cataldino y Mazeta, destinados al Guayra, à poco de su arribo fundàron en el mismo año de 1610 la reduccion de Loreto, cuna de las demas, con docientas familias que encontràron bautizadas, y con veinte y tres pequeños pueblos que à persuasion de estos misioneros se les incorporàron. Era ya demasiado crecida esta poblacion para que sus conductores pudiesen mantenerla con buen órden. A solicitud del cacique Aticayà tuvo su origen la de san Ignacio, à la que sucedièron otras dos mas que por

de pronto fueron tenidas en clase de sucursales para la recepcion de los neòfitos. Por otra parte los padres Lorenzana y san Martin fundaban en el Paranà la de san Ignacio Guazù.

Observa el cèlebre autor de los establecimientos de los europeos en las dos indias (a) que instruidos los jesuitas del modo con que los incas gobernaban su imperio y hacian sus conquistas, los tomàron por modelo en la execucion de este gran proyecto. En prueba de este pensamiento forma entre unos y otros un paralelo mas ingenioso que sòlido. Nosotros creemos que tuviè ron otro mas acabado en las màximas del evangèlio, en la conducta de los primeros fieles y en los preceptos de la recta razon, al que si no se conformàron enteramente, à lo mènos se aproximaron. El poco fruto que hasta su tiempo habia recogido la religion, y la poca estabilidad de las anteriores reducciones, provenian precisamente de dos causas igualmente funestas. La tiranìa con que habian sido tratados los indios que de buena fè la abrazàron, y los malos exemplos con que los mismos domèsticos de la fè contrariaban la predicacion de sus ministros. Para precaucionarse de estos males obtuvieron los jesuitas el permiso de que no fuesen encomendados los indios que introduxesen al seno de la religion y del estado; y se establecièron por ley sólo valerse de la per-

(a) *tom. 3. lib. 8.*

sasion. Los sentimientos de benevolencia con que habian sido mirados hasta entònces de los avaros españoles, cediéron su plaza à los de odio y aversion que despues les consibièron. Oigamos como estos misioneros se proluxeron en el Guayra delante de los españoles para justificar sus intenciones: " nosotros no pretenderémos, dixeron, oponernos à los aprovechamientos que por las vias legìtimas podreis sacar de los indios; pero vosotros saheis que la intencion del rey jamas ha sido que los mireis como esclavos, y que la ley de Dios os lo prohibe. En quanto à aquellos que nos hemos propuesto ganar à Jesu-Cristo, y sobre los que vosotros no teneis ningun derecho, pues que jamas fueron sometidos por la fuerza de las armas, nosotros vamos à trabajar para hacerlos hombres à fin de formar de ellos verdaderos cristianos. Despues de esto procurarèmos empeñarlos à que por su propio interes y de su propia voluntad se sometan al rey nuestro soberano, lo que esperamos conseguir por medio de la gracia de Dios. Nosotros no creemos que sea permitido atentar contra su libertad, à la que tienen un derecho natural, que ningun titulo alcanza à controvertirlo; pero les harémos comprehender que por el abuso que hacen de ella les viene à ser perjudicial, y les enseñarèmos à contenerla en sus justos limites. Nos lisonjeamos de hacerles mirar estas grandes ventajas en la dependencia en que viven todos los pueblos civilizados, y en la obediencia que tributan à un principe que no quiere

ser sino su protector, y su padre, procurándoles el conocimiento del verdadero Dios, el mas estimable de todos los tesoros; en fin que llevarán su yugo con alegria y bendecirán el feliz momento en que lleguen à ser sus súbditos."

Por este raciocinio en que se ven grandes verdades al lado de aquellos rodeos que sabe dictar una politica astuta pero sabia, es bien claro que los jesuitas dirigian principalmente su zelo à la reducion de los indios salvages, y sin otras armas que la persuasion y la paciencia. Es cierto que los incas tambien se valian de la persuasion à fin de que los bárbaros adoptasen su religion, sus leyes y sus costumbres; pero se presentáron en las fronteras con exércitos armados, y sabian castigar una ofensa por una sujecion no voluntaria. Todo esto era desconocido en el plan de conquista trazado por estos misioneros. Sabiendo el grande imperio que tiene sobre el alma mas rústica una virtud consoladora, se propusiéron labrar estos templos misticos sin el hierro y sin un solo golpe de martillo, esperando que con sufrir sus indolencias, ganarles su confianza y atraerlos con los beneficios, verian por último el logro de su empresa.

Quando el célebre autor que hemos citado dà una ojeada sobre estos establecimientos no se detiene en asegurar que " despues de haber dividido por mucho tiempo la opinion pùblica, obtuviéron por último la aprobacion de los sabios. El juicio, añade, que de ellos debe formarse en ade-

lante, parece estar ya fixado por la filosofia, delante de la qual la ignorancia, las preocupaciones, y los partidos desaparecen como las sombras delante de la luz". Con todo, à pesar de este testimonio, que puede asegurarse nada tiene de sospechoso en nuestros mismos tiempos, es decir, quando avergonzada la negra envidia por el hecho de haberlos destruido, se cubre el rostro, aparece un escritor como el señor Azara (a) disputandoles ese concepto. No contento con haber asentado que las reducciones de Loreto y san Ignacio-Miri no son de fundacion jesuitica "pues que ellas fueron establecidas por conquistadores legos", como tampoco la de san Ignacio Guasu, añade despues, que estas y otras fundaciones, hay alguna razon para creer, debieron su formacion mas bien al temor que los portugueses inspiraban à los indios, que al talento persuasivo de los jesuitas. Veàse aquì el ultimo esfuerzo que le restaba al espiritu de calumnia.

Por lo que hace à las dos primeras, recordamos al señor Azara las ochenta leguas que recorrieron los jesuitas Cataldino y Mazeta, para congregar en un solo punto tanto indios dispersos: le recordamos que los que de estos eran bautizados se debia à las fatigas anteriores de los jesuitas Ortega y Filds: en fin le recordamos que si hubo alguna fundacion de fecha antelada era

(a) *tom. 2 de su viage cap. 13.*

esta mas de título que de realidad, pues caracterizo los indios de doctrineros vivian en la práctica de sus costumbres primitivas. La reduccion de san Ignacio Guasù tiene títulos, sino mejores, igualmente auténticos que las otras para que se reputte de origen jesuitico. Es un error histórico atribuir este establecimiento al insigne varon fray Luis Bolaños; aunque el zelo de este religioso se exercitó con gran fruto en la civilizacion de los Guaranies, no disfrutaron de sus tareas apostólicas los jesuitas mencionados. Todos cultivaban la misma viña pero por distintos rumbos. Los caciques del Yaguaron fueron los que allanaron el camino para que los padres Loremzana y san Martin tuviesen buena acogida en la provincia enemiga del Paraná. A pesar de esto, documentos muy auténticos aseguran que á los seis meses de su entrada aun desconfiaban muchos indios de sus promesas, y resistian su amistad. El mejor apóstol es la virtud práctica: ésta los convenció que eran verdaderas, y el establecimiento se dexó ver á mas de treinta leguas de distancia de los de Guazapa y Yuti, que por el mismo tiempo levantaba su co-apostol fray Luis Bolaños.

Para sostener su conjetura el señor Azara de que los establecimientos jesuiticos fueron mas obra del temor que de la persuasion, observa, que los veinte y cinco años tan fecundos en fundaciones de esta clase caen precisamente en el tiempo en que los portugueses perseguian á los indios por todas partes para venderlos como esclavos, y que

sobresaltados, estos indios con el terror, corrian á refugiarse entre dos rios Paraná y Uruguay, donde no les era facil penetrar á estos corsarios carniceros. Una observacion mas crítica, ó mas bien un juicio ménos parcial, hubiera puesto á este escritor en estado de conocer, que si el temor obraba en estos indios para buscar el asilo de los jesuitas, debió ser mas bien el que habian concebido á los mismos españoles, que á esos inhumanos portugueses. No queremos decir que las crueldades de éstos pudiesen entrar en paralelo con las de aquellos. Sabemos que la persecucion de los portugueses era una calamidad mas desapiadada, pero sabemos tambien que la de los españoles era mas universal, mas inmediata, y mas autorizada. Los unos salian á caza de indios para hacerlos esclavos, y esto se tenia por un delito; los otros, para servirse de ellos como si lo fuesen, y esto se miraba por un derecho. Pero observemos mas: para poner los indios á cubierto de estas opresiones, al paso que debian reputar por inútil el recurso á los jesuitas con respecto á los portugueses, debian considerarle como muy provechoso con relacion á los españoles. Los indios miraban en estos misioneros unos amigos fieles, humanos y desnudos de su causa, pero que sin mas armas que las de sus virtudes, no podian servir de escudo contra los portugueses, á su debil y desarmada inocencia. Por el contrario, bajo la tutela de estos mismos misioneros indefensos debian esperar los indios ce-

sasen las vexaciones de los españoles, contra quienes no se necesitaban otras armas que su crédito en los tribunales, y su aceptacion en el público. Asi sucedió; sus justas reclamaciones por la observancia de los derechos imprescriptibles del hombre pusieron término à sus trabajos excesivos, y à la violacion de sus privilegios, y à la transgresion violenta de las leyes: concluyamos pues, que si el temor hizo que los indios buscasen la sombra de los misioneros, fué mas bien el que semejante concebido à los españoles, que el que les infundian los portugueses. Por último sale fuera de todos términos de lo verosímil, que para buscar los indios el asilo de los jesuitas fuese de mas eficacia el temor, que el convencimiento acompañado del beneficio. Nadie ignora, que quando precede la inclinacion, la persuasion obra eficazmente: el entendimiento fácilmente suscribe lo que aprueba la voluntad. Jamas voluntad alguna fué mas bien obligada que la de estos indios por estos sus doctrineros. A fuerza de hacerlos gustar las dulzuras de la vida social, y de sacrificarse à sus intereses llegaron à conseguir ese ascendiente à que no alcanza el imperio mas absoluto de la fuerza. Viviendo asi estos indios bajo el dulce imperio de la beneficencia ¿qué cosa hay mas consiguiente como el que la persuasion hiciese sus efectos? Si hubiésemos de añadir alguna prueba seria que ninguna de estas poblaciones sucumbió el golpe despues de haberlo recibido: convencimiento claro de que se hallaba bien unida,

no con las frágiles ataduras del temor, sino con las indisolubles del convencimiento y del amor.

El reglamento que formaron los primeros autores de estos establecimientos, y al que despues añadirèmos otros, sin duda serà el mejor convencimiento de lo dicho.

Pero para conocer su mérito démos primero un diseño del carácter de estos indios. Son estos naturales de color pálido, bien formados y de elegante talla: su talento y capacidad no se resisten à qualquièra enseñanza, y aunque carecen de invencion, son muy felices en la imitacion. La pereza parece en ellos conatural, aunque mas puede ser propiedad de costumbre que de temperamento; es decidida su inclinacion à saber, y la novedad hace en sus almas todo su efecto. Ambiciosos del mando, desempeñan los puestos con honor. El que se distingue por la eloqüencia merece el primer lugar: la pasion de la avaricia no degrada sus almas: Una palabra injuriosa les labra mas que el castigo y lo solicitan ellos mismos para evitar otros ultrajes. La incontinencia en las mugeres se mira con indiferencia, y aun los maridos son poco sensibles à una infidelidad. El amor conyugal tiene poco influxo para suavizar la dureza del trato, que los maridos dan à sus mugeres. Los padres de familia cuidan muy poco de sus hijos. La serenidad de alma de estos indios en medio de los mayores males tiene pocos exemplos en la redondez del globo, jamas un suspiro debilita su sufrimiento.

En cada reduccion habia dos jesuitas, es à saber, el cura y el vicario, que comunmente era un jòven puesto al aprendizage de la lengua y de aquel gènero de gobierno. Ambos estaban sujetos al superior de las Misiones, y todos al provincial.

Para el gobierno interior de la reduccion habia un corregidor, un teniente, dos alcaldes y varios regidores, todos indios elegidos por el pueblo à presencia del cura y sujetos à él, asi en lo temporal como en lo espiritual. Estas elecciones eran anuales y se confirmaban por el gobernador de la provincia. A mas de estos oficiales municipales residia un cacique, que venia à ser como el gefe; pero cuyas principales funciones se dirigian à la guerra.

El gobierno de esta repùblica mas tenia de una teocracia donde la conciencia hace veces de legislador. No habia en ella leyes penales, sino unos meros preceptos, cuyo quebrantamiento se castigaba con ayunos, oraciones, càrcel, y algunas veces la flagelacion. Nadie se admirarà de estos castigos, si advierte que las costumbres eran bellas y puras. A imitacion de la primitiva iglesia se introduxo el uso de las penitencias pùblicas. Algunos indios de los mas irreprehensibles eran constituidos por guardianes del òrden pùblico. Quando èstos sorprehendian algun indio en alguna falta de consequencia, vestian al culpado con el trage de penitente, el que conducido al templo, donde confesaba humildemente su crùben-

era despues azotado en la plaza pública. Ninguno habia que pretendiese minorar su delito, ni eludir el castigo; todos los recibian con acciones de gracias, y aun no faltaban quienes sin mas testigo que su conciencia confesaban su culpa y pedian la expiacion para calmar esos remordimientos, que eran para ellos el mas duro de los suplicios.

Tampoco habia leyes civiles porque entre estos indios era casi imperceptible el derecho de propiedad.

Verdad es, que á cada padre de familia se le adjudicaba una suerte de tierras, cuyo producto le correspondia en propiedad; pero no podia disponer de él á su albedrio, porque viviendo siempre como el pupilo baxo la férula del tutor, todo lo disponia el doctrinero.

Otra parte de estos terrenos se cultivaba en comun; pero sus productos tenian una destinacion limitada: era esta el sustento de las viudas, huérfanos, enfermos, viejos, caciques, demas empleados y los artesanos.

Lo restante de las tierras y sus frutos, como tambien los productos de la industria, pertenecian á la comunidad. Con este fondo se socorrian las necesidades imprevistas, el culto de las iglesias, el sustento de los indios y todas las demas necesidades públicas y privadas.

Los primeros tres dias de la semana se empleaban en los trabajos de la comunidad, los restantes en los que exigia el cultivo de sus pro-

pias heredades. Para suavizar el peso de las tareas se procuraba que ellas tuviesen cierto gusto de festividad: para ello marchaban procesionalmente al campo, llevando una estatua entre las dulces clausulas de la música.

No se permitia que en esta república hubiese mendigos ni ociosos. Éstos eran destinados al cultivo de los campos reservados, que se llamaban la posesion de Dios. A las indias se les daba tarea del hilado, ménos aquellas que se ocupaban en el carpido de los algodonales. De esta fatiga estaban exêntas las embarazadas, las que criaban y otras legitimamente impedidas de salir al campo, pero no de la ocupacion del hilado.

En cada reduccion habia talleres para las artes, principalmente aquellas que les eran mas útiles y necesarias; es à saber, herrería, platería, dorado, carpintería, texidos, fundicion, y no eran desconocidas otras de grado como la pintura, escultura y música.

Desde que los niños se hallaban en estado de trabajar eran llevados à estos talleres, donde el genio decidia de su profesion.

Los efectos comerciables, asi en natura, como manufacturados, entraban en el giro de la negociacion. Los mas considerables de estos artículos eran la yerba del Paraguay, la cera, la miel y los lienzos de algodon. Entre los indios era desconocido el uso de la moneda. Estos artículos salian fuera de la provincia, y se despachaba la mayor parte en Buenos-Ayres. Con su producto

se pagaban los tributos y los diezmos, el sobrante se retornaba en efectos para el consumo de los pueblos, adorno de los templos y galas dispendiosas de que usaban los indios de oficios públicos en sus festividades.

Eran estas repúblicas las únicas del mundo donde reynaba esa perfecta igualdad de condiciones que templa las pasiones destructoras de los estados y suministra fuerzas à la razon. La habitacion, el trage, el alimento, los trabajos, el derecho à los empleos, todo era igual entre estos ciudadanos. El corregidor, los del cabildo y sus mugeres eran los primeros que se presentaban en el lugar de la fatiga. Todos iban descalzos y sin mas distincion que las varas y bastones: los vestidos de gala que el comun tenia destinados para decorarlos sólo servian en las festividades.

Las habitaciones de estos pueblos al principio mas parecian guaridas para defenderse de la intemperie, que para proporcionarse un alojamiento de comodidad. Sin ventanas, no tenia en ellas libre curso la circulacion del ayre; sin muebles, todos se sentaban y comian en el suelo; sin catres, dormian en hamacas. Despues fueron mas regulares.

En cada pueblo habia una casa llamada de refugio, donde se mantenian en reclusion las mugeres que no tenian hijos que criar durante la ausencia larga del marido, las viudas, los enfermos habituales, los viejos y estropeados. Allí se les sustentaba y vestia aplicándolos à aquel gene-

ro de trabajo que sufria su capacidad.

Para el mejor mantenimiento del órden público todos debian recogerse por la noche à sus casas à una hora determinada. Una patrulla celadora que se remudaba de tres en tres horas, velaba sobre la observancia de esta ordenanza.

Las calles de los pueblos eran tiradas à cordel: la plaza tomaba el centro, donde hacian frente la iglesia y los arsenales. Al lado de la iglesia estaba el colegio de los misioneros, y sobre la misma linea los almacenes, graneros y talleres.

Las continuas irrupciones de los portugueses pusieron à estos pueblos en la necesidad de proveerse de armas de fuego y exercitarse en la disciplina militar. En cada reduccion habia dos compañias de milicias, cuyos oficiales tenian sus uniformes bordados de oro y plata, de que solo hacian uso en la guerra y en tiempo de los exércicios doctrinales cada semana.

Los indios de estas reducciones reconocian al rey de España por su legitimo soberano. De tiempo en tiempo eran visitados por los gobernadores y los comisionados regios que despachaba la corte.

Igualmente reconocian la jurisdiccion de los obispos y sus ordinarios. Los obispos, asi de Buenos Ayres como del Paraguay, visitaban tambien estas reducciones, y recibian en ellas todas las pruebas de sumision y respeto que exigia su alto ministerio.

Habia en estas reducciones escuelas de primeras letras, donde se enseñaba à los niños à leer, es-

orion y contar. El talento prodigioso de estos indios para la imitacion en todo genero, ménos para la invencion, se ha dexado conocer, entre otras muchas cosas, en las excelentes copias de la letra de molde de que corren varias piezas, y que harian mucho honor á la mano mas exacta y segura.

Un gusto natural por la melodia y armonia de la música se dexó sentir desde luego en la índole de estos naturales. Sus conductores siempre atentos á estudiar sus inclinaciones no podian ménos de aprovecharse de este recurso que les ofrecia el genio y que consideraban de los mas oportunos para atrer á los salvages y fixar los convertidos. En efecto, los jesuitas abrieron en cada reduccion una escuela de música donde se les enseñaban á tocar toda clase de instrumentos que por el modelo de los que se les daban construian ellos mismos. El canto por las notas se cultivaba con igual esmero por los ayres mas escabrosos de la música, y como observa Charlevois, era tan suelto, elegante y natural, que parecia cantaban por instinto como los páxaros.

En el paralelo que forma el autor de los establecimientos, ya citado, entre los Incas y los jesuitas entra tambien el exquisito esmero de unos y otros para hacer respetar la religion por la pompa y el aparato del culto publico. "Las iglesias, nos dice, son comparables á las más bellas de Europa. Los jesuitas han hecho el culto agradable, sin hacer de él una comedia indecente. Una

música que habla al corazon, cánticos penetrantes, pinturas que hablan à los ojos, la magestad de las ceremonias, atrae à los indios à las iglesias, donde el placer se confunde con la piedad. Aquí es donde la religion se hace amable."

Los jesuitas realizaron en estas reducciones el proyecto de los cementerios, que mucho tiempo despues discurrió la policía española sin acabarlo de lograr. Eran estos cementerios unas áreas cercadas de una baxa muralla, y bordados de cipreses, limoneros y naranjeros.

De quando en quando se permitian regocijos públicos, que venian à ser unas gimnásticas, donde la salud adquiria fuerzas y aumento la virtud. En estas danzas jamas se permitia esa promiscuacion de sexôs siempre ofensiva del pudor.

Omitimos otros muchos capítulos de reglamento en obsequio de la brevedad. Entre los referidos se encuentran los que estableciéron esa comunidad de bienes, esa falta de propiedad, en fin, esa dependencia absoluta que, à juicio del señor Azara hacen à este gobierno de los jesuitas desmerecedor de los elogios que le han tributado los escritores europeos." Siendo todos iguales, nos dice, sin ninguna distincion, y sin poder poseer ninguna propiedad particular, ningun motivo de emulacion podia moverlos à exercitar sus talentos, ni su razon; pues que el mas hábil, el mas virtuoso y el mas activo, no era ni mejor comido, ni mejor vestido que los demas y no tenia otras fruiciones."

La igualdad de condiciones y de fortunas siempre ha sido mirada como el segundo bien de una sociedad. No es poca gloria para los autores de este gobierno, que sus censores le formen el proceso por el crimen de haberlo conseguido. Una igualdad absoluta por todos los respetos, que pusiese en la misma linea la virtud y el vicio, los talentos y la incapacidad, el mèrito y el demérito, no hay duda que seria contraria à los principios del instituto social. Pero ni es èsta la que ha merecido la aprobacion de los sàbios, ni la que introduxéron los jesuitas en su repùblica. Estos insignes legisladores exàminaban por sì mismos las disposiciones de cada individuo, y les daban aquella educacion mas anàloga al destino en que podian ser mas ùtiles: los premios para las grandes acciones fué otro de los resortes de que se valian: estos se ganaban en concurrencia de otros competidores, y no podian dexar de excitar la emulacion: aunque la propiedad era limitada, siempre tenian algun exercicio: EL MIO Y TUYO no eran desconocidos pero con la diferencia de producir aquí muchas de sus ventajas, sin ninguno de sus males: en el uso de estos bienes siempre entraba la discrecion de los conductores, y como los indios se convencian de su acierto baxo esa misma dependencia, les parecia que procedian por eleccion. Por lo que respecta al uso de los de la comunidad, no faltàndoles cosa alguna, venian à gozar en cierto modo de una propiedad ilimitada. Pero convengamos en que fueses

tringida, y que fuese tambien el origen de algunos males ¿ por ventura no tiene tambien los suyos una propiedad entera? Donde ésta reina, la avaricia, la prodigalidad y el luxo son sus cortesanos. Millones de artistas viven ocupados en corromper à los hombres, haciéndoles contraer mas necesidades facticias que hacen desdichados à los que las sufren. El oro hace veces de virtud, de nobleza, de instruccion y de todo, y para pasar con estimacion es preciso ser otra cosa que hombre de bien. De aquí quantas miserias, quantas calamidades quantos infortunios sin recursos! Es cierto que los indios de esta república se hallaban privados de esas comodidades y placeres que son el fruto de un gusto refinado, pero en su lugar disfrutaban de los que siguen à una subsistencia asegurada; à unas tareas sin exceso; à un conocimiento cierto de que los muchos hijos lèjos de servir de carga à sus padres eran su consolacion, à una horfandad sin peligros, à una viudedad sin desamparo; à una enfermedad sin desconsuelo y à una vejez sin amargura. Pero convendrémos tambien en que la libertad de estos indios para el uso de sus bienes no era qual convenia à una república en el estado de su perfeccion. Nada hubiera sido mas absurdo como una libertad que era excluida por el carácter y condicion de estos indios. Acostumbrados en su estado de barbarie à gobernarse por solo el apetito actual sin extender sus miras mas allà del momento presente; à no determinarse mas que por

el influxo de una necesidad executiva; y en fin à no hacer uso de la razon por hallarse entregados al imperio de los sentidos, era preciso que corriesen algunos siglos de infancia social, para que llegasemos à adquirir esa madurez que exîge el pleno exercicio de la libertad. Este momento no habia llegado aun, y asi era preciso que estos indios fuesen gobernados por unas instituciones acomodadas mas bien à las de un padre que gobierna su familia. Extraña el señor Azara que siglo y medio no hubiese bastado para sacarlos de esa infancia; y de aqui concluye " ó que la administracion de los jesuitas era contraria à la civilizacion de los indios, ò que estos pueblos eran esencialmente incapaces de salir de ella." Sin duda este escritor no reflexionò que en el sistema legislativo de la América los indios son tratados en clase de menores, y que en tal caso volvia contra si sus propias armas. Nosotros tambien podiamos decirle; van corridos cerca de tres siglos, que no han salido de la minoridad: es necesario pues optar de dos cosas una, ò esta legislacion es contraria à los fines del instituto social, ó los indios son incapaces de alcanzarlo. No disimularémos que si el plan de los jesuitas hubiese sido trazado para mantener à los indios en una perpetua infancia era desde luego defectuoso; y aun mas, que debièron irles dando ya una educacion mas liberal y mas conforme al hombre que llega à conocer toda su dignidad.

Algunos han creido que este sistema de gobierno tenia por objeto aprovecharse los jesuitas de los trabajos y sudores de estos neófitos. Imputacion injuriosa y mal fundada. Para los que se hallan instruidos en la cuenta y razon de los caudales de estas reducciones siempre será un objeto de admiracion la pureza de este manejo, llevado constantemente hasta el escrùpulo. No hubo exemplar, que un solo cura administrador diese alguna cosa de momento, ò à sus co-administradores, ò à los rectores de los colegios, ò à sus mismos superiores, sino es que fuese por su legìtimo valor y precio; ni era cosa nueva verlos tropezar en esas pequeñeces que son freqüentes en unos mercaderes que comienzan.

CAPITULO XVI.

Entra à gobernar la provincia del Tucuman D. Fernando de Zárate: las tropas del Tucuman vienen en auxilio de Buenos-Ayres: los Calchaquies se sublevan en el gobierno de D. Pedro Mercado: hacen las paces: los Diaguitas se sublevan en la Rioja: gobierno de D. Alonso de Ribera, quien vence los Calchaquies: funda una ciudad en el valle de Londres: nueva expedicion à los Cesares: abolicion del servicio personal: entra à gobernar D. Luis de Quiñones Osorio: incendio de la iglesia de Santiago: fundase la Universidad de Córdova: su método de estudios.

Con los sucesos que quedan referidos en el capitulo trece de este libro acabó su gobierno del Tucuman Juan Ramirez de Velasco à mediados de 1593. Su inmediato sucesor, que fué D. Fernando de Zárate y quien, como dixímos, obtuvo despues à un mismo tiempo el gobierno del Paraguay, se valió de esta doble autoridad para oponerse à las empresas atrevidas del poder británico sobre el puerto de Buenos-Ayres.

Los tesoros del nuevo mundo transportados à España iban cegando por estos tiempos las fuentes de su poder verdadero. El dinero es riqueza secundaria, y en tanto tiene valor en quanto representa muchas cosas. De aquí es, que dando por su misma abundancia un valor excesivo à las obras de su industria, los ponian en estado de no poder sostener la concurrencia con las del ex-

trangero. Por consiguiente los artesanos ó abandonaban una profesion que no les era lucrosa, ó buscaban fuera del reyno su acomodo. Debilitada por este medio la industria nacional, lo fué de necesidad el comercio, cuyas operaciones se reducian en mucha parte á un tráfico pasivo de dinero propio con lo que sobraba á los de afuera. Por ideal que fuese esta felicidad, los hombres se dedicaban á buscarla con preferencia á la que resulta de la agricultura. Esta primera base de la opulencia de un estado quedó reducida con el tiempo á un corto espacio. El último resultado de estos males debió ser la decadencia de la poblacion y así sucedió. Todo lo que perdia la España ganaban las naciones extrangeras. Siendo cierto que el dinero, como dice un gran político, busca necesariamente las verdaderas riquezas es decir, las cosas que se consumen y reproducen para volverse á consumir, pasó este de las manos de los españoles á las suyas que eran las depositarias. Con él floreciéron mas sus artes, creció la emulacion, tomó mayor actividad su comercio, y al fin llegáron á un grado de poder que les era desconocido ántes del descubrimiento de la América.

Hemos querido hacer esta observacion sin otro fin que el de manifestar una de las causas de la altivez insultante, con que los extrangeros persiguen una monarquía, acostumbrados ántes á respetar. Los ingleses principalmente fueron los que confiados en sus fuerzas marítimas, continuáron en

infestan nuestras costas. No referiremos el éxito desgraciado que tuvo su expedicion contra Buenos-Ayres en el gobierno de Zarate, y de que dexamos hecha mencion en otra parte; pero si la prontitud con que las tropas tucumanas estuviéron en su auxîlio. El inmortal Tristan de Texeda, que como un esclavo voluntario de la república seguia su suerte, qualquiera que ella fuése, los condùxo, de òrden de Zarate, por entre muchas naciones enemigas que eran dueñas del tránsito. Aunque el naufragio anticipado de los enemigos dexó sin exercicio su valor, no dió estuvo su zelo por la seguridad de la patria. A beneficio del calor y diligencia con que ponia en movimiento los brazos de su gente, tuvo fin la construccion del fuerte que se levantó en aquel puerto.

Los inglèses, siempre ambiciosos con el aspecto ventajoso de su constitucion, hicièron posteriormente otro amago, despues de haber dado caza à la nave llamada la Española. Este accidente hizo que de nuevo volàsen en socorro de la plaza los auxîliares tucumanos baxo la conducta del general Alonso de Vera y Aragon. El Tucuman fixa una de sus glorias en haber concurrido casi siempre à la defensa de este puerto.

Vueltas estas tropas à la provincia, no tuvièron tiempo de colgar sus espadas y entregarse al descanso. Las continuas derrotas de los indios sólo hacian en ellos una impresion pasagera. Baxo su mismo rendimiento alimentaban una sublevacion de voluntad que sin ellos persuadia su independencia

dencia, á lo ménos se las hacia esperar. ¿Pero sobre que principio pensaba conseguirla? Podian ellos ignorar qué las poblaciones españolas habian tenido por cuna las fatigas y los peligros? Y si en la infancia mas débil prevalecièron de su poder, sucumbirian en la adolescencia? A pesar de toda reflexion ellos parece que entendian que la esperanza mas lejana merecia el sacrificio de sus vidas. Dando muerte los Calchaquies á un religioso franciscano, á quatro españoles y á otras gentes, publicaron su insurreccion. A nada ménos se extendia su odio sanguinario que á destruir las dos ciudades de Salta y san Miguel del Tucuman.

Habia yá concluido su gobierno Fernando de Zárate y desde 1595 se hallaba reemplazado por el caballero D. Pedro de Mercado, Peñalosa. No era este puesto superior á su mérito. Dotado de una alma firme elevada y animosa, hizo ver lo que puede el genio y la aplicacion en las coyunturas mas difíciles. Con la posible prontitud puso la gente en campaña bajo el mando de Alónso de Vera y Aragon, Juan de Medina y Gárdia del mismo apellido. Eran estos unos capitanes de fama, que no respiraban sino la gloria, y en todas las ocasiones procuraban señalarse por acciones memorables. Al cabo de algunas jornadas entró el exército en el Valle. Los indios sostuvieron la accion, pero al fin fueron vencidos despues de varios y porfiados combates.

El mismo año de 1595 firmaron paces, y se

jeàron esos terribles Homaguàcas que de tantos años atras cometian grandes hostilidades. No obstante esto un rumor de sublevacion obligó al gobernador à segregar de entre ellos à Pilipico y à Felìn, dos caciques, à cuya voz todo se decidia entre estos bàrbaros, y cuyos perniciosos exemplos eran obstàculo à la progresion de la fè. El primero muriò à poco despues en el seno de la religion: el segundo con otros sus compañeros pasàron en Santiago el resto de su vida.

El rigor de los encomenderos frustraba los benèficos efectos de las leyes. Siempre agitados los indios no hacian mas que pasar del vasallage à la rebelion, y de la rebelion al vasallage. Sus inquietudes eran semejantes à las de un enfermo que muda de situacion porque la que tiene no le acomoda. Dando muerte los Diaguitas de la jurisdiccion de la Rioja à sus encomenderos y à otros españoles, se sublevaron con manifiesto riesgo de esta nueva ciudad. No podia faltar de la escena el gran capitan Tristan de Texeda. Su nombre equivalia à batallones enteros. Habiendo recibido òrdenes del gobernador Mercado, pasò à largas jornadas con su gente, y siempre acompañado de esa presencia de espiritu que no desconcertaban los acontecimientos mas peligrosos, obligó à los indigenas à que entrasen de nuevo en sujecion.

Aunque estas turbulencias se interrumpièron desde 1680 en que concluyò su gobierno Peñalosa, y el que por su òrden sucediòron D. Fran-

cisco Martinez de Leyba y D. Francisco Barrasa y Cárdenas, volvieron à tomar su curso ordinario en el del célebre Alonso de Ribera. Solo un vayven de fortuna pudo hacer que éste grande hombre viniese al Tucuman. Sus proezas militares en las campañas de Italia y Flandes le habian adquirido un nombre inmortal. Todo lo que la fama alegaba en su favor, contribuyó para que el rey lo destinase al gobierno de Chile, donde los fieros araucanos hacian temblar à los mas fuertes, y amenazaban devorarse esta provincia. Ribera reanimó los ànimos abatidos de los chilenos, y procurò contener los progresos del enemigo; pero le desamparò su cordura, casàndose sin real permiso con la hija de la célebre Aguilera. Disgustada la corte por esta transgresion de las leyes, lo privó del empleo y lo destinó al Tucuman, donde entró à fines de 1605, ò principios del siguiente.

Las alteraciones continuas de los indomables Calchaquies llamàron las primeras atenciones del gobernador. A fin de poner una barrera à estos bàrbaros, que, como un torrente desbordado, asolaban las campañas, y dar à las ciudades un tiempo de reposo y seguridad, quiso se levantase un establecimiento en su mismo valle, pero no lo pudo conseguir. Logrò si despues castigar sus atrocidades, para lo que habiéndolos vencido, sacò de entre ellos quatro principales caciques que mandò ahorcar en el valle de Yocavil, y dispersò en la jurisdiccion de la capital muchos vie-

jos y viejas; cuyas sugestiones eran nocivas à la tranquilidad de la provincia. Los Calchaquies perdiéron por algun tiempo el deseo de medir sus fuerzas con las nuestras y dièron señales de su arrepentimiento en la prontitud, con que los Mitayos salian à la ciudad de Salta à recibir órdenes de sus encomenderos.

Prevenido Ribera à favor de los nuevos establecimientos, que con razon miraba como otros tantos puntos de apoyo de esta combatida autoridad, fundò en el valle de Lóndres una ciudad à quien llamó san Juan de la Ribera año de 1607. Dos años despues incbrporò la de Madrid de las Juntas à la de Esteco, que transladò à mas ventajoso sitio.

A medida que los españoles procuraban dar consistencia à su poder se empeñaban los bàrbaros en destruirlo. Dando muerte los indios pampas à nueve comerciantes que transitaban por el camino de Buenos-Ayres y cubriendo de desastres los campos le declararon la guerra à Córdova. Ribera se hallaba dedicado à la construccion del nuevo Esteco, y no le era posible desamparar este objeto de importancia. Èl diò òrden à su teniente para que saliese à campaña con toda prontitud. Èralo èste el licenciado Luis de Peso, sugeto, en quien las letras se hermanaban con el valor. Puesto à la frente de su tropa en 1609 penetró hasta las tierras del enemigo, castigò sus excesos, y lo dejó bien escarmentado.

La confianza que le inspirò este suceso acon-

pasado de una actividad propia de unos tiempos en que eran desconocidas las lentitudes de la pereza, hizo renacer en su ánimo el deseo de encontrar esas tierras encantadas de los Césares. Luis del Pesa acometió esta empresa, pero no hizo mas que recoger trabajos y aumentar desengaños.

En lugar de esta soñada felicidad logró la provincia otras mas sólidas y duraderas. Una de ellas fué la fundacion del colegio conciliar, llamado comunmente de Loreto. Con razon se mira la educacion de los colegios en general como preferible á la particular. Estas son unas casas en que estrechados los jóvenes á la necesidad de tratarse mutuamente adquieren anticipadamente un diseño aunque imperfecto del trato que los aguarda en la sociedad. El choque de sus disputas desenvuelve los talentos, y los encamina á llenar el fin que formó la naturaleza, inspirándonos deseos de saber. En fin bajo la direccion de maestros hábiles y virtuosos adquieren la práctica de las virtudes que han de sostener despues el vigor de la república y de las leyes. Loreto fué el primer establecimiento literario de esta provincia, y bajo el título de santa Catalina virgen y mártir se erigió en el expresado año de 1609 hallándose la iglesia catedral en la ciudad de Santiago del Estero. Constaba de seis plazas dotadas, cuyas becas eran azules, á distincion de las pagadas que eran encarnadas. El fondo asignado para la subsistencia de la casa, fué el tres por ciento, que por disposiciones canónicas y reales cargan los bene-

ficios eclesiásticos de esta diócesis. El crédito de los jesuitas hizo que se les encomendase su direccion por el obispo Don fray Fernando Trejo. La condicion exigida por estos directores de no poderse mezclar en su gobierno los prelados diocesanos, no era la mas à proposito para asegurarles la perpetuidad. En efecto los sucesores del obispo Trejo vièron con desagrado una exêncion que derogaba sus mas sòlidos derechos, y no aviniéndose los jesuitas à la dependencia que reclamaban, cedièron la direccion al clero secular. Aunque sea anticipando las èpocas, dirémos, que poco despues de la fundacion de este colegio, erigió otro este prelado en la ciudad de Còrdova baxo el titulo de san Francisco Xavier. Estuvo tambien al cuidado de los jesuitas. Este Colegio fué de poca nombradìa hasta tiempos mas baxos, como dirèmos en su lugar.

La otra ventaja fué la abolicion del servicio personal de los indios causada por las equitativas ordenanzas del visitador Alfaro. Todo se puso en movimiento para frustrar una reforma que iba à sustraer al débil de las garras del poderoso. El gobernador Ribera fué amenazado con todo lo que el espìritu de venganza podia serle funesto en el juicio de residencia à fin de que se opusiese à unos estatutos eversivos de muchas y pingües fortunas. Ribera poseia una alma firme y tenia bastantes luces para conocer la injusticia de la demanda. Con ànimo varonil y desinteresado dió al visitador Alfaro todos los fomentos que

dependièron de su mano, y contribuyò à sacar à los indios del insoportable yugo del servicio personal.

Aunque la continuacion en el mando de la provincia hubiera sido muy oportuna para sostener el vigor de estas ùltimas ordenanzas, no se pudo conseguir, porque llegado el tiempo de su gobierno, se hallò en la necesidad de dexarlo. Con todo, esta remocion de Ribera, acaecida el año de 1611, no impidiò el fruto deseado que prometian las nuevas ordenanzas. El caballero D. Luis de Quiñones Osorio que le sucedió, era capaz de llenar su vacio. Diez años de experiencias adquiridas en la villa de Potosì, donde desempeñò con crèdito el delicado empleo de juez oficial real, le habian sido una escuela muy ùtil para conocer las enfermedades del reyno y aplicar el remedio con inteligencia, zelo y providad. Consistia èste en aliviar à los indios de los trabajos excesivos à que, contra la reclamacion de las leyes, los condenaba el interes obscuro y baxo de los encomenderos. De aquì es, que dexando murmurar Osorio à casi toda la provincia, veló sobre la puntual observancia de los estatutos de Alfaro. No mènos diligente en dar à los indios pastores y guias que los conduxesen por el camino de la verdad, puso al cuidado de los religiosos de san Francisco las parcialidades de Odoyas, Paypayan y Osas. Con tan ùtiles providencias era preciso que cesasen las alteraciones de los indios. En efecto los cuidados paternales de un zelo dulce y tier-

no las hicieron olvidar sus pasadas vexaciones, y entrar en una sumision voluntaria preparada por el convencimiento. El gobierno de Osorio es uno de los mas pacíficos que ha tenido esta provincia.

Acibaró su ànimo un inopinado suceso. Un fuego devorador, causado de un descuido, redujo à cenizas la iglesia catedral de Santiago. Las llamas habian consumido las especies sacramentales y aumentado, por esta circunstancia, el terror del incendio. Veneraba Osorio el sacramento de la Eucaristìa con aquel profundo rendimiento que es el fruto de una fé respetuosa. Sobrecogido de este accidente, se empeñó en reparar su gloria, levantando un nuevo templo, mas augusto que el primero.

A pasos lentos, pero seguros, iba tomando la provincia un nuevo ser. Por gran dicha suya se fundò en Còrdova una universidad, que ha sido el mejor cimiento de su gloria y el centro de las luces esparcidas sobre las provincias convecinas. Debiò su origen al inmortal zelo del obispo, Don Fray Fernando Trejo y Sanabria, quien con un desprendimiento verdaderamente apostòlico consagrò todos sus bienes à este importante objeto. Aunque esta donacion debia tener su efecto con su muerte, anticipò quarenta mil pesos à favor de los jesuitas, para que se dotasen estos estudios. Con ellos se diò principio à la enseñanza de la juventud, abriendo en 1613 escuelas de latinidad, artes y teologia; pero hasta 1622 no

tuvieron el sello de la autoridad pùblica. (a) Apesar de las ventajas que prometia este piadoso establecimiento tuvo que sufrir los tiros envenenados de la envidia, à que por lo comun estàn sujetas las obras grandes. Valió mucho para defenderlo la autoridad de D. Juan Alonso de Vera y Zàrate, natural de Chuquisaca, que desde 1619 gobernaba la provincia.

No sin grandes contratiempos llegò este gobernador à su destino. Habiendo caido en manos de los Holandeses que cruzaban las costas del Brasil, fué expoliado de todos sus bienes. En su tiempo una copiosa lluvia que acaeciò el 1. de Mayo de 1623, hizo salir de madre una antigua y vecina lagunilla, cuyas aguas inundàron la ciudad, y causàron lamentables estragos. Durò su gobierno hasta 1627.

Acabamos de hacer mencion de la universidad de Còrdova, que tuvo su orìgen por estos tiempos; pero como este establecimiento era el ùnico de donde se difundia la instruccion de estas provincias, exîge su importancia dar un bosquejo de los estudios que en el se cultivaban. Este prospecto servirà para darnos à conocer el progreso que hacia en estas partes el espìritu humano en la carrera de las letras.

(a) *Los Papas Gregorio XV y Urbano VIII y los reyes Felipe III y IV aprobàron este estudio.*

Esta enseñanza pùblica empezaba por el estudio de la lengua latina, dividido en dos aulas, à las que precedian sus respectivos catedràticos. Buenos libros doctrinales sin ese cùmulo de pequeñeces que hace gemir la memoria; buen règimen y buenos preceptores, todo concurriò desdé su principio à que se lograse un ventajoso aprovechamiento. Los autores de la mas culta latinidad y los mejores poetas se hicièron familiares à los alumnos, quienes se emulaban en imitarlos por sus composiciones prosaicas, y en vèrso.

Probada la aptitud por un exàmen pùblico, se abria à estos estudiantes el estudio de la filosofia por el espacio de tres años, cuya carrera concluian con un solo catedràtico; pero al que se le añadia otro, que empezaba su nuevo curso al principiar el tercer año del que acababa. El primero de estos años estaba destinado al estudio de las sùmulas y de la lógica, el segundo al de la fisica, y el tercero el de la metafisica.

Sus exercicios diarios se reducian à escribir la materia que se trataba, lecciones, explicacion del maestro, pasos y conferencias en lo que se consumian quatro horas. Tenian tambien otros semanales, que se conocian con el nombre de academia y conclusiones. El año escolar durabà siete meses de riogrosa asistencia, y concluia con un exàmen de media hora, que era calificado por cinco jueces incorruptibles. Este exàmen era comprehensivo de todas las partes de la filosofia: el ùltimo año del curso y su duracion era de una

hora. A este exâmen procedia otra funcion con el nombre de actillo, calificada por el mismo estilo. A los mas aprovechados de los estudiantes se les señalaba un acto pùblico.

Concluidos estos tres años, se pasaba al estudio de la teológia, para cuya enseñanza habia cinco càtedras; dos de teològia escolàstica, una de moral, otra de cànones y la ùltima de escritura. El un catedràtico de escolàstica, que era el de prima, dictaba todos los dias la primera hora de la mañana; el otro, que era el de vìsperas, la primera de la tarde; los otros dos alternaban, con un dia de intercalacion, la segunda hora de la mañana. La segunda de la tarde siempre se empleaba en la conferencia. El catedràtico de escritura sòlo enseñaba los domingos por la mañana.

Los exercicios y pruebas con corta diferencia eran los mismos que en la filosofia.

El curso teològico duraba cinco años y medio: los tres y medio primeros eran de rigorosa asistencia en las aulas. En los dos restantes cesaba la asistencia diaria y seguian los estudiantes en clase de pasantes, en cuyo tiempo sostenian quatro funciones de aprobacion y reprobacion, que se llamaban partènicas. La carrera se coronaba con una funcion pùblica por mañana y tarde, que daba principio por una leccion de hora sobre el punto que dos dias àntes le hubiese tocado en suerte. A los dos años y medio de empezada la teologia se recibia el grado de maestro en àrtes,

y à la conclusion los de licenciado y doctor.

Es preciso confesar que estos estudios se hallaban corrompidos con todos los vicios de su siglo. La lógica, ò el arte de raciocinar, padecia notables faltas. Obscurecidas las ideas de Aristóteles con los comentos bàrbaros de los Arabes, no se procuraba averiguar el camino verdadero que conduce à la evidencia del raciocinio. La dialèctica era una ciencia de nociones vagas y términos insignificantes, mas propia para formar sofismas que para discurrir con acierto. La metafisica presentaba fantasmas que pasaban por entes verdaderos. La fisica llena de formalidades, accidentes, quididades, formas y qualidades ocultas, explicaba por estos medios los fenòmenos mas misteriosos de la naturaleza.

La teologìa no gozaba de mejor suerte. Lo mismo que la filosofia experimentaba su corrupcion. Aplicada la filosofia de Aristòteles à la teologìa formaba una mezcla de profano y espiritual. Se habia abandonado el estudio de los padres por dar lugar à qüestiones frìvolas è impertinentes. Razonamientos puramente humanos, sutilezas, sofismas engañosos, esto fuè lo que vino à formar el gusto dominantes de estas escuelas.

Allegàbase à esto, que habièndose introducido el espiritu de faccion asi en la filosofia como en la teologìa; vino en su compañia el furor de las disputas. Era cosa lastimosa ver arder estas aulas en disputas inùtiles, donde desatendido el provecho, sòlo se buscaba la gloria estèril de un triun-

fo vanó. Para esto era preciso inventar sutilezas y distinciones con que eludir las dificultades, y asi se hacia.

Esta universidad nació y se crió exclusivamente en las manos de los antiguos regulares de la compañía de Jesus, quienes la estableciéron en su colegio, llamado el maxîmo, de la ciudad de Córdova. Este cuerpo religioso, acaso el mas zeloso de su gloria, miraba las letras y la educacion pùblica como uno de los mas poderosos medios de adquirirla. Debióse à su diligente esmero que se mirase como uno de los establecimientos literarios mas acreditados en la Amèrica del Sur. Los vicios que hemos indicado, léjos de servir de obstàculo à esa celebridad, fueron los que mas la engrandeciéron. No hay que extrañarlo; este era el titulo en que por estos tiempos fundaban su derecho à la fama las mayores universidades de la Europa. Como los caballeros andantes, dice el célebre Condillac, corrian de torneo en torneo peleando por hermosuras que no habian visto, asi los escolàsticos pasaban de escuela en escuela disputando sobre cosas que no entendian. Tocando despues este establecimiento en diferentes èpocas ha experimentado las alteraciones, à que està sujeto todo lo que pasa por la mano del tiempo y de los hombres. Estas las harèmos conocer donde lo exija el òrden de la historia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS DE ESTE VOLUMEN.

LIBRO PRIMERO

CAPIT. I. *Descubre Solis el rio de la Plata: su muerte: viage de Diego Garcia: entrada de Gaboto: levanta este varios fuertes: vence à los Agaces: introduce el nombre de rio de la Plata: llega Diego Garcia: continùa Gaboto en el mando.* pàg. 1.

CAP. II. *Vuelve Gaboto à su fuerte de Santi-Espìritu: destruyen los Charrùas el de san Juan: parte Gaboto à España: suceso tràgico de Lucia Miranda: desamparan los españoles à Santi-Espìritu; se establecen en la costa del Brasil: vencen à los portugueses.* pàg. 14.

CAP. III. *Nòmbrase à D. Pedro Mendoza por Adelantado del rio de la Plata: partida de la armada: muerte de D. Juan Osorio: fundacion de Buenos-Ayres: batalla de los Querandìes.* pàg. 24.

CAP. IV. *Lastimosa situacion de los españoles en Buenos-Ayres: sitio de los Querandies: partida del Adelantado à la fortaleza de Corpus-Cristi y su vuelta à España: crueldades de Galan: sucesos de la Maldonado.* pàg. 33.

CAP. V. *El teniente Ayolas llega à la tierra de Guaranìes: victoria que alcanza de ellos; sorprehende à los Agaces: continùa su viage*

hasta el puerto de la Candelaria : dexa entre los Payaguaes à Irala, y sigue por tierra el descubrimiento : fundase la Asuncion : mata Galan muchos Caracarès à traicion : se vengan éstos por el mismo medio. pàg. 4.

CAP. VI. *Vuelve el teniente Irala à la Candelaria en busca de Ayolas : los Payaguaes le forman una traicion y los vence : refiere un indio chanés la muerte de Ayolas : llega à Buenos-Ayres el Veedor Alonso Cabrera : Irala es elegido gobernador : dàse nueva forma à la ciudad de la Asuncion : tiene principio la predicacion del Evangelio : desamparase à Buenos-Ayres : conjùranse los Guaranies : se descubierta la traicion y son castigados.* pàg. 51.

CAP. VII. *Alvar Nuñez Cabeza de Vaca solicita el adelantazgo del rio de la Plata, el que se le concede : formanse algunas ordenanzas para el gobierno de la provincia : se hace à la vela el Adelantado y llega à santa Catalina : su viage por tierra y su recibimiento en la Asuncion : promuevese la conversion de los indios : obstàculos que experimentan : nombra à Martinez de Irala por maestre de campo, y lo destina à nuevos descubrimientos : vence Riquelme al cacique Tabaré : arrogancia de los Guaycurues : son vencidos.* pàg. 64.

CAP. VIII. *Levántanse los Agaces : Alvar Nuñez hace las paces con los Guayeurúes : hace que Irala espíe los descubrimientos : parte una jornada para el rio Paraguay : castiga á los Payaguaes : llega hasta los Guaxarapos : resisten los españoles continuar adelante, pero los obliga Alvar Nuñez : introdúcese tierra adentro, y se ve obligado á retroceder : el capitan Mendoza entra á un pueblo de indios, donde encuentra una grande serpiente : choque de Alvar Nuñez con los oficiales reales : su vuelta á la Asuncion.* pág. 78.

CAP. IX. *Conjúranse los españoles contra el Adelantado : lo prenden : es nombrado Irala gobernador : los del partido leal intentan libertarlo : es remitido á España : despues de un largo juicio fué absuelto.* pág. 97.

CAP. X. *Derivacion del Tucuman : entrada de Diego de Roxas á esta provincia : choque de este general con un cacique de Copayan : su marcha para el distrito de los Diaguitas : batalla con estos indios : muerte de Diego de Roxas : le sucede D. Francisco de Mendoza : llegan los españoles al rio de la Plata : Heredia mata á sus competidores, y se apodera del mando : se vuelven los españoles al Perú.* pág. 111

CAP. XI. *Publica Irala jornada para continuar los descubrimientos : rebélanse los indios*

y los castiga: muerte del capitan Camargo; llega Irala hasta la encomienda de Piranzules: manda una diputacion al licenciado Gasca: amotìnanse los españoles contra él y lo deponen: es restituido al mando: muerte del capitan Mendoza: Abreu le resiste la entrada à Irala: vuelven sus diputados, é introducen el primer ganado cabrio: tràtase de los antropòfagos. *pàg.* 122

CAP. XII. *Hace Irala la expedicion conocida por la mala jornada: fùndase la ciudad de san Juan: la desamparan los españoles: parte Irala contra los Tupis: fùndase la villa de Ontiberos: Sanabria es elegido Adelantado, y no viene à la provincia: los Goas introducen el primer ganado vacuno: sublévase la villa de Ontiberos.* *pàg.* 142

CAP. XIII. *Irala es hecho gobernador en propiedad: viene el primer obispo: forma Irala las ordenanzas: Chaves parte contra los Tupis: Melgarejo funda à Ciudad Real: muerte de Irala: Mendoza entra en su lugar: disputa de Chaves con Manso.* *pàg.* 155

LIBRO SEGUNDO

CAP. I. *Juàn Nuñez de Prado entra à la conquista del Tucuman: tiene sus diferencias con Francisco Villagran: funda la ciudad del Barco;*

nuevo encuentro con su rival: queda esta conquista por colonia de Chile: buen gobierno de Prado: su prision por Francisco de Aguirre: sublevacion de los indios: translàdase la ciudad del Barco, y recibe por nombre Santiago del Estero: victoria de Bazan: entra Zurita à gobernar: su deposicion por Castañeda. *pàg. 172.*

CAP. II. *Muere el gobernador Gonzalo de Mendoza, y le sucede D. Francisco Ortiz de Bergara: sublevacion de los Guaranìes: son derrotados por los españoles: igual sublevacion con igual suceso en el Guaira: vuelve Nuflo de Chavez à la Asuncion: viage al Perù del gobernador Bergara y del obispo Torres: Bergara es depuesto y le sucede Zàrate: vuelta de los españoles al Paraguay: muerte tràgica de Chavez: alboroto de los españoles en el Guaira: prende Melgarejo à Riquelme.* *pàg. 184.*

CAP. III. *Disgùstase el obispo Torres con el general Càceres y lo excomulga: persigue Càceres cruelmente al prelado: prende al provisor é intenta espatriarlo: su viage hasta la isla de san Gabriel: fùrmase una conjuracion y es preso: levàntase con el mando Martin Suarez de Toledo: Càceres es remitido à España: acompañalo el obispo: muere éste en san Vicente: viages funestos del Adelantado Zàrate: su arribo al rio de la Plata.* *pàg. 199.*

hasta el puerto de la Candelaria : deja entre los Payaguaes à Irala, y sigue por tierra el descubrimiento : fúndase la Asuncion : mata Galan muchos Caracarás à traicion : se vengan éstos por el mismo medio. pàg. 44

CAP. VI. *Vuelve el teniente Irala à la Candelaria en busca de Ayolas : los Payaguaes le forman una traicion y los vence : refiere un indio cuándo la muerte de Ayolas : llega à Buenos-Ayres el Veedor Alonso Cabrera : Irala es elegido gobernador : dáse nueva forma à la ciudad de la Asuncion : tiene principio la predicacion del Evangelio : desamparase à Buenos-Ayres : conjúranse los Guaranies : es descubierta la traicion y son castigados:* pàg. 54

CAP. VII. *Alvar Nuñez Cabeza de Vaca solicita el adelantazgo del rio de la Plata, el que se le concede : formanse algunas ordenanzas para el gobierno de la provincia : se hace à la vela el Adelantado y llega à santa Catalina : su viage por tierra y su recibimiento en la Asuncion : promuévese la conversion de los indios : obstáculos que experimentan : nombra à Martinez de Irala por maestre de campo, y lo destina à nuevos descubrimientos : vence Riquelme al cacique Tabaré : arrogancia de los Guaycurues : son vencidos,* pàg. 64

CAP. VIII. *Levántanse los Agáces : Alvar Nuñez hace las paces con los Guayeurúes : hace que Irala espíe los descubrimientos : parte una jornada para el rio Paraguay : castiga á los Payaguaes : llega hasta los Guaxarapos : resisten los españoles continuar adelante, pero los obliga Alvar Nuñez : introdúcese tierra adentro, y se ve obligado á retroceder : el capitan Mendoza entra á un pueblo de indios, donde encuentra una grande serpiente : choque de Alvar Nuñez con los oficiales reales : su vuelta á la Asuncion.* pág. 78.

CAP. IX. *Conjúranse los españoles contra el Adelantado : lo prenden : es nombrado Irala gobernador : los del partido leal intentan libertarlo : es remitido á España : despues de un largo juicio fué absuelto.* pág. 97.

CAP. X. *Derivacion del Tucuman : entrada de Diego de Rojas á esta provincia : choque de este general con un cacique de Copayan : su marcha para el distrito de los Diaguitas : batalla con estos indios : muerte de Diego de Rojas : le sucede D. Francisco de Mendoza : llegan los españoles al rio de la Plata : Heredia mata á sus competidores, y se apodera del mando : se vuelven los españoles al Perú.* pág. 111

CAP. XI. *Publica Irala jornada para continuar los descubrimientos : rebélanse los indios*

y los castiga: muerte del capitan Camargo; llega Irala hasta la encomienda de Piranzules: manda una diputacion al licenciado Gasca: amotînanse los españoles contra él y lo deponen: es restituido al mando: muerte del capitan Mendoza: Abreu le resiste la entrada à Irala: vuelven sus diputados, é introducen el primer ganado cabrio: tràtase de los antropòfagos. pàg. 122

CAP. XII. *Hace Irala la expedicion conocida por la mala jornada: fùndase la ciudad de san Juan: la desamparan los españoles: parte Irala contra los Tupis: fùndase la villa de Ontiberos: Sanabria es elegido Adelantado, y no viene à la provincia: los Goas introducen el primer ganado vacuno: sublévase la villa de Ontiberos.* pàg. 142

CAP. XIII. *Irala es hecho gobernador en propiedad: viene el primer obispo: forma Irala las ordenanzas: Chaves parte contra los Tupis: Melgarejo funda à Ciudad Real: muerte de Irala: Mendoza entra en su lugar: disputa de Chaves con Manso.* pàg. 155

LIBRO SEGUNDO

CAP. I. *Juàn Nuñez de Prado entra à la conquista del Tucuman: tiene sus diferencias con Francisco Villagran: funda la ciudad del Barco;*

nuevo encuentro con su rival: queda esta conquista por colonia de Chile: buen gobierno de Prado: su prision por Francisco de Aguirre: sublevacion de los indios: translàdase la ciudad del Barco, y recibe por nombre Santiago del Estero: victoria de Bazan: entra Zurita à gobernar: su deposicion por Castañeda. pàg. 172.

CAP. II. *Muere el gobernador Gonzalo de Mendoza, y le sucede D. Francisco Ortiz de Bergara: sublevacion de los Guaranìes: son derrotados por los españoles: igual sublevacion con igual suceso en el Guaira: vuelve Nuflo de Chavez à la Asuncion: viage al Perù del gobernador Bergara y del obispo Torres: Bergara es depuesto y le sucede Zàrate: vuelta de los españoles al Paraguay: muerte tràgica de Chavez: alboroto de los españoles en el Guaira: prende Malgarejo à Riquelme.* pàg. 184.

CAP. III. *Disgùstase el obispo Torres con el general Càceres y lo escomulga: persigue Càceres cruelmente al prelado: prende al provisor é intenta espatriarlo: su viage hasta la isla de san Gabriel: fùrmase una conjuracion y es preso: levàntase con el mando Martin Suarez de Toledo: Càceres es remitido à España: acompàñalo el obispo: muere éste en san Vicente: viages funestos del Adelantado Zàrate: su arribo al rio de la Plata.* pàg. 199.

CAP. IV. *Encuentro de Sapican con los españoles; quienes son vencidos: vence Garay al cacique Terù: suceso tràgico de Liropeya: vence Garay à Sapican.* pàg. 212.

CAP. V. *El cacique D. Juan de Calchaquì arrasa tres ciudades españolas: translàdase la ciudad de Lòndres al valle de Comando: mueren casi todos los vecinos y soldàdos de Còrdova en el valle de Calchaquì.* pàg. 227.

CAP. VI. *Ataca Castañeda à los Calchaquìes: una falta de Castañeda hace perecer à los españoles: trecientos Calchaquìes se sacrifican por la patria; sesenta jòvenes indios forman un cuerpo y vienen en auxilio de sus padres: vence Zenteno à los de Silipica: heroicidad de tres indias; son despoblados Lòndres y Cañete: entra Aguirre à gobernar el Tucuman: Aguirre se halla en gran peligro, y le liberta Gaspar de Medina: los Calchaquìes se defienden y hacen estragos: prudente retirada de Medina: vuelve èste à libertar al gobernador.* pàg. 235.

CAP. VII. *Fùndase la ciudad de san Miguel del Tucuman: entrada de Aguirre en los Comechingones: prenden los soldados al gobernador Aguirre: destierran los conjurados al capitan Medina: fundan los conjurados la ciudad de Esteco: el capitan Medina cae sobre los conjurados: el teniente Juan Gregorio Bazan*

atraviesa el Chaco y llega al Paranà: absuelto por la audiencia de Charcas el gobernador Aguirre, es restituido al mando; es preso por la inquisicion de Lima; al gobierno del Tucuman es dado à D. Gerònimo Luis de Cabrera: funda la ciudad de Còrdova: llega hasta la torre de Gaboto. pàg. 248.

CAP. VIII. *Funda el Adelantado Zàrate la ciudad de san Salvàdor: crueldades de los indios: conspiracion contra Zàrate: entra èste à la reduccion: su muerte: gobierna interinamente Mendieta: Juan Torres de Vera le sucede en propiedad: excesos de Mendieta: su muerte: gobierno interino de Juan de Garay: fundacion de Villa-Rica. pàg. 259.*

CAP. IX. *Delirios de Oberà; Juan de Garay sale contra él: cantàmen singular de dos indios contra dos españoles: crueldad de Tapuyguasù: congreso de los indios: sorprehende Garay à los Tapuymuris; duelo de Curemò y Urumbià; victoria de Garay contra los sequaces de Oberà: fundacion de Santiago de Xerez. pàg. 269.*

CAP. X. *D. Gonzalo de Abreu sucede à D. Gerònimo Luis de Cabrera: prision de èste y su muerte: origen de esta crueldad: mal suceso de Abreu en Calchaquì: pretende descubrir el lugar de los Cèsares: levantamiento de los indios en san Miguel del Tucuman. pàg. 279.*

CAP. XI. *Fùndase la ciudad de Buenos-Ayres: suce-*

so de Altamirano : invaden los bàrbaros à Buenos-Ayres y son derrotados : conjuracion en santa Fé : muerte de Juan de Garay : nueva invasion contra Buenos-Ayres : fúndase la ciudad de la Concepcion del Bermejo : prision del obispo del Paraguay : la ciudad de san Juan de las siete corrientes tiene su principio. pàg. 286

CAP. XII. Entra el licenciado Lerma à gobernar el Tucuman : crueldades de este contra D. Gonzalo su antecesor : disensiones entre Lerma y el Dean Salcedo : entrada del obispo Victoria al Tucuman ; funda Lerma la ciudad de Salta : oposicion de los bàrbaros : es preso Lerma y conducido à Charcas : entra à la provincia Juan Ramirez de Velasco : los indios se alborotan en Còrdova y los vence Texeda. pàg. 299.

CAP. XIII. Entra à gobernar el Tucuman D. Juan Ramirez de Velasco : predica san Francisco Solano en el Tucuman : primer establecimiento de los jesuitas en esta provincia : los Càlchaquies se alborotan y son sujetados : fúndanse las ciudades de la Rioja, la de san Salvador de Jujui y la villa de las Juntas : rebèlanse los indios de Còrdova y son subyugados pàg. 307.

CAP. XIV. Frutos que produxo la predicacion de algunos varones apostòlicos : el Adelantado

Juan Torres de Vera abdica el mando: gobierno de Hernandarias: su prision entre los indios y su evasion: visita la provincia del Paraguay D. Francisco de Alfaro: crìtica sobre lo que dice Azara: dividese la provincia del Paraguay y se establece el gobierno del rio de la Plata. *pàg. 316*

CAP. XV. *Primeros establecimientos de las Misiones jesuìticas: censura contra Azara: reglamento de estas Misiones: no es la igualdad de fortunas, que en ellas reynaba, digna de la censura que hace Azara: la libertad de estos indios convenia à su estado de infancia: vindìcanse los jesuitas del aprovechamiento que se les imputa.* *pàg. 333*

CAP. XVI. *Entra à gobernar la provincia del Tucuman D. Fernando de Zàrate: las tropas del Tucuman vienen en auxìlio de Buenos-Ayres: los Calchaquies se sublevan en el gobierno de D. Pedro Mercado: hacen las paces: los Diaguitas se sublevan en la Rioja: gobierno de D. Alonso Ribera, quien vence los Calchaquies: funda una ciudad en el valle de Lòndres: nueva expedicion à los Còsares: abolicion del servicio personal: entra à gobernar D. Luis de Quiñones Osorio: incendio de la iglesia de Santiago: fùndase la universidad de Còrdova: su mètodo de estudios.* *pàg. 353*